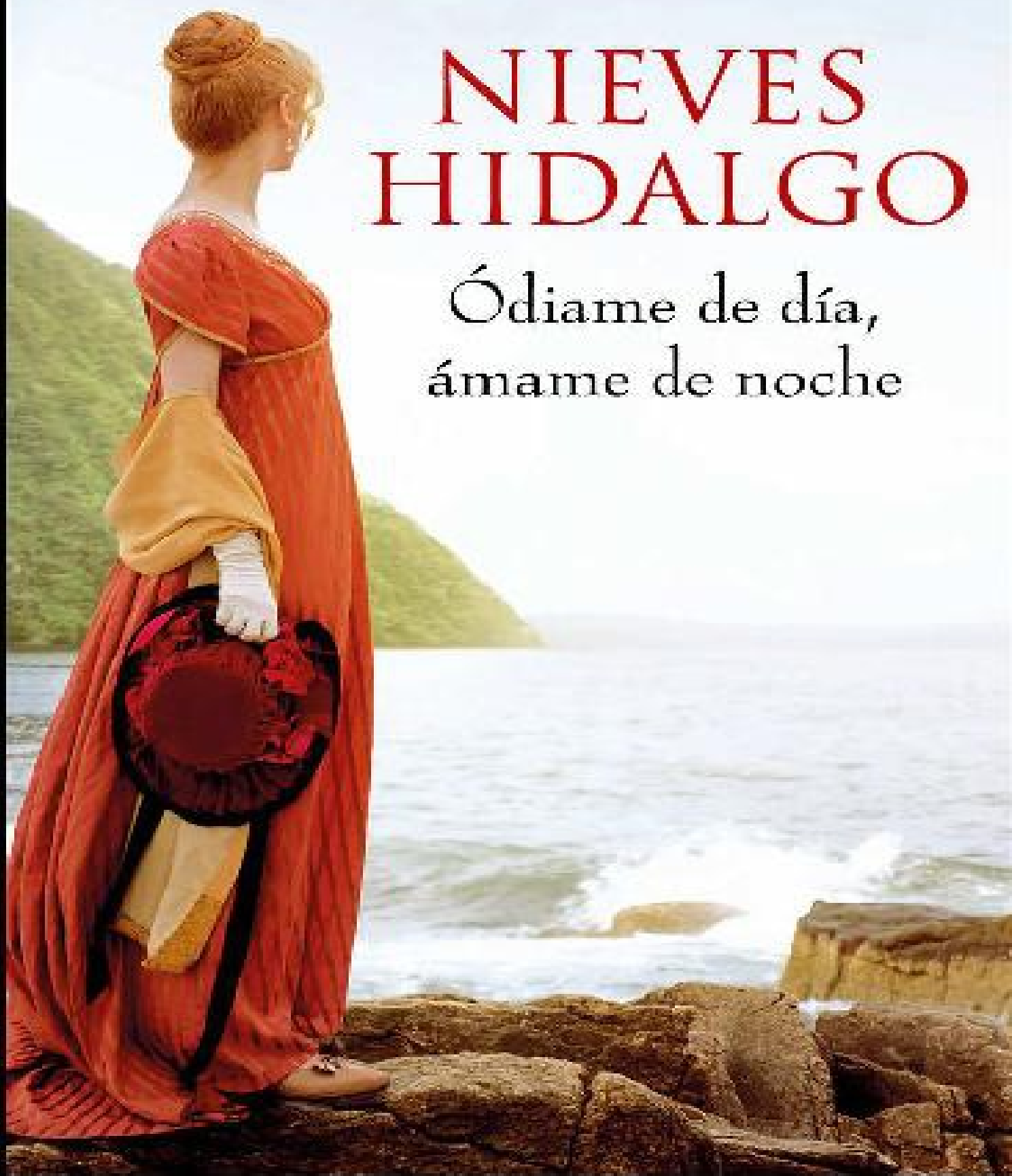


Selecta

NIEVES HIDALGO

Ódiame de día,
ámame de noche



Ódiame de día, ámame de noche

Nieves Hidalgo

Selecta

Índice

[Ódiame de día, ámame de noche](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Asómate a Días de ira, noches de pasión](#)

[Sobre Nieves Hidalgo](#)

Notas

En esta segunda entrega de la trilogía "Un romance en Londres".

Nicole intenta salvar el abismo que le separa del hombre que despierta su pasión y convertir el odio en amor.



Jason Rowland, vizconde de Wickford, se casa enamorado de Cassandra sin importarle sus orígenes. Sin embargo, ella solo busca su título y su posición. Caprichosa y déspota, convierte su vida en un infierno.

Cassandra ha cometido un desliz por el que puede perder cuanto tiene, por eso busca la ayuda de quien nunca le ha fallado: su hermana gemela, Nicole. Pero un accidente hará que la vida de ambas dé un giro inesperado.

Cuando Nicole despierta no recuerda nada, ni siquiera su nombre. Solo sabe que, según le dicen, está casada con un noble; un hombre que la atrae desde el primer momento, pero que no disimula su desprecio hacia ella. Mil imágenes que no comprende la atormentan, presiente que existe un secreto que debe desvelar, aunque signifique su perdición, e intenta mantener las distancias con un esposo al que no reconoce. Pero el amor hacia Jason es más fuerte que ella. Y si del amor al odio hay un paso corto, hará lo imposible para recorrer el camino inverso que, de entrada, parece insalvable.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A las personas que se van,
pero que permanecen en nuestros corazones*

Sevilla, septiembre de 1817

Los ojos almendrados y oscuros de María Vélez se entornaron al mirar a su nieto y observar sus rasgos aristocráticos. Estaba sentado frente a ella, en uno de los sillones de mimbre, y mantenía los párpados cerrados y las piernas estiradas, una bota sobre la otra. Le vio mover una mano con dejadez para espantar a la impertinente mosca que le zumbaba junto a la oreja y sonrió. Era como ver a un animal salvaje en reposo, en apariencia inofensivo, pero en cuyo interior latía el ímpetu peligroso de la juventud.

María acercó la copa de jerez frío a sus labios y bebió un pequeño sorbo.

—¿Cuándo piensas regresar a Inglaterra?

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista, abuela? Cuando tú regreses conmigo.

—Entonces, nunca.

La respuesta hizo que los ojos de Jason Rowland, vizconde de Wickford y futuro conde de Creston, se abrieran. Tan oscuros como los de ella, tenían en ese momento una intensidad tormentosa, ese tipo de mirada que seducía a las mujeres e intimidaba a los hombres. Pero de inmediato perdió el punto de dureza y se tornó en otra más abierta, levemente cáustica. Se sentó derecho, tomó su copa y bebió fijando la mirada en el rostro arrugado, pero aún señorial y hermoso, de la anciana.

—Si entendiera tu punto de vista, tendría ganado el cielo. Pero no lo entiendo. Permanecer aquí, a la sombra de la injusticia de un rey que

se ha burlado de las decisiones de su pueblo derogando la Constitución de Cádiz y persiguiendo sin tregua a los liberales, es de locos.

—¿Acaso estaría mejor en un país regentado por un hombre con muy pocos escrúpulos, que dedica su tiempo a francachelas y festejos, y además es bígamo?

—No defiendo a Prinny y lo sabes, pero aquí no estás segura porque tus miras políticas te acarrearán enemigos.

—Soy una vieja a la que ya nadie hace caso y España es mi hogar.

—Tu hogar ha sido Creston House desde que te casaste con el abuelo. Y allí es donde deberías estar, con tu hijo y conmigo.

—Tu abuelo nos abandonó hace ya años, Dios le tenga a su lado. Retornar a los lugares en los que compartimos nuestra felicidad sería una tortura, por eso decidí volver a Sevilla. En Inglaterra todo me recordaba a él.

—Aún lo echas de menos.

—Lo haré hasta mi último aliento.

—Mi padre no deja de añorarte a ti.

—James tiene muchas ocupaciones, yo solo sería una carga para él.

—Ahora, la que dice tonterías eres tú.

—Quiero ser enterrada aquí, cerca del Guadalquivir. Sin embargo, a ti sí que te echarán en falta. Y no creo que tenga que recordarte que tienes una esposa.

El rostro de Jason se tensó con la mención de la mujer a la que odiaba. Dejó la copa sobre la mesa de hierro forjado con demasiada rapidez, como si con el gesto quisiera desprenderse de la alusión a ella, y desvió la mirada hacia los parterres de geranios.

—Ni mi padre ni ella notarán mi ausencia —dijo, reticente.

—No eres nada justo.

—¿Eso crees? —Se inclinó hacia ella y apoyó los codos sobre las rodillas—. Cassandra estará encantada dilapidando mi fortuna a manos llenas sin la necesidad de tener que soportar mi presencia; no me extrañaría que ya hubiera encontrado a algún avispado que caliente su cama. En cuanto a mi padre...

—¡Jason, no seas vulgar!

—En cuanto a mi padre —repitió con un retintín irónico, haciendo caso omiso de la regañina—, tiene lo que quería: una nuera. Que no le haya dado un nieto aún, no es mi culpa. Yo te aseguro que hasta que mi «adorable» esposa me traicionó y echó de su cuarto, hice todo cuanto debía para engendrar un heredero.

—¡Es suficiente, muchacho! —Palmeó enojada el brazo del sillón.

—Perdona, abuela. Siento haberte hablado así, pero has sido tú quien ha vuelto a sacar el tema.

—Tu padre te quiere a rabiar, lo creas o no. Es vuestro carácter irascible el que os ha enfrentado desde que eras un mocoso, ambos sois demasiado tercos. Alguno de los dos debería, como decimos aquí, apearse del burro.

Jason se echó a reír: los dichos y refranes de su abuela conseguían casi siempre devolverle el buen humor.

—Lo que pasa es que no soporto que se meta en mi vida.

—Vas a cumplir treinta años y es lógico que él espere un nieto. Un nieto al que mimar. Y yo, de paso, un bisnieto que alegre mis últimos días. Creston House necesita un heredero y lo sabes muy bien. Por tradición y por lógica, es inapelable. En cuanto a tu esposa... Dale tiempo, hijo, apenas os conocéis, ni siquiera la cortejaste como suele ser habitual. Además, eso de que te traicionó...

—Lo hizo. Pero no fue un cortejo al uso, desde luego, eso sí lo reconozco. De todos modos, ella apenas me puso trabas para meterse entre mis sábanas.

—¡Jason!

—Mi padre me quería casado, yo estaba harto de discusiones y ella es muy hermosa. ¿Por qué no pedirle matrimonio? Era el mejor modo de que él me dejara en paz de una vez por todas.

—Puede que te pareciera el mejor, pero muy poco apropiado para forjar la base de una convivencia estable.

—Lo hubiera sido de no comportarme yo como un imbécil. Me enamoré y ella, por el contrario, me engañó y pisoteó mi orgullo. Eso sí, durante el escaso tiempo que nos mantuvimos juntos, no me puedo quejar en absoluto de su comportamiento en la cama.

—¡¡Ya está bien!! Por muy vizconde que seas, aún puedo cruzarte la

cara de una bofetada —amenazó la anciana, ya muy incómoda por las expresiones de su nieto.

Jason recostó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos. Lamentaba su escasa delicadeza, pero no conseguía que no perdiera los estribos cada vez que hablaba de su condenada esposa: la miserable que se burló de él, que le despreció y echó su corazón a los perros.

Cuando quiso darse cuenta, ella no estaba en el patio. Se levantó, pesaroso y avergonzado por haberla hecho enfadar y fue en su busca. La encontró en las cocinas hablando con Rocío, a la que saludó con un guiño. Abrazó a su abuela por la espalda, besó sus blancos cabellos y rogó:

—Perdóname una vez más, nana. Soy un imbécil sin remedio.

María se giró en sus brazos y él volvió a besarla, ahora en la frente.

—Lo que eres es un bribón.

—Aun así, supongo que algo me tocará de lo que habréis preparado de comer, porque estoy famélico. ¿Qué tenemos para hoy?

—¿Qué le parece un gazpacho y unos andrajos con bacalao, señorito?

La cocinera estaba pendiente de todos sus caprichos, como el resto de los sirvientes de la casa, y no había día que no le sorprendiera con algún nuevo plato. Era bajita, regordeta, con el cabello negro como la noche y unos ojos que siempre relucían de buen humor.

—Suenan fantástico, Rocío. Salvo eso de los andrajos. Porque además de bacalao, ¿qué lleva?

La mujer sonrió y movió la cabeza sin dejar de picar tomates.

—Ajos, tomates, pimentón, cebollas, almejas... Un poquito de hierbabuena. Usted déjeme a mí. ¿Alguna vez le he puesto en la mesa algo que no se haya comido hasta hacerle rebañar el plato?

—No tiene mucho mérito —bromeó, enlazándola por la ancha cintura—; soy un estómago agradecido.

—Eso sí que es cierto. Come como una lima, no entiendo cómo puede estar tan delgado.

—¿Qué tal un poco de crema andaluza de postre? Pero dulce, dulce; la de la semana pasada tenía un extraño sabor a... comino.

—¡Comino! —Se escandalizó ella, volviéndose hacia él de golpe—.

¿Que yo he puesto comino en mi crema?

Jason saltó hacia atrás porque Rocío blandía el cuchillo y lo movía bastante cerca de sus narices. Alzó las manos en señal de rendición y se echó a reír. Le encantaba hacerla rabiar.

—Me la tomaría, aunque echaras sal.

Ella torció un poco la cabeza y se quedó mirándole unos segundos.

—Es usted un pícaro de tomo y lomo, señorito. ¡Hala, hala, fuera de mi cocina! Déjeme trabajar, si es que quiere comer pronto.

Tras ese divertido paréntesis, abuela y nieto regresaron al porche.

—Comino, dice el muy bandido... —Escucharon tras ellos la queja de Rocío—. ¡A nadie se le ocurre más que a él! Señor, Señor, acabará por volvernos locos a todos.

Inglaterra, junio de 1818

Cassandra Matheson, Rowland desde su matrimonio con el vizconde de Wickford, levantó su rostro en dirección hacia las escaleras de la posada y se recolocó el velo negro que le cubría la cara.

Le embargaba una extraña sensación mientras aguardaba que apareciera la persona a la que había citado allí. Habían pasado casi cuatro años desde su marcha y se preguntó, por enésima vez, si acudiría; de haber estado ella en su lugar, sin duda no lo habría hecho. Pero Nicole no era ella.

Mientras esperaba, presa de los nervios, no pudo evitar hacer balance de su vida hasta ese momento.

Había escapado de su casa a la edad de dieciocho años con un hombre mayor que ella, al que creyó adinerado e influyente. Se dejó seducir por promesas de lujo, diversión y aventuras, antítesis de lo que hubiera vivido de haberse quedado en Melrose. Ella no quería casarse con un hombre elegido por su padre, concebir hijos, criarlos y languidecer de apatía en una ciudad con escasas distracciones. Porque, aunque pertenecía a una familia adinerada, su progenitor se había estancado en el siglo anterior y apenas se relacionaban con algunos vecinos. Para él los eventos sociales no existían. Ella se merecía vivir, soñaba con fiestas, con lucir bonitos vestidos y joyas. Sabía que era hermosa y consideró que ese don no debía marchitarse, esperando tan solo procrear y envejecer en un entorno muy tradicional y aburrido. Tenía una abundante cabellera rojiza, bonitos

ojos azules y una figura espléndida que ensalzaban todos los hombres que conocía. Y tenía tenacidad. Sí, era porfiada y decidida; virtudes con las que, imaginó entonces, podría conseguir lo que se propusiera en la vida.

Pero nada salió como ella pensaba. Tres meses después de su fuga se encontró sola en Londres y sin un penique; lamentablemente para ella, después de comprobar que el sujeto con el que escapara no era más que un jugador del tres al cuarto que, además, la arrastró al juego. No estaba dispuesta a vivir durante más tiempo en posadas infectadas de chinches ni a soportar las borracheras de aquel indeseable. Lo abandonó. Pero no podía regresar a su casa como una perra apaleada, humillada y avergonzada, así que no hizo ascos a aceptar la ayuda de un protector viejo y rico. Le siguió un caballero, también mucho mayor que ella, al que consiguió encandilar hasta el punto de presentarla en sociedad como su prometida.

Claro está que ese carcamal al que se entregó lo justo para tenerlo comiendo de su mano, no era la pieza que ella anhelaba. Aspiraba a ser algo más, por mucho que él babeara a su paso, le hubiera prometido matrimonio y se hiciera cargo de sus pérdidas en las mesas de juego. Quería un marido joven, a su medida y lo encontró. O eso creyó al principio.

Cuando conoció a Jason, él acababa de tener una trifulca monumental con su padre quien, una y otra vez, le reprendía por su vida disoluta y porque no se centraba en el futuro; un futuro que se sintetizaba, sobre todo, en un heredero para Creston House. Según le contó él mismo más tarde, era un tema recurrente por el que siempre terminaban discutiendo y que le había llevado, incluso, a alistarse en el ejército, tomando parte en la batalla de Leipzig en octubre de 1813; un enfrentamiento que le dejó marcado y en el que hubiera muerto de no haber sido por sus amigos, el vizconde de Maine, el barón de Sheringham y Daniel Bridge.

El vizconde de Wickford acaparó de inmediato la atención de las féminas que asistían a la fiesta. A uno y otro lado, Cassandra escuchaba con interés las loas de las jóvenes casaderas a su apostura y los comentarios de las damas de edad acerca de la conveniencia de

un partido semejante, uno de los mejores, con una considerable fortuna y heredero del título de conde. A ella le irritó sobremanera encontrarse allí en aquel momento acompañada por sir Norman Blake, su protector y supuesto futuro marido.

Minutos después de entrar en el salón, Jason clavó su mirada intensa y oscura en la muchacha que destacaba como una llama entre las sombras, ataviada con un vestido que se amoldaba a su esbelta figura como una segunda piel y cuyo pronunciado escote monopolizó en el acto toda su atención. Ella captó su interés y le dibujó una breve sonrisa, escondiendo luego su rostro tras el abanico. Él entonces, sin pensárselo dos veces, se dirigió hacia su posición espoleado por el hecho de que la muchacha estuviera acompañada por un hombre por el que sentía cierta inquina.

Blake no pudo negarse a que Jason bailara con la joven y antes de finalizar la fiesta ambos habían desaparecido. Días después corría por todo Londres la noticia de que el heredero de Creston House y la joven habían contraído nupcias.

Hasta ahí, todo había salido a pedir de boca para ella: tenía un marido rico y atractivo, y su matrimonio, además, conllevaba el título de vizcondesa de Wickford y futura condesa de Creston.

Esa situación idílica, sin embargo, duró poco. Pronto se dio cuenta de que la boda había sido muy precipitada. Había entrado en un juego del que siempre quiso huir: Jason era un hombre demasiado fogoso en la cama, y ese sentido de posesión la disgustaba porque ella solo soportaba limitadas muestras de afecto y sexo. Que él se enamorara, solo sirvió para que se fuera alejando poco a poco de él, buscando distracciones que le exigieran menos dedicación. Ni siquiera trató de esconder sus flirteos, la convivencia se volvió insostenible y Jason, tras una fuerte discusión, se apartó de ella.

Prescindiendo de sus recuerdos, Cassandra volvió a centrar su mirada en la escalera que ascendía al piso superior. No tenía demasiado tiempo para solucionar su problema, Jason regresaría en breve a Inglaterra y ella no podía permitirse echar a perder la situación de privilegio de la que gozaba.

Por fin, la figura de la persona que esperaba comenzó a descender

por la escalera. Siguiendo sus instrucciones, vestía de negro y disimulaba también el rostro con un velo. Observó que, mientras bajaba, dudaba un instante al descubrirla y entonces se aferró al pasamanos con fuerza. Sin mediar palabra, Cassandra se dirigió hacia el cuarto que el posadero le tenía reservado, abrió la puerta y esperó a que la otra llegara hasta ella. Permitted que su hermana entrara al reservado y luego cerró a sus espaldas.

La primera en alzar su velo fue Cassandra. Luego lo hizo Nicole. Durante un momento que se les hizo infinito, ambas se miraron en completo silencio, estudiando mutuamente sus facciones, como si se vieran reflejadas en un espejo.

Nicole dio el primer paso, dejó escapar un sollozo y se abrazó a su hermana repitiendo su nombre varias veces. Cassandra correspondió estrechando a su gemela y después, con palmaditas de consuelo en la espalda, se fue apartando de ella con disimulo tan pronto como le fue posible. Se dio la vuelta y, del aparador donde había solicitado al posadero que dispusiera una bandeja con licores, sirvió un par de copas de clarete, entregó una a su hermana y le pidió que tomara asiento.

—¿Cómo estás, Nick?

Asintió esta con la cabeza, sin pronunciar palabra, porque las lágrimas resbalaban por sus mejillas y tenía un nudo en la garganta. Solo podía mirar ese rostro idéntico al suyo, sin acabar de hacerse a la idea de haber recuperado por fin a una hermana que creía perdida para siempre. Se tragó el llanto, bebió un pequeño sorbo de la copa y el vino pareció serenarla.

—¿Y tú?

—En la cima del mundo.

Una afirmación tan rotunda desconcertó a Nicole, que la observó con más detenimiento. Cassandra estaba cambiada. Su cabello seguía siendo precioso, pero ahora lo llevaba recogido en un moño austero que le hacía parecer mayor. Sus ojos habían perdido el brillo jubiloso que ella conoció, empequeñecidos por arrugas, muy sutiles todavía, pero visibles ya, que parecían esconder un fondo de hastío.

«En la cima», repitió las palabras de la otra, y no le gustó nada el

significado oculto que creyó intuir tras una respuesta tan altanera.

—¿Por qué no has dado señales de vida en todo este tiempo, Cassie? ¿Qué ha sido de ti? ¿Por qué nos has mantenido en la zozobra, sin saber dónde ni cómo estabas, si te encontrabas bien o habías sido víctima del hombre con el que escapaste? Padre y madre casi enloquecieron buscándote por todas partes, desconcertados, confusos y como almas en pena.

—Lo imagino. Con mi marcha perdían la posibilidad de anexionar las tierras de Duffy, mi estúpido pretendiente, a las suyas.

—¡Cassandra, eso es una mezquindad!

La vizcondesa se inclinó hacia ella y tomó las manos de su gemela entre las suyas. A la vez, se suavizó su gesto y en su mejilla derecha apareció el hoyuelo de siempre cuando sonreía.

—No me hagas caso, estoy cansada del viaje. ¿Están todos bien?

—En casa, sí. Pero la tía Emma falleció hace un año.

—¡Pobre tía Emma! Lo siento —dijo, aunque a Nicole le pareció un formulismo y no un pesar sincero.

—Padre sigue administrando las tierras y madre ha puesto en marcha una escuela para los hijos de los arrendatarios; ella misma imparte las clases y yo ayudo. Nuestro hermano Ian está cortejando a una muchacha: Aileen, supongo que la recuerdas.

—¿De veras? —preguntó con sorna, dibujando una media sonrisa—. O sea, nuestros padres, como siempre, una pareja atada a sus principios: uno se comporta como un aparcerero y la otra como una maestra de pueblo. De ti, no me lo esperaba, pero de tal palo, tal astilla. En cuanto a Aileen, siempre me pareció una chica sosa y con escaso atractivo.

Nicole retiró las manos de entre las de su hermana con gesto irritado y se levantó.

—No has cambiado en absoluto. Sigues creyéndote en posesión de la verdad, con la insolencia de una mujer que está de vuelta de todo, con una hostilidad que no se aminora con el paso de los años.

El semblante agrio de Cassandra se transformó de inmediato, tornándose de nuevo en otro más afable.

—Perdóname, no sé lo que me digo; estoy irascible, muy poco

sociable y, en ocasiones, hasta me doy asco a mí misma. Por favor, siéntate y hablemos. —Esperó a que su hermana lo hiciera, condescendiente, antes de continuar—: Estoy en un apuro. En un buen apuro, Nicole, y solo tú puedes ayudarme.

¿Su hermana excusándose? Eso sí que era nuevo. Que ella recordara, Cassie nunca había pedido perdón por nada, ni siquiera de niñas, dejándole cargar a ella con las culpas de sus travesuras. Suspiró, tomó otro sorbo de clarete y decidió que iba a escuchar lo que tenía que decirle. Si se rebajaba a pedir disculpas era que necesitaba ayuda perentoriamente y, al fin y al cabo, era su hermana, ella la quería y no la iba a dejar en la estacada si podía evitarlo.

—¿Qué te ocurre?

Cassandra comenzó a hablar, y el regocijo con que Nicole recibió la noticia de que se había casado con un buen partido se transformó en asombro después, al oír las explicaciones de su hermana, inconsistentes y egoístas. Le costaba creérselo, se le agrandaban los ojos y el color huía de su rostro, de modo que, cuando la otra terminó sus argumentos interesados, tras explicarle que no solo había engañado a su esposo, sino que estaba embarazada de otro hombre, se limitó a mover la cabeza porque se negaba a asimilar lo que acababa de escuchar.

—No es posible que hayas sido capaz de...

—Necesito que me ayudes, cariño. ¡Tienes que hacerlo! Eres la única persona a quien puedo recurrir.

Nicole se encontraba abrumada. Del tono y la petición de auxilio de su hermana se desprendía la gravedad de su situación, pero ella no sabía qué contestar, y tampoco qué podía hacer para ayudarla.

Al recibir la sorpresiva carta que le ponía al tanto de que Cassandra seguía viva, después de tanto tiempo sin noticias suyas, le había embargado la alegría. Que le pidiera no contar a nadie sobre ella, citándola en aquella apartada posada cerca de Londres y disfrazada de viuda, debería haberla puesto sobre aviso, pero ese grado de excitación y contento con que recibió las buenas nuevas ni siquiera le llevó a sospechar lo extraño de la demanda. Cassie le había escrito utilizando la clave de cuando eran niñas, de modo que, aunque hubieran interceptado la carta, nadie, salvo ella, podría haberla comprendido. Y como en tantas otras ocasiones en que le pidió

favores, fue a su encuentro sin tener idea de lo que tramaba. Cassandra era la gemela mayor y siempre solía llevar la voz cantante para lo bueno y lo malo. Ella, solo la seguía. Así que, una vez leída la carta, dijo que iba a visitar a una antigua amiga del internado a Reading y salió de Melrose en cuanto pudo, acompañada por una criada y uno de los cocheros de la familia. Ya en casa de Therese Darnell, que acogió su sorpresiva llegada con alegría, no le fue difícil buscar su colaboración para encubrirla durante su ausencia. Llegó pues a la posada a bordo de un carruaje de alquiler, ansiosa por volver a abrazar a su hermana y deseando, a su regreso, poder dar la buena noticia a todos de que estaba viva.

Y ahora, se sentía estafada.

—¿Cómo has podido, Cassie? ¿Cómo has tenido valor para hacer cuanto me has contado?

Se encogió esta de hombros y se excusó con absoluta frialdad.

—Algo tenía que hacer para que mi marido no se enterase del dinero que perdí en aquellas malditas partidas. Ha hecho efectivas otras, pero no de esa cuantía.

—Dices que estás casada, pero no veo que lleves ningún anillo.

—No amo a Jason, así que me lo he quitado.

—Me asombra tu frialdad y el modo en que lo has engañado.

—Tampoco tiene tanta importancia.

—¿Que no? ¿No la tiene?

—No seas pusilánime, cariño, entre la aristocracia, la infidelidad está a la orden del día.

—¡Pero acabas de decirme que estás embarazada de ese sujeto, por el amor de Dios!

—No eran esas mis intenciones, te lo puedo asegurar. Y no me mires así, como si tuviera dos cabezas. ¿Crees que Jason no tiene a sus amiguitas? Claro que sí, no es un dechado de virtudes, lo que sucede es que los hombres no han de afrontar luego las consecuencias si algo sale mal. No hacemos vida matrimonial, de todas formas, y el flirteo con ese hombre solo duró unas semanas.

—Suficiente para ponerte en una situación complicada —rezongó su hermana—. Lo que hagan otros no es el espejo en el que debes

mirarte. Eres una mujer casada y se supone que te debes a tu marido, te guste o no. ¿O es que has olvidado la moralidad en la que nos educaron?

—Debí perderme esa clase —ironizó—. Pero dejemos los reproches a un lado, Nicole. Lo que necesito saber ahora es si vas a ayudarme.

—No puedo creer que hayas sido tan estúpida como para quedarte encinta. Aun así, eres mi hermana y veré lo que se puede hacer. Imagino que querrás divorciarte, aunque a tu esposo le resultará costosísimo y, además, va a ser un escándalo, pero...

—¿Divorciarme? ¿De qué estás hablando? No tengo intención de dejar a Jason ni la regalada vida que llevo y, además, cuando muera el padre de mi esposo seré condesa. He luchado mucho para estar donde estoy, Nicole, por fin tengo lo que siempre quise.

—¿Incluso el embarazo?

Cassandra puso mala cara ante la pulla.

—No has perdido las uñas, ¿eh? Sigues teniendo la lengua afilada y el mismo genio. Quedarme encinta ha sido un grave error, lo reconozco, pero todo tiene arreglo. ¿No te imaginas por qué te he llamado?

—Supongo que vas a decírmelo.

—Necesito que traigas aquí a Ethel. Convéncela para que venga y me ayude a hacer desaparecer el problema. Le pagaré muy bien. Dentro de una semana podré escaparme un par de días, de modo que deberíamos planificar el...

Nicole se levantó tan deprisa que volcó la silla. Le enervaba la osadía de su hermana, la vileza inmoral de su petición. Se sujetó al borde de la mesa, se inclinó hacia ella y la miró con ojos centelleantes de indignación.

—¡Te has convertido en un monstruo! ¿Después de estos años de silencio me haces venir hasta aquí para pedirme esa... esa... atrocidad?

—¿A quién demonios quieres que recurra? ¡Eres mi hermana y tienes que ayudarme!

—No he sido tu hermana durante todo este tiempo. No te has acordado ni de mí ni de nadie de tu familia, no hemos sabido si

vivías o estabas muerta. Pero ahora sí, ahora te acuerdas. Claro. Y recurres a mí para pedirme algo espantoso. ¡La reina necesita socorro, sabe que debe esconder su pecado como sea y llama a su dulce y tonta hermanita!

Los ojos de Cassandra se entrecerraron viendo la fuerza de la razón en aquel rostro exacto al suyo. Y le dio miedo, miedo de verdad. Si Nicole no le prestaba ayuda, estaría perdida. No tenía otra salida, debía conseguir que cambiara de idea.

—Nunca has sido tonta, bien lo sabes, sino una mujer decidida en la que siempre pude apoyarme. Incluso aquella vez, en la que Sean Dunport...

—No me vengas con halagos, ni me presiones con episodios tan amargos —rogó su hermana, que pareció plegarse un tanto y se alejó unos pasos.

Cassandra asintió. Estaba jugando sucio. Sacar a colación el triste suceso del pasado era una treta alevosa porque sabía que su gemela difícilmente iba a olvidar aquella tarde en la que, para salvarla, acudió a enfrentarse con Sean; había tonteado con él, lo había incitado hasta tal punto que el muchacho estaba desesperado y la seguía día y noche. Dunport, confundíendola, creyendo que se trataba de ella, cometió el crimen más deleznable con que un hombre puede agraviar a una mujer. El escándalo se tapó, Sean pidió perdón, se humilló e incluso quiso suicidarse al ver lo que había hecho. Acabó por desterrarse de Melrose, pero nadie en la familia lo había olvidado.

—Lo siento. ¡Nick, lo siento tanto...! Debería haber sido yo quien estuviera en tu lugar. ¡Y no sabes cuánto me alegra que se cayera del caballo, debería haberse roto el cuello en lugar del brazo!

—Es agua pasada —respondió sin volverse a mirarla— y no debe uno alegrarse de la desgracia ajena. Pero no vuelvas a nombrarlo nunca más.

—Sé lo mucho que te he fallado —admitió Cassandra tras una breve pausa.

Nicole se volvió hacia su hermana y entonces reparó en las lágrimas que rodaban por sus mejillas, circunstancia esa tan infrecuente en

ella que consiguió conmoverla y volatilizó su cólera. Sacó un pañuelo de la manga de su vestido y se lo tendió.

—Sécate los ojos, llorar no va contigo.

—Tienes que convencer a Ethel si no quieres acudir a mi entierro — suplicó con ánimo decidido—. No conoces a Jason. Es un hombre horrible: frío, orgulloso y despreciable. Me matará si se entera de lo que he hecho. Me ha pegado muchas veces, Nicole, por eso me alejé de él. Y cuando se emborracha... —Estalló en sollozos y se cubrió el rostro con las manos, pero no dejó de observar el semblante apenado de su hermana por entre los dedos.

—Pero ¿es que no puedes hablar con él? ¿O con el padre de tu hijo, en todo caso? Alguien, no sé quién, que te impida hacer esa locura.

—¿Hablar? No con Jason Rowland. No con el arrogante vizconde de Wickford. En cuanto al padre... no lo sabe y no lo sabrá nunca. ¡Por favor, cariño, ayúdame!

—Aunque yo lo hiciera, Ethel no aceptará practicarte un aborto. Si estás decidida a esa ignominia, busca a un médico en Londres.

—¿A un matasanos que podría arrastrarme a la muerte dejando que me desangre? ¡No digas tonterías! Solo confío en nuestra antigua niñera, y ella puede regresar a Melrose con una buena cantidad de dinero.

—No es cuestión de dinero, sabes que sus convicciones no se lo permiten.

—Entonces dile que lo haga por el amor que nos ha tenido siempre, por los cuidados con que nos crio cuando era nuestra niñera. ¡Dile lo que quieras, por Dios, pero tráela! Sin vuestra ayuda acabaré muerta a manos de Jason.

Nicole se agotaba en una batalla que no sabía cómo ganar, ni siquiera sabía cómo tenía que afrontarla. Levantó la silla derribada y se dejó caer en ella, permaneciendo callada durante unos minutos.

—Solo puedo prometerte que la pondré al tanto de tu problema. Pero será ella quien decida lo que debe hacer —resolvió.

—Es posible que por mí no moviera un dedo, pero a ti te atenderá, lo sé, siempre fuiste la niña de sus ojos.

—Solo prometo contárselo, no puedo hacer mucho más —insistió.

—Para mí, ya es mucho, Nick. Gracias.

—Sea como fuere y haga Ethel lo que haga, una vez que todo esto acabe olvídate de que existo. No quiero volver a saber nada de ti. Jamás.

Cassandra agachó la mirada e hizo un esfuerzo para que no se reflejara de ningún modo el alivio que sentía. ¿No quería volver a verla? Mucho mejor. Tampoco ella deseaba tener contacto con su familia, no les había echado de menos durante esos años. La futura condesa de Creston no podía permitirse estar emparentada con unos burdos escoceses, sus miras eran mucho más altas.

—No quiero robarte más tiempo, no tenemos mucho. Te acercaré al pueblo y, en el trayecto, planearemos la mejor manera de volver a citarnos aquí.

— ¡Bienvenido a casa, milord! —saludó con entusiasmo el hombre que le abrió la puerta, cediendo de inmediato el paso—. No le esperábamos aún. ¿Cómo fue su viaje?

—Largo y aburrido. ¿Qué tal todo por aquí, señor Till?

—Igual que siempre, milord. ¿Milady se encuentra bien?

—Mejor que yo. ¿Y mi padre?

—Lord Creston fue a Brighton. De haber sabido que llegaba no se hubiera marchado. Milady, sin embargo...

—He traído algunos recuerdos de España —le interrumpió. Lo último que deseaba era saber acerca de Cassandra—. Deme unos minutos para quitarme el polvo del camino y reúna al servicio en el salón principal, por favor.

—Por supuesto, milord —contestó el sirviente, consciente de que el joven amo obviaba las noticias sobre la vizcondesa—. Ahora mismo hago que le preparen el baño.

—Gracias.

Jason subió las escaleras de dos en dos mientras escuchaba de fondo al mayordomo saludar a Perkins, su ayuda de cámara, que ya entraba dando instrucciones a los lacayos que cargaban con su equipaje. Era un hombre de su confianza, tradicional, el clásico inglés que respiraba aliviado de estar en casa, al que poco le había faltado para ponerse de rodillas y besar el suelo cuando tocaron tierra inglesa. Perkins había añorado Inglaterra todos y cada uno de los días que permanecieron en España, pero se negó a regresar y dejarle solo sin, como él decía, alguien que le atendiera. De constitución

fuerte, mentón cuadrado y abundante cabellera entrecana, se asemejaba más a un recio capitán de barco que a la clásica figura del ayuda de cámara y, en ocasiones, venía bien llevarlo al lado porque su porte intimidaba.

Entró en su recámara y dio un rápido vistazo. Estaba de nuevo en casa, pero bullía en su interior una presencia, invisible aún, que lo desazonaba como si se encontrara a las puertas del infierno. La lluvia, que los había acompañado desde la misma escalerilla del barco, seguía persistente, repiqueteaba en los cristales y, a pesar de ser no mucho más del mediodía, la oscuridad sumía la habitación en la penumbra. Comparó el desapacible tiempo con la claridad diáfana del sol andaluz, torció el gesto y maldijo haberse visto obligado a volver. Pero también tuvo claro que a su abuela no le faltaba razón: como heredero de Creston House, no podía estar indefinidamente ausente de Londres.

Se empezó a quitar la ropa sin esperar a Perkins, pero fue interrumpido por una llamada que, con su aprobación, dio paso a un par de lacayos cargados con baldes de agua para su baño. Le hicieron una reverencia y Jason les saludó a ambos por su nombre de pila. En cuanto se fueron acabó de desvestirse y se metió en la bañera lo justo para eliminar las huellas del pesado viaje, dando tiempo a Perkins a cumplir con su encargo antes de que subiera a prepararle ropa limpia.

Cuando bajó, los integrantes del servicio le aguardaban ya en el salón. Tras los oportunos saludos de Jason y las palabras de bienvenida de los criados, les fue haciendo entrega de los obsequios, una costumbre que inició su abuela y que él había querido mantener como homenaje a ella.

—Un empleado contento es un tesoro —solía repetir María Vélez.

Jason nunca había conocido a nadie siempre tan certero en sus apreciaciones como su abuela. Solía ir más lejos en sus valoraciones que ninguno y luego razonaba el porqué.

Le complacieron las caras, primero expectantes y luego alegres, de aquella que, de algún modo, también era su gente, desde el viejo mayordomo hasta el último de los jardineros. Con ayuda de Perkins,

había adquirido variados presentes en España: pañoletas de vivos colores, cuencos de cerámica pintados a mano, broches, abanicos, dedales, pañuelos de caballero y tabaco comprado en los alrededores de Toledo, donde ya se cultivaba desde que Francisco Hernández de Boncalo llevara las primeras semillas a España.

—Por cierto, señora Fox —le dijo Jason a la cocinera—, tengo unas cuantas recetas que darle de parte de mi abuela.

—¿Le dijo usted que todos la echamos de menos, milord?

—Lo sabe. Y se encuentra bien, no se preocupen, firme como una roca. Nos enterrará a todos a este paso —se atrevió a decir con sonrisa cómplice—. Por supuesto, también ella les manda su afecto.

A esa misma hora, Nicole y Cassandra viajaban a bordo del faetón gobernado por la segunda, que no quiso escuchar las advertencias del posadero de no emprender el trayecto con semejante tiempo que, a buen seguro, habría convertido ya los caminos en lodazales. Pero la vizcondesa de Rowland tenía mucha prisa y una sola idea en la cabeza. Hizo chasquear la fusta e incitó a los dos caballos a ir más aprisa.

—Ve más despacio, por favor —le pidió su hermana—, el camino está intransitable.

—Tranquila, sé cómo manejarlos.

Cassandra estaba obsesionada con conseguir su propósito: eliminar su problema, seguir siendo la esposa de Jason y acabar por convertirse en condesa. Había tenido que engañar y mentir, pero eso no importaba. Gracias al secretario de su marido, al que había engatusado concediéndole algo de su tiempo, había pagado deudas: las cosas hubieran sido perfectas de no surgir el dichoso embarazo, del que a nadie culpaba salvo a ella misma.

Nicole no dejaba de darle vueltas y más vueltas al asunto que la perturbaba: su conciencia no le permitía contribuir a acabar con la vida del nonato, así que, por su parte, iba a hacer lo imposible por convencer a Cassie para que cambiara de idea.

El carruaje iba muy rápido. Bordeaban el terraplén que seguía el

curso del río, crecido y tumultuoso, y los caballos estaban nerviosos por el sonido de los truenos.

—¡Por Dios, Cassie, ve más despacio!

Ella miró esta de reojo y se echó a reír. Ella disfrutaba de la velocidad. Además, le divertía asustar a su hermana, más cautelosa y prudente. Odiaba que Nicole fuera tan sensata, tan diferente a ella, a quien le encantaba beberse la vida, de modo que azuzó a los animales de nuevo.

Fue al tomar una curva del camino: un relámpago rasgó el cielo y segundos después retumbó un estruendo ensordecedor. El animal que galopaba más próximo al precipicio se asustó, alzándose sobre las patas traseras. Cassandra tiró con fuerza de las riendas de ese lado para dominarlo, pero solo consiguió que se agitara más alterado y comenzara a corcovar, lo que provocó que sus pezuñas resbalaran sobre el fango del camino, muy al borde ya del barranco. Sobresaltada, la vizcondesa sujetó las correas como pudo, pero era demasiado tarde para controlar al animal.

—¡Afloja, vamos a matarnos! —gritó su hermana para hacerse oír sobre el fragor de la tormenta.

Los caballos, aterrorizados ya, emprendieron una alocada carrera, ambas muchachas se vieron lanzadas contra el asiento y Cassandra perdió las riendas. Las ramas de los árboles golpeaban el lateral del carruaje, que se ladeó peligrosamente hacia la derecha. Nicole, jugándose la integridad, se irguió un poco para tratar de alcanzar las correas, pero los tumbos que iba dando el faetón se lo impidieron. Los animales resbalaban y el coche se inclinaba demasiado hacia el terraplén. En uno de los bandazos volcaron, precipitándose hacia la corriente entre los relinchos de espanto de los animales y el grito de terror de las dos hermanas.

Nicole salió despedida hasta chocar contra el suelo, rodó después ladera abajo y arrastró consigo piedras y arbustos que golpearon su cuerpo sin compasión durante la caída.

Cassandra, paralizada por el miedo, todo lo que hizo fue asirse con fuerza a su asiento como a su tabla de salvación y seguir gritando despavorida.

Escuchó un gemido lastimero, pero no logró identificarlo como suyo porque algo le taladraba la cabeza, como si le estuvieran martilleando y fuera a estallar, con un dolor que se le extendía por todo el cuerpo. Sin abrir los ojos siquiera intentó moverse y fue tal el dolor que se expandió por su interior que volvió a sumergirse en la oscuridad.

Fue mucho después cuando despertó, pero los párpados le pesaban demasiado, como si las pestañas se negaran a separarse. Recordó el malestar, que no había desaparecido, pero era más soportable.

—¿Puedes oírme?

Fijó la mirada, aún algo borrosa, en un hombre joven, de cabello dorado y gesto preocupado, que se inclinaba sobre ella. Claro que le oía. ¿Por qué se lo preguntaba? ¿Por qué le dolía todo y estaba acostada?

—Lo que ahora necesita es descansar —dijo alguien en tono imperativo.

Ella ladeó un poco la cabeza para ver quién acababa de hablar. Se trataba de otro hombre, alto, moreno, de rasgos angulosos y severos. No conocía a ninguno de ellos y la inquietud comenzó a desazonarla. ¿Dónde estaba? ¿Quiénes eran esos hombres?

El rubio le pasó un paño húmedo por la frente, un gesto que recibió como una bendición porque notaba el cuerpo ardiendo.

—Duerme, Cassandra.

¿Cassandra? ¿Por qué la llamaba así? Se le cerraron los ojos y se sumió, una vez más, en el bendito sosiego de la inconsciencia.

Daniel Bridge hizo una señal a quien había permanecido en el cuarto, casi fuera del campo de visión de la paciente, y le indicó que saliera con él. Ya en el exterior de la habitación, le dijo:

—Tardará en recuperarse, es un milagro que esté viva.

—Haz cuanto puedas por ella. Si me necesitas, estaré en el pabellón de caza.

—Deberías estar aquí.

—No soy médico como tú. Solo estorbaría.

—Ella querrá verte a su lado cuando recobre de nuevo la conciencia.

Rowland estiró los labios en una sonrisa tan irónica como irritante.

—Lo dudo mucho.

—Debo insistir, Jason.

Por toda respuesta, él cruzó las manos a la espalda y se quedó un momento callado. Tenía razón, lo correcto era quedarse allí, su esposa acababa de sufrir un accidente que casi se la había llevado al otro mundo y lo adecuado era que permaneciera a la cabecera de su cama. Al menos eso era lo que se esperaba de él. Sí, seguro que se trataba de la imagen que debía mostrar. Pero se negaba a aparecer como el esposo consternado por el suceso cuando era de dominio público la tormentosa y muy escasa relación que los unía. Por si ello no fuera suficiente, había pasado casi un año desde que partiera a España y era de sobra conocido que su esposa no era de las que se quedaban en casa para guardar su ausencia. Interpretar no iba con él.

Daniel no solo era el médico de la familia. Era, además, un amigo y una excelente persona. Cumplidor y educado, nunca se saltaría una maldita norma de conducta. Como tampoco lo haría su propio padre, atento y fiel seguidor de las buenas costumbres. Desde luego eran un ejemplo a seguir. Lo malo era que, tratándose de su esposa, él se resistía a imitar su comportamiento.

—Quiero que se recupere —aseguró sin dudar—, no soy un monstruo. Ahora bien, si pretendes que represente la pantomima de velarla como el marido amantísimo...

—Es que eres su marido. Y ella, por mucho que os hayáis peleado, por mucho tiempo que hayas estado ausente, es tu responsabilidad te guste o no.

Jason se sublevó porque Daniel le colocaba ante un hecho inapelable. Cassandra era su responsabilidad, decía su amigo. Lo era, sí, y maldita la gracia que le hacía. Y todo por seguir casado con una mujer a la que entregó cariño y que le devolvió desprecio. Definitivamente, tenía asuntos más importantes que atender que estar pendiente de su esposa.

—Tengo que irme.

—Escabullirte no va a hacer que desaparezca tu problema, solo dilatará el momento de enfrentarte a él, Jason.

—¿Y quién te ha dicho que quiera hacerlo? Estamos de maravilla como estamos: cada uno por nuestro lado.

Daniel no le replicó porque Jason no le dio ocasión. Echó a andar y se alejó, y luego bajó los tramos de escalera como si le persiguiera Lucifer.

— ¿Cómo te encuentras hoy?

Ella miró con atención aquel rostro; lo había visto con anterioridad, aunque no era capaz de recordar dónde ni cuándo.

—No lo sé —respondió con voz enronquecida.

Daniel la ayudó a incorporarse, le mulló los almohadones y los colocó de modo que pudiera quedar sentada para que bebiese un poco de agua.

Los ojos de la muchacha recorrieron el espacio en el que se encontraba: una habitación donde primaban los tonos blancos y dorados en la tapicería de los sillones y en las cortinas que, al encontrarse abiertas, daban acceso visual a una amplia terraza con macetas de crisantemos blancos y púrpuras. Se preguntó qué lugar era aquel que no reconocía en absoluto. Al girar el cuello, un dolor agudo le taladró la cabeza, quiso llevarse la mano a la zona dolorida, pero la persona que estaba a su lado se lo impidió.

—No te muevas demasiado. Tienes una buena brecha que no ha cicatrizado aún, aunque por suerte para ti no se notará cuando lo haga, no te inquietes. —Ella obedeció y él añadió al agua algunas gotas de un frasco marrón antes de acercárselo a los labios—. Bebe, te hará bien.

Así lo hizo, bebió un poco, aunque el sabor resultó desagradable.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy?

Eran preguntas que dejaron a Bridge asombrado y le hicieron fruncir el entrecejo.

—¿No me reconoces? —Supo que no por su mirada asustada—.

¿Recuerdas algo del accidente?

—¿Qué accidente?

—El faetón en el que viajabas se precipitó al río, Cassandra. Debiste salir despedida y en la caída te golpeaste contra las rocas en la cabeza. Nada demasiado grave si se tiene en cuenta dónde y cómo se produjo. Los cardenales y las contusiones desaparecerán en unos cuantos días, pero deberás guardar cama un poco más.

«¿Cassandra?» Se estaba produciendo un error, ella no se llamaba así y, sin ser consciente, lo expresó en voz alta.

Daniel parpadeó atónito.

—Entonces... ¿cómo te llamas?

Ella abrió los labios, pero no salió ni una sílaba de su boca. «¿Cómo se llamaba?» El pánico más absoluto se reflejó en sus hermosos ojos, un escalofrío recorrió su columna vertebral y sus dedos se engarfiaron en la ropa de cama.

—No... lo... sé —gimió—. ¡No puedo recordarlo!

Estaba tan confundida y tan desorientada que a Daniel le dio un poco de lástima.

—El golpe te ha dejado algo aturdida, solo es eso. Debes descansar.

El láudano estaba haciendo su efecto y poco después su rostro se relajó y se fue quedando adormilada. Él se entretuvo unos instantes en contemplar sus rasgos. Desde el primer momento en que la vio le pareció preciosa y, a pesar de los cardenales, lo seguía siendo. Ahora, además, incluso se diría que parecía más joven; dormida, su rostro se dulcificaba, característica que nadie atribuiría a Cassandra. Tampoco él. Su obligación como médico era curar sus heridas y que se restableciera; ahí acababa todo. Sentir simpatía hacia ella no era su cometido. Porque Cassandra Rowland se había ganado a pulso la animadversión de cuantos habitaban en Creston House, incluida la suya.

Se levantó, cerró las cortinas hasta dejar el cuarto en penumbra, salió sin hacer ruido y bajó al piso inferior. En el camino hacia el despacho de Jason se cruzó con el mayordomo.

—¿Ya ha despertado milady, señor?

Daniel se pasó una mano por el rostro y respondió:

—Sí, pero ahora duerme. Necesito de un lacayo para que vaya a Londres ahora mismo, señor Till.

—¿Debo suponer, entonces, que se encuentra peor?

—Solo quiero que el doctor Goldman nos dé su propio diagnóstico, la vizcondesa ni siquiera recuerda su nombre.

—¿Y no es eso algo razonable tras un percance como el que ha sufrido, doctor?

—Está muy confusa, desde luego. Lo lógico es que recupere la memoria, puede que en unas horas o en unos días. Pero vamos a cerciorarnos porque también es posible que no lo haga. Por desgracia, no sería el primer caso.

—¡Dios bendito! ¿Cree conveniente que pida permiso a milord para avisar al servicio?

—Esperemos a ver qué dice el doctor Goldman, mientras tanto guarde silencio. Ahora, tráigame a ese lacayo, señor Till, haga el favor.

—Ahora mismo, doctor.

Un día después, tras examinar a la paciente, Goldman recogió su maletín. Aunque la joven se interesó por su opinión, él se limitó a decir:

—Conviene que mañana empiece a dar cortos paseos al aire libre, si se encuentra con ánimo. Evite los movimientos bruscos, la molestia del cuello es una simple contusión. Y no se preocupe, todo se arreglará, lady Wickford.

—¿Y bien? ¿Cuál es su diagnóstico, doctor? —preguntó Bridge en cuanto estuvieron en el piso de abajo, en uno de los salones, frente a una copa.

—Amnesia. He visto casos semejantes y ahora mismo no puedo decirles nada en concreto. Una persona almacena datos y recuerdos en su cerebro y es capaz de evocarlos cuando los necesita, pero a veces, tras un accidente como el que nos ocupa, el enfermo se bloquea porque se resiste a recordar unos hechos que le resultan dolorosos. Hay otras ocasiones en que el paciente recuerda quién es,

dónde vive y, sin embargo, no se acuerda del accidente en sí. Y en otros casos, se crea una especie de zona en blanco en la que se arrincona todo lo vivido con anterioridad. En fin, que la mente humana es compleja.

—¿Quiere eso decir que no hay tratamiento? —intervino Jason. Incómodo por las palabras cruzadas con Daniel, pensó que sería mejor dar su brazo a torcer para no enconar más las cosas, de modo que, en lugar de quedarse en el pabellón de caza, regresó a dormir a la mansión.

—No que yo conozca, milord. Lo siento. Solo podemos dejar que la enfermedad siga su curso. Pero no deberíamos ser pesimistas: su esposa es joven y fuerte y como no detectamos lesiones internas es razonable pensar que, poco a poco, va a ir recuperando la memoria.

—En su opinión, doctor Goldman: ¿conviene forzarla a recordar? —preguntó Daniel.

—No. Si lo intentamos podría ser contraproducente. La paciente necesita recordar, pero si se le coacciona tal vez provoquemos el efecto contrario, que su mente se cierre del todo. Por supuesto, eso no quiere decir que no se le vayan facilitando datos de lo sucedido, pero como comentarios ocasionales, sin presiones, para ver cómo los asume y cómo va reaccionando. Estoy siempre a su servicio, de modo que, si hay novedades háganmelo saber de inmediato.

Leonard Willis expuso ante Rowland una serie de documentos.

—Le presento un balance actualizado de la S.R. Company, milord, y el borrador del contrato para el nuevo despacho en Oxford Street — indicó, haciéndose a un lado y permaneciendo en pie junto al asiento.

—¿Cómo debo entender las cifras del negocio durante mi ausencia?

—Si nos atenemos a los números, el aumento de las ventas se ha triplicado, milord.

Jason ladeó la cabeza para observar a su secretario, reticente como siempre porque, según él, dirigir una empresa no era el vehículo más apropiado para apuntalar su posición; se lo había insinuado en alguna ocasión. De hecho, era frecuente en la aristocracia vivir de rentas sin ocuparse de negocio alguno. Pero él se había propuesto ampliar su fortuna por sí mismo, no conformarse con lo que le vino dado, y estaba orgulloso de la sociedad que puso en marcha.

—Por lo que veo, nuestros clientes han aumentado, e incluso estamos igualando en ventas a Andrew Pears. No será fácil ganarle, lo sé; desde que sacó al mercado su jabón de glicerina sin plomo ni arsénico no ha parado de abrir despachos por toda Inglaterra.

—Entonces, milord, nosotros deberíamos centrarnos en exportar nuestros jabones perfumados al resto de Europa.

Jason se congratuló de lo que oía y sonrió a su empleado. Confiaba en él, lo mantenía informado, dedicaba todo el tiempo a su cometido y le gustaba cómo manejaba su trabajo. Se dijo a sí mismo que había sido un acierto contratarle.

—Eso es, Willis, valorando siempre el lado positivo.

—¿De qué otra forma puede tomarse uno la vida, milord?

Rowland no contestó y se centró en los documentos. Admiraba a su secretario porque, a pesar de que la enfermedad se cebó en él siendo un niño, dejándole lisiado de por vida, nunca exteriorizó su infortunio y siempre solía mirar hacia delante.

—Le reitero mi pesar por la delicada situación de milady —dijo Willis de pronto—. Si en algo puedo ser de utilidad...

—Nadie puede hacer nada, salvo contestar a las preguntas que ella vaya formulando, pero se lo agradezco. —Corrigió un par de puntos del contrato antes de devolverle la carpeta—. Bien. Que redacten el acuerdo definitivo, por favor.

—Lo tendrá mañana mismo, milord.

Apenas salir del despacho, el afable gesto de Willis se tornó en otro agrio y su mirada se clavó en las escaleras que ascendían al piso superior. ¿Hasta dónde habría olvidado ella? ¿Qué recordaba y qué no? ¿Sería consciente de la relación que los unía? Nunca debió haber entrado en su juego, pero ella era muy hermosa y cayó en sus garras sin darse cuenta. Al principio, dado que era el administrador de Rowland, solo desvió fondos de la empresa para hacer frente a las deudas de juego de Cassandra. Eso, de alguna manera, podía tener cierta justificación ante Jason, si llegaba a enterarse, porque al pagar a los acreedores de su esposa había evitado un posible escándalo. El problema era que, a los primeros hurtos, siguieron otros en beneficio propio.

Cassandra tenía por qué callar, la tenía en sus manos y si las cosas se ponían feas, él podía presentar una prueba en su contra. Sin embargo, no se fiaba de ella, era una arpía capaz de escapar del infierno, aunque Satanás la tuviera sujeta por el gaznate.

—¿Ya se encuentra con ánimo para levantarse, milady? —preguntó la criada, una chica joven de cabello rubio y pecas en la nariz, al ver que su señora echaba a un lado la ropa de la cama y ponía los pies en el suelo—. Aguarde un momento y avisaré al doctor Bridge.

—No es necesario que le molestes.

La sirvienta se apresuró a elegir uno de los vestidos colgados en el armario y lo dejó sobre el respaldo de una butaca, pero la muchacha miró la prenda, que no pareció complacerla del todo.

—¿Es que no tengo algo más discreto en mi guardarropa?

—Claro que sí, milady. He pensado en este porque es uno de sus favoritos de tarde.

A decir verdad, era francamente bonito, de muselina amarilla, de caída en liso, con un fruncido liviano en los costados. Tal vez un poco refinado para andar por casa. Por otra parte, se encontraba desorientada y el tratamiento que le daba la muchacha le parecía que correspondía a otra persona. No estaba de ánimo para pruebas de ropero, así que acabó asintiendo. Después de lavarse, permitió que la chica la ayudase a vestirse y luego, sentada frente al espejo de la coqueta, que recogiese su largo cabello.

—O es mi vista o tengo la palidez de un cadáver, ¿no crees? —Se quejó al fijarse en su rostro demacrado y las oscuras ojeras.

La criada no contestó. Mientras la peinaba, había estado observándola con disimulo a través del espejo y coincidió con su señora en que estaba demasiado pálida. No era extraño después de más de una semana en la cama y apenas habiendo probado bocado. Notó que se fijaba mucho en su propia imagen, como si no se reconociese y, por su cuenta, sin preguntarle siquiera, tomó una brocha de una caja para aplicarle un poquito de colorete en las mejillas, apenas unas pasadas. Luego mojó un delgado pincel en el contenido de otro estuche diminuto y se lo pasó por los labios para darles un poco de frescura y brillo.

—Es la primera vez que uso estas cosas. —Se pasó un dedo por el labio inferior—. ¿Cómo te llamas?

—Eloise, milady —repuso la chica, que ya estaba advertida, como el resto del servicio, de la enfermedad que padecía; no se extrañó ni del comentario acerca de los cosméticos ni de que le preguntara su nombre.

—Gracias, Eloise. Y ahora, ¿puedes acompañarme, por favor? No estoy demasiado segura de que me sostengan las piernas.

La criada no se creyó lo que acababa de oír. Durante unos segundos

ni se movió, fija la mirada en la dama para la que trabajaba desde hacía más de un año. Mil veces, desde que entró a sus órdenes, maldijo haber aceptado ese trabajo, pero necesitaba el buen salario que le pagaba el conde para mantener a su madre y a sus hermanos pequeños. No podía permitirse el lujo de renunciar, por mucho que lo pensara. Y en más de una ocasión lo había hecho porque, desde que la destinaran para atender a aquella mujer como su camarera personal, no había recibido de ella más que insultos, órdenes secas y desprecios. Y hacía un instante...

—¿Qué te sucede?

—¡Oh! ¡Nada, milady! —De inmediato le ofreció a la vizcondesa el brazo para que se apoyara en él y recibió en compensación una sonrisa de agradecimiento que la dejó más aturdida.

La joven bajó las escaleras despacio, sin atreverse a soltarse porque notaba las rodillas de gelatina. Aprovechó el lento descenso para familiarizarse con la casa. Desde que despertó solo tenía en mente su habitación, de la que seguía sin recordar ni un solo detalle, y se aprestó a identificar algo reconocible en el resto de la vivienda. Pero ni los cuadros que colgaban de las paredes ni los búcaros llenos de flores, las mullidas alfombras o a las impresionantes arañas que pendían de los altos techos le resultaban conocidas. Muy al contrario, aumentaba su angustia y atizaba su incertidumbre. Si en realidad vivía allí, ¿por qué todo le era ajeno? ¿Por qué se acentuaba su certeza de haber ido a parar a un lugar al que no pertenecía? ¿Cómo era posible que no hubiera reconocido a su asistente ni se acordara de uno de sus vestidos favoritos, según Eloise? Le sobrevino un agobio que la llevó al borde de las lágrimas de pura frustración, pero se rehízo al ser preguntada.

—El doctor se encuentra en el salón verde. ¿Desea reunirse ahora con él?

—¿No molestaré? No pretendo ser un incordio para nadie.

Visiblemente intranquila, hizo girar la pulsera de jaspe verdoso que llevaba en la muñeca izquierda.

—Por supuesto que no, milady —manifestó Eloise, incrédula por lo que estaba oyendo—. Estará encantado de verla recuperada, y

también el señor conde se alegrará cuando regrese.

—¿El conde?

—Su suegro, milady.

¡Su suegro! ¿Qué estaba pasando allí? ¿Es que estaba casada? Se le hizo un nudo en la garganta porque de pronto, abriéndose paso entre la neblina que ocultaba sus recuerdos, visualizó la imagen de una mujer completamente vestida de negro, cuyo rostro se desdibujaba tras un velo, que descendía por una escalera. No la misma por la que bajaba ahora. No. En su alucinación, se representó un lugar que no tenía nada que ver con aquel, era una posada. Y la mujer le sonaba muy familiar. Se sobresaltó y perdió el resuello cuando la figura de su visión se reflejó en un cristal.

¡Era ella!

¡Era ella vestida de luto!

—¿Cuándo falleció mi esposo? —preguntó sin apenas voz.

A Eloise le dio un golpe de tos tan fuerte que se le saltaron las lágrimas. Recobró la respiración y, sin disimular su espanto, se santiguó repetidas veces.

—¡Quiera Dios que al amo no le pase nada!

—¿Que no le pase...?

—Su esposo, milady, el vizconde de Wickford, se encuentra en perfectas condiciones y hace pocos días que regresó de su viaje a España.

Ella, perpleja, no entendía nada. Luego, no era viuda, sino que estaba casada. ¡Casada, por el amor de Dios! Entonces ¿por qué en la visión que acababa de asaltarla y que apenas duró unos segundos se vio vestida de luto? No acertaba a explicárselo. Y ¿quién era su supuesto marido? De repente se encontraba unida a un hombre desconocido, del que no veía su rostro, del que nada sabía y entró en pánico.

—Creo que no me encuentro todo lo bien que imaginaba —gimió, agarrándose al pasamanos—. Volvamos arriba.

—Pero, milady..

—Por favor.

Eloise estaba tan confundida que no encontró palabras. Se limitó a

tomarla del codo temiendo que su señora fuera a desmayarse allí mismo y la acompañó de nuevo a la habitación. Nada más entrar, su joven ama se dejó caer en uno de los sillones, con el rostro demacrado.

—¿Preferiría acostarse, milady?

—No. No, no, se me pasará, solo ha sido un ligero mareo. Muchas gracias por ser tan paciente conmigo.

—Llamaré al doctor Bridge —resolvió la criada, segura ya de que su ama necesitaba la ayuda del médico.

—Prefiero que... —No dijo más porque ya no había nadie en la habitación a quien dirigirse.

Entonces sí que fue presa del miedo. Con pasos trémulos, haciendo un esfuerzo para que las piernas no le fallasen, llegó hasta la coqueta y se apoyó en ella. En el espejo, de madera tallada policromada en pan de oro, se reflejaba su cara. La cara de una mujer joven que, por su expresión, pudiera haber sido visitada por el mismísimo Señor de los infiernos. Se tocó los párpados, la nariz, los pómulos, la barbilla... ¿Qué le estaba pasando? Sollozó y luego empezó a absorber aire aceleradamente porque se ahogaba.

—¿Te encuentras bien? Eloise dice que...

Ella, sorprendida, se giró en redondo hacia esa voz desconocida y a punto estuvo de caerse de bruces. Por fortuna, el sujeto que acababa de entrar llegó a tiempo de evitarlo y la joven se encontró atrapada en unos brazos fuertes y musculosos que, por algún motivo, hicieron que se sintiera reconfortada.

Pero cuando alzó los ojos hacia aquellos otros oscuros e insondables, orlados por espesas pestañas, fijos en los suyos con una mezcla de arrogancia e indiferencia, le pudo el desánimo y perdió el conocimiento.

Ante su rostro exangüe, Jason estuvo confundido por un instante, unos pocos segundos. Pero como conocía las triquiñuelas de su esposa no se dejó convencer por un desmayo que, a buen seguro, era fingido. Por supuesto, cargó con ella y la llevó hasta su cama.

Ni siquiera sabía por qué se decidió a subir a su habitación tras oír el aviso de Eloise. De manera mecánica se adelantó a Bridge, que leía el informe del doctor Goldman.

¿Desde cuándo no entraba en ese cuarto? Tal vez lo hacía en ese momento incitado por la curiosidad de saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar ella con otra de sus pantomimas. No había duda en cuanto a sus moratones y su brecha en la cabeza, pero más allá de eso, casi apostaba por que estuviera representando su escena a cuenta de la presunta amnesia.

Algo tramaba, estaba convencido.

«Lástima que a mí ya no puedas engañarme.»

Así estaba elucubrando cuando apareció Daniel, seguido por la nerviosa criada.

— ¿Qué ha pasado?

— Mi flamante esposa es víctima de un desvanecimiento, no sé si real o no.

Bridge se lo quedó mirando con el reproche expresado en sus ojos y luego se apresuró a examinar a la joven.

— No está aparentando nada.

— ¿De veras?

— ¿Por qué no nos dejas a solas, Jason?

—Sé que no compartes mi actitud, pero me gustaría saber cómo acaba la función.

A Daniel le desagradaba tanta causticidad. Pocas veces perdía la paciencia, pero su amigo estaba resultando desagradable y alguien tenía que ponerle en su lugar. Le pidió a Eloise que esperara un momento fuera y, ya a solas, se enfrentó a Jason

—He dicho que te vayas. Aquí el médico soy yo y, a menos que quieras prescindir de mí, no voy a permitir que te burles de mi paciente ni de mi trabajo. Tus problemas y tus diferencias con ella no son de mi incumbencia, pero este no es momento ni lugar para que los saques a colación. Menos aún, delante del servicio.

Rowland notó que le palpitaba una vena en la sien izquierda. Pocos hombres se atrevían a hablarle como acababa de hacerlo Daniel y, de haber sido otro, ahora estaría contando los dientes esparcidos por el suelo. Pero no se le olvidaba lo mucho que le debía a Bridge. De no ser por él, el riesgo que corrieron Alan y Ken sacándole más muerto que vivo del infierno que se desató en Leipzig, de poco hubiera servido. Daniel no solo evitó que le amputaran una pierna por la que nadie daba un chelín, también le obligó a que siguiera viviendo exhortándole y exigiéndole que reaccionara cuando ya se daba por vencido. Su trabajo abnegado y su dedicación como médico, en las durísimas condiciones de un campo de batalla, le granjearon el respeto y la admiración de mandos y tropa. Y de él en particular, su eterno agradecimiento. Así fue cimentándose la amistad de la que disfrutaban.

Más tarde, ya en la vida civil, Jason le convenció para que se convirtiera en el médico de la familia y Bridge accedió de buena gana porque, aparte de los numerosos elogios recibidos, nada tenía, ni siquiera un trabajo digno.

Se calló y dio media vuelta para irse. Giró la cabeza y observó a su amigo que, con delicadeza, paciencia y la ayuda de la criada, a la que había vuelto a pedir entrar, desnudaba a Cassandra para meterla en la cama y arroparla luego.

¿No era un tanto miserable su comportamiento? ¿Y si en realidad ella no fingía? ¿Y si era cierto que el golpe en la cabeza había

provocado que no se acordara de nada? No conseguía ahuyentar sus dudas; en cualquier caso, si su esposa intentaba engañar a todos con otra de sus tretas, al final acabaría descubriéndose. Lo mejor era esperar y dejar que se ahorcara con su propia soga.

A pesar de todo, sin embargo, no pudo alejar una reacción lasciva viendo a aquella mujer tan solo con la liviana camisola que llevaba debajo del vestido. Su piel seguía siendo de alabastro, dañada ahora por sus contusiones en brazos y piernas; el cabello, lustroso. Y sus labios, tan carnales como cuando él los besaba loco de deseo.

Se maldijo por querer evocar un pasado que ya no iba a volver y acabó por salir de allí. ¿No era inaudito que se le despertara alguna atracción por semejante persona? ¿O es que no conseguía separar a la mujer que ahora veía de aquella bruja de ojos azules de la que se creyó enamorado?

Una vez acostada la joven y al abrigo de las ropas de cama, Daniel se dirigió a la criada.

—Estaré abajo. Avísame cuando despierte.

—Lo haré de inmediato, desde luego. Doctor... ¿es posible que un accidente como este llegue a cambiar incluso el carácter de milady?

—¿A qué te refieres?

—Pues no estoy segura, pero la encuentro extraña, como si no fuera ella. Por preguntas y detalles da la sensación de ser otra persona. Tal vez es que yo veo cosas que no son, no me haga mucho caso.

—Muy bien, sigue atenta y no dejes de contarme cualquier comportamiento poco usual.

—Por supuesto, doctor.

Daniel echó una última ojeada a la enferma y suspiró. Estaba realmente cansado después de pasarse varios días a la cabecera de su cama. Gesto que, por descontado, ella no le iba a agradecer ni por lo más remoto, pero era su deber y lo cumplía.

— ¡Esto es increíble!

La exclamación hizo que Eloise se volviera hacia su señora, extrañada. Cargada con las toallas usadas tras el baño, se acercó a ella y echó un vistazo a la larga fila de vestidos que colgaban en el armario, convencida de haber hecho algo que desagradaba a lady Wickford y que, por consiguiente, bien pudiera caerle una buena regañina o incluso un sopapo. Pero no. La vizcondesa se limitó a mirarla con el ceño fruncido y una expresión azorada.

— Yo no he podido comprar esta cantidad de ropa.

— Le gustan las cosas bonitas, milady.

Ella se alejó del armario pasándose la mano por la frente para acercarse hasta el vestido que descansaba a los pies de la cama y que Eloise había elegido para ella poco antes. Ya entonces le pareció ostentoso, por lo que quiso ver los que había en el ropero; para su sorpresa, excedían en una cantidad desmedida. Era imposible que ella, por mucho que le dijesen, hubiera encargado confeccionar todo aquello.

— Preferiría uno más sencillo, Eloise, por favor.

— ¿Sencillo, milady?

— Eso he dicho.

La chica dejó las toallas en el suelo y, tras dar unas pasadas por los colgadores, se decidió por una pieza verde claro con ribetes blancos en el bajo y en el escote, que le mostró a su señora. Recibida su aprobación, la ayudó a vestirse.

— Eloise, si eres tan amable, antes de bajar me gustaría que me

señalaras los nombres de quienes componen el servicio. No me gustaría que creyeran, si no los reconozco, que soy una desconsiderada.

—Nunca pensarían eso, milady.

—Aun así, lo prefiero.

—Bien. Pues está el señor Till, el mayordomo; la señora Page, que es el ama de llaves; Perkins, el ayuda de cámara de su esposo y de lord Creston cuando viene; la señora Fox es la cocinera. Y luego, están los lacayos, los ayudantes de cocina, los jardineros, los cocheros...

—Un momento, ¿de cuántas personas estamos hablando?

—Treinta. Bueno, no, treinta y uno; hace tres días se contrató a un lacayo nuevo.

—¡Santo Dios! Pero si en mi casa nunca ha habido más de siete criados. ¿Tan grande es la propiedad?

Eloise se quedó muy callada tras ella. Acabó de abrocharle el vestido y luego, siguiendo las instrucciones del doctor, preguntó como de pasada:

—¿Puedo saber dónde vivía antes de venir a Creston House, milady?

Ante la pregunta, empalideció. ¿Dónde vivía antes? ¿Por qué había recordado de repente el número de sus criados, si ni siquiera estaba segura de llamarse como le había dicho el médico?

Con el transcurso de los días y los constantes cuidados que le habían prodigado, ciertamente se había recuperado. Pero solo desde una perspectiva física, porque su mente continuaba bloqueada y solo, de vez en cuando, tenía percepciones fugaces de otras personas y lugares. ¿Era posible que estuviera recuperando la memoria poco a poco? A esa esperanza se aferraba porque, si no lo hacía pronto, acabaría volviéndose loca.

—Un día de estos podré contestarte —repuso con voz trémula.

—Sí, milady. Permítame, la acompaño al piso inferior.

—Ve a hacer tus cosas, me las apañaré.

—¿Está segura, señora?

—Lo estoy, no te preocupes.

Eloise, dudando aún, recogió las toallas y se marchó.

A solas en el cuarto, la joven inspiró hondo para darse ánimo. Estaba aterrorizada y le temblaban las manos, pero debía afrontar su situación. Ella no era una mujer de carácter pusilánime ni iba a permanecer recluida en su habitación por el miedo a enfrentarse a la realidad. Dios quisiera que pudiera recordar algún rostro más porque, de momento, solo tenía presentes la cara del doctor Bridge y la de Eloise.

«¿O tal vez no?», se preguntó.

A su mente acudió en tromba otro semblante, que enseguida desapareció. Unos rasgos que ya había visualizado, pero como si hubiera sido en sueños: los de un hombre de unos treinta años, moreno, muy interesante y dueño de unos maravillosos ojos oscuros.

Agarró resuelta el picaporte de la puerta y abrió. En el pasillo no había nadie. Se acercó al pasamanos de la escalera y se inclinó para echar un vistazo abajo, admirando y recreándose en el lujo y el buen gusto de aquella casa que no reconocía en absoluto.

—¿Cómo es que te ha dado por ponerte ese vestido?

La profunda voz a su espalda la sacó de su ensimismamiento. Giró en redondo y se encontró frente a frente con aquellos ojos casi negros que apenas acababa de evocar: los de un hombre que la miraba con fijeza, con una intensidad que la azoraba; alto, delgado pero musculado, muy atractivo. ¿Quién era? ¿Por qué la observaba de aquel modo tan distante?

—Lo siento, pero...

—Te lo regalé en Aberystwyth durante nuestro viaje de novios y nunca te dignaste a usarlo —cortó él—. Me alegra ver que has cambiado de idea.

Ni siquiera le dio tiempo a responder. Dejándola con la palabra en la boca, el sujeto en cuestión pasó por su lado, como si ella no existiera, para bajar presuroso las escaleras.

No se encontraba allí su esposo, que por las explicaciones de Bridge no era otro que el sujeto con el que se cruzó en la galería. Si estaban casados, ¿por qué no le había visto en días anteriores? Que ella supiera, ni había hecho acto de presencia en su cuarto, como si estuviera poniendo distancia entre ellos. No parecía lógico que estando enferma no le prestara la más mínima atención.

A pesar de lo cual agradecía encontrarse a solas con el doctor Bridge, por mucho que se viera como una pulga en un comedor de aquellas dimensiones, sentada a una mesa para veinticuatro personas, rodeada de sillas de respaldo alto, en la que solo ellos dos ocupaban algún espacio.

Intentó tomar algún alimento, pero un nudo en la boca del estómago se lo impedía.

—Daniel, me ha parecido entender que esta propiedad pertenece al conde, a mi... suegro.

Él levantó la cabeza, dejó su cubierto a un lado y se limpió los labios. Había pedido a la joven que le llamara por su nombre de pila como un ejercicio de memoria más, para ver su reacción. Un mes atrás, ni se le hubiera ocurrido. Ella siempre se dirigía a él como «doctor», y eso cuando se dignaba a hablarle. Desde que despertó, él no dejaba de estudiar sus reacciones, la sondeaba sin que ella fuera consciente y trataba de averiguar hasta dónde podía estar afectada su mente.

—En efecto, así es. Pero pasa casi todo el tiempo en su propiedad de Brighton, así que Jason y tú os trasladasteis aquí después de la

boda porque a ti te gustaba. La casa que tenéis en la ciudad, en Hannover Square, apenas la habéis usado.

—Entiendo. Y ¿por qué me rehúye mi esposo?

—Eso deberías preguntárselo a él.

—Te lo estoy preguntando a ti. Por supuesto, preferiría que fuera él quien respondiera a mis dudas, pero por lo que estoy descubriendo, salvo Eloise, a la que no le queda otro remedio que atenderme, todo el mundo intenta hacerse invisible para mí.

Daniel no pretendía aclararle por el momento los motivos que tenía el servicio para mantenerse tan lejos de ella como les fuera posible. Ella debía ir recordando poco a poco por sí misma, dando por sentado que no hubiera lesión cerebral, tal como les recomendará actuar su colega especialista. Porque descubrirle de repente la persona que era podría, tal vez, provocarle un fallo mental de consecuencias imprevisibles.

Pero, además del factor médico, estaba el lado humano. Y le desconcertaba que la mujer frívola, incluso desagradable que era Cassandra Rowland apareciera ahora tan frágil, tan angustiada y atribulada, como un pajarillo encerrado en su jaula.

—Nadie te rehúye —mintió. Sabía él por medio de Eloise, al igual que lo sabía el resto de los criados porque eran inevitables los cotilleos, el enigmático cambio en la actitud de la vizcondesa. Y ella, agradeciendo con una sonrisa cada servicio que se le prestaba, algo impensable hasta que ocurrió el accidente, no hacía más que aumentar las habladurías y los celos entre el personal—, pero te comportas de modo diferente a como solías y es lógico que todos estén confundidos.

—Y... ¿cómo me comportaba antes?

—Diferente —repitió sin querer aclararle más.

—Entiendo.

Daniel se recostó en la silla y analizó en silencio sus gestos mientras ella continuaba removiendo la comida con el tenedor, con escasa intención de tomársela. La prudencia de la joven, al menos en apariencia, hacía que él mismo dudara pensando si, como decía Jason, pudiera estar interpretando. Pero por más que lo intentaba, él

no encontraba un motivo para tal pantomima.

—En el armario de mi habitación no cabe ni un alfiler, ¿cómo es eso? —dijo ella, alzando de pronto los ojos hacia él.

—Supongo que de ese asunto sabe mucho más Jason, o incluso Eloise, que yo. Hasta donde tengo entendido, te desvives por la ropa. Por la ropa cara —apuntilló— y la más novedosa.

—Pues es curioso, porque el único vestido de mi gusto es el que llevo ahora y.. —Se quedó callada al recordar el desdén con que su esposo le preguntó por qué se lo había puesto. ¡Su esposo! No conseguía hacerse a la idea—. ¿Es posible que un golpe en la cabeza pueda haber variado mis gustos en el vestir de forma tan drástica?

—No sabría decirte. La medicina no es una ciencia exacta, avanza día a día en casi todas las especialidades, pero la mente permanece aún en el campo de la gran desconocida. Sea como fuere, has escogido un vestido muy adecuado, es bonito y te sienta bien.

—Gracias.

—Creo que deberías empezar a familiarizarte con la casa y el entorno, si estás con ánimo. Reencontrarte con tus lugares cotidianos y con las personas de convivencia común, seguro que te ayudará a ir recordando.

—Me encantaría dar un paseo, el doctor Goldman me dijo que lo hiciera cuando tuviera fuerzas. ¿Te importaría hacer de cicerone?

—Por supuesto que no. Soy tu médico, ¿no? He de vigilar cada paso que des y tus reacciones.

—Eso ha sonado a obligación —protestó ella y arrugó la nariz en un gesto tan gracioso que arrancó una sonrisa a Daniel.

La casa resultó no ser tal: era un auténtico palacio con salas y habitaciones por aquí y por allá. Le agradó sobremanera la biblioteca, con paredes cubiertas de estanterías repletas de volúmenes y textos de todo tipo. A través de los dobles ventanales que se abrían al jardín se colaba a raudales la luz en la sala, que iluminaba los oscuros sillones tapizados de cuero frente a la chimenea, e invitaba al aislamiento y la lectura. Se prometió aprovecharla mientras se recuperaba por completo.

Y encima de la chimenea, un escudo de armas: dos leones

rampantes flanqueaban un penacho de plumas azules y, a los pies, dos espadas cruzadas con una banda en color granate en la que rezaba un lema: Dignidad y Nobleza.

—¿Es el blasón familiar?

—El primer conde de Creston obtuvo su título de manos de la mismísima Isabel I.

—¿Mi esposo hace honor a la divisa?

«Desde luego que sí», pensó Daniel, aunque no respondió.

—¿Qué te parece si damos una vuelta por el exterior? El día está agradable y quizá te gustaría llegar hasta el pabellón de caza.

—¿Tiene cabezas de animales disecados? —Lo preguntó con un gesto de disgusto y él se encogió de hombros dándolo por sentado—. Mejor no, me gusta verlos vivos.

—Las caballerizas, entonces. O el lago.

—Gracias, pero preferiría dejarlo para mañana. Estoy cansada de tantas habitaciones, he olvidado el número de las que me has enseñado. —Se dio cuenta de que el médico había obviado la respuesta acerca de su marido, pero nada dijo. Para bien o para mal ella estaba allí y, en algún momento, sabría por sí misma si el hombre con el que estaba casada era honorable o no—. Eso sí, me apetecería un té.

—Lo siento, discúlpame. Es imperdonable que no haya caído en que nos hemos demorado, demasiado para una convaleciente como tú.

—¡No, por Dios! —Le puso una mano en el brazo y sonrió—. No he conseguido recordar ni un solo rincón, pero me ha gustado ver la casa.

Bridge percibió una súbita corriente de afecto hacia ella. Era la primera vez, desde que Jason les presentara, que Cassandra se dignaba tocarlo; además, lo hacía con ese gesto desinhibido que ahondaba al sonreír el hoyuelo de su rostro.

—Vayamos a por ese descanso —propuso.

Daniel solicitó un servicio de té a una de las criadas y fue el propio mayordomo quien acudió con el pedido al saloncito verde. Sirvió a ambos y luego escanció una nube de leche en la taza de la muchacha.

—Muchas gracias. ¿Usted es...?

—Till, milady; el mayordomo.

—Tendrá que disculpar mi olvido; prometo recordar su nombre en el futuro, señor Till.

Las espesas cejas del sirviente se curvaron en un arco casi perfecto. Por un momento, se le encendieron las mejillas, carraspeó y apenas si acertó a inclinarse frente a ella antes de salir.

—No ha debido gustarle lo que le he dicho —murmuró como si quisiera excusarse, mordiéndose el labio inferior en un ademán que a Bridge le resultó seductor, para nada coqueto—. Creo que le he incomodado.

Daniel movió la cabeza negando, sin poder dejar de mirarla, tan asombrado que no acertaba a decir nada. La nueva Cassandra estaba resultando ser un desconcierto permanente.

—Perdona, pero es la primera vez que te oigo agradecer algo.

—¡Qué tontería! ¿Qué estás diciendo? Me educaron en el respeto a las personas que atienden nuestras necesidades.

—¿Recuerdas si tuviste un tutor?

—Pues... Pues... —Se quedó en blanco, balbuceando; se agrió su rostro, fue incapaz de responder y sus ojos se aguaron, conteniendo las lágrimas a duras penas.

—No te preocupes. Dejémoslo. ¿Está el té a tu gusto?

Ella se quedó desolada mirando la taza. Se cubrió la boca con el puño derecho y respondió un poco más calmada.

—Me gusta el té sin leche, pero me lo tomaré como me lo ha servido.

—Pero si siempre te ha gustado... —Se calló, no dijo nada más. Ella estaba pendiente de lo que él decía, con la angustia reflejada en los ojos y él supo enseguida que entraba en otra laguna mental—. ¿Recuerdas eso?

—Solo sé que quiero el té solo y sin azúcar. ¡Por Dios, voy a volverme loca!

Entonces dio rienda suelta a toda la amargura que llevaba dentro, al desconsuelo de no saber quién era ni dónde estaba, a deplorar el infortunio del maldito accidente del que había sido víctima. Y Daniel no supo cómo calmarla.

Eloise, servicial y muy diligente, demostrando que se le daba bien la costura, arregló con habilidad y en pocos minutos uno de los vestidos: eliminó una parte de los volantes del bajo y lo aprovechó para hilvanar un fruncido con el que subir el escote.

—Eres un tesoro —le agradeció el trabajo.

Antes de bajar echó un vistazo al exterior a través de los ventanales, donde el radiante sol auguraba un día maravilloso. Estaba animada y le apetecía dar un paseo por la propiedad y, sobre todo, seguir haciendo preguntas a Bridge para intentar componer el rompecabezas que era su pasado. Se cruzó con algunos sirvientes, a los que saludó con una frase amable o una sonrisa sin recibir de ellos más que una fría cortesía, y fue al encuentro del médico.

Sin embargo, no era él quien esperaba en el comedor. Por un momento, se quedó parada en el umbral. El hombre que aguardaba se levantó con desgana al verla aparecer, se acercó a un aparador rebotante de bandejas y comenzó a servirla.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió ella tímidamente.

Tardó en reaccionar; lo hizo cuando él colocó un plato sobre la larga mesa, frente a la silla que él ocupaba, y le indicó con el mentón que se sentara. Desdobló la servilleta de lino sobre sus rodillas y permaneció en silencio mientras Jason se servía a sí mismo, aprovechando para observarlo. Era más alto de lo que creyó cuando le vio por primera vez en la galería. La luz de la mañana arrancaba destellos de su cabello negro, un poco largo, y sus movimientos,

armoniosos y pausados pero resueltos, le dotaban de un aire seductor. Un hombre atractivo como pocos y con el que, según se le aseguraba, se había casado.

Ante ese pensamiento un escalofrío le recorrió la espalda.

—Espero que no te importe que sea yo el que te acompañe esta mañana —dijo Jason con voz neutra—, pero Daniel ha tenido que ir a la ciudad y no volverá hasta la noche.

—No, claro que no.

—¿Cómo te encuentras hoy?

Ella notó que el interés demostrado era puro formulismo y se sintió desplazada e incómoda ante él.

—Mejor, gracias.

—¿A qué esperas para empezar? Las garzas no van a esperarnos todo el día.

Hablaba con voz profunda, de esas que envuelven a quien la escucha, pero con el mismo cariz desdeñoso con que se dirigió a ella cuando se cruzaron en la escalera. Tampoco disimulaba que estaba allí por obligación, lo demostraba su semblante severo que no daba pie a que fluyera la conversación. A ella se le ocurrió pensar si ello no se debía a que quizá su relación estaba deteriorada por alguna causa. ¿Por qué? ¿A qué podía deberse? Lo que fuera tenía que ser de calado, porque se suponía que ningún marido increpaba a cuenta de un vestido en lugar de preocuparse por la salud de su esposa si se ha estado a las puertas de la muerte, ni la trataba con una indiferencia que helaba el alma.

Ni siquiera había vuelto a verlo desde entonces. Había estado sola, él no se había preocupado de su situación, limitándose a que fuera Daniel, en su condición de médico, quien le hiciera compañía. Ese hecho resultaba inconcebible. Tuvo conciencia clara de vivir allí como una intrusa y eso la enfureció. Aun así, supo controlarse y responder con relativa calma, aunque interiormente hervía.

—Así que vamos a ver pájaros.

—Daniel me dijo que pensaba acompañarte al lago. Las garzas se suelen concentrar allí por las mañanas, como supongo ya sabes.

«¡Pues no, no lo sé y ni siquiera sé si me apetece ir contigo!»,

protestó mentalmente, aunque hubiera querido gritarlo en voz alta.

Le gustaban las aves, quería empaparse de Creston House al completo por si en algún rincón hallaba el detonante que le ayudara a prender la chispa de su memoria, pero la idea de que él fuera su acompañante hizo que se le quitara el apetito, y eso que se había levantado famélica. Él, por el contrario, se aplicaba a su desayuno sin dedicarle una sola mirada, como si ella se encontrase allí de mera comparsa.

—Antes de salir, me gustaría saber algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Por ejemplo, cómo está nuestra relación. Si realmente estamos casados como me han dicho, porque no lo parece por tu forma de tratarme.

Rowland le prestó atención inmediata. Sus ojos oscuros se clavaron en ella como centellas y la muchacha enmudeció. Había tanta hostilidad en aquella mirada que la rehuyó. Él dejó con mucha calma el tenedor sobre su plato y se recostó en la silla, con un brazo sobre el respaldo, en una pose arrogante que no dejaba en buen lugar su cortesía.

—¿Si estamos realmente casados, dices?

—Aparte de otros muchos detalles, ni siquiera recuerdo mi nombre, mucho menos si somos matrimonio.

—Pues sí, querida, lo somos. Con documentos que lo atestiguan.

—¿Puedo preguntar si fue una boda por amor? Quiero decir... ¿nos casamos enamorados?

—Yo, enamorado de ti como un zopenco. Tú, para mi desgracia, de mi fortuna y mi título, aunque eso no lo supe hasta después, cuando ya no tenía remedio.

—No...

—Puse a tu alcance que te convirtieras en vizcondesa de Wickford y futura condesa de Creston —interrumpió—, y aprovechaste la oportunidad de maravilla.

A ella el rubor le cubrió las mejillas al escuchar que la insultaba, que la tachaba de mujer vendida, de codiciosa sin escrúpulos. Tensó la espalda y le devolvió una mirada cargada de censura.

—No voy a negar que disfruto de una posición de privilegio por estar aquí, pero acusarme de aceptar un matrimonio a cambio de tu fortuna es un agravio que no estoy dispuesta a permitir.

—Claro, claro —asintió Jason—. No te acuerdas de lo que no quieres, ¿verdad?

—No miento cuando te digo que no recuerdo...

—¿También has olvidado nuestro pacto?

—¿Pacto?

—¿Y el rostro de cada hombre con el que me has humillado? Por cierto, ¿quién ha sido el último? Porque tiempo has tenido de cosechar algún admirador más desde que me marché a España.

—Pero ¿qué...? —Se quedó blanca como el papel.

—¿Recuerdas las veces que me has dejado en ridículo flirteando con todo bicho que llevara pantalones? ¿O tampoco? —Abandonó su relajada postura para afianzar los brazos sobre la mesa e inclinarse hacia ella—. Puede que consigas engatusar a Daniel y al resto del mundo, pero a mí no vas a engañarme con este estúpido jueguito de tu pérdida de memoria, Cassandra.

—Yo no...

—No sé lo que pretendes —masculló, volviendo a enmudecerla—, aunque pienso averiguarlo y cuando lo haga... —Dejó la amenaza en suspenso—. Ya vale, no me apetece iniciar una discusión, tengo mejores cosas que hacer. Creo que será mejor que des ese paseo tú sola, veo que no te agrada la idea de mi compañía.

—En eso has acertado —respondió, alterada.

—Tranquila, tengo asuntos que tratar en Londres, de modo que no habrás de soportar mi presencia durante unos cuantos días.

Ella lo miró horrorizada y vio en sus ojos entrecerrados una ira contenida, su mandíbula encajada y sus manos convertidas en puños, describiéndola sin miramientos como una mujer materialista y casquivana a la que, sin dudarlo, detestaba. Y lo hacía con cada una de sus expresiones, ya fueran vocales o faciales, para que supiera de primera mano a qué atenerse. No le importaba saber si ella tenía algo que decir o no, la dejaba de lado de un modo miserable porque nadie se creería su banal excusa para irse. No tenía temas pendientes,

estaba huyendo el muy maldito.

Se negaba a admitir que la persona descrita por ese hombre fuera ella, en absoluto se identificaba con esa estampa. La estaba acusando de frívola, casi de fulana, algo que no cabía en su conciencia. Su yo interior se rebelaba desde lo más profundo clamando por exteriorizar cuán confundido estaba él, pero ¿cómo argumentar su defensa si su mente se encontraba vacía? ¿Y el pacto? ¿A qué condenado pacto se refería?

Desquiciada por una supuesta verdad que la abrumaba y que hacía que se sintiera sucia y despreciable, se levantó, arrojó la servilleta junto a su desayuno casi sin tocar y abandonó el comedor. No podía permanecer un segundo más delante de ese hombre escuchando tantas acusaciones o se derrumbaría. Y si de algo estaba segura, era de que su orgullo no le permitía hundirse ante nadie.

Jason la vio salir sin hacer nada por retenerla. ¿Para qué? Cuanto más lejos estuvieran el uno del otro, mejor para los dos. En la misma habitación solo podían herirse, los navajazos de la traición seguían tan sangrantes que no convenía abrir otros nuevos. Solo les quedaba hacer algo en común y por Dios que lo harían, pero ya habría tiempo para eso.

No debería haberse quedado en Creston House.

Ni siquiera debería estar en Inglaterra.

Un mundo entero no era suficiente distancia para poner entre ambos.

A pesar de todo mantuvo su mirada en la puerta tras la que ella había desaparecido, evocó sus inmensos y hermosos ojos azules, su rostro de marfil y su cuerpo, con el que no había dejado de soñar ni una sola noche desde que había vuelto a verla. La distancia no había apaciguado su deseo por ella. En su momento creyó amarla. Ya no. Entonces ¿por qué no podía conciliar el sueño sin que se colara en su descanso? Posiblemente era una fijación, estaba obsesionado con ella porque no pudo tenerla como imaginó al casarse.

Exasperado, barrió cuanto había sobre la mesa con el brazo y maldijo, otra vez más, el día en que ella se cruzó en su camino. Porque, condenada fuese su alma, renegaba del insano deseo que

sentía por una mujer que era su desventura.

—Háblame de Jason. ¿Cómo es?

La petición, formulada mientras se acercaban paseando al lago, al que se prestó a acompañarla Daniel al día siguiente, confundió al médico por completo.

—Eso deberías saberlo tú mejor que nadie. Por si no lo recuerdas y a grandes rasgos, te diré que es una buena persona, leal y comprometida. Y muy orgulloso.

—Eso último ya he podido comprobarlo.

—Lo siento, pero me resulta complicado en extremo describir a Jason, ni más ni menos que a la mujer que está casada con él. —La miró de soslayo. Estaba preciosa con un vestido blanco y el cabello suelto, recogido a los lados por dos peinetas de carey, con una apariencia que casi parecía etérea. Y tan distinta a la Cassandra que todos conocían, que no dejaba de intrigarle. Por supuesto, veía su rostro, pero no era aquel de siempre que exhibía su superioridad; sus mismos ojos, pero sin el desapego y frialdad que los caracterizaba; sus mismos labios, solo que cada vez sonreían con mayor frecuencia en lugar de estar fruncidos con gesto prepotente.

—Me encantaría recordar si estoy casada con él y por qué lo hice, porque me trata como si fuera un incordio.

—¿Has conseguido traer a la memoria de dónde venías la tarde que sufriste el accidente? —preguntó para dejar a un lado el factor personal de su marido.

—No. Pero he creído ver un local, yo diría que una posada.

—¿Dónde?

Ella se encogió de hombros. De pronto, dejó escapar una exclamación jubilosa, se soltó de su brazo ante la cercanía del lago y salió corriendo hacia la orilla, espantando a las garzas, que alzaron el vuelo en desbandada y la hicieron reír.

—Son preciosas —murmuró mientras contemplaba su elegante planeo—. Mi padre y yo jugábamos a perseguirlas... —La visión se le evaporó tal como llegó y se volvió hacia Bridge con la pena reflejada en los ojos.

—Tranquila. No pasa nada. —Se acercó a ella y la ayudó a sentarse en un tronco, junto al agua.

—Sé que tengo un padre. O que lo he tenido.

—Es posible que sea el recuerdo de otra persona, Cassandra.

—¿Por qué de otra persona? ¿Por qué no mío?

—A Jason le dijiste que te habías criado en un orfanato y que no conociste a tus padres, de manera que podría tratarse de algo que te contó una compañera en el hospicio.

A ella se le abrieron los ojos como platos. ¡No podía ser! Acababa de verse junto a un hombre alto, de poblada cabellera y espesa barba cuyos ojos azules eran idénticos a los suyos. Hasta el entorno le había resultado familiar. ¿Cómo iba a ser el recuerdo de otra persona? Y si era parte de su pasado ¿por qué le había mentado a su esposo? ¿Cómo era posible que el heredero de un condado se hubiera casado entonces con ella, hija del hospicio?

—¿Se casó conmigo sin saber nada sobre mi vida?

—Así es.

—¿Por qué? Carece de sentido.

—Jason hace a veces cosas que no lo tienen.

—Imagino que podría haber elegido a cualquier dama de buena cuna y con una excelente dote. Un orfanato, dices... Me hace sentir como si fuera un fantasma que no está en un mundo ni en otro, que no pertenece a ninguno, y me aterra.

—No puedo explicarte la causa de que Jason decidiera casarse contigo, aunque sí decirte que fue una boda rápida tras conseguir una licencia especial. Y él parecía enamorado.

—Amor a primera vista, ¿no? —ironizó ella.

—Es posible.

—Si hubiera estado enamorado de mí no me trataría ahora con tanto desdén, no me acusaría de atrocidades.

—Ten paciencia. Desconozco qué pasó en realidad entre vosotros, pero Jason siempre dijo que lo traicionaste y lo despreciaste. Está dolido. Su orgullo está dolido. En cuanto a lo otro, puede que no hayas tenido una familia ni un lugar al que regresar, pero irás recuperando la memoria y tu sitio ahora está aquí, en Creston House. Acabarás por recordar —aseguró para calmarla, cuando ni él estaba convencido de ello.

—¿Y si al hacerlo me doy cuenta de que soy un ser depravado? Porque, de ser cierto todo aquello de lo que me acusa mi esposo, hubiera preferido perecer en ese accidente.

Paso a paso, la joven fue ganándose la confianza de los criados, que dejaron de rehuirla; ese logro le dio alas para soportar la ausencia de un esposo que no había vuelto a dar señales de vida. Siempre encontraba una palabra amable para todos y, unido eso a las buenas maneras de Eloise para con ella y a las atenciones que Bridge le prodigaba, dio como resultado que el servicio se portara con cordialidad; tras los primeros contactos con un personal esquivo, era para ella toda una novedad comprobar que empezaban a tratarla con cortesía. Incluso la señora Page, una mujer de constitución fuerte y semblante adusto, que apenas le había dirigido la palabra al principio, le preguntó aquella mañana si le gustaría acompañarla al invernadero.

Construido en cristal y madera blanca, de amplias dimensiones, guardaba en su interior multitud de plantas, algunas de las cuales nunca antes vistas por la muchacha. Aleatorias filas de macetas de flores y búcaros diseminados por el lugar expandían su aroma por el recinto: rosas de varios colores, lirios amarillos y blancos, gladiolos rojos y morados, crisantemos y begonias entremezclándose con palmeras enanas, ficus, plantones de arces, acacias y mimosas. Aquí y allá, hieráticas e inalterables, estatuas de mármol blanco en

contrapunto a la vida vegetal que circundaba el espacio: Artemisa con su arco y sus flechas, un Apolo, una Afrodita, la cabeza de un caballo, un torso...

—¿Quién cuida de todo esto?

—Me he encargado del invernadero desde que falleció el pobre señor Ackerman, hace de eso tres años. No tengo su mano para las plantas, pero me gustan y he tratado de conservarlo todo como él lo dejó. Además, trabajar aquí me relaja.

—Es una maravilla, señora Page —la piropeó, quedándose embelesada ante una planta que crecía en forma de cascada, de preciosas flores con un intenso color rosáceo.

—Es una orquídea mariposa —le indicó el ama de llaves—. Son flores bonitas y elegantes, pero muy caprichosas, sobre todo cuando están lejos de su hábitat natural.

—Me pasaría el día mirándola.

—Hasta ahora apenas ha entrado en alguna contada ocasión en el invernadero, milady. Me alegra saber que eso puede cambiar a partir de ahora.

La joven se extrañó ante ese comentario.

—¿No entraba aquí, dice usted?

—Siento decirle que no. Casi nunca. Aseguraba que este olor tan fuerte y la humedad le levantaban dolor de cabeza. Lord Wickford hizo traer expresamente las orquídeas para milady desde América, pero nunca se interesó por ellas.

—No sé, pero creo que antes del accidente debía de ser una persona bastante insoportable —dijo, arrugando la nariz a la vez que pasaba las yemas de sus dedos por las flores. Si su esposo las había mandado traer para ella desde otro continente, le hubiera gustado recordarlo porque era un detalle que le honraba y porque significaba que, al menos durante un tiempo, su relación no fue como lo era ahora—. Voy a intentar cambiar eso, señora Page. Por de pronto, me gustaría que me enseñara. No pretendo inmiscuirme en su trabajo, solo aprender.

—¿Usted metiendo las manos en la tierra?

—No veo qué tiene de malo.

—Como le digo, milady, nunca quiso saber nada del invernadero.

—Entonces ¿por qué me ha invitado a venir?

—Fue idea del doctor Bridge.

—Ya veo. De modo que entre todos me manejan como una cobaya

—opinó, pero sin el menor atisbo de enfado. Al contrario, sonriente—. Hoy se nos ha hecho un poco tarde, no quisiera que la señora Fox se nos enfadara por retrasarnos a la hora de la comida. ¿Qué le parece si mañana volvemos y nos ponemos manos a la obra?

La buena señora Page no cabía en sí de entusiasmo. No bien se despidió lady Wickford de ella puso en marcha su corpulenta anatomía con paso decidido hacia la casa, sin dejar de mover la cabeza a un lado y otro; lo que había visto y oído, más que un cambio era un milagro. Y todos tenían que saberlo.

La lluvia golpeaba contra los cristales y en el exterior se sucedían los relámpagos iluminando los árboles que, en el juego del centelleo de la luz y la oscuridad tenebrosa del cielo encapotado, simulaban moverse y avanzar hacia la casa como figuras fantasmagóricas.

— ¿Estás ahí? —preguntó la niña, que pretendió disimular sus miedos.

Nadie le respondió en una casa que parecía estar desierta. Pero el resplandor de otro relámpago más hizo que vislumbrara, en lo alto de la escalera por la que se subía al piso superior, una tétrica silueta cubierta por un sudario blanco; una visión siniestra que abrió los brazos y lanzó un quejido tan macabro que le erizó el cabello y la paralizó.

Gritó y gritó y quiso escapar de allí, pero las piernas no le respondían porque era presa del pánico; entretanto, el espectro avanzaba hacia ella.

De repente, apareciendo por una puerta lateral, acaso llegada desde el mismo Cielo, una mujer de estatura media y cabello muy rubio iluminó el hall con las velas del candelabro que llevaba en la mano.

— ¡Cassandra, baja de ahí ahora mismo! —El supuesto fantasma repitió su gemido y agitó los brazos—. Deja de hacer tonterías o te quedarás encerrada en tu cuarto una semana entera.

Mostrando su disconformidad, la espeluznante visión se quitó la sábana que la cubría y la lanzó por encima de la barandilla; con un siseo, acabó a los pies de la mujer.

—Mira que sois aburridas ambas. —Les reprochó mientras bajaba las escaleras a pequeños saltos.

Era tan solo una chiquilla de once años que no tenía nada de espectro: una niña preciosa de abundante cabellera rojiza y unos inmensos ojos

azules.

—Debería castigarte sin postre esta noche.

—¡Oh, vaya! No lo dirás en serio, Ethel; la señora Plowman estaba preparando tarta de arándanos.

—Has aterrorizado a tu hermana.

Eran como dos gotas de agua: el mismo color de cabello, los mismos ojos, la misma estatura. Para diferenciarlas había que fijarse en los distintos grabados que adornaban sus pulseras de jaspe verdoso: la runa *Teiwaz*, sinónimo de coraje y fuerza de voluntad para Nicole; la runa *Sigel*, éxito y victoria, en la de Cassandra.

Y en el miedo que reflejaban los iris de la otra.

—Ella se asusta de casi todo —repuso con desdén, alejándose pasillo adelante.

Se recostó en una de las columnas y suspiró. Desde que Daniel le descubriera ese lugar alejado de la mansión, había ido allí en varias ocasiones: un entorno que sosegaba y donde, a veces, leía. Era un cenador circular delimitado por columnas abrazadas por ramas de enredadera, cobijado en una quietud y un silencio que solo abortaban los trinos de los pájaros y el susurro del viento entre las hojas.

Atardecía ya, debía regresar a la casa. En los últimos días Daniel le había sugerido que deambulara sola por la propiedad, porque físicamente se encontraba por completo recuperada. Su problema seguía siendo su mente, que no lograba romper el velo de oscuridad y olvido en que se envolvía. Solo en contadas oportunidades, como la que acababa de revivir, irrumpían recuerdos fugaces, nítidos, pero sin continuidad y que ahondaban más en la brecha de su inseguridad y la sumían en el aturdimiento.

Se preguntó por la mujer de su reciente visión. Y lo más preocupante: ¿quién era aquella otra chiquilla idéntica a ella? Tenía que desechar el comentario de Bridge a propósito de que había crecido en un orfanato. No. Ella tenía un pasado y ese pasado estaba ligado, al menos, a esa niña y a esa tal Ethel. La cuestión era si debía o no contárselo a Daniel porque ni siquiera ella misma estaba segura de que existieran ese lugar y esas personas.

Envolviéndose en el chal, caminó despacio para aprovechar los últimos rayos de sol que le acariciaban el rostro; se agachaba de cuando en cuando para pasar su mano sobre la hierba crecida, tarareando una canción que le vino a los labios, sin ser consciente de estar siendo observada.

La inesperada presencia de un desconocido la sobresaltó.

—Buenas tardes, milady.

Un caballero alto y delgado, bien vestido, de unos cuarenta años, cabello oscuro y ojos marrones, avanzaba hacia ella mostrando una leve cojera.

—Buenas tardes.

—La señora Page estaba un tanto intranquila por su tardanza.

—Lo siento. Se estaba tan a gusto en el cenador que se me ha pasado el tiempo sin darme cuenta. —Se lo quedó mirando con interés—. Disculpe, ¿nos conocemos?

El sujeto se puso a su altura, sonrió y comenzó a caminar a su lado.

—Soy el secretario de lord Wickford, milady. Leonard Willis.

—¡Ah! ¿Mi esposo ha regresado entonces de Londres?

—Hace un par de horas.

—Ya veo.

«Solo que no es mi esposo el que se preocupa por mi retraso sino el ama de llaves. Yo diría que le importo un cuerno.»

—¿Cómo ha ido en estos días la recuperación de su memoria, milady?

—Escasa, por no decir nula.

Ella aceleró su paso. No supo por qué, pero quiso llegar a la casa cuanto antes. Su acompañante también se apresuró, aunque llevándose una mano a su cadera derecha. La joven se percató y aminoró su marcha por pura cortesía.

—Veo que le incomoda su pierna.

—Solo cuando la fuerzo o con el mal tiempo —sonrió de nuevo Willis—. La secuela de una lejana enfermedad de la infancia.

—Lo lamento.

Acomodó ella el paso al incierto ritmo del de él y trató de no mostrarse fría, pero sin conseguir sacudirse la sensación de querer

alejarse de ese hombre que, sin saber por qué, hacía que se sintiera inquieta.

Eloise salía ya a su encuentro cuando entraban en la mansión.

—¿Dónde se nos había metido, milady? Empezábamos a preocuparnos.

—Tienen que disculparme todos; estaba en la glorieta y el tiempo se me ha ido volando.

—Pues nos queda el justo para que se cambie y baje al comedor. Lord Creston ha llegado con su esposo y a ninguno de los dos les gusta esperar.

Willis aprovechó para hacerle una inclinación de cabeza y despedirse. Ella se quedó mirando cómo se perdía galería adelante y luego siguió a Eloise hasta su recámara.

La muchacha tenía ya listo un vestido para la cena y, tras lavarse rostro y brazos en el aguamanil, se apuró en arreglarse. ¡Iba a conocer a su suegro! ¡El que todos afirmaban que era su suegro! Se le hizo un nudo en la garganta. El momento tenía que llegar y llegó. ¿La odiaría igual que Jason? Tener que enfrentarse de nuevo a su esposo hacía que su corazón palpitara alocado porque lo encontraba atractivo, pero él la odiaba. ¿Con qué ánimo habría regresado de Londres?

Durante su ausencia había pensado mucho en el vínculo que la unía a Jason Rowland y se había propuesto hablar del tema sin dilación. Necesitaba respuestas concretas, no podía seguir en la oscuridad. Las acusaciones de las que había sido víctima, con las que la había vejado, se salían de su comprensión. Tenía que saber a ciencia cierta la razón real de la ruptura de su matrimonio porque, lo quisiera o no, estaban casados y no dejaba de rebelarse ante el desprecio del que ella era objeto sin conocer el verdadero motivo. Jason la había acusado de haberle sido infiel y ella presentía que nunca hubiera caído tan bajo. No podía aceptarlo porque en su corazón el honor ocupaba un lugar preeminente, era un código inquebrantable.

Podía no recordar quién era ni de dónde venía, en qué lugar había estado antes de despertar en aquella casa, no reconocer a las personas con las que había estado conviviendo... Pero lo más

profundo de su ser le decía que ella no era capaz de tamaña traición a las promesas que pudo haber hecho ante el altar.

Antes de salir de su habitación se miró en el espejo de cuerpo entero. Y de nuevo se preguntó: ¿por qué seguía pareciéndole que la mujer a la que todos llamaban lady Wickford no tenía nada que ver con ella?

A punto de entrar en el salón adjunto al comedor, donde la esperaban, reconoció la voz alterada de Jason y vaciló.

—Desde luego, me he casado con una arpía muy astuta.

—A mí me parece que tu crítica no se sostiene.

—No seas inocente, Daniel. ¿No te das cuenta de lo poco que le ha hecho falta a mi mujercita para engañaros a todos como si fueseis patanes? Ni me creo lo de su amnesia ni comulgo con que el golpe en la cabeza la haya convertido en otra persona.

—El doctor Goldman ha corroborado el pronóstico. ¿También vas a tacharlo a él de cretino?

—Al mismísimo regente le tildaría de estúpido si me dijera que Cassandra no sigue siendo la misma de siempre. ¡Goldman no sabe un carajo de mi mujer!

—Y tú, ¿sí? —Oyó que preguntaba una tercera voz, para ella desconocida, con acento crítico—. Apenas convivisteis unas semanas antes de salir huyendo como perro apaleado.

—¿Qué habrías hecho en mi lugar? ¿Permitir que siguiera humillándote? Gracias, pero no va conmigo.

—Hablar, y si era necesario, hacerte valer, en lugar de montarte en el caballo de la cólera, hacerte a un lado y escapar. Actuar como un hombre y no como un conejo asustado.

La muchacha escuchó cómo tronaba una blasfemia al otro lado de la puerta.

—Le di todo cuanto tenía y ella me envileció y me echó de su lado. No intentéis convencerme entre los dos de que ha cambiado, la

conozco muy bien.

—O quizá es que no la conoces en absoluto.

—Me casé para dejar de escuchar tus monsergas, padre. Me hubiera casado con la mismísima Medusa con tal de que me dejaras en paz. De no haber cedido a tus quejas permanentes ahora no me encontraría en esta situación.

—¡Cállate, Jason! Si continúas por ese camino, me vuelvo a Brighton; no estoy dispuesto a soportar más tonterías.

—Tú verás lo que haces, padre.

En el exterior, la joven permanecía atónita y paralizada. La acalorada discusión, de la que ella era el foco principal, la abrumaba. ¿Cómo era posible que hubiera apartado de sí a su esposo? Desconocía si había tenido motivos o no para actuar tal como él afirmaba, pero la realidad era que no sabía nada de lo que se le atribuía, y ello la sumía en el más profundo desamparo. Era razonable pensar que, si lo hizo, debió de tener un motivo muy justificado. Altamente justificado, para ser más exactos, porque encontraba a Jason muy atractivo. ¿Acaso tuvo noticias de una presunta conducta inmoral por parte de él? Su esposo era un buen partido y bastante guapo, con seguridad las mujeres se lo rifaban. ¿Pudo haber llegado a sus oídos que tenía una amante?

—*No seas pusilánime, cariño; entre la aristocracia, la infidelidad está a la orden del día.*

La frase estalló en su cabeza con tal fuerza que, sin ser consciente, la susurró en voz baja a la vez que retrocedía tambaleante.

¿Por qué y cuándo había dicho aquello?

¿O no fue ella?

La puerta se abrió de repente y se encontró frente a frente con Jason.

—¡Vaya! Mirad a quién tenemos aquí. Nada menos que a la vizcondesa de Wickford, que nos honra con su presencia.

Lo dijo con un desenfado insolente, cruzando los brazos en el pecho, bravucón y sarcástico. El níveo pañuelo anudado al cuello resaltaba su morenez, sus anchos hombros se enmarcaban en una elegante chaqueta a juego con unos pantalones que se ceñían a sus

largas piernas. Pero todo ese atrayente aspecto externo quedaba enturbiado por la mirada iracunda de sus ojos oscuros y unos labios que, aunque generosos y sensuales, albergaban una sonrisa cáustica y desdeñosa.

La enervó. Aparentaba una personalidad seductora pero cruel a la vez, y no podía saber cuál de las dos era la auténtica.

Avanzó un paso hacia él. El color había subido a sus mejillas, le palpitaba el corazón como si quisiera salirse del pecho y una rabia sorda le nublabla la vista. No pensó lo que hacía y alzó la mano para cruzarle la cara por tanta villanía.

No llegó a hacerlo. Su muñeca fue atrapada por una mano masculina que se adelantó al golpe.

Se miraron como dos gallos de pelea. Jason, a su pesar, ofuscado porque seguía encontrándola preciosa. Ella, en cambio, indignada por no lograr su objetivo y porque el contacto con esos fuertes dedos hizo que sintiera que el calor le subía a la cara.

Tras unos segundos que se hicieron interminables para ambos, Rowland la soltó y le cedió el paso con un amago de reverencia burlona.

—Creo que mejor cenaré en mi cuarto, milord —le espetó—; no quiero imponerle mi enojosa presencia. Discúlpame con los otros caballeros.

Y como una reina ofendida, le dio la espalda y desanduvo el camino.

Un músculo se tensó en el rostro de Jason por el desaire, comprensible si había escuchado lo que hablaban. Creyó que le aliviaría librarse de ella, pero se engañaba, porque en el fondo también le disgustaba el hecho de que se alejara; por alguna razón que no acababa de entender, desde que había vuelto a verla se le aceleraban las pulsaciones, cosa que antes no le sucedía. Y eso le hacía comportarse de un modo hostil.

La velada se había estropeado de modo irremediable. Se reconoció culpable y, aun así, siguió con deleite el contoneo de las caderas femeninas. ¿Estaba más bonita que hacía unos meses? ¿O era que él necesitaba la compañía de una mujer? Hasta instantes antes, en que

sus miradas se batieron como enemigas, no había visto nunca en los ojos de su esposa un destello y un brío tan combativos. Desapego y acaso tedio, sí, eso le era conocido. Ya, no. Lo había mirado retándole, ofendida y muy enojada. Preciosa.

Suspiró, cerró despacio, se volvió hacia su padre y su amigo y les dijo:

—Se nos enfría la cena, caballeros.

No cabía duda respecto del criterio que Jason se había formado de ella, pero no era razón para que se enclaustrara. A pesar de lo cual, también desistió de bajar aquella mañana a desayunar; era demasiado pronto para cruzarse con él tras el encontronazo de la noche anterior y prefirió tomarse en solitario alguna vianda que pidió a Eloise. Se había pasado gran parte de la noche cavilando acerca de la dureza sin contemplaciones de las palabras de Jason, que resonaban en su cabeza una y otra vez, y las desechara porque no creía merecerlas. Tampoco podía obviarlas, desde luego, porque tenían que nacer de un motivo, por más que lo desconociera.

Pero creyó que ya estaba bien de mortificarse y decidió acercarse a las caballerizas. Eligió entre varios conjuntos de amazona uno que pudiera ponerse sin ayuda de Eloise, aunque desechó el sombrerito a juego. Pensaba aprovechar la mañana y el soleado día. Y si veía a su esposo, se limitaría a ignorarle en lo posible, como hacía él con ella. Se negaba en redondo a seguirle el juego de la confrontación, por ella podía irse al infierno.

Se guardó un par de galletas en el bolsillo de la falda, por si le entraba apetito más tarde, y salió del cuarto. Bridge le había mostrado días atrás media docena de magníficos caballos y, aunque entonces no se encontrara con la suficiente entereza física para montar, se sentía preparada en ese momento, de modo que bajó las escaleras con renovados bríos.

Apenas puso un pie en el porche, un enorme bullmastiff de pelaje canela y potentes mandíbulas se situó frente a ella; gruñó y le mostró

los dientes con actitud amenazadora. Se sobresaltó, aunque no se movió del sitio, un poco extrañada porque esa raza, a pesar de su apariencia disuasoria, solía ser casera y adaptable al ámbito familiar.

—¡Quieto, *Titán*! —A la imperiosa orden el perro retrocedió un poco y se sentó sobre sus cuartos traseros a esperar la llegada de su amo, que le acarició la cabeza y le sujetó por el cuello—. ¿Qué te pasa? Tranquilo...

Jason vestía pantalones negros, camisa blanca desabrochada en el cuello y botas altas. El suave viento despeinaba sus cabellos oscuros y lanzaba algunos mechones sobre sus ojos. Bajo las sienes le resbalaban gotitas de sudor que denotaban alguna clase de ejercicio. A ella le costó trabajo desviar la mirada de ese cuerpo delgado pero fibroso, y se enojó consigo misma porque eso se repetía cada vez que se cruzaba con su esposo. Jason podía ser un sujeto arrogante, altanero y despectivo, pero desde luego también era un espécimen al que no se podía dejar de pasar por alto.

«Sí, mi esposo es muy atractivo. Ofensivo y desconsiderado, pero atractivo.»

El animal, que seguía alerta, no le quitaba ojo.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro.

—Es precioso. —Olvidó por un momento que no quería hablar con él, se puso en cuclillas y emplazó al perro a acercarse dándose palmaditas en el muslo—. Ven aquí, bonito. Vamos, no tengas miedo, solo quiero que nos conozcamos un poco. Yo tenía una perrita que se llamaba *Candy*, ¿sabes? Pero no era tan grande y fuerte como tú.

La respuesta fue otro ladrido y la intención de ir hacia ella. Jason lo sujetó con más fuerza.

—Cassandra, es mejor que te apartes.

—¿Por qué? Me gustan los animales y no suelen rehuirme.

—*Titán* no parece estar de acuerdo contigo.

—Suéltalo.

—¿Y dices que tuviste una perrita llamada *Candy*? —preguntó con ironía—. ¿Dónde, en el orfanato?

No había que ser muy lista para intuir un matiz de mofa que la

disgustó, pero de inmediato en su mente cobró forma un animal pequeño de color gris al que dos niñas de pocos años perseguían por una pradera salpicada de florecillas amarillas. Y de nuevo la angustia la atenazó. Solo por un instante. Recurrió a su fuerza de voluntad para regresar al presente y no aturdirse ante él. Acabaría por recuperar la memoria.

—No fue en ningún orfanato —dijo con convicción—. Vamos, *Titán*, ven aquí. Mira lo que tengo para ti. —Le mostró una de las galletas—. ¿Qué tal si nos la repartimos, compañero?

El perro se había calmado, tironeaba como si quisiera irse hacia ella y Rowland se relajó un poco viendo cómo su esposa seguía llamándolo y le enseñaba la golosina. ¿Qué era lo que intentaba hacer? Sabía que la mascota le desagradaba, que siempre lo había tratado con el mismo despotismo que regalaba al resto del mundo. ¿Y de repente quería jugar con él y darle golosinas? Desde luego era digna de admiración su obstinación por hacer creer a todos que algo había cambiado en ella.

De pronto el animal se soltó con una sacudida y se lanzó hacia delante.

—¡*Titán*, no! —gritó Jason.

Sin embargo, el perro se paró frente a la muchacha con los ojos muy abiertos y ladeó la cabeza. Dudó un momento, como si estuviese estudiando a la joven, pero luego no solo engulló la galleta de un bocado, sino que aceptó que le rascase tras las orejas y empezó a mover el rabo a la vez que la olisqueaba, iniciándose entre el animal y ella una serie de mimos y carantoñas que terminó con la joven en el suelo y el perro saltando por encima.

Jason no daba crédito a lo que veía. ¿Qué demonios pasaba con su esposa? *Titán* no se le acercaba desde que, en una ocasión, le soltó una patada malintencionada; cada vez que la tenía cerca gruñía y escondía la cola, podía haberla atacado con fatales consecuencias. Pero en ese momento retozaba como un cachorro y correspondía con alegres ladridos a la risa de la joven. O todo el mundo se estaba volviendo loco en esa casa, *Titán* incluido, o era él quien estaba perdiendo la cabeza.

Fuera como fuese, sujetó de nuevo al animal y lo apartó para que ella pudiera levantarse. Su esposa se quedó sentada en el suelo, despeinada, con su costoso vestido de amazona moteado de manchas de verdín y tierra, vivaces sus ojos como nunca, sus mejillas sonrosadas, sus labios húmedos... Femenina, alegre, risueña y muy bonita. Tanto, que, de nuevo, la sangre comenzó una alocada carrera por sus venas y el deseo imperioso de probar su boca se apoderó de él como una mala fiebre.

Se contuvo con esfuerzo y agrió el gesto que se había suavizado viéndola jugar como una chiquilla, y se dijo que la atracción momentánea se debía a la falta de compañía femenina, cosa que tendría que solucionar cuanto antes. Se resistía a permitir que lo cautivase una simple expresión vivaz de sus grandes ojos que, por unos segundos, le entibieron el corazón.

—¡Peter!

De inmediato acudió uno de los jardineros a quien entregó el perro.

—Dile a Robin que le dé un buen baño.

—Ahora mismo, milord.

Ella se levantó por sí sola, sin dar mayor importancia al hecho de que ni siquiera había intentado ayudarla, se sacudió las manchas sin perder la sonrisa, aunque era un tanto tensa, y él volvió a quedarse prendado de un rostro que le parecía desconocido.

«¿Por qué no he visto nunca ese brillo de júbilo en sus ojos?», se preguntó.

—¿Dónde ibas?

—Pretendía salir a cabalgar un rato. A Eloise no le va a gustar nada cómo he dejado el vestido, va a tener que emplearse a fondo para eliminar las manchas. —Se lamentó mirando la tela.

—Tíralo.

—¿Cómo dices?

—Que lo tires, tienes más.

—Lo que no es motivo para deshacerse así, por las buenas, de una prenda tan cara. ¿Es tu modo de actuar siempre?

—No comprendo.

—Tirar lo que no te sirve. Una chaqueta, unas botas, una persona...

Era una indirecta bastante clara; ella no se andaba con pies de plomo, no se callaba cuando algo la irritaba y, de pronto, parecía muy molesta.

—Si ya te has creado una opinión sobre mí, no voy a tratar de hacer que la cambies, al fin y al cabo, me importa un maldito comino lo que pienses. Contestando a tu pregunta: intento alejar de mi persona todo cuanto es venenoso; por desgracia, a veces no es posible.

—Y yo te parezco venenosa, ¿verdad? Vamos, admítelo, me lo has dicho ya con otras palabras.

—Deja el tema, Cassandra, no es momento ni lugar para ponernos a tirarnos los trastos a la cabeza. Haz lo que te venga en gana, pero no me incordies; si quieres romper el vestido, lo rompes, el dinero que costó me es igual de importante que tus opiniones.

Iba a alejarse, pero ella le retuvo al decir:

—Esa es una de las cosas de las que quería que habláramos, milord.

—¿Así que ahora soy «milord»?

—La verdad es que no sé cómo tratarte, hasta el perro me da más confianza que tú.

—Cuando te rebajabas a hablar conmigo, solías llamarme Jason, no entiendo por qué debe cambiar.

—Ya. Así que me rebajaba a dirigirte la palabra. Viendo el modo en que te comportas, no me extraña que te rehuyera. De todos modos, sigo sin recordar haberme casado contigo, entenderás mis dudas y escrúpulos.

—Vamos a dejar también este otro asunto —repuso, agrio—. ¿Qué querías decirme sobre los vestidos? ¿Deseas encargarme acaso otros veinte? ¿Tal vez treinta?

—Lord Wickford, me están dando ganas de romperle cualquier cosa en su dura cabeza —respondió ella, irritada, con los puños pegados a los costados para evitar hacerlo de verdad—. ¡No, maldita sea! No quiero más vestidos, lo que quiero es una costurera que arregle los que ya tengo.

—¿Perdona?

Adivinó que estaba confundido y se alegró; ya era hora de que alguien, aparte de ella, lo estuviera. Pero su gesto de estupor hizo que

le entraran de nuevo ganas de atizarle un buen sopapo, que pensara en ella como una manirrota acabó por sacarla de sus casillas. Inhaló aire para calmarse y repuso:

—La mayoría son demasiado atrevidos. No es posible cambiar las carísimas telas ni la cantidad de prendas que hay en mi armario y que, dicho sea de paso, me parecen un despilfarro, pero al menos se pueden arreglar. Lo último que desearía es gastarme tu dinero.

Jason no acababa de creerse lo que estaba oyendo.

—Un poco tarde para volverte prudente, pero olvidemos eso. ¿Ahora te parecen descocados los vestidos?

—Así es. No sé por qué los encargué en su momento, aunque según lo que voy viendo es muy posible que dedicara a las tiendas el tiempo libre, que debía ser mucho si antes te comportabas como ahora, distante y desagradable. Sea como fuere, me encuentro desnuda cuando me los pruebo —respondió un tanto acalorada—. Menos mal que Eloise maneja bien la aguja y ha podido arreglarme ya alguno.

Asombrado de lo que decía, no acababa de ver si ella se burlaba o hablaba en serio. Sin querer entrar a debatir las causas de haberse alejado de ella, rememoró las escasas veces en que la había tenido justo así, desnuda entre sus brazos; los músculos de su cuerpo se tensaron y le hicieron maldecir la súbita erección.

«Necesito más ejercicio, un baño helado o buscarme una amante», pensó.

—De modo que ahora te sientes desnuda luciendo unos vestidos que me han costado un ojo de la cara. Ver para creer. Está bien, haré que venga una modista, pierde cuidado. ¿Algún otro problema conyugal más que discutir esta mañana? —Ella apretó los dientes y le regaló una mirada furiosa—. ¿No? Disfruta entonces de tu paseo matinal, querida mía, yo tengo que encargarme de asuntos más importantes —concluyó antes de alejarse para entrar en la casa, dejándola con la palabra en la boca.

La joven bufó como un gato escaldado. Le hubiera gustado cruzarle la cara, borrar aquella expresión de desprecio en su cara de una vez por todas... Le hubiera gustado poder retenerlo un poco más. Ni ella misma entendía qué le pasaba con Jason, pero de haberse ofrecido él

a acompañarla en su paseo, como lo hubiera hecho un caballero, habría aprovechado para hablar y sondear algo más sobre tanta neblina como la que se cernía sobre su pasado. También sobre él, pero lo cierto era que su marido la evitaba como a la peste, dejaba claro siempre que podía que le incomodaba su presencia, y de caballero no tenía nada. ¡Pero si ni siquiera había hecho ademán de ayudarla a levantarse del suelo! Era un grosero de pies a cabeza. Cualquier bracero del puerto tendría más educación que él. Acabó por mandar mentalmente al cuerno.

Antes de que llegara a las caballerizas salía de las mismas un jinete de ojos y cabello oscuros con hebras plateadas en sus sienes y gran parecido a Jason; montaba un espléndido semental blanco. Erguido a lomos del equino y de porte distinguido, a ella no le costó imaginar que se trataba del conde, un hombre aún en plenitud de facultades.

James Rowland detuvo al caballo enseguida.

—Buenos días. Pensé que, después del incidente de anoche, hoy tampoco podría presentarte mis respetos.

—Lo lamento de verdad, milord. Dados los términos en que se hablaba allí dentro, creí que mi presencia solo serviría para soliviantar más el ánimo de mi esposo.

—Soy yo quien deplora que mi hijo sacara los pies del tiesto.

—¿Cómo dice, milord?

—Nada, nada, es una simple expresión —respondió, sin aclarar el comentario—. ¿Tal vez pensabas cabalgar un rato?

—Ardo en deseos de hacerlo.

—Eso quiere decir que te encuentras mucho mejor de tus contusiones.

—Algunos cardenales ya han desaparecido y no tengo molestias.

—Es una estupenda noticia, hubo días en los que temimos por ti y... ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

—He estado jugando un poco con *Titán*. ¿Le importaría esperar a que me preparen un caballo, milord? Excepto que tenga otros planes, por supuesto.

—Nada mejor que disfrutar de tu compañía. ¡Darren!

Del interior del recinto salió un empleado al que ella conociera días

atrás: un sujeto alto y fuerte como un buey. Aunque su corpulencia intimidaba, su ensortijado cabello cobrizo, sus grandes y vivos ojos claros y una sonrisa perenne le asemejaban a un niño grande.

—Mande, milord. Buenos días, milady.

—Dispón la yegua de la señora.

—Si es posible, aparéjela con silla masculina, señor Darren —pidió ella antes de que volviera a las caballerizas a cumplir con lo ordenado.

James elevó las cejas dubitativo por lo inhabitual de esa petición y dentro escucharon algo relacionado con romperse la crisma, pero poco después salía el empleado llevando de las bridas a una preciosa yegua de color negro, con el tipo de silla que se le pidiera. Entrecruzó las palmas de sus manos para ayudar a subir a la muchacha y ella se encaramó al animal con destreza, dándole luego las gracias.

—¿Listo, milord? Comprobemos si me acuerdo de cómo se cabalga o si me rompo de verdad la cabeza.

—Al menos, estás demostrando un sentido del humor después de tu accidente que te aseguro no tenías, muchacha —sonrió el conde.

Pusieron las monturas al paso y así, con calma, como dos camaradas, iniciaron la marcha.

—Sacar los pies del tiesto es una frase que suele utilizar mi madre cuando alguien se comporta de forma indebida —explicó de pronto él.

—¡Ah! Nunca lo había oído.

—Mi madre es española. Andaluza. De la mismísima Sevilla.

—Allí es donde ha estado mi esposo, ¿verdad?

—Se fue poco después de casaros.

—Él me señala como culpable absoluta, ¿no es así?

James no dejaba de observarla de reojo mientras avanzaban. Viendo que montaba relajada y dominaba a la yegua con temple, emprendió un trote ligero que la joven siguió sin dificultad. El viento puso color a sus mejillas y ondeó las hebras sueltas de su resplandeciente cabello. No había tenido mucho trato con su nuera, sabía bastante poco de ella, salvo lo que su hijo decía y no era él quien debía posicionarse ni a favor ni en contra de la muchacha. Aunque era

cierto que Jason se marchó a España por su causa. Estuviera acertado o no en sus acusaciones, él no lograba atisbar en aquella mujer risueña que cabalgaba a su lado ninguna señal de engaño o falsedad. Por lo tanto, no respondió a su pregunta y se limitó a aconsejar:

—Debéis hablar y solucionar vuestras diferencias.

—Tengo dos pretensiones inmediatas por encima de todo, milord: la primera, recobrar mi memoria, aunque si he de serle sincera temo encontrar a la mujer que Jason detesta; la segunda, recuperar la armonía en mi matrimonio, si es que ello es posible.

— ¿Ha visto al doctor Bridge?

— Están todos en el salón verde, milady.

— Entiendo. Gracias, señor Till.

Desde que James Rowland se instalara en Creston House eran frecuentes las visitas de ciertos caballeros que se reunían con él y con Jason; en ocasiones, también se incorporaba Daniel Bridge.

En una de ellas, pasó junto al salón donde se encontraban los caballeros, y alcanzó a escuchar parte de una conversación que la hizo quedarse junto a la puerta unos momentos.

— Estoy seguro de que Rafael del Riego lo va a conseguir — manifestaba su esposo con convicción.

— También Lacy y Gautier lo intentó para terminar fusilado en el castillo de Bellver en julio del año pasado.

— Estaba en España, no hace falta que me lo recuerdes, padre. Su muerte causó una enorme conmoción entre los constitucionalistas españoles, entre ellos la abuela.

— Desde que se supo que un defensor de la causa absolutista como Castaños se hacía cargo del expediente penal de Lacy y Gautier, todo el mundo imaginó que iba a ser condenado — argumentaba una de las voces invitadas—. Del Riego sabe guardarse las espaldas y tiene a su lado a un buen número de oficiales, aliados todos en poner fin al gobierno absolutista de Fernando VII y reinstaurar la Constitución de 1812.

— Mi madre asegura que el número de aristócratas que lo apoyan continúa creciendo.

—Con franqueza, Creston —habló de nuevo la misma voz desconocida—, la condesa viuda debería mantenerse al margen porque los leales a Fernando se aferran al poder, y no van a vacilar en colocarla en su punto de mira.

—¿Mi abuela al margen? ¡Qué poco la conocéis, Weston! No comulga con un gobierno semejante. Sin embargo, sí creo que debería abandonar España y regresar a Inglaterra en tanto se mantengan los hostigamientos del rey contra los liberales, aunque yo creo que no pueden durar mucho más. Fernando tendrá que dar su brazo a torcer si quiere mantenerse en el trono. Yo traté de convencerla para que volviera conmigo, pero fue inútil, es terca como una mula.

Ella se retiró prudentemente de allí.

«Así que estas reuniones no son otra cosa que encuentros de índole político.»

Sabía por la prensa escrita la gran pérdida de vidas humanas luchando contra las tropas napoleónicas hasta conseguir expulsar a los franceses de la Península y, aunque ella creía con fervor que cualquier pueblo debía pelear por su libertad, no era ajena ni le gustaba la situación actual de España, convertida en un auténtico polvorín.

Al hilo de lo que se estaba hablando en aquella sala se cuestionó si Jason pudiera estar pensando en regresar allí. Y eso la intranquilizó. Porque, aun distanciados y sin apenas contacto, aunque él la odiase, no dejaba de ser su marido y no quería que se pusiera en peligro; temía asociar ese pensamiento a la visión de la mujer vestida de luto que de cuando en cuando la asaltaba en sueños.

Desechó cualquier divagación y se dirigió a la biblioteca, un refugio donde leer y olvidarse de todo.

Pero había alguien dentro. Leonard Willis se levantó apenas la vio y dejó a un lado el libro que tenía entre las manos.

—Buenas tardes. Solo he venido a buscar algo de lectura, no quiero interrumpir.

—Usted nunca interrumpe... milady. ¿Cómo va su cabeza?

Ella se paró en seco al escuchar el tono afectado y casi burlón con

que le hablaba.

—¿Disculpe?

—Me refiero a su memoria. Porque si es una comedia de cara a su esposo, ahora está hablando conmigo y no hace falta que continúe con la actuación.

La bilis le subió a la garganta. ¿Por qué se dirigía a ella con semejante grado de descaro e insolencia tratándose de un simple empleado?

—No comprendo lo que quiere decir, señor Willis.

—Yo creo que sí.

Era evidente que el sujeto que tenía delante tachándola de embustera estaba al tanto de datos de su pasado, detalles que necesitaba y le era imperioso conocer. Pero ¿cómo era posible admitir su osadía? A no ser que sus maneras fueran una táctica dictada por su marido, que ya había dejado claro que no creía nada de su enfermedad. ¿Intentaba tenderle una trampa por medio de su secretario?

Con un esfuerzo mayúsculo trató de serenarse y seguirle la corriente, sin dejar entrever su malestar.

—Le aseguro que hay muchas lagunas en mis recuerdos, lo crea o no, aunque tal vez usted pueda ayudarme si me contesta a algunas preguntas.

—Es posible.

—¿Sabría decirme de dónde venía el día en que sufrí el accidente?

—Bueno, no me dijo dónde iba, pero ya no tiene relevancia. Lo que importa es que está aquí y podemos seguir adelante con lo nuestro.

—Ella no supo a qué se refería. Con el estómago revuelto, apretó los dientes y hasta consiguió mirarle a la cara—. Es un contratiempo que su esposo haya regresado tan pronto; no deberíamos tentar a la suerte y cesar con el desvío de fondos. Usted decide.

Le dio la espalda, se acercó al ventanal y escudriñó el exterior a la espera de una respuesta.

—Es lo más prudente —repuso la joven siguiéndole el juego, pero sin tener idea de lo que le hablaba. No veía el modo de perder de vista a ese hombre, salir de la biblioteca y analizar con calma la

propuesta recibida que, si había entendido bien, insinuaba que entre ambos estaban robando a su marido. Desvió de fondos, acababa de decir Willis. Se espantó tan solo de pensarlo, no tanto porque fuera increíble sino por la trascendencia de estar cometiendo un delito. Le costó aparentar una tranquilidad casi imposible para un ánimo turbado como el suyo, con tal de que aquel hombre no captara la repulsión que le producía—. Y, por supuesto, mantendremos las distancias durante un tiempo.

—Si lo cree conveniente...

Ella hizo como que escogía un libro, aunque en realidad tomó uno cualquiera, balbuceó una cortés frase de despedida y salió de allí conteniéndose para no echar a correr.

Ya en la galería, se cruzó con el ayuda de cámara de Jason.

—¿Se encuentra bien, milady? Está un poco pálida.

—Sí. No. No, señor Perkins, tengo un terrible dolor de cabeza. Por favor, discúlpeme ante los caballeros, voy a retirarme a mi recámara y no los acompañaré para la cena.

—Por supuesto, milady.

Subió las escaleras con paso vacilante y la respiración acelerada, sin otro propósito que llegar a su habitación cuanto antes.

¿Cómo era posible que tuviera algún tipo de conexión con Willis, y más con esa particularidad tan concreta, la del robo? Era indudable que, de no existir una relación muy comprometedora entre ambos, no se hubiera atrevido a hablarle en tales términos, directo y hasta sarcástico. Pero ¿conspirar con el secretario de Jason para quedarse con dinero?

Se negaba a aceptarlo. Rechazaba de plano ser una mujer abominable de ese calibre, sentía en el fondo de su alma que no era tan mezquina.

Había, además, otros detalles que tampoco le cuadraban. La censura inicial del personal de la mansión, callada pero palpable, a quien tuvo que irse ganando poco a poco, cuando ella tenía la sensación de haber sido querida; las escasas y difusas explicaciones de Bridge, muy remiso a hablarle sobre su vida antes del accidente; las cosas que todo el mundo parecía creer que no soportaba, pero que

a ella le gustaban. Y ahora, para colmo, ¿resultaba ser una ladrona?

Quedaba la hostilidad permanente de Jason, que la acusaba de frivolidad, de burla y menosprecio a su matrimonio. De infidelidad. Demasiado para soportarlo.

En aquella casa, de una forma u otra, le pintaban la imagen de una persona inmoral, huraña, despótica y hasta desnaturalizada. Y esa no era ella. No podía ser ella, se negaba a aceptarlo. Rechazaba de plano ser una mujer abominable de ese calibre, sentía en el fondo de su alma que no lo era. No sabía cómo, pero iba a averiguar qué era lo que estaba ocurriendo.

La carta de su abuela había dejado intranquilo a Jason. La conocía lo suficiente como para saber que no se quedaría con los brazos cruzados ante los acontecimientos que se estaban desarrollando en España. Debería haberla sacado de allí, aunque hubiera sido atada de pies y manos. Pero María Vélez, condesa viuda de Creston, era una mujer de férreo carácter e ideas propias y nadie iba a hacerle variar el rumbo. ¡Quisiera Dios que no tuviera que regresar de nuevo a la Península a hacerse cargo de su cadáver!

Situación que, por otra parte, pudo ocurrir al revés: que hubiera sido su abuela quien devolviera su cuerpo a Inglaterra. Porque no se le había olvidado que a él estuvieron a punto de matarlo en el camino de Carmona. No supo la identidad del ladrón ni los motivos de su ataque, pero en España, sobre todo tras la ocupación francesa, el empobrecimiento de la población había llevado a muchos hombres desesperados a unirse a bandas que despojaban a los viajeros o caminantes. Luego, repartían el botín de sus rapacerías y, en ocasiones, lo compartían con las gentes más necesitadas; venían a ser considerados como héroes o villanos por igual en según qué ámbitos.

Cruzarse con bandoleros era habitual, aunque no era muy normal que atacaran en solitario. En cualquier caso, el forajido tomó una pésima decisión porque él reaccionó a la agresión con sangre fría y determinación, sin conceder la más mínima opción a su adversario, a quien se vio obligado a matar en defensa propia. A su llegada a Sevilla silenció el suceso para no alarmar a nadie.

Le preocupaba pues que su abuela transitara por esos caminos,

dada como era a visitar a sus amistades sin llevar apenas escolta. Evocar el suceso de su asalto y el miedo por la seguridad de la anciana le avinagró el humor.

El hilo de luz que se filtraba por debajo de la puerta del cuarto de su esposa, cuando ya se retiraba a descansar tras dar un paseo junto a *Titán*, acabó de amargarle la noche. Perkins les había transmitido sus disculpas por no bajar al comedor al hallarse indispuesta. Sin embargo, seguía despierta a aquellas horas. ¿Otro truco más para evitarle? Apostaba por ello. Empezaba a estar harto de tanto fingimiento y tal vez no fuera un mal momento para conversar sin excusas.

Sin molestarse en solicitar permiso, accionó el picaporte sin más y entró. Al descubrir que estaba dormida, cerró con cuidado y se acercó al lecho.

Ella se removió entre las sábanas, inconsciente de la presencia masculina invadiendo la intimidad de su dormitorio. Sumida en el sueño, se colocó boca abajo y se abrazó a la almohada, pero la soltó y volvió a darse la vuelta.

Las dos niñas corrían sobre un césped cuidado cubierto de rocío mientras reían y lanzaban chillidos...

Un hombre alto las perseguía...

La voz melodiosa de una mujer de cabello flamígero las llamaba...

Un joven bien parecido golpeaba una pelota con fuerza y se echaba a reír al escuchar los aplausos de una niña y los gritos de protesta de la otra...

Un sujeto retenía sus brazos pegados al cuerpo, la besaba y ella se resistía...

—¡No, no, no!

Jason la observaba manotear en sueños, como si intentara apartar a alguien, librarse de su acoso.

Se estaba contando algo a ella misma. Era extraño. No se encontraba bien y, sin embargo, sonreía con ironía...

Vestía de luto... Estaba en una posada, no sabía dónde, y descendía despacio por unas escaleras angostas que, en el sueño, se perdían en las profundidades de la tierra. ¿Por qué acudía a aquella cita? El mensaje recibido podía ser una trampa... No. No lo era. Ella estaba allí. Después de

tanto tiempo, había vuelto...

Las facciones de la muchacha se suavizaron para, casi de inmediato, contraerse otra vez, dejó escapar un sollozo sin que Jason, atento a cada uno de sus gestos, se decidiera a despertarla.

El camino embarrado... Las ruedas del carruaje resbalaban y rebotaban... Los caballos galopaban muy inquietos, atemorizados por el estrépito de los truenos y el centelleo de los relámpagos, a pesar de lo cual la mano que los guiaba les instaba a ir más aprisa, más aprisa, más aprisa...

—¡Espacio! ¡Más espacio! —gimió en sueños.

El carruaje rodaba junto al barranco... Abajo, la corriente... Un grito desgarrador y luego las piedras que herían, los matorrales que arañaban su piel, el cuerpo de la otra mujer hundiéndose en las aguas que bajaban por el cauce tumultuoso y oscuro... Tan oscuro, tan oscuro...

Se removió entre las sábanas, agitada y convulsa por una alucinación que la arrastraba a la muerte y de la que no podía escapar. Gimoteó estremecida por las horribles visiones y sus labios se curvaron para proferir un aullido de pánico, que Jason mitigó a tiempo tapándole la boca para impedir que alarmase a toda la casa. Sin estar despierta del todo, la joven se debatió contra el intruso, lo abofeteó y quiso arañarle el rostro. Rowland no tuvo más remedio que sentarse a su lado y abrazarla sin quitarle la mano de la boca.

—Tranquila, tranquila, es una pesadilla, Cassandra. Solo es una pesadilla.

Ella reconoció su voz de inmediato y dejó de pelear, aunque todo su cuerpo se tensó al notar la cercanía de Jason. Contuvo la respiración mientras él le acariciaba el cabello, mantenía su cabeza apoyada en su pecho y le chistaba para calmar su congoja. Así, como por ensalmo, su actitud se tornaba cálida, como si no le hubiese dedicado las palabras más agrias que tuvo que soportar nunca tildándola de traidora y perdida. Como si no la odiase.

Se mordió los labios y estrujó las sábanas en los puños para reprimir la súbita e inexplicable necesidad de abrazarlo. Por mucho que la pesadilla la impulsara a reclamar un contacto humano que disipase el miedo, no quería que él interpretara su gesto como una muestra de cariño y, por lo tanto, de sumisión.

Jason se dio cuenta de su rigidez y se apartó, maldiciéndose por bajar la guardia por un momento y por querer estrecharla un rato más. Su esposa le despertaba sentimientos contrapuestos en los últimos días. La detestaba, pero volvía a desearla, y más de lo que recordaba antes de viajar a España. Desdeñaba su presencia, pero le gustaba saber dónde estaba, incluso la buscaba si no la veía. Su problema era la herida que no dejaba de dolerle por la humillación de haber sido engañado y desterrado de su cuarto.

Sobre todas las cosas, le exacerbaba admitir que, tarde o temprano, les gustase a ambos o no, tendrían que cumplir el pacto al que llegaron al casarse: engendrar un heredero para Creston House. Por su parte, de buena gana hubiera renunciado a ello, pero se lo debía a su padre, a su título y a su posición social y, puesto que el divorcio era algo inaceptable, en algún momento deberían afrontarlo.

—¿Qué haces aquí?

La pregunta devolvió a Rowland a la realidad. Sí. ¿Qué diablos hacía allí? Ella le había dejado muy claro que no quería volver a verlo más en su habitación. Pero allí estaba, a su lado, sentado en su cama. En la misma cama en que se poseyeron mutuamente. En el mismo lecho en que besó su boca, sus pechos, perdido en la magia de su feminidad. ¡Qué diferente sería todo si en alguno de aquellos encuentros carnales hubiera quedado embarazada! En ese caso podría haberse olvidado de ella por completo.

El pasado no iba a volver, el presente era ese instante y ella reclamaba su respuesta.

—No temas, no he venido a pedirte nada. Tan solo creí que podíamos charlar acerca de lo que pactamos, pero tenías un sueño angustioso.

—Ya antes me hablaste de un pacto.

—Lo hice.

—¿De qué se trata?

—Veo que no recuerdas lo que no te interesa, querida.

—No empieces con lo mismo.

—Un hijo. Eso es lo que convinimos. Me expulsaste de tu lecho, pero no podrás hacerlo siempre porque necesito un heredero y tú

aceptaste dármelo cuando nos casamos. —Enarcó una ceja al escuchar su exclamación—. Por supuesto, no he entrado aquí a exigirte nada, esta noche me he limitado a cumplir el rol de amante esposo, amparándote en tu pesadilla.

Acudieron a ella de nuevo fogonazos de su desasosegante sueño, sin que consiguiera ordenar las secuencias, en las que se sucedían las gratas y las pavorosas entremezcladas. Miró a su esposo a la cara, queriendo que se marchara y, a la vez, que se quedara, y se fijó en su cabello oscuro que acaparaba la luz de las velas, en lo guapo que estaba con su camisa blanca y el cuello abierto, tal vez sin ser consciente de la atracción que emanaba y a la que ella empezaba a no ser inmune. Cuanto más se fijaba en él, más inexplicable le resultaba haberlo echado de su lado, e inimaginable haberse prestado a orquestar la canallada de que le habló Leonard Willis.

Por más que Jason tuviera una cara oculta o no fuese un dechado de virtudes.

—Tienes que convencer a Ethel si no quieres acudir a mi entierro. No conoces a Jason. Es un hombre horrible: frío, orgulloso y despreciable. Me matará si se entera de lo que he hecho. Me ha pegado muchas veces, por eso me alejé de él. Y cuando se emborracha...

Aquellas palabras llegaron en tromba a su mente. ¿Quién era esa persona a la que ella suplicaba ayuda? ¿Y Ethel? Le sonaban esos nombres, en alguna otra ocasión planearon en su cabeza, pero no conseguía ubicarlos en un lugar o en un tiempo. Y mirando a Jason, no podía imaginarse que fuera un ser tan indigno como para haberle alzado la mano. Orgulloso, sí. Inmodesto, también. Pero no lo veía como un verdugo. Lo sentía muy dentro y, de otro modo, no la atraería tanto como lo hacía.

Necesitaba dormir, descansar y no pensar en nada. Mucho menos en el confuso convenio al que aludía su esposo. No iba a negar que Jason le gustaba, que se quedaba mirándole cuando él no se percataba, y que algo muy parecido al deseo la acuciaba cuando lo tenía cerca. Para no engañarse, debía admitir que ya la cautivó desde la primera vez que lo vio, cuando ni siquiera sabía quién era. Pero entregarse a él, y en la situación actual, era otro asunto muy distinto.

No estaba preparada.

«¡Maldita sea, si ni siquiera recuerdo haberme casado con él!»

—Te rogaría que te marcharas, Jason.

—Eso quiere decir que deberé esperar al momento que tú consideres oportuno para que volvamos a hablar del tema, ¿no es así? —preguntó con acidez burlona—. Está bien, no creas que me enloquece la idea de acostarme contigo. Ya no. Ahora solo se trataría de llevar a cabo un acuerdo, no vayas a creer otra cosa. Pero decídette, Cassandra, y ten presente que me darás ese hijo por encima de todo.

Para ratificar su determinación se dejó guiar por un arrebato impetuoso, tomó su rostro entre sus manos, se inclinó hacia ella y atrapó su boca.

Pretendía que fuera un beso frío, sin sentimiento, solo para demostrarle que allí mandaba él, que ella cumpliría, pero sin quererlo se avivó el rescoldo de un fuego que cobró vida y se expandió por su cuerpo en llamaradas.

Porque la boca de ella no se mantuvo pasiva, sino que se encontró con unos labios húmedos y cálidos que no rehuyeron los suyos, sino que le respondieron con avidez, y eso lo desarmó por completo.

A ella, la sangre se le disparó como impulsada por un fogonazo que le recorrió las venas. No sabía qué quería ni qué buscaba en Jason, pero en ese preciso instante deseó que continuara besándola. Para su consternación, anheló el beso de ese hombre que se mostraba tan diferente al que encontró al principio.

Rowland siempre marcaba los pasos en sus relaciones con las mujeres, pero al contacto de los labios de su esposa desechó cualquier síntoma de urgencia, acomodándose a un ritmo sosegado, dulce, absorbiendo y dejándose absorber. Se ofreció como lo hiciera en sus comienzos, cuando quiso que ella le correspondiese, que lo amase por encima de todo. Ahora su mujer le contestaba con el embeleso de su boca, tanto tiempo ansiada.

«¿Me está llevando a su terreno, igual que una viuda negra, envolviéndome un segundo para devorarme después?»

La soltó de golpe, se apartó de la cama y obvió la sugerencia de sus ojos febriles y su boca incitante. Lo fascinaba. Pero también la

aborrecía porque había estado a un paso de dejarse llevar por el camino que ella quería, de ceder a la debilidad, de doblegarse a unos encantos que seguían incitándolo y espesaban su sangre. Incluso en ese mismo momento, en que ni siquiera lograba impedir que sus ojos se apartaran de la turgencia de sus pechos juveniles insinuados, apenas cubiertos, el odio y el deseo se entremezclaban para atormentarlo.

Se marchó sin más, sin una simple despedida. Huyó otra vez, como ya lo hiciera antes. Ni siquiera se volvió a mirarla cuando le pidió:

—Cuidado con las velas. Apágalas antes de volver a dormirte.

Desde el lago partían dos caminos: uno hacia el pabellón de caza y otro más estrecho que se perdía entre el follaje. La tarde era espléndida y la yegua cabalgaba muy suelta, de modo que taconeó los flancos del animal y se internaron entre los árboles seguidas por *Titán* que, en los últimos días, la acompañaba a todas partes.

El enramado de la arboleda, muy tupido en algunos tramos, casi techaba el sendero, como si de una cúpula se tratara; a través de ella se filtraban los rayos de sol dotándolo de un contraste de claroscuros de atmósfera mágica.

Alcanzó por fin el *cottage* del que le hablara la señora Page: una arquitectura recoleta de tamaño medio, encantadora, en el centro de un pequeño jardín, con techo de pizarra, una amplia galería repleta de macetas con flores silvestres circundándola y las enredaderas cubriendo por completo los muros.

Descabalgó, ató a la yegua en la cerca, llamó a *Titán* y se adentraron por el camino salpicado de piedras blancas. Empujó la puerta de entrada, que no estaba cerrada con llave, y le invadió el característico olor a lugar cerrado mientras el aire impulsó las partículas de polvo que bailotearon al despertar de su letargo. *Titán* saltó para atraparlas.

Todo estaba sumido en la penumbra, así que procedió a abrir los postigos y un par de ventanas para dejar que el aire circulara por el recinto.

La luz iluminó un salón con vigas de madera en el techo y columnas también de madera, con muebles recubiertos por lienzos. Sobre la repisa de piedra de la chimenea destacaba el óleo de una mujer

joven, de cabello negro y ojos oscuros y enigmáticos que, por algún motivo, le recordó a Jason, con una leyenda bajo el marco que confirmaba lo que ya imaginaba: María Rowland. Condesa de Creston. 1774. Le pareció un cuadro espléndido y le resultó un tanto extraño que una pintura así permaneciera allí, tan aislada de la casa, casi olvidada, cubriéndose de polvo.

Se acercó hasta la forma de un mueble que le llamó la atención. Retiró la tela y el polvo danzó por doquier a su alrededor. Cuando se posó, surgió ante ella una auténtica maravilla: un clavicémbalo de fabricación italiana, de exquisito diseño, con una intrincada forma barroca en sus patas y un delicado dibujo esmaltado en la tapa. Debía de tener más de cien años. Se permitió el placer de abrirlo, pasar las yemas de los dedos por encima del teclado y hacer que sonaran unas notas.

Para cualquier amante de la música hubiera resultado un sacrilegio que semejante joya permaneciera relegada en un lugar así. Sacudió el polvo del paño que cubría la banquetta, se acomodó en ella, tanteó las teclas, cerró los ojos y dejó que su espíritu se elevara mientras se arrancaba a interpretar un fragmento de una de las sonatas de Domenico Scarlatti.

La evocación repentina de una joven sentada también a un teclado llegó y se evaporó sin dejar rastro. Se echó para atrás con tanta rapidez que las patas del asiento rechinaron contra el suelo y asustaron a *Titán*, fiel a su lado, que se puso en actitud alerta de inmediato. Le entraron ganas de ponerse a gritar y romper cosas. Era desquiciante que los pequeños recuerdos acometiesen sin margen para retener o identificar lugares o personas.

Tranquilizándose un poco, razonó y llegó a la conclusión de que, a fin de cuentas, con cada una de aquellas visiones se acercaba un poco más a su verdadero yo porque, si sabía quién era Scarlatti, tenía el recuerdo de una de sus sonatas y era capaz de tocarla, era imposible que se hubiera criado en un orfanato.

—En ningún orfanato enseñan música —se manifestó a sí misma, sin darse cuenta de que lo dijo en voz alta, para afianzar su convencimiento.

—Sonaba muy bien.

Se giró hacia la voz, sobresaltada. Leonard la acechaba con ese aire de superioridad que le costaba aguantar, que le desagradaba y hacía que le temiera, pero que de ninguna manera le iba a demostrar. Se levantó y llamó al perro.

—¿Es que se dedica a seguirme? —preguntó mientras rascaba a *Titán* tras las orejas.

—Me declaro culpable.

—No es eso lo que acordamos. Creo que quedó claro que nos mantendríamos alejados. —Sin querer separarse del animal, que estaba junto a sus piernas, deambuló por el salón hasta descubrir bajo otra sábana una pequeña mesa de forma octogonal, de ébano, sobre la cual las macizas piezas blancas y rojas de un ajedrez muy antiguo aguardaban sobre el tablero a que el tacto de los dedos de los jugadores iniciase la partida—. Asombroso, este lugar. Ni lo recuerdo ni reconozco lo que hay aquí dentro.

La carcajada de Willis fue ruidosa y áspera.

—¡Qué raro! Se podría decir que nuestra «alianza» se gestó allí adentro. —Señaló con el mentón otra habitación contigua.

Ella perdió el color de la cara de golpe. Le había indicado el lugar donde engañaba a su marido y, de paso, lo traicionaba doblemente con una relación ilícita y con un fraude continuado. La afirmación derribaba su honor, su decencia y su dignidad. Nunca se vio tan humillada y degradada. ¡De qué buena gana le hubiera mandado al infierno!

Tuvo que contenerse a fuerza de voluntad, dándose cuenta de que sus tribulaciones no desaparecerían matando al mensajero porque se trataba de sus propios errores. Todo ello le resultaba ajeno por completo, pero con que hubiera tan solo un ápice de verdad en aquella trama, ella estaba condenada de manera irreversible. Tenía que cortar de raíz cualquier tipo de vínculo con Leonard Willis, no quería saber nada de él. Afrontaría las consecuencias, las que fueran. Lo que le resultaba incomprensible era asumir cómo se pudo haber enredado con semejante individuo, que le producía aversión solo con verlo.

—Fuera lo que fuese lo que pactamos, se acabó.

Willis achicó la mirada y se tensó.

—No hablará en serio, ¿verdad?

—Puede que haya recobrado la cordura con el accidente.

—Pues yo no pienso renunciar al dinero que he proyectado obtener.

—¿Fruto de los robos a mi esposo?

—¿Ahora me viene con estrechez de miras? Antes no le importó que esquilináramos parte de su fortuna. ¡Ni robar ni acostarse conmigo para que yo le consiguiera fondos con los que pagar sus deudas de juego... milady!

—Olvídelo —pidió, roja como la grana por sus acusaciones—. Repito: se acabó.

—Aténgase entonces a las consecuencias. Yo no voy a desistir de esos ingresos y le recomiendo que guarde silencio o, de lo contrario, Rowland se enterará de nuestra alianza. A mí me bastará con excusarme diciendo que seguí las instrucciones de su esposa, aunque luego me vea sin trabajo; a usted no le perdonará un nuevo engaño.

—¡Fuera de aquí, señor Willis!

—Sí, se ha vuelto escrupulosa. —Se burló Leonard, que dio un paso hacia ella. La joven retrocedió y *Titán* gruñó enseñándole los dientes, así que frenó en seco—. ¡Condenado chucho! Nunca antes se mostró amenazador conmigo.

—Al parecer, también él conoce a los enemigos —ironizó ella. Contuvo al perro por el cuello, aunque no le hubiera importado que se lanzase contra él.

—No se moleste en disimular conmigo. —Le dio la espalda para marcharse dejándole antes una frase desafiante y lapidaria—. Si su esposo tiene la mínima duda sobre las cuentas, le daré algo para que se pregunte por qué lo tengo yo.

—¿Y qué puede tener usted que...?

—Revise su joyero y busque un colgante con una pequeña esmeralda.

Ella dejó escapar el aire retenido al verlo irse. Ni fuerzas le quedaban para moverse. Se dejó caer en un sillón, abatida como nunca, con una pesadumbre que no le permitía respirar, sola, sin

salidas, como un títere al que hubiesen cortado las cuerdas que lo manejaban.

El joyero.

¡Por Dios! ¡Acababa de amenazarla con algo que ni sabía lo que era!

Titán apoyó el hocico en sus rodillas, gimió y ella le acarició la cabeza. No aguantó mucho antes de dejarse vencer por el desánimo y estallar en sollozos.

El frío y húmedo hocico del perro restregándose contra su mano la despertó. Se enderezó y parpadeó un poco aturdida, sin saber durante unos segundos dónde se encontraba. Se había debido quedar dormida un buen rato porque el lugar estaba sumido en la penumbra. Acarició el suave pelaje de *Titán* y se puso en pie preguntándose qué hora sería. Al volverse, la alta figura de un hombre en el vano de la puerta hizo que brincara del susto, despabilándose de sopetón.

—Lo siento. Daniel y mi padre estaban preocupados por tu tardanza —decía Jason al tiempo que se hacía con un par de velas de un estante y las encendía para iluminar la estancia.

Respiró aliviada, aunque no complacida porque, una vez más, de sus palabras se desprendía que eran otros y no él quienes se intranquilizaban por su demora. Claro que era absurdo pensar que pudiera ser de otra manera. Habiéndole echado en cara su conducta para con él, tenía sobrados motivos para mostrarse áspero. Eso, sin contar con que no estaba al tanto del complot que Willis y ella habían maquinado.

—Lo lamento, me he quedado dormida. No descanso demasiado bien por las noches.

—¿Te pesan los remordimientos de conciencia?

—Yo no tengo remordimientos.

—Pues deberías.

Eludió dar respuesta a otra de sus ironías habituales porque era eso precisamente lo que le impedía conciliar el sueño: se pasaba las

noches en blanco intentando recordar y colocar las piezas del rompecabezas de sus recuerdos, desasosegada por los actos de los que él la acusaba.

—Podías haberte ahorrado el paseo, de todos modos. No estoy tan lejos de casa y ya ves que me encuentro en buena compañía. Con *Titán* como protector no puede ocurrirme nada malo.

—Ese es un detalle que me tiene intrigado —contestó Jason, que chistaba al perro sin conseguir que se separara de ella—. *Titán* ha pasado de huir de ti a babear cuando te acercas y a no perderte de vista. ¿Qué ha olfateado en tu persona que antes no percibía?

—Tal vez que no soy esa pécora a la que describes.

—Los animales carecen de conocimiento.

—A veces, tienen más que las personas.

—Si tú lo dices...

—Por otra parte, además del perro, parece que hay más gente en la casa pendiente de mí, de modo que no es necesario que te preocupes tú.

—Solo ejerzo de caballero.

—Caballero que no me hace falta, así que puedes regresar por donde has venido. Solo. Es mejor que hacerlo así que en mala compañía, ¿no te parece? La mala compañía soy yo, por descontado —ironizó.

Rowland se dio cuenta de que ella también sabía usar la mordacidad. Se lo merecía. No era cierto que alguien hubiera notado su ausencia, al contrario, todos se estaban acostumbrando a que ella diera largos paseos por Creston House o pasara muchas horas en el invernadero. En más de una ocasión regresaba a la mansión con el tiempo justo de arreglarse para la cena. Fue él quien, intranquilo, decidió salir en su busca.

«Pero eso no se lo voy a confesar a ella.»

¿Por qué resolvió dirigirse al *cottage*, si ni siquiera sabía si ella estaba allí? No tenía ni idea, solo se dejó guiar por una intuición.

Cuando la vio, dormida tan tranquila sobre el polvoriento lienzo que cubría un sillón, se quedó embelesado contemplándola, preguntándose qué le atraía de su esposa que no lo hacía antes de

marcharse a España. Y cuanto más se lo preguntaba, más se incrementaba su hostilidad hacia ella porque percibía que la coraza con la que había protegido su corazón se debilitaba por momentos.

«Nunca volveré a dejarme engañar, Cassandra», se prometió.

Era una reacción visceral y lo sabía. La rechazaba porque, cada vez con mayor frecuencia, tendía a imaginarla en su cama, húmeda y dispuesta. Tal reflexión le hizo reconocer que su esposa estaba empezando a ejercer algún tipo de control sobre él, lo que provocó que endureciera su tono de voz.

—Por mí, puedes regresar cuando te plazca. A mí no vas a engatusarme de nuevo, querida, aunque ahora tengas a todo el mundo comiendo de tu mano.

—A todos menos a ti.

—Aprendí muy bien la lección.

—Ya veo.

—Y no me gusta tropezar dos veces con la misma piedra.

—Es muy fácil acusar cuando el interlocutor no puede defenderse, cuando no sabe siquiera de lo que se le culpa.

—¡Qué gran actriz se ha perdido el Drury Lane!

—Te ruego que dejes de burlarte, Jason.

—¿Acaso no te burlas tú de mí? ¿Qué haces aquí, si no?

Por un momento, ella se olvidó de que estaban discutiendo. Desde hacía días le resultaba complicado concentrarse cuando él estaba cerca porque sus ojos oscuros la atraían como un imán, su voz la atrapaba y su boca hacía que soñara con besos prohibidos... Quería compartir con él, una vez más, el beso que se dieron cuando él visitó su cuarto. Aborrecía su sarcasmo para con ella, pero no podía evitar desearlo. Debía haber enloquecido para traicionarlo, echarlo de su lado y confabularse con Willis para robarle. Era tan insensato y descabellado que no le encontraba explicación.

—¿Por qué no debería estar aquí? —No le importaba en realidad. Con seguridad, interrogándole iba a descubrir alguna otra faceta dañina de su vida, pero quería retenerlo un poco más y, asimismo, necesitaba saber.

—Este fue el último lugar en el que nos acostamos. —Sonrió de

medio lado al ver que a ella le desagradaba la vulgaridad de su aclaración. Cerró la ventana y los postigos antes de volver a hablar—. Es que era eso lo que hacíamos, Cassandra. Sexo y nada más. Debieran haber sido actos de amor, pero te entregaste a mí, luego me di cuenta, como puede hacerlo cualquier prostituta de East End.

—Gracias por el insulto gratuito —replicó, encajando los dientes.

—¿Insulto? Puede que sí, que lo sea, tómallo como quieras. En todo caso, estoy constatando un hecho, nada más.

—Y luego... Continúa, ya que estás en el momento de las confidencias. Ponme al tanto de lo aborrecible que era, Jason. ¿Qué fue lo que hice?

—Engañarme. Entregarte a otro hombre. O a otros, eso no me quedó muy claro. El muy cabrón escapó por la ventana antes de que pudiera atraparlo, por desgracia; me hubiera gustado retorcerle el cuello... después de retorcértelo a ti. —Ella lo miraba con los ojos muy abiertos, pálida y espantada por lo que escuchaba—. ¿Vas a decirme que tampoco recuerdas a ese desgraciado? ¿Que no te revolcaste con él en aquella posada en la que os pillé? Si se te ocurre negarlo, Cassandra, soy capaz de una locura. Que me convirtieras en un maldito cornudo, he terminado por asumirlo; que intentes seguir burlándote de mí, no pienso tolerarlo.

Ella era incapaz de hablar. Había tanto odio, tanto dolor en sus acusaciones que casi empezaba a creer que todas eran ciertas.

—No quiero...

—¡Cállate! Soy yo el que no quiero escuchar tus excusas. Suficiente tuve con escucharte decir, aquella tarde, que me despreciabas, que por eso te habías buscado un amante, que te daba incluso asco que te tocara. ¡Me echaste de tu lado después de humillarme! Cuando te propuse matrimonio no imaginé que me casaba con una furcia.

Tanto insulto, tanta repugnancia hacia ella, hizo que se encrespara. Él la acusaba, la insultaba, pero ¿estaba libre de culpa?

—¿Y fue así, de repente, sin causa alguna? ¿Acepté casarme contigo y luego te dije que me dabas asco y me busqué a otro hombre? —Se rebeló ella y elevó la voz como él lo hacía, cansada de tanto escarnio.

—No hubo causa que yo conozca, Cassandra. Ninguna.

—Nadie repudia a otro sin un motivo. Te pavoneas delante de mí como el adalid de la virtud, cuando yo no sé si lo eres. ¿Acaso descubrí una infidelidad por tu parte? ¿Tal vez me pegaste?

—¡Pegarte! —Parecía escandalizado—. En la vida he levantado la mano a una mujer, no trates de echar las culpas sobre mí.

—Insisto, entonces: ¿me engañaste, Jason?

—No te engañé y eres consciente de ello.

—¡No lo sé! ¡Maldito seas, Jason, no lo sé!

Estaban tan cerca el uno del otro que él tenía verdaderas dificultades para olvidarse de lo suave que había sido entre sus brazos, para protegerse de su aroma que lo embriagaba. A pesar de que estaba furioso, deseaba besarla. Se estaba volviendo loco.

—No te fui infiel mientras estuvimos juntos.

—Eso es lo que tú dices.

—Y lo mantengo. Por supuesto, no soy un monje, un hombre necesita liberaciones y ha pasado mucho tiempo desde entonces.

—Por supuesto —repitió ella con todo el sarcasmo de que fue capaz.

—Tú misma me diste carta blanca para buscar el placer en otras camas, con tal de que te dejara en paz. Lo sabes.

—¡Yo no sé nada! —reiteró en un grito—. No lo recuerdo y muy bien podrías estar engañándome para eximirte de culpas, porque una mujer nunca arroja a un hombre en brazos de otra cuando él la trata como debe y..

No terminó la frase, alarmada por haber estado a punto de confesarle que ella nunca lo hubiera hecho. Descubrir los sentimientos que crecían hacia él, y que la atormentaban, no era fácil. Tampoco factible dejarlos ver, mientras mantuviera su actitud distante y arisca con ella. Le dio la espalda para no enfrentarse a su oscura mirada preñada de preguntas.

—¡Dios mío, esto sí que tiene gracia! Así que ahora la táctica es culparme a mí.

—Si tanto me odias, si tanto mal te hice, si tan herido está tu puñetero orgullo de macho, ¿por qué no nos divorciamos en su momento? —Se volvió de nuevo hacia él—. Porque te pediría el

divorcio, ¿verdad?

Rowland se quedó mirándola furibundo e intentó controlarse porque aún resonaban en su cabeza las hirientes palabras con que lo despachó. Tajantes y cargadas de desprecio, conminándole a que tuviera mil amantes si quería, así se lo dijo, aunque lo negara en ese instante, con tal de que no volviera a tocarla. ¿Y le venía con evasivas? ¿Se hacía la mártir?

—No —contestó, y apretó los puños—. No me lo pediste entonces y no voy a concedértelo ahora, aunque estés maquinándolo. No, al menos, hasta que me hayas dado un heredero. Luego, me haré cargo de él y tú puedes hacer lo que te dé la gana, como si quieres irte al infierno y liarte con el mismísimo Satanás.

—... Imagino que querrás divorciarte, aunque a tu esposo le resultará costosísimo y, además, va a ser un escándalo, pero...

—¿Divorciarme? ¿De qué estás hablando? No tengo intención de dejar a Jason ni la regalada vida que llevo y, además, cuando muera el padre de mi esposo seré condesa. He luchado mucho para estar donde estoy, por fin tengo lo que siempre quise.

A causa de la repentina evocación, otra más que se evaporó tan pronto como llegó, ella miró a Jason con ojos espantados y se tambaleó.

Él frunció el ceño, preguntándose si sería otro truco más. No se lo pareció. Su esposa se mostraba vacilante, había perdido el color de las mejillas y se mordisqueaba el labio inferior en un gesto infantil que le era desconocido.

—¿Has recordado algo? —interrogó, confundido de su repentino cambio de actitud; parecía una niña asustada.

Un par de lágrimas se deslizaron por las mejillas femeninas, cuartearon el blindaje de reproches con el que Jason se cubría cuando estaba junto a ella, y acertó la distancia que les separaba para pasar un brazo por sus hombros. Nunca había soportado ver llorar a una mujer, aunque la mujer en cuestión fuese esa: una con cara y cuerpo de ángel y argucias de víbora.

Jason nunca hubiera imaginado su respuesta: ella se abrazó a su cintura casi con desesperación en demanda de auxilio.

—Ayúdame, por favor —imploró en medio de un sollozo que se iba volviendo un llanto histérico—. Ayúdame, Jason. Tengo miedo.

Rowland la estrechó un poco más, a medio camino entre la negación y el apoyo. Estaba apelando auxilio, una actuación inaudita en ella. Por más que le sorprendiera, lo cierto era que parecía fuera de sí, su cuerpo se convulsionaba y sus lágrimas fluían pesarosas y suplicantes.

Por primera vez, la estaba viendo llorar y eso le conmovió.

Después de mucho, mucho tiempo, su naturaleza de mujer le llamaba de forma impetuosa: el olor a vainilla de su pelo, la turgencia de sus pechos pegados al suyo, sus manos que se aferraban con desesperación a su chaqueta...

Sin entender por qué, quiso asegurarle que nada le ocurriría mientras estuviera a su lado, calmar su zozobra. Solo eso. Pero fue arrastrado por un deseo irrefrenable de tomarla en brazos y llevársela a la cama. Renegó por lo que iba a hacer y cedió a la tentación de asaltar sus labios.

Ella respondió entregándose al ardor transmitido por la boca masculina que la hacía vibrar. Se abandonó, dejó en un rincón sus escrúpulos y sucumbió a la pasión reprimida que Jason despertaba en ella.

Rowland ahogó un gemido de derrota cuando ella tiró hacia atrás de las solapas de su chaqueta para quitársela y se apartó lo justo para dejar caer la prenda al suelo; se sacó la camisa por la cabeza y la emprendió con los botones de la delicada blusa femenina, cuyos broches se resistían a su apremio. A punto estuvo de romperlos porque ya no quería tocar otra superficie que no fuera la de su piel. La odiaba, pero la deseaba con locura.

—Jason...

Él ni se planteó si su nombre en sus labios era una nueva argucia para engañarlo. Tampoco le importaba. No oía más que el bombear furioso de su corazón que parecía guiar sus manos hacia los pechos femeninos, presionando entre sus dedos las rosadas puntas que acabó por atrapar entre sus dientes. Los jadeos iniciales se fueron convirtiendo, con cada toque y cada beso, en gemidos enardecidos.

Una mano de Jason se adentró bajo los pliegues de la falda...

Ella, zambullida de lleno en un torrente apasionado que no podía controlar, dejó de preguntarse si estaba o no haciendo lo correcto, si entregarse a esas caricias era menoscabar su orgullo; no tenía otra meta más que la posesión que ambos perseguían. Se vio obligada a darse la vuelta e inclinarse sobre el respaldo del sofá. Jason le subió la falda y le bajó los calzones. Su rostro se tornó escarlata por la insolencia de la postura, pero boqueó como pez fuera del agua al notar que la penetraba con un dedo y le provocaba una humedad vergonzosa entre los muslos.

—Jason... —repitió, sin rechazar esa posición que, aunque le parecía indecente, la enajenaba y la excitaba, le hacía desear más intimidad y la arrastraba al delirio.

Rowland, como ella, estaba atrapado dentro de una nube que lo cegaba, sin otro objetivo que perderse en el interior femenino, en la calidez que absorbería su miembro dolorido. Se centró en excitarla para doblegar su urgencia y ella reaccionó al terremoto que removía sus entrañas con una serie de gemidos que anunciaron la cumbre de su orgasmo.

Solo entonces él se dejó ir.

Solo entonces se asió a sus caderas para perderse dentro en ella, tan húmeda y estrecha que apenas resistió antes de derramarse.

Solo entonces, convertido ya en un fante sin orgullo ni dignidad, pronunció algo de lo que se arrepintió al momento.

Irritado y mortificado por su falta de control cuando estaba con ella, se irguió, le bajó las faldas, arregló sus propias ropas y, retomando su actitud desdeñosa, sin una sola palabra, abandonó el *cottage*.

Contempló el óleo de María Vélez y dio un sorbo al té, que ya se había enfriado. No sabía por qué, pero le calmaba el ánimo dejar pasar los minutos mirando aquella pintura. Y bien sabía Dios que necesita sosegarlo después del episodio del *cottage*, porque aún ardía de rabia por la indiferencia con que Jason la trató al terminar y, sobre todo, por la humillación de que fue objeto la tarde posterior al encuentro, cuando él, tras regresar de la ciudad, llamó a la puerta de su cuarto.

Eloise, que le estaba abrochando el vestido elegido para la cena, cedió el paso al vizconde y salió de la habitación para dejarlos a solas. Jason colocó entonces sobre la coqueta una caja forrada de terciopelo y ella lo atribuyó a que él pretendía disculparse con un detalle por el modo en que se ausentó. Lo abrió y se deslumbró ante una finísima gargantilla de diamantes.

—Es preciosa.

—Y supongo que suficiente.

—¿Suficiente?

—Por tus servicios de ayer.

Fue tan rastrera y nauseabunda la alusión que reaccionó con la vehemencia propia de cualquier mujer agraviada de ese modo: cerró la tapa y le arrojó el estuche a la cara, en una tentativa vana de golpearlo, que él evitó haciéndose a un lado.

—¡Eres un miserable!

—¿No crees que sea un pago proporcionado?

—¡Un monstruo, un desgraciado, un malnacido...!

—Ya veo que no. —Recogió el presente del suelo y lo lanzó sobre la cama—. A pesar de todo, guárdatelo junto con algún otro objeto que te vaya regalando hasta que te quedes embarazada. Procuraré que el obsequio sea más de tu agrado la próxima vez que nos acostemos, querida.

—¿La próxima vez que...? —Se le atascaron las sílabas por el estupor que le produjo su aseveración, que tildó casi de grosería. ¿En qué se había transformado el Jason de hacía solo veinticuatro horas? ¿Qué había sido del hombre que pronunció la palabra «cariño» después de llevarla al éxtasis? Porque no fue una ilusión suya, no. Fue claro y apasionado, aunque su conducta posterior se tornara luego fría e incluso indiferente. Y después de eso pretendía pagarla con un regalo, retribuirla como si hubiera cumplido con un trabajo. ¡La estaba llamando meretriz! ¡Y la había poseído con el único fin de gestar el heredero que tanto ansiaba!

Le odió con el furor ciego de la víctima escarnecida sin el consuelo de la venganza. Aborreció a Jason con todas sus fuerzas, como nunca pensó que pudiera llegar a detestar a nadie.

—Eres repugnante. Sal de aquí —le exigió, con el corazón encogido de dolor.

—Será un placer.

—¡¡Fuera!!

Hacía una semana desde entonces y no habían vuelto a cruzarse. Jason pasaba los días en la ciudad y si ella sabía que se encontraba en Creston House hacía lo imposible por rehuirle, bien permaneciendo en su habitación o encerrándose en el saloncito en el que estaba ahora, un espacio que había sido exclusivo de la condesa viuda y que a ella le agradó en cuanto puso los pies en él.

De nada sirvió que Daniel intentara interceder, no quería saber nada de su esposo y lo dejó con la palabra en la boca.

Tampoco habló del asunto con su suegro, al que solo vio para pedirle permiso a trasladar el cuadro de la condesa viuda al cuarto que había convertido en su estudio. Al conde le extrañó la petición, pero no puso objeciones. A su madre nunca le agradó el óleo, que quedó relegado al *cottage*, siendo el que colgaba sobre la chimenea

del salón principal el único en el que aparecía retratada, junto a su esposo.

El golpear de unos nudillos en la puerta la distrajo de sus cavilaciones. Desvió sus ojos de los de María Vélez y respondió:

—Adelante.

—Soy yo. —Asomó James Rowland la cabeza—. ¿Puedo pasar?

—Por favor. ¿Le apetece un té, milord? Este se ha quedado frío, pero podemos pedir...

—No, gracias. —Tomó asiento frente a ella y echó un vistazo al diario que descansaba sobre la mesa—. ¿Alguna noticia relevante?

—Nada demasiado notable. Aprobación o reparos a elementos que se arriesgan a imprimir octavillas de tinte subversivo protestando por las condiciones de vida en Whitechapel, con el correspondiente editorial a propósito del asunto. Y una vez más, la crónica de sucesos, que se centra en el hallazgo del cadáver de una mujer bajo uno de los pilares del puente de la Torre.

A ella, ese artículo en concreto le había dejado un mal sabor de boca, no sabía el motivo, porque, por desgracia, este tipo de hechos solía ser frecuente. Por lo que se afirmaba en el periódico, el cuerpo fue encontrado por casualidad por unos viandantes, enredado en las cañas de la orilla, y debía haber permanecido bastante tiempo sumergido ya que se halló en avanzado estado de descomposición. Nadie había reclamado el cadáver de aquella desconocida vestida de negro.

—Es probable que se trate de otro pobre sin familia —se lamentó el conde, para enseguida apartarse del tema y enfocar su mirada en el cuadro de su madre—. Nunca supimos por qué lo arrinconó, pero a mí me gusta y me alegro de que hayas querido rescatarlo.

—No conozco a la condesa viuda y, por lo tanto, no hay forma de que yo pueda pronunciarme sobre su parecido, pero el conjunto de la obra es magnífico. El autor ha sabido dotar de gran profundidad al paisaje, con un contraste impecable del color, en el que la luz y la sombra, muy bien definidas, se conjugan para irradiar serenidad. Apostar por el blanco de las margaritas del fondo fue un acierto, casi invitan a que las arranquemos. A mí, al menos, el cuadro me

transmite sensación de quietud, de calma. Por cierto, debo decir que su madre era muy bella de joven, como para posar para cualquier maestro.

James Rowland escuchaba y miraba alternativamente al lienzo y a su nuera, asombrado de las explicaciones que ella le daba y que demostraban conocimientos de pintura, algo que él desconocía. Sí, en efecto, tenía razón: su madre hubiera podido ser la modelo de algún avezado en los pinceles.

—Para mí sigue siendo hermosa.

Asintió ella sin dejar de observar el óleo.

—Ahora desfilan por mi cabeza un montón de imágenes, cuadros que he visto en alguna parte, no sé dónde. También reconozco los nombres y las piezas de algunos músicos; sin ir más lejos, hace unos días probé a tocar el hermoso clavicémbalo que está en el *cottage*. — Fijó su mirada en él—. Me gustaría saber si alguien me ha visto tocar antes. ¿Tiene alguna idea, milord?

—Nunca te vi hacerlo, ni nadie me lo comentó.

—Ya. Bueno. Estoy hablando como una cotorra, pero ¿en qué puedo servirle? Porque imagino que alguna razón habrá para dedicarme su tiempo, no creo que haya entrado a entretenerme.

El conde se echó a reír y la joven pensó que era un hombre con atractivo y carisma. No habían tenido demasiada cercanía, pero se encontraba cómoda a su lado; al menos no la cuestionaba como hacía su hijo.

—He venido porque me gustaría invitarte a una fiesta.

—¿Una fiesta?

—Los marqueses de Ballinger celebran el cumpleaños de su hija mayor, nos han enviado las invitaciones y creo que te vendrá bien romper esta monotonía con la que, espero, sea una reunión agradable. También Daniel piensa que ya es hora de que retomes la vida social y, de paso, comprobar si alguien te resulta familiar o te activa algún recuerdo. Ni que decir tiene que si necesitas encargar ropa...

—No, gracias. Supongo que encontraré algo que ponerme entre los «escasos» vestidos que cuelgan en mis armarios —bromeó la joven,

animada ante la perspectiva de una fiesta—. Entre Eloise y la señora Warbeck, la modista, han hecho maravillas arreglándolos. ¿Debo entender entonces que nos acompañará el doctor Bridge?

Le hubiera querido preguntar si asistiría Jason al acontecimiento, pero se arrepintió en el último segundo. No iba a degradarse interesándose por él.

—Lo dudo, aunque también está invitado por ser nuestro amigo. Daniel se dedica a su consultorio médico cuando no nos asiste en Creston House.

—Tenía entendido que era el médico de la familia.

—Lo es. Pero ni él quiere serlo a tiempo completo ni nosotros le pedimos que lo haga. Hay mucho necesitado a quien atender en los barrios marginales. Bueno, ya te he robado demasiado tiempo y tengo algunas cosas que hacer. Cuento con que me acompañarás a esa velada, ¿no?

—Será un placer, milord.

Creston se despidió hasta la hora de la cena y ella volvió a quedarse a solas. Retomó su lectura, pero ya no fue capaz de centrarse. A su cabeza volvieron como cuchilladas las acusaciones de Willis y su amenaza. ¿Qué guardaba el secretario de su esposo contra ella?

—... *Revise su joyero.*

Eso fue lo primero que hizo apenas se acordó, aunque no encontró el colgante al que el secretario de su esposo se refirió. ¿Lo tendría él? Imaginarlo le provocó un mareo. Del amplio muestrario de alhajas que contenía, de las cuales tan solo había utilizado una sencilla sarta de perlas y un par de prendedores para recogerse el cabello, no vio nada parecido. Había gargantillas, anillos y brazaletes del todo desconocidos, piezas que ni siquiera sabía si las compró ella o fueron regalos de Jason, pero no un colgante con una esmeralda. Se llevó cabizbaja una mano para restregarse los ojos y en el movimiento, la pulsera de jaspe verde que llevaba en la muñeca le trajo a la memoria otra idéntica, pero con un grabado diferente.

Noelia y Rufus Ballinger tenían práctica en organizar una velada de manera que el evento contara con suficientes atractivos como para que se hablara del mismo durante muchos días.

Una escalinata de entrada repleta de flores, con farolillos por el camino y por cada rincón del jardín, se abría a un interior; las modernas lámparas de gas en el salón, y que no todas las casas aristocráticas habían instalado, arrancaban destellos al mármol de las baldosas del suelo, bordeado por pequeñas vasijas adosadas a los muros que despedían sus delicados aromas a limón o hierbabuena. El matrimonio había sabido conjugar los elementos visuales con una atmósfera melódica, y los músicos se encontraban aislados tras una nutrida hilera de arbustos, lo que acentuaba así el esplendor del salón.

Agradecieron la invitación y felicitaron a la joven Leticia, hija de los anfitriones, por su cumpleaños. Luego, tras dejar sombreros y chal al personal del ropero, deambularon aquí y allá para saludar a los presentes, algunos de los cuales eran conocidos de Creston. A ella ninguno le trajo un recuerdo, pero, en todo caso, se limitó a sonreír y aceptó los cumplidos que le regalaban los caballeros. Cuando alguna dama pretendió entrar en detalles acerca de su lamentable accidente, del que se habían enterado por la prensa, James supo eludir la pormenorización excusándose e insinuando con tacto un compromiso previo con otros asistentes.

Por otra parte, ella no dejaba de lidiar entre el lógico afán por disfrutar de la velada y el pánico a destacar de mala manera si no

cumplía con alguna persona a la que, en teoría, debería conocer, y así se lo comunicó a su suegro.

—Tranquila. Es muy poco probable que eso ocurra porque, hasta donde yo sé, Jason y tú apenas hicisteis vida social en las pocas semanas que estuvisteis... Quiero decir... —Carraspeó sin terminar la frase.

—Que estuvimos juntos —finalizó ella; en agradecimiento notó un pequeño apretón en el brazo, afectuoso gesto del conde por haber sabido leer su pensamiento.

—Tú sonríe, pequeña. Solo con eso te los ganarás a todos.

A la muchacha le emocionó su ternura. Dirigirse a ella en términos tan cercanos y cariñosos le conmovió porque nunca como entonces estuvo tan falta de apoyo.

—Lord Creston. Le creía en Brighton.

La voz femenina les hizo volverse a los dos. De inmediato se formó una sonrisa en el atractivo rostro del conde, tomó la mano enguantada que le tendía aquella joven de cabello casi platino y hermosos ojos azules y se inclinó galante hacia ella.

—Lady Liliana. ¿Alguna nueva travesura durante mi ausencia de la que yo no tenga conocimiento?

La joven se adhirió al buen humor de James Rowland con una risa cantarina.

—Será mejor que permanezca en la ignorancia, milord. Ya le doy a mi familia suficientes quebraderos de cabeza, no querría que les fuese con más chismes.

—Mis labios estarían sellados, siempre que no peligre la seguridad nacional.

Ella se lo quedó mirando muy sonriente, con la cabeza algo ladeada, como si estudiase la posibilidad de contarle algún secreto para, después, desviar su atención hacia la vizcondesa.

—Lady Wickford... Es un placer volver a verla.

La aludida vio que los ojos azules ya no eran los mismos, se habían vuelto fríos, e incluso el tono de voz un punto desabrido, dando a entender que estaba lejos de complacerle el encuentro, pero se atuvo a las instrucciones de su suegro, sonrió e hizo un ligero saludo con la

cabeza.

—Veo que ya conocía a mi nuera.

—Apenas. Solo nos vimos en una ocasión. Pero lady Wickford no estaba interesada en formar parte de la asociación para reformar las condiciones de las presas en Newgate que, como sin duda sabe, impulsa Elizabeth Fry.

La muchacha había oído hablar de la mujer a la que la joven hacía referencia. No podía precisar dónde ni cuándo, pero ni le era ajena su obra social ni su encomiable campaña de años luchando por mejorar la vida de las encarceladas. Mujeres y niños se hacinaban en la prisión de Londres sin que, en ocasiones, muchas de ellas hubieran tenido ni siquiera un juicio. Lavaban sus ropas, cocinaban y dormían en celdas insalubres de suelos de paja sucia. Elizabeth Fry no solo buscaba mejorar esas lamentables condiciones, sino que consiguió del gobernador de la prisión que se le permitiera enseñar a leer y escribir a las reclusas.

Siendo así, ¿era posible que ella se hubiera desentendido de colaborar? Otra deleznable faceta de su pasado que chocaba de lleno con su manera de ser y que la sumergía en la duda. En consecuencia, no era nada extraño que lady Liliana la juzgase con antipatía, incluso ella fue víctima de un repentino malestar.

—Debe disculparme, no recuerdo ese encuentro, aunque...

—Sé que sufrió un accidente, leí la noticia —cortó la joven—. Espero que esté ya recuperada. Ahora, si me perdonan, he de ausentarme, solo me he acercado para felicitar a Letty y no puedo quedarme mucho más. Confío en que volvamos a vernos, lord Creston. Lady Wickford.

Ella la vio alejarse al tiempo que los murmullos de las conversaciones eran absorbidos por las primeras notas musicales que coparon el salón, dando paso al baile con que se amenizaría la fiesta.

—Este primero es mío, querida. —Oyó que le solicitaba Creston.

Aceptó su brazo y se unieron a otras parejas, pero ella ya no tenía el mismo ánimo que hacía pocos minutos, porque su yo interior le afeaba la nula generosidad que, con diplomacia, le había censurado lady Liliana.

Procuró alejar de sí pensamientos negativos y seguir a su pareja en los movimientos, oteando aquí y allá, hasta un grupo próximo a la terraza donde se exteriorizaban semblantes risueños y distendidos. Entonces perdió el paso. Porque en aquel corrillo animado estaba Jason.

Ni esperaba ni creía que fuera a encontrárselo allí.

Ni que luciera tan elegante y tan guapo.

Y, por descontado, no imaginaba hallarle en tan hermosa compañía.

Una mujer muy guapa. Demasiado guapa para su gusto. Cabello cobrizo con hebras de fuego y unos inmensos ojos verdes que, en ese momento, mientras salían a la pista, le prestaban toda su atención a él.

Un ramalazo de celos la traspasó hasta el punto de titubear otra vez en su paso y acabó por pisar a Creston.

—Espero que no sea tu manera de decirme que ya no quieres seguir bailando conmigo —gruñó él, con una punta de humor guasón.

—No, claro que no. Lo siento, me he distraído por un instante.

—No dejes que sepa que te afecta haberle visto. —Ella hubiera preferido no ser tan transparente. ¿Tanto se le había notado?—. No está aprobado entre la aristocracia mostrar interés por el cónyuge en este tipo de eventos, como tampoco es costumbre bailar más de una o dos veces con la misma dama o caballero. Disfruta de la danza, aunque estés en brazos de un vejestorio como yo.

—Milord, no debería subestimarse. Al contrario, encuentro que es usted de lo más apuesto de la fiesta.

Rowland le correspondió con una carcajada espontánea, ciñó su cintura un poco más y se deslizó con un amplio giro como si quisiera agradecerle así su gentileza.

Por muy espacioso que fuera el salón, al final, no dejaba de ser un recinto en el que se movían los bailarines. Y Jason y su pareja se cruzaron con ellos. Para disgusto de este.

«¿En qué demonios piensa mi padre para presentarse con Cassandra en la fiesta?»

Llevaba varios días sin verla, aunque no se le iba de la cabeza y había caído en sueños húmedos por su culpa. Cada noche, al meterse

en la cama, rememoraba su encuentro en el *cottage*, el modo en que ella le incitó para acabar poseyéndola. Su boca, sus pequeños pechos, su estrecha cintura, sus largas y torneadas piernas... Había sido un tormento porque, además, como un cretino, desestimó ir en busca de placeres con otras mujeres.

Y cuando pretendía distraerse un poco, se topaba justo con ella.

—¡Al cuerno la diversión! —rezongó para sí mientras observaba lo bien que se desenvolvía su padre y, sobre todo, la delicadeza con que su esposa lo seguía.

—¿Decía algo, lord Wickford?

—¿Qué? ¡Ah, no! No es nada, señorita Ross, disculpe. Me ha parecido reconocer a alguien.

Barbara orientó su mirada hacia donde él no quitaba ojo. Sonrió comprensiva y no tuvo reparos en decirle:

—Es preciosa.

Por supuesto que lo era, reconoció él. Llevaba un peinado recogido en varias trenzas sujetas a la coronilla, con mechones sueltos que escapaban del confinamiento de las horquillas y enmarcaban su rostro de porcelana; la tela de su vestido, de corte imperio, hacía aguas al compás de sus movimientos. El escote, cuajado de pedrería azul a juego con sus ojos y con el vestido, dejaba sus brazos al descubierto.

Su vena más carnal hizo que se imaginara bajándoselo, liberando sus pechos a merced de sus manos y sus labios, y el corazón empezó a acelerar su ritmo.

—Es mi esposa.

La muchacha asintió y guardó silencio hasta el fin de la pieza para, después, despedirse con cortesía.

Jason no perdió ni un segundo en acercarse a su esposa y su padre, al ver que se dirigían a otra estancia, también espaciosa, donde se había dispuesto un muy nutrido bufé. Aunque por norma se abría mediada la velada, los Ballinger apostaban por que fuera a elección de los invitados, algunos de los cuales ya, caballeros y damas, se aprestaban a menguar las existencias de champán.

—Buenas noches —saludó a ambos, pero clavó sus ojos solo en ella.

—Estupendas, diría yo —contestó su padre, ofreciéndole una copa que Jason rechazó con un movimiento de cabeza.

—¿Me haces el honor de concederme la siguiente pieza, Cassandra?

Ella sí que aceptó la copa que le entregaba su suegro. Sin molestarse en mirar a su esposo bebió un sorbito y suspiró. Estaba muy frío, burbujeante, delicioso.

—Ahora quiero disfrutar del champán. Tal vez más tarde... si no se te anticipa otro caballero. Ya veremos.

Creston miró a uno y otra, carraspeó y les dijo:

—Disculpad si os dejo, pero quiero charlar con un conocido.

Se quedaron a solas porque ninguno de los dos podía impedir su marcha y, con seguridad, tampoco lo hubieran intentado. Jason tomó a la joven del brazo y ella no se resistió, por no dar que hablar, a que la sacara de allí para conducirla hasta la amplia terraza. Siguieron hasta el mirador, vacío de gente y, aun así, él la llevó hasta el abrigo de dos grandes maceteros, fuera de miradas inoportunas.

Ella acabó por soltarse de un tirón, le dio la espalda y se acabó su bebida de un solo trago. Hasta ellos llegaban los acordes de la música, el murmullo de las conversaciones, el maravilloso aroma de las flores y alguna que otra risa allí abajo, en el jardín, donde algunas parejas paseaban o tal vez perseguían alguna intimidad. Pero ella solo era consciente de la cercanía de Jason.

—¿Qué haces aquí? —La obligó a darse la vuelta.

Mirándola de frente, el brillo de las estrellas se reflejó en los ojos femeninos para fervor de Jason, que tuvo que retener el aire porque aquellos iris azules podían rivalizar con los astros y lo perturbaban.

—¿Y tú? Imagino que tengo derecho a preguntarte lo mismo... esposo mío.

—Me han invitado.

—Como a mí. Por si se te pasó por alto, la tarjeta venía a nombre de los dos.

—Lo sé, pero no esperaba que aceptaras presentarte en público.

—No entiendo por qué. ¿O es que acaso todo el mundo aquí sabe que te puse los cuernos? ¿Es eso? ¿Te sientes incómodo porque la zorra de tu mujer haga acto de presencia?

Jason apretó los dientes para no soltar una barbaridad. Desde luego su esposa no tenía pelos en la lengua, retribuía sus injectivas con otras igual o más dañinas.

—Al menos podías haber elegido otro vestido.

Ella dejó la copa vacía sobre la balaustrada de piedra y se pasó las manos desde el pecho a la falda; delineó con toda intención su figura y disfrutó al ver que él seguía el camino de sus manos y encajaba la mandíbula.

—No sé cómo puedes tener tan poca decencia, Jason —recriminó—. Me utilizas, me insultas con un regalo como hubieras hecho con una ramera cara, y aún te atreves a pedirme cuentas de lo que hago o dejo de hacer. Además, ¿qué diablos le pasa a mi vestido?

«Que estoy loco por arrancártelo.»

—¿No crees que es un tanto provocativo? No hay un solo hombre en la sala que pueda quitarte los ojos de encima.

Ella sabía que no era cierto. Eloise, su suegro e incluso el señor Till, hombre medido que nunca se tomaba licencias que se excedieran de sus atribuciones, habían alabado su imagen y asegurado que le sentaba de maravilla. Si se tenía en cuenta los de otras damas, su vestido lucía sin estridencias salvo, tal vez, por el toque atrevido y personal de mostrar sus brazos desnudos. Los atuendos de mañana y tarde eran recatados, incluso se llevaba el cabello cubierto por cofias o sombreritos en la calle, pero ninguna mujer se privaba de usar sus confecciones más atrevidas en las veladas nocturnas. ¿Por qué Jason se lo recriminaba cuando era lo que hacían las demás mujeres? Si la despreciaba, como no se cansaba de demostrar, ¿por qué le importaba tanto si los caballeros se fijaban o no en ella?

«A no ser que... ¿puede que esté celoso?»

Entonces recordó a la dama que había bailado con su marido y se le activó el genio. ¿Qué se creía el muy ignorante? Si pensaba que él iba a poder hacer lo que le viniera en gana mientras ella debía quedarse recluida en casa, o acudir a una reunión vestida de monja de clausura, no sabía lo equivocado que estaba. Ni con quién se enfrentaba.

—Así que encuentras mi vestido provocador. ¿Tanto o más que el de

la mujer que bailaba contigo hace un momento? Una belleza, por cierto. ¿Quién es, «cariño»? ¿Una de las fulanas a los brazos de las cuales me acusas de haberte lanzado?

Jason se acercó tanto a ella que la obligó a retroceder hasta que su espalda chocó con la pared, y él aprovechó para apoyar sus manos en la piedra, dejándola prisionera entre sus brazos y su cuerpo. Otra mujer, al ver su oscura expresión, quizá se hubiera apocado, pero ella le retó con la mirada dándole a entender que no la arredraba.

—Esa mujer es una dama.

—¿De veras? Así que ahora se les llama así.

—Su nombre es Barbara Ross.

—Barbara. Le va muy bien.

—Y no es una fulana, como insinúas, sino la pupila de uno de mis mejores amigos, el vizconde de Maine.

—¡Oh!

Notó que le subía el sonrojo a las mejillas. Se había confundido de medio a medio dejándose llevar por el resentimiento. O los celos. Intentar convencerse de otra cosa, era inútil: estuvo celosa al verlo con otra. Su equivocación merecía una disculpa, pero no ante él, sino ante aquella mujer de la que pensó mal. Fue a decir algo, pero Jason no le dio tiempo: bajó su cabeza y se aferró a su boca con un beso ávido, avasallador e intenso, que arrolló sus reservas y estimuló su anatomía robándole el aliento.

La fricción de aquellos labios jugosos con los que no dejaba de soñar obnubiló a Jason. Abarcó con una de sus manos la nuca femenina para no permitirle escapar, y con el brazo libre rodeó su talle atrayéndola hacia él. Después se abandonó a la lujuria que le provocaba su mujer que, lejos de resistirse, se ofrecía a su boca y lo retaba con su lengua igual que le desafiara con las palabras.

Extraviados en su guerra particular ya no hubo otro mundo para ellos que no fuera el universo que los atrapaba. Jason no pensaba en otra cosa más que en saciarse de ella. Le hubiera gustado abrirle los botones de la espalda y tirar de la tela del vestido hasta enrollárselo en la cintura, pero se limitó a dejar que sus manos tomaran posesión de sus pechos, firmes, de pezones erectos que pugnaban contra la

tela. Los imaginó desnudos a la luz de la luna, que magnificarían sus aréolas oscuras y se le escapó un gemido de frustración. Subió la falda de la muchacha con prisas, le bajó la prenda interior y empezó a liberar su dolorido miembro del confinamiento de la tela que lo oprimía. Como dos enajenados, se volcaron en su propia necesidad, frotaron sus cuerpos, se excitaron mientras seguían besándose. Jason la aupó tomándola de las nalgas, y gimió al hundirse en el húmedo túnel que lo acogió.

Ella arqueó el cuerpo y sujetó contra sí la cabeza de Jason cuya boca dejaba besos ardientes en su escote a la vez que pugnaba en su interior. El frescor de la brisa nocturna rivalizaba con el calor de los labios de su esposo, que ardían. No parecía importar el resto del universo, y ninguno de los dos valoró cómo reaccionarían si les descubriesen. Porque un escarceo con una dama durante una de aquellas veladas se pasaba por alto, pero un matrimonio que retozara supondría un acto insólito y hasta de pésimo gusto.

No podrían haber jurado si pasó un segundo o un siglo mientras se besaban, se acariciaban y se entregaban el uno al otro hasta llegar a un orgasmo que los dejó mareados. Jason solo fue consciente de que ella era suya y la muchacha solo sabía que no quería que se terminaran aquellos instantes de abstracción absoluta.

Seguían llegando hasta ellos los atenuados sonidos musicales y ecos de murmullos, que fueron engullidos por una conversación bastante más cercana, de tonos encrespados.

—O me concedes unos minutos a solas o voy a montar un escándalo.

—¡Como si quieres quedarte desnuda en medio del salón! — Pudieron escuchar una despectiva respuesta masculina.

—No creo que a tu abuela y a tu condenada pupila les guste que te pongas en evidencia, y a ellas contigo. No me provoques porque te aseguro, «mi amor», que puedo conseguir que se avergüencen hasta tal punto de que nunca volverán a asistir a una fiesta.

Toda la magia que los había envuelto se disipó. Duró aún el espacio de tiempo que medió hasta que se alejó la pareja que discutía.

Habían estado a un paso de que les descubrieran y, aunque Jason

sabía que el caballero que había hablado guardaría silencio porque no era otro que Alan Chambers, vizconde de Maine y amigo suyo, la viperina lengua de la mujer que le acompañaba, lady Vivien, su antigua amante, sí era de temer.

«Y por la contundencia de su réplica debe estar muy cabreada con Alan, tanto como para hacérselo pagar al primero que se cruce en su camino», pensó.

Sosegados del acaloramiento, ella se recolocó la ropa y el peinado, y él se cerró los pantalones y pasó los dedos por el cabello para ajustar luego su corbata, sin apartar uno los ojos del otro. Solo regresaron al salón cuando Jason creyó que ella estaba presentable porque, bajo ningún concepto, quería que su aspecto pudiera dar lugar a cualquier comentario malintencionado. Es más, estaba dispuesto a vérselas con el que se atreviera a hablar mal de su esposa. ¡Hasta ese punto llegaba su estupidez!

Una vez en el interior, ella se dirigió discretamente al tocador de señoras para refrescar su rostro acalorado y eliminar las señales de su tórrido encuentro en la terraza. Le temblaban las rodillas. No debería sentirse sofocada, al fin y al cabo, era su esposo con el que había estado, pero en el fondo lo que la avergonzaba era haber cedido al deseo y otorgar a Jason esas licencias sexuales. ¿Dónde quedaba su animosidad después de su humillante regalo? No estaba para nada orgullosa de su modo de actuar, al contrario, se recriminaba su debilidad.

«Pero no puedo remediar dejarme llevar por la atracción que el muy maldito despierta en mí, y ya vuelvo a desearlo», sollozó.

No volvió a verlo durante el resto de la velada, para cuando ella y Creston decidieron que era prudente abandonar la fiesta, Jason no había vuelto a dar señales de vida; solo supo por boca de su suegro que su esposo tenía asuntos que atender en la ciudad y no volvería a la finca en unos días.

—Sheringham. Wickford. —El vizconde de Maine cerró la puerta tras de sí y tomó asiento.

—Amigo, te encuentro un poco mustio —señaló Sheringham.

—Pues yo a ti no te veo mucho mejor, Ken. ¿Una velada movidita la de anoche?

—No voy a negarlo, aún me duele la cabeza.

—Bien, caballeros, vamos al grano —pidió Jason—. Tu nota parecía urgente, Alan.

—Lo es. Espero con ello no haberos estropeado la jornada.

—Tranquilo —le dijo—, a mí me has hecho un favor dándome una excusa para alejarme un rato de casa. —Estiró sus largas piernas y, a la espera de explicaciones, dio un trago de la copa que sostenía entre los dedos.

Jason era el único de los tres que había cometido la locura de casarse, motivo continuo de guasa para sus dos amigos durante mucho tiempo. Pero no se tocaba ya el tema, respetuosos y al margen para no herirlo, sabedores de sus problemas conyugales.

—Tampoco me espera nada urgente. —Se sumó el barón.

—Perfecto entonces. Os he citado por dos motivos.

Jason atendió con cierta desgana las exposiciones de Maine, que los animaba a firmar un documento para hacérselo llegar al regente. Su cabeza no estaba en aquella habitación sino en la terraza de la mansión de los Ballinger, reviviendo la breve, pero muy intensa, experiencia de tener a su esposa rendida en sus brazos, sus besos, su boca... Entrar en ella había sido sublime. Se removió en el asiento

para encubrir una erección incipiente y se obligó a prestar la máxima atención a lo que Alan iba diciendo, en referencia a solicitar a los poderes públicos que se pusiera fin a la explotación infantil.

—O se ataja cuanto antes o nos encontraremos sin darnos cuenta con una revuelta con víctimas —apostilló la voz del duque de Hatfield desde la puerta.

Se levantaron los tres. Sheringham y él le estrecharon la mano y, antes de volver a sentarse, Conrad Chambers les lanzó sobre la mesa un papel. Hatfield, el hermano mayor de Alan y, por lo tanto, quien heredara el título tras el suicidio de su padre, no era hombre de muchas palabras y casi siempre evidenciaba una expresión inmutable, pero esa tarde parecía afectado.

Jason recogió el escrito, le echó un vistazo, resopló y dio su opinión.

—Este tipo de panfletos altera los ánimos —aseguró antes de pasárselo a los otros.

—Pero son verdades como puños —asintió Ken, entregándoselo a Alan después de leerlo.

El impreso, muy crítico, era anónimo, pero reflejaba sin rodeos el malestar social que se respiraba en esa capa de población donde, por cierto, a Prinny, el regente, se le vapuleaba sin piedad.

—Por supuesto, no sabemos nada de su autoría.

—Ni idea. Y más vale que permanezca en el anonimato porque, de lo contrario, acabaría en Newgate sin remisión. Como os imaginaréis, Prinny está que se sube por las paredes con lo que se dice sobre él, más si se tiene en cuenta que Londres ha amanecido empapelado, literalmente, con las octavillas.

Estuvieron charlando algunos minutos más sobre el enorme riesgo que asumían el autor o autores que se atrevían a publicar semejantes textos que, en definitiva, no hacían más que reclamar al gobierno para que reaccionara. Sobre esa base, acordaron que sería bueno que Alan consiguiera también la firma de Gotiers, con quien se reunía esa misma noche, un general retirado que se hacía escuchar por el hombre que regía el país.

—Tengo una partida de naipes con él —aseguró Maine.

—Entonces no habrá problemas. Firmará.

Jason pensó que pasarse por Brook's y quedarse esa noche en su casa de la ciudad, era una idea excelente. Así no tendría que regresar a Creston House y tampoco tendría que ver a Cassandra. En realidad, hubiese aceptado incluso una invitación del mismísimo Lucifer con tal de estar lejos de ella, a pesar de lo cual seguía rondándole por la cabeza cómo pudo agitarse tanto en cuanto la vio en la fiesta del brazo de su padre.

Y cómo se habían dejado llevar ambos por el arrebató tras los maceteros.

¿Hasta dónde hubieran llegado de no haber sido interrumpidos por la discusión entre Vivien y Alan? Posiblemente, la hubiera vuelto a poseer en el mismo suelo; tal vez hasta habría tenido la osadía de ocupar uno de los dormitorios de los Ballinger en el piso superior. Se había comportado como un auténtico majadero. Él era un hombre que nunca había traspasado las barreras del decoro, mucho más en ese caso, por respeto a aquellos por quienes era invitado. Pero con ella había roto sus propios esquemas.

Se concentró de nuevo en la conversación, en la que Alan reclamaba cuantos datos fueran posibles para localizar a un sujeto.

—¿Qué pasa con ese individuo?

—Los motivos no son importantes.

—Como quieras. Al menos, tendremos un nombre...

—Lo desconozco —manifestó el vizconde de Maine—. Lo único que puedo adelantaros es que tiene medio rostro quemado. Por mi parte, ya estoy en ello y os agradeceré cualquier información que podáis facilitarme vosotros tres —incluyó a su hermano.

Jason se retrepó en su asiento. Si en algo se preciaba, era en conocer a Alan. No era un tipo que se anduviera con medias tintas, decía lo que sentía y actuaba a veces por impulsos. Sin embargo, no había sido nada explícito al pedirles ayuda, de modo que no le extrañaría que la búsqueda en la que les implicaba tuviera que ver con su reciente pupila, Barbara Ross. Alan había aceptado su tutoría creyendo que iban a endilgarle a una niña, pero se trataba de una joven de casi veintitrés años que lo estaba volviendo loco. No se le escapaba que había algo entre ellos y no era de extrañar que Alan

bebiese los vientos por la muchacha. Cuando tuvo oportunidad de bailar con ella le resultó una mujer fascinante, poco banal, con personalidad. Un poco de temperamento le vendría bien a su amigo, acostumbrado a que todo el mundo le bailara el agua y las mujeres se le entregasen por el simple hecho de parpadear.

«Elevaré una plegaria para que, si estás enamorado de esa muchacha, no te resulte tan embustera como Cassandra, amigo mío.»

Fuera como fuese, su camarada acababa de proporcionarle una excelente excusa para perderse aquella noche... y las noches venideras: una interesante partida de cartas y jugar a detective en la búsqueda de un hombre con media cara quemada.

Maine ganó finalmente a Gotiers la partida en la que se jugaron cantidades importantes, pero, a fin de no comprometer las finanzas del militar, llegaron al acuerdo de condonar la deuda a cambio de la firma del documento de marras.

No tuvo Rowland tanta suerte en las pesquisas que llevó a cabo durante los dos días siguientes, para tratar de localizar al tipo tras el que iba Maine. El fulano se había esfumado, lo cual era lógico, porque si sabía que Alan tenía algo contra él, lo extraño hubiera sido que se pusiera a su alcance. Él sabía bien que su amigo era implacable a la hora de vengar una afrenta, de manera que cualquiera con dos dedos de frente pondría pies en polvorosa y no solo escaparía de Londres, sino de Inglaterra.

Pero como el dinero es el mejor reclamo, prometió una buena suma a todo contrabandista, tipejo de baja estofa o prostituta que le facilitara información y se la entregara no a él, sino al señor Bauer en su casa de Hannover Square; de seguir en Londres el individuo rastreado, creería que lo buscaba él y no su amigo. Luego, su mayordomo ya se encargaría de hacer llegar las noticias a Maine sin dilación.

Confiaba de pleno en Maximilian Bauer, un refugiado a quien conoció muchos años atrás en Londres escapado del gobierno austríaco, de donde huyó por enfrentarse a la posición del emperador, favorable a los intereses de Bonaparte. Aunque en aquel entonces solo había llegado él a Inglaterra, lo cierto es que después había acabado por contratar también a su esposa, Hannah, y a su hija

Valentine. Ellos tres se bastaban y sobraban para mantener en perfectas condiciones su casa en la ciudad y nunca se arrepintió de haberles dejado al cargo de la misma.

Podría haber permanecido algunos días más en Londres disfrutando de sus amigos, del teatro o de otras diversiones más placenteras que ofrecía una urbe semejante. Sí, podría haberlo hecho porque con los Bauer estaba cómodo, atendían cada una de sus necesidades incluso antes de que él supiera que algo le hacía falta, siempre solícitos y, sobre todo, discretos. Especuló de nuevo con visitar a alguna antigua conocida, pero terminó por desechar las tentaciones por segunda vez porque se sobreponían los labios, o el cabello, o los ojos turquesa de su esposa a los de cualquier mujer que imaginara, frustrando su libido.

Y es que, en el fondo, lo que le atormentaba era no tenerla a ella. Necesitaba regresar a Creston House y volver a verla.

—Me iré mañana mismo —anunció a Hannah, que estaba preparando la compota de manzana para el exquisito *apfelstrudel*, un postre que cocinaba como los ángeles y que le hizo la boca agua por anticipado.

—¿Qué es lo que le preocupa, milord? Si me permite preguntar.

A Jason esa mujer siempre le sorprendía por su intuición. Había pocas cosas que se le escaparan a aquella austríaca oronda, de cabello rubio, mejillas sonrosadas y ojos oscuros y misteriosos en contraste, que a veces parecían ver más allá de uno, aunque siempre se mostraba prudente y comedida. A ella le gustaba hablar y a él le divertía su cháchara medio en inglés, medio en alemán.

—¿Cree usted que me preocupa algo?

Hannah Bauer se olvidó de la compota y se volvió hacia él.

—*Natürlich!* O no estaría con esa cara.

—Y ¿qué cara tengo?

—La de un hombre que no sabe si llegar o volver —respondió antes de retornar a sus quehaceres—. Quiero decir: que no sabe si ir o venir, no sé si me explico bien en su idioma.

—Se expresa a la perfección, frau Bauer.

—Pues haga caso a esta pobre mujer y resuelva sus *probleme*, lo que

sea que le tiene intranquilo. Dicen que no es bueno dejar que se oculte el sol sin haber matado los rencores, milord. Y ahora déjeme o no acabaré nunca.

—Eso sí que no, lo primero es lo primero —dijo, analizando la frase—. Espero que esta noche me sirva su maravillosa tarta de manzana.

—No es simple tarta de manzana, milord. Esto es *apfelstrudel* —contradijo ella muy ufana.

Jason salió de la cocina de buen humor, pero sin dejar de dar vueltas a los comentarios de Hannah, una mujer directa para quien solo existía el blanco y el negro, y la gama de grises no entraba en su vocabulario. Resolver sus problemas, decía. Matar los rencores. ¿Cómo se podía hacer eso cuando se odiaba y se deseaba a la misma mujer? Lo mejor era tomar una decisión que protegiera su orgullo: de Cassandra solo quería un heredero; luego, le daría todo el dinero que quisiera para que se marchara, y la olvidaría.

En cuanto a estrangular el resentimiento que sentía hacia su esposa, era tan imposible como vaciar el océano con una cucharilla de café.

No tardó mucho en comprobar cuán falso era ese pensamiento, porque una cosa era decirlo y otra poder llevarlo a cabo: el tiempo que tardó en llegar a Creston House.

Daniel continuaba atendiendo su consultorio y, sin su presencia, la comida con su esposa y su padre le resultó incómoda y tensa porque este no paró de hablar de la cantidad de caballeros que habían solicitado un baile a la muchacha, refiriéndose a cada uno de ellos por su nombre y apellido, como si quisiera restregárselo por la cara. Ella, por el contrario, permaneció callada y no le dirigió una sola mirada. De haber sido un mueble, la joven le hubiera prestado más atención. ¿Le estaba castigando por haberse atrevido a poseerla? Imposible, cuando ella había colaborado de buena gana.

Durante su estancia en España, Jason creyó haber superado su enamoramiento de primerizo por ella. También hubiera sido así de haberse encontrado al regresar a la misma arpía con quien se casó, la mujer que lo engañó con otros e hizo tan insufrible la convivencia que le obligó a marcharse. Pero su comportamiento y sus maneras

eran tan distintos que no parecía la misma. Era el mismo cuerpo, pero con actitudes y detalles que la mujer que él conocía nunca dejó entrever, y que juzgaba seductores: la forma graciosa en que arrugaba la nariz cuando algo la disgustaba o la divertía, la manera elegante de llevarse la copa a los labios, el modo en que enredaba algún mechón de su cabello en un dedo o se mordía el labio inferior si estaba nerviosa... Hasta su aroma había cambiado: ahora olía a jabón o a vainilla, cuando antes usaba caros e intensos perfumes.

Después estaba el cambio con el personal. Un vuelco absoluto en el trato con ellos hasta el punto de que el servicio en pleno hubiera acabado por tratarla con respeto, incluso con afecto podría decirse; antes la obedecían, pero él sabía de sobra que no la soportaban.

Y por encima de todos, su padre y Daniel. No es que estuvieran cómodos con ella, era que parecían cada día más encantados. No podía estar todo el mundo equivocado. ¿No sería que él estaba mediatizado por una idea previa y no veía, o no quería ver, la realidad de que su esposa había cambiado? Pero lo hubiera hecho o no, quedaba el poso de su infidelidad, de las crueles palabras que le gritó cuando la descubrió en aquella posada de las afueras de Londres. No podía olvidar eso. Ni su desprecio cuando le gritó que saliera de su habitación al intentar hablar sobre lo ocurrido. Sin embargo, algo muy dentro de él le instaba a imaginar que, de alguna manera, podían darse ambos una segunda oportunidad.

Se pasó la noche dándole vueltas, sin poder conciliar el sueño por más que cambiaba de postura.

Con cierto grado de masoquismo se castigó al recordar el sonido excitante de sus pequeños gemidos mientras la acariciaba y, por encima de todo, no dejaba de preguntarse qué locura se apoderó de él para poseerla en el *cottage* y, más tarde, pasados unos días, repetirlo en plena fiesta.

Se suponía que siempre había sabido ejercer un control adecuado de sus actos. Pero no, no en esas situaciones. Porque ella lo confundía: por un lado, lo sacaba de sus casillas y por otro la deseaba de tal manera que, cada vez que la evocaba se le endurecía el cuerpo.

A la hora de costumbre, por desgracia para él poco después de coger el sueño por fin, Perkins entró en la habitación, descorrió las cortinas como solía hacer cada mañana y, valiéndose de la claridad del exterior, se acercó al armario para disponer, sobre uno de los sillones, la ropa que consideró oportuna para la jornada. Dio paso luego a los dos lacayos que aguardaban fuera y estos, intentando no hacer más ruido del imprescindible, acercaron los cubos de agua hasta la bañera.

A pesar de sus cuidados, el trajín de uno y otros acabó por despertar del todo a Rowland que rebufó y se cubrió la cabeza con la ropa de cama.

—Buenos días, milord.

Ya no era posible volver a dormirse, así que echó a un lado las sábanas y se sentó en el borde de la cama.

—Buenos días. ¿Qué tiempo tenemos hoy?

—Desapacible, con llovizna. ¿Cómo ha descansado el señor?

—Me he pasado la noche en blanco.

—Lo lamento. Su baño está dispuesto, milord —informó mientras sostenía una bata de terciopelo en sus manos y elevaba los ojos hacia el techo.

Jason se levantó, le quitó la prenda y se la puso.

—Debería estar ya acostumbrado.

—Sí, milord.

—Pero sigue poniendo cara de circunstancias. —Por mucho que lo intentara, su criado no podía disimular que le turbara la, según su propia definición, pagana costumbre de dormir desnudo.

—Sí, milord —repitió Perkins.

—Pues hágase a la idea porque no pienso ponerme un camisón para meterme en la cama. Lo encuentro ridículo, se me enrolla en las piernas y no duermo a gusto. —Lo decía mientras probaba la temperatura del agua, como siempre en su punto.

—Como diga, milord. ¿Bajará al comedor o prefiere que le suba el desayuno?

Jason enarcó las cejas y se volvió a mirarlo.

—¿Por qué iba a querer que lo subiera?

—Lord Creston y milady salieron muy temprano con el carruaje.

—¿Salieron? ¿Adónde?

—No lo dijeron, milord. El señor Till tampoco tiene idea, solo advirtieron que comerían fuera y no regresarían hasta la tarde. — Antes de que le preguntase más, añadió por su cuenta—: Pero me pareció que mentaban Vauxhall, señor.

Jason enmascaró su decepción metiéndose en la bañera. Durante el escaso espacio de tiempo que había conseguido conciliar el sueño le asaltaron vívidas fantasías con su esposa y, al ser despertado, lo primero en lo que pensó fue en volver a tenerla entre sus brazos. Tal pretensión acababa de irsele al garete.

—Con un café bien cargado me bastará, gracias.

Como era de esperar en alguien tan puntilloso y eficiente como su criado personal, no solo le subió el café, sino que lo hizo

acompañándolo de algunos pastelillos de limón. Después de bañarse se tomó dos tazas del oscuro brebaje y un par de bollos, se vistió asistido por Perkins y bajó al piso inferior decidido a revisar con Willis los contratos que estaban a punto de vencer.

De camino hacia su despacho oyó que aporreaban la puerta de entrada de la casa, a la que se dirigió presuroso un lacayo. Un remolino de faldas y cabellos desgredados irrumpió en tromba en el *hall* en cuanto abrieron, y salpicó de agua y barro allí por donde pasaba, para contrariedad y disgusto de la señora Page que, hacía escasos minutos, acababa de dar su visto bueno al encerado del suelo.

La muchacha se sacudió del modo en que pudiera haberlo hecho un perro, con total desparpajo, a la vez que renegaba de su mala suerte con una ristra de juramentos nada femeninos. Tras aquel pelo apelmazado, Jason, tan sorprendido como los demás por la aparición de la inesperada visitante, identificó un par de ojos que conocía muy bien.

—Hola a todos. Siento presentarme de esta manera, pero el condenado caballo con el que pretendí adelantarme a mis sirvientes para daros una sorpresa, se ha alzado de repente y me ha tirado a una zanja.

—Te veo... la mar de atractiva —saludó el vizconde que, tras superar la primera impresión, ya no pudo contener una carcajada.

Ella limpió sus manos en la falda del maltrecho vestido, se encogió de hombros y, viendo que Rowland le abría los brazos, dejó escapar un grito de alegría y se lanzó a ellos para acabar colgada de su cuello.

Jason se reunió con su prima un buen rato después, una vez que él se hubo cambiado de ropa y soportado con estoicismo las protestas de Perkins por haber echado a perder la que llevaba. A ella, se encargó la señora Page de eliminarle la mugre que llevaba encima y prestarle una bata, a la espera de que llegaran sus criados con el equipaje.

Se recostó en el respaldo del sillón y acarició los sedosos y rubios cabellos de la joven que, sentada sobre la alfombra y apoyada de

codos en sus rodillas, lo miraba con esos ojos inmensos y grises, casi plateados, heredados de su padre, Clarence Tanner.

Tanner había conquistado el corazón de su tía Florence cuando ella acababa de cumplir diecisiete años y, en contra de lo que una gran parte de la sociedad creyó entonces, demostró ser un hombre íntegro que no perseguía su fortuna. De hecho, renunció a tocar un solo penique de su esposa y continuó dando clases de Historia en Eton, hasta que Egipto hechizó a Florence Rowland y, en la primavera de 1805, lo arrastró con ella a su primera expedición.

Alexandra tenía diez años por aquellos días; había crecido, por lo tanto, a caballo entre Inglaterra y el país de los faraones.

—De modo que los tíos decidieron quedarse.

—Ya conoces a madre. Su gran amor es Egipto y el gran amor de padre es ella; es capaz de lo que sea con tal de hacerla feliz. En cualquier caso, de ninguna manera hubieran podido volver ahora, inmersos como estábamos en una exploración de la que podría hablarse durante décadas. Qué digo, décadas. ¡Quizá durante miles de años! Un templo de tal magnificencia que ni te lo imaginas, Jason.

—Él no dudaba ni por un momento de que fuera cierto, guiado por el entusiasmo casi extático en los ojos grises de Alexandra—. Además, madre se ha hecho inseparable de Sarah Banne, la esposa de Belzoni, un explorador concienzudo y tenaz que, por cierto, está guiando a nuestro cónsul, Henry Salt, a localizar y conseguir antigüedades para el Museo Británico.

—Algo hemos leído en la prensa: se ha publicado un presunto pacto de nuestro cónsul con el cónsul francés por el que se repartían Egipto.

—Eso suena peor de lo que es. Drovetti no hacía más que entorpecer las excavaciones inglesas, de modo que llegaron a un acuerdo: todo lo que se descubra al este del río Nilo será de los franceses, y lo del lado oeste será inglés.

—Así que estáis en medio de una guerra consular.

—Nada de eso, ya te digo que han llegado a un entendimiento en ese asunto. El auténtico problema es conseguir trabajadores. La cosa está tan mal que incluso madre, la señora Banne y yo, hemos

colaborado con los hombres en retirar montañas de arena para desenterrar el templo.

—Me alegra de que hayas decidido dejar por un tiempo a la intrépida de tu madre y presentarte de nuevo por aquí, te echábamos de menos.

—Mi estancia en Inglaterra es un breve paréntesis porque le prometí a Rebecca Miller que acudiría a su boda. Regresaré a Egipto, no lo dudes. Supongo que se me ha pegado la vena aventurera de madre, pero es que una vez que pisas aquella tierra ya nada es igual. La magia del desierto y nuestra insignificancia ante la dimensión del término antigüedad se le meten a uno en la sangre, Jason.

—Puedo admitirlo, pero no es lógico ligar tu vida a una aventura que no va a durar siempre. Tarde o temprano tu biología te llamará y se supone que entonces tendrás un marido a tu lado.

—¿Quién te ha dicho que yo quiera un esposo? Soy ya una solterona empedernida.

—Tú eres una preciosa mujer cuyo cortejo se disputaría la flor y nata de Londres, si permanecieras aquí lo suficiente.

—¡Qué horror! —exclamó con fingido espanto—. Prefiero cabalgar millas y millas acariciada por el sol, hundir los pies en las dunas del desierto, dejarme hipnotizar por la memoria que atesora cada objeto descubierto, abandonarme al embrujo de un lugar que me transporta a otro tiempo... Allí puedo ser yo misma, olvidarme de tanta norma estúpida y seguir los dictados de mi corazón.

—Te veo muy poética —dijo con un tonillo de burla y ella le sacó la lengua.

—Por otra parte, tú sabes que no encontraría un hombre que me concediera margen de maniobra, que no intentara coartarme. Los caballeros como padre no caen de los árboles. Pero dejemos a un lado mi vida y cuéntame cómo están las cosas por aquí. Nos llegó la noticia de tu boda cuando estábamos en El Cairo, a punto de salir para Nubia.

—Mi padre me hizo llegar vuestra carta de felicitación a España.

—¿Fuisteis allí en vuestro viaje de novios? ¿Con la abuela? Tienes que contarme cómo le va a la vieja cascarrabias y...

—La abuela sigue tan terca como siempre.

—¿Y tu esposa? Tengo ganas de conocerla. Supongo que es una mujer preciosa.

—Lo es.

—¿Dónde la conociste? ¿A qué familia pertenece? Espero que no te hayas dejado atrapar por una de esas *ladies* anodinas de las que tan surtido está el mercado matrimonial inglés. ¡Quién lo iba a imaginar! ¡Tú, el reticente y esquivo vizconde de Wickford, al fin pescado! Vamos, habla, quiero saberlo todo: cómo la conociste, cómo os va la vida de casados, si estás enamorado de ella y ella de ti... Lo que doy por sentado, claro está, porque te conozco bien.

—Cassandra estuvo a punto de matarse cuando volcó su carruaje y ha perdido la memoria —impidió que continuara hablando—. Ni siquiera recuerda estar casada conmigo.

Durante un lapso de tiempo que se hizo muy largo por la sorpresa, Alexandra no fue capaz de pronunciar palabra porque primero tenía que digerir la noticia. Por un instante se imaginó amando a un hombre que no recordara ni su rostro y se le hizo un nudo en la garganta.

—No sabes cuánto lo siento, Jason. ¿Es un trastorno transitorio? ¿Tiene cura?

—Daniel ha sido de gran ayuda, incluso trajo a un colega especialista en este tipo de dolencias, y ambos están de acuerdo en que es posible que recupere la memoria con el tiempo.

La mención de Bridge distrajo un poco a la joven del tema del que hablaban porque el médico, y solo él, era la causa de fondo por la que había dilatado su regreso a Londres.

—La recuperará. Seguro que sí, no desesperéis ninguno de los dos. Sabes que no soy nada romántica, pero siempre se ha dicho que el amor lo puede curar todo y yo lo creo.

Jason permaneció en silencio. ¿Cómo explicarle su situación? Alexandra y él eran hijos únicos, habían mantenido un trato muy frecuente y ya, en la edad adulta, intimado con un grado de confianza tal que no tuvieron reparos en hacerse confidencias personales, como lo hubieran hecho entre hermanos. ¿Cómo hacerle entender ahora la

traición de su esposa? Sobre todo, ¿cómo describirle la pugna que libraba consigo mismo sobre los sentimientos hacia ella, una mezcla de odio y deseo a partes iguales que lo trastornaba?

Tardó demasiado en responder. Tanto, que Alexandra intuyó que habían entrado en aguas pantanosas: la relación entre Jason y su esposa no marchaba. Apoyó la mejilla en las rodillas masculinas y no preguntó nada más, Jason ya hablaría cuando lo considerara oportuno.

Así, en esa posición, los encontró la muchacha, en una escena tan cariñosa y tierna que hizo que se detuviera en seco, que se paralizara, que le faltara el aire.

Pero apenas fue un instante. Lo que tardó la joven desconocida en soltarse de las piernas de su marido, levantarse sonriente e ir hacia ella diciendo:

—Tú debes ser Cassandra, ¿verdad? Soy Alex Tanner, la prima de Jason y también tuya.

La llegada de Alexandra fue una ráfaga de aire fresco que aquietó la desazón en la pareja, un ingrediente que añadió un punto de sosiego al vaivén de su relación.

Esa misma noche, mientras cenaban, Jason se mostró relajado y flexible en el trato, incluyendo a su esposa en la conversación, lo que no solía ser habitual, y que ella atribuyó a la presencia de Alexandra, a quien íntimamente se lo agradeció. El conde, por su parte, encantado de tener en casa a su sobrina, preguntó y preguntó acerca de Egipto y la labor que allí desarrollaban y ella fue respondiendo sobre las actividades, las gentes y el país, hasta acabar con los aprietos vividos y también en las anécdotas más cómicas, dándoles a los reunidos un humor y un sosiego muy bien acogido por todos.

Bueno, casi todos, porque quien se movía incómodo, como si tuviera un puercoespín en la silla, era Daniel, que decidió a última hora acompañarlos. Tal vez porque la incisiva, encantadora e ingeniosa señorita Tanner no se dirigió a él ni una sola vez.

Era imposible para cualquiera pasar por alto ese detalle, como tampoco que el saludo que intercambiaron al encontrarse fue esquivo, poco espontáneo. Ella no era curiosa, pero lo creyó un gesto más formal que amistoso, quedó un poco intrigada y no les quitó ojo durante toda la cena. Daniel no encontraba postura en su asiento, apenas abrió la boca, dejó casi intactos los exquisitos platos cocinados por la señora Fox y bebió más de la cuenta, sin dejar de lanzar furtivas miradas a la recién llegada. Alexandra, en cambio, se exhibía despreocupada y dicharachera, pero ella supo ver que había

en la muchacha algo de fachada, porque evitaba mirar a Daniel y estrujaba su servilleta con frecuencia.

Concluida la cena, se saltaron la vieja costumbre de dejar solos a los caballeros para que fumasen o tomaran una copa, y pasaron todos al salón contiguo, salvo Bridge, que se disculpó por tener que abandonarlos.

Fueron sentándose y, mientras, Jason escanció un dedo de un licor rojizo púrpura en las copas.

—¿Qué brebaje es este? —preguntó Alex, acercando la suya a la nariz—. Huele a... ¿frambuesa?

—Sí, las frambuesas rojas y negras son algunos de los ingredientes con que se fabrica, pero también lleva cítricos, vainilla, coñac y miel.

—Es delicioso, pero algo fuerte.

—Cuidado no se me enchispen, señoras —bromeó Creston con buen humor—, que esto no es ponche aguado. ¿De dónde ha salido este Chambord, Jason?

—Un regalo de Sheringham. Según me dijo consiguió unas cuantas botellas de contrabando y es artesanal. Al parecer, la elaboración de este licor se remonta a la época de Luis XIV, lo elaboraron y se lo ofrecieron en una de sus visitas al *château* Chambord, el palacio del valle de Loira, en Francia.

A la mención del nombre del país galo, el conde arrugó el ceño y liquidó su bebida de un solo trago. Las dos jóvenes, que charlaban entre ellas, no se dieron cuenta de su repentino cambio de talante, no así Jason, que le estaba mirando y le preguntó con un movimiento de hombros. Como respuesta, su padre desvió hacia las damas los ojos acompañándose de una disimulada negación con la cabeza. Para evitar cualquier comentario fuera de lugar Jason se excusó con lo primero que se le ocurrió para quedarse a solas con su padre.

—Querría tu opinión acerca de uno de los contratos que he de renovar —dijo.

—¿No puede esperar? Alex acaba de llegar a casa, no seas desconsiderado.

—Por nosotras no os preocupéis, tío, Cassandra y yo necesitamos tiempo para conocernos mejor.

Una vez obtenida la dispensa de las damas se dirigieron al despacho y, nada más cerrar la puerta, James, sin darle tiempo a su hijo a preguntar, dijo:

—Banks Jenkinson quiere hablar contigo.

Jason se tensó. Sabía de sobra que si el segundo conde de Liverpool reclamaba su presencia se avecinaban problemas. Se sentó, estiró sus largas piernas, apoyó un tobillo sobre el otro y dio un sorbo a su bebida, esperando a que su padre, con las manos cruzadas a la espalda, como solía hacer cuando algo le inquietaba, terminara de hablar.

—Suéltalo ya. ¿Por qué quiere verme?

—Solo sé que Veronique y Armand Raynaud acaban de llegar a Londres, luego tiene que ver con esos franceses.

Robert Banks Jenkinson asumió el cargo de primer ministro tras el asesinato de su antecesor, Spencer Percival, en 1812. Desde entonces, puso en marcha numerosas medidas con el fin de establecer el orden en el reino, muy deteriorado por los disturbios provocados por la subida de impuestos. Surtieron efecto, pero al coste de anular derechos públicos que incrementaron el descontento en el país y su enfrentamiento con la sociedad política.

No era la clase de persona con la que sintonizase bien Jason y, de hecho, en las pocas ocasiones en que se habían encontrado, no trató de disimularlo. Sin embargo, reconocía que su política de mano dura para reconducir la calma social estaba consiguiendo, poco a poco, erradicar el malestar de una población que aún sufría las penurias causadas por la guerra contra Napoleón.

Rowland, como algunos otros jóvenes aristócratas, había sucumbido en el pasado al error de cooperar de algún modo con el poder que representaba Banks. Y este era como un perro de presa: si agarraba a alguien entre los dientes, nunca lo soltaba. Su padre no había podido adelantarle lo que quería de él, tan solo la referencia a los hermanos Raynaud, y que el primer ministro lo recibiría a las cinco de la tarde del día siguiente.

Y allí se encontraba, sentado en un cómodo sillón de estilo eduardiano, frente a la mesa de trabajo del político más poderoso de Inglaterra, esperando su aparición. Procuraría mantenerse sereno, aunque de antemano no le apetecía en absoluto volver a relacionarse con esos franceses.

El anfitrión hizo acto de presencia, se saludaron con una formalidad cortés pero fría, Banks rodeó la mesa para sentarse e invitó a Jason a que volviera a acomodarse. Sin demora alguna y sin palabras, se limitó a entregarle un escrito. Rowland lo leyó, chascó la lengua y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué le parece, Wickford?

—En mi opinión, una sarta de estupideces. Con franqueza, creí que me había hecho llamar por un asunto de más envergadura.

—Tengo el deber de no desechar los informes que me llegan si implican, aunque sea en hipótesis, un perjuicio al país, y el texto de ese documento merece, cuando menos, mi atención. Es probable que se trate de un bulo para desacreditar a los Raynaud, sabemos bien cuántos enemigos se granjearon en el pasado, en especial Armand, pero también cabe la posibilidad de que hayan cambiado de bando y lo sensato es que tomemos precauciones.

—Bien, proceda entonces si así lo cree.

El primer ministro esbozó una sonrisa de suficiencia, como el sabueso que era, cruzó las manos sobre el vientre y le rectificó:

—Tomemos, vizconde. He dicho «tomemos precauciones».

—No me voy a involucrar en este tema. Lo siento. —Se reafirmó Jason, levantándose con el fin de poner punto final a la entrevista.

—¿Tanto le afectó su romance con *mademoiselle* Raynaud?

A Jason no le gustó nada la alusión a su vida personal. Apoyó las manos en la mesa y retó a Banks con una mirada de hielo.

—Eso es un golpe bajo. Sabe de sobra que los devaneos del pasado no fueron sino una demostración de mi compromiso por el país. En el fondo, se trataba de mantener contenta a la dama para conseguir los propósitos de Inglaterra. Veronique Raynaud no me preocupa en absoluto. Es con Armand con quien no quiero volver a relacionarme. Si le vuelvo a tener cerca podría tener tentaciones de liquidarlo.

—Nos fue bastante útil para acabar con Napoleón.

—Si tenía dudas sobre las acusaciones de ese papel, ahí tiene la respuesta. Los Raynaud escaparon de Francia y fueron importantes peones en el derribo de Bonaparte, en efecto, pero no olvidemos que a cambio de asilo político y una muy alta suma de dinero. Comprada su lealtad o no, estuvieron de nuestro lado, de manera que carece de lógica que ahora quieran abanderar la fuga del corso de Santa Elena.

—Si te dejas comprar una vez, te dejarás comprar más veces —sentenció Banks con gesto severo.

—Cierto es, pero no veo a quién pueda interesar su fuga, ni en qué afecta a Inglaterra, ni mi posición en este juego.

Al llegar a ese punto Jason volvió a tomar asiento, sin ser consciente del todo de que si entraba en la dialéctica de su interlocutor se estaba dejando arrastrar al terreno que a él le convenía.

—No nos importa tanto quién quiere sacarlo de allí sino, sobre todo, cuándo y por qué parte de la isla. Para nosotros es prioritario impedirlo a toda costa. ¡No quiero ni pensar en el lugar que quedaría Inglaterra como responsable que es de la custodia del preso! Por otro lado, nuestros informes sugieren que detrás de este complot podría estar su esposa, María Luisa de Austria.

—¿Con qué fin? María Luisa se limita a gobernar sus ducados y, si las noticias que nos llegan son fidedignas, mantiene una sólida amistad, o puede que una relación más personal, con el conde Von Neipperg. En tales circunstancias Bonaparte solo representa contratiempos para ella, políticos y afectivos.

—Es verdad. Pero Napoleón está enfermo, puede que no le quede mucho de vida. Especulamos con que ella, por humanidad, pretenda que pase sus últimos días junto a su hijo, del que apenas ha podido disfrutar. Desechamos que apoye otro intento para que el corso retome el poder en Francia, pero me temo que trabajamos solo con conjeturas. La única realidad es que debemos impedir que Napoleón salga de Santa Elena porque, de evadirse, quedaríamos como unos incompetentes ante el mundo.

—Ya veo. Y ahora es cuando va a decirme que usted no soporta la

ineptitud —ironizó Jason.

—Me conoce bien.

—A decir verdad, preferiría que no fuera así, eso puede jurarlo.

Banks Jenkinson se levantó, se acercó a un mueble situado a la derecha de su mesa de despacho y sirvió dos copas de licor, una de las cuales entregó al joven vizconde antes de regresar a su asiento.

—Haga uso de su encanto, Wickford. Sonsaque a Veronique Raynaud, entérese de su contacto en Londres y...

—Inglaterra me lo agradecerá, ya lo sé. —Le cortó. Abandonó definitivamente el sillón y la bebida, que probó solo por cortesía, y se despidió. Antes de salir se volvió hacia Banks—. Haré lo que pueda, pero será la última vez. Después, no espere más de mí, olvídense de que existo, milord.

—Tomo nota. Pero vayamos paso a paso. En principio, la dama en cuestión acudirá al baile de máscaras de lord y lady Ransom dentro de una semana; me he tomado la libertad de encargarme que les hagan llegar invitaciones a ellos y a usted. Convendría que se dejara caer por allí.

Se quedó unos instantes con los ojos clavados en la puerta que Rowland había cerrado tras de sí sin ninguna sutileza, con notable ímpetu. Eligió una de las varias carpetas que se apilaban a un lado de la mesa y suspiró hondo mientras se frotaba el puente de la nariz. Wickford se había marchado encrespado y con muy escasa consideración para con su persona, pero eso no le importaba, era uno de los muchos sapos que se tenía que tragar como político. Lo daba por bueno porque Rowland era un hombre arrogante pero concienciado, confiaba en él y sabría cómo hacer para que la imagen de Inglaterra quedara a salvo.

Olvidó al vizconde para centrarse en la carpeta que tenía delante. En su interior se encerraba la clave sobre la decisión que tendría que adoptar porque así le obligaba su cargo. Se le tenía por hombre duro y lo era, pero como cualquier ser con alma, a veces no podía dormir tras haber puesto su rúbrica en un documento. En aquella ocasión era eso o presentar su dimisión al regente.

Las dos muchachas pasaban juntas casi todo el día. Aunque Alexandra se había criado con bastante independencia y hubiera podido ocupar sin problema alguno su propia residencia en la ciudad —siempre lista—, o incluso la casa de Jason en Hannover Square de habérselo pedido, prefirió quedarse en Creston House para disfrutar de su familia y de la compañía de su nueva aliada, en quien hallaba similitudes de índole personal, de aficiones y de puntos de vista. Paseaban por el jardín, charlaban en el invernadero, leían o cabalgaban hasta los confines de la propiedad.

Alexandra le descubrió además a la esposa de Jason lo divertido que podía ser estar entre fogones. Ella no había pisado nunca las cocinas, que la dama de la casa entrara en esas dependencias era una práctica inusual e incluso de dudoso buen gusto, pero en el caso de Alex Tanner las normas las marcaba ella sin tener en cuenta pautas establecidas que, además, consideraba absurdas. Le apetecía comida egipcia y la arrastró con ella, de manera que saquearon la despensa en busca de los ingredientes necesarios para elaborar un plato, entre ellos, uno de los saquitos de arroz que había traído de Egipto como regalo, conocedora de lo complicado que era conseguirlo. No hicieron caso de la desaprobación de la señora Fox, aturdida por lo que veía y descompuesta por la invasión, mientras ellas disfrutaban de lo lindo maniobrando a su antojo.

—No, no, no, debes vaciar los calabacines con mucho cuidado para evitar que se rompan al rellenarlos —instruía Alex, dedicándose ella a cortar la carne sobre una tabla de madera y vigilaba, de paso, que la

cebolla no se les pochase más de la cuenta.

—Señorita: ¿por qué no me pasa la receta y me encargo yo de preparárselo? ¡Por el amor de Dios, se están poniendo perdidas! Déjenme que les ponga un delantal, al menos, para que no arruinen los vestidos —rezongaba la cocinera, que no paraba de dar vueltas alrededor de la mesa sobre la que ellas trabajaban, inquieta como gallina asediada por el zorro.

—No sería divertido que lo hiciera usted —le replicó la vizcondesa, guiñando un ojo a una de las jóvenes ayudantes que, al igual que el resto del servicio, seguía sus manejos indecisa y asombrada—. ¿No está poco picado ese pedazo de carne?

—No. Si lo troceo más, luego se deshace —negó Alex pasándose el dorso de la mano por la frente para retirarse un mechón de cabello, manchándose la cara en el intento.

—Vale, ya he quitado la pulpa. ¿Y ahora?

—Mezcla una parte con el arroz y luego añadimos la carne.

—¡Ay, Señor! Señorita Alexandra, ¿cómo voy a estar yo sin hacer nada?

—Tranquilícese, señora Fox, nos toca a nosotras... ¡La cebolla!

Alex se dio la vuelta tan aprisa para retirar la sartén del fuego que golpeó con el codo el bol con la carne. Por fortuna para ellas, uno de los pinches lo atrapó antes de que cayera al suelo. Se quedaron todos quietos un momento y luego las jóvenes rompieron a reír, antes de seguir a lo suyo. Como iniciativa, estar allí resultaba divertido, a pesar del aspecto que presentaban: remangadas hasta los codos, la ropa y las manos pringadas y el rostro sonrojado por el calor de los fogones.

—¿Qué te parece si proponemos que nos hagan un retrato con esta facha?

—¡Ay, Señor, Señor! —repetía la cocinera.

—Bien, ya casi está. Solo queda aplicar salsa de tomate por encima y un poquito de grasa para cocinarlos —indicó Alex, sacudiéndose las manos y secándose en un paño de cocina—. Le dejamos esa tarea a ustedes, señora Fox, no diga luego que hemos querido quitarles el mérito del plato. No lo deje hornear más de veinte minutos, ¿de

acuerdo?

Matilda asentía y asentía, ansiosa por que se fueran y les dejaran trabajar a su manera. Una vez que salieron, se centró en la comida que tenía que rematar, nada convencida de que fuera a ser apetecible. Y luego desvió sus ojos por las dependencias recién invadidas y bufó como un gato escaldado.

—Nunca he visto a nadie manchar tanto para hacer tan poco. Nora, mete «eso» que han preparado en el horno hasta que tengamos que cocinarlo. Y vosotros —se dirigió a las otras dos muchachas y al pinche—, recoged todo este desastre.

En el pasillo, aún tuvieron margen las dos jóvenes a escuchar las quejas. Se miraron, se taparon la boca para contener la carcajada y echaron a correr en dirección a sus habitaciones, mitad hablando mitad riendo, tan absortas que en el primer recodo se toparon con quien llegaba en sentido contrario. Alex intentó sujetar a su amiga, que se iba al suelo, pero se le adelantaron unas manos firmes que evitaron la caída.

Jason no salía de su asombro ante la estampa que tenía ante él: su esposa y su prima con un aspecto lamentable, con salpicaduras y manchas en la ropa y las caras tiznadas por solo Dios sabía qué pringue.

—¿Se puede saber qué demonios habéis estado haciendo? —gruñó.

—No te importa un pimiento, Jason. Y que sepas que he sido la instigadora, así que deja de mirar a Cassandra como si quisieras comértela cruda. Anda, quita de en medio y déjanos pasar —lo empujó sin miramientos—, tenemos que arreglarnos un poco antes de bajar al comedor.

Rowland se hizo a un lado y ellas se marcharon tal como habían llegado, con el rastro de su risa flotando en el espacio, como lo hubieran hecho dos chiquillas. Se las quedó mirando y diciéndose que nunca antes había visto a su esposa desaliñada, pero tampoco tan vivaz y apetecible. Hasta entonces siempre había sido prioritario el cuidado de su aspecto, que debía ser impecable, como si pretendiera elevarse por encima de los demás mortales. La antítesis de la mujer con la que se acababa de cruzar, juvenil, alocada y pícara,

que seguramente venía de colaborar en algún disparate de los que se le ocurrían a Alexandra.

El hecho cierto era que día a día iban apareciendo en ella comportamientos que le encantaban. Aunque solo fuera de manera fugaz, le hacía olvidarse de sus desavenencias. Ojalá todo hubiera transcurrido entre ellos de otro modo. Tal vez si se esforzaban pudieran llegar a alcanzar un punto de armonía, porque a nadie le gustaba tener al enemigo en su propia casa, aun contradiciendo la afirmación que le hizo a Daniel en el sentido de que lo mejor sería que cada uno se fuera por su lado. Reconocía que tenía mucha culpa de la tensión que existía entre ambos porque, desde que ella despertara tras el accidente sin saber siquiera quién era, fue su esposa quien intentó el acercamiento y él, con su actitud distante y sus modos, a veces indignos, no se lo permitió.

Lamentaba de verdad la deplorable escena que le montó al regalarle la gargantilla de diamantes. Se había portado como un auténtico cabrón, ofuscado en humillarla de un modo vil, él, que siempre se preció de no faltar el respeto a una mujer, bien fuera de alta o baja cuna.

Pero es que, aunque se recriminara su actuación, no conseguía evitar ponerse a la defensiva cuando la tenía cerca y se le agriaba el carácter. Sentirse cada vez más atraído por ella, soñar noche y día con su cuerpo y su boca, y rechazar que así fuera, lo tenía desquiciado.

«Convéncete, Jason: la llama que prendió en ti tu mujer no se ha apagado, de lo contrario no serías el títere que se mueve a sus impulsos. Que conciba un heredero es solo una excusa para tenerla en tu cama, ¡maldita sea!»

La presión de su orgullo pisoteado seguía allí, latiendo en sus venas, pero cada vez más sepultada. Tal vez debería actuar como un caballero y decidirse a invitar a Cassandra a salir, acaso llevarla al teatro, a un paseo por Hyde Park, de compras por Bond Street... Imaginarse con ella del brazo, como en otros tiempos, como en sus primeros y deliciosos días de casados, lo estremeció.

Sacudido por ese espejismo se dio la vuelta, desechó el lugar a donde iba y enfiló escaleras arriba. Su mujer y él debían hablar de

una vez por todas.

Apenas entró en su alcoba, se deshizo de las prendas que llevaba quedándose solo con la ropa interior, sin que se le borrara de la cara la huella por la satisfacción de romper con las normas. Alexandra arrasaba con sus iniciativas, pero ella no se achicaba. Es más, la secundaba encantada. ¡Vaya chifladura invadir el reino particular de la señora Fox, solo por seguir la corriente a su amiga! Aunque la experiencia le había resultado muy divertida y no se arrepentía en absoluto. Cuando llegaron a las cocinas tuvo un vago recuerdo de otra, que alejó de inmediato. Ojalá disfrutaran de más momentos como aquel para concienciarse a sí misma de que ya no era ni la pomposa ni la áspera lady Wickford de antes.

«Otra cuestión es que podamos cenar esos calabacines», pensó, casi disculpándose por anticipado con los comensales.

Vertió agua hasta la mitad en el precioso aguamanil de cerámica azul dispuesto tras el biombo, se quitó las horquillas para liberar su abundante melena y se aplicó a eliminar la sustancia pringosa que se le había quedado en los mechones. No tenía tiempo para un baño completo, así que tendría que servir una ablución rápida. Vacío luego el agua sucia en el cubo inferior, volcó otra limpia y se lavó la cara y los brazos. En ello estaba cuando oyó que llamaban a la puerta.

—¡Pasa, Eloise! —Escuchó que entraba, que cerraba y que unos pasos se aproximaban a ella—. Pásame una toalla, por favor. Tendrás que darte algo de prisa para arreglarme el pelo, lo tengo enredado.

Jason no esperaba encontrarse con ella desnuda. En verdad, no es que estuviera desnuda del todo, se cubría con una camisilla de un

tejido casi transparente y con unas bragas de fino algodón con algo de encaje y un par de lacitos. En la postura en que se encontraba, inclinada sobre el aguamanil, los pantaloncitos se ajustaban a su trasero dibujando un panorama de lo más comprometido para ella, pero glorioso y carnal para él, cuyo cuerpo reaccionó de inmediato haciéndole maldecir entre dientes. Sin apartar un ápice los ojos de allí, de esas curvas cautivadoras, buscó a tientas el lienzo que le pedía y se lo acercó.

Ella estiró su brazo y miró de refilón hasta enfocar no la figura de su criada, sino unos pantalones y una mano que no soltaba el paño.

Fue tal el brinco que dio que golpeó el aguamanil con la cadera, lo derribó, cayó al suelo rompiéndose en añicos y se desparramó por doquier el líquido jabonoso. Le arrancó de un tirón la toalla y se cubrió con ella el pecho, como si así pudiera evitar protegerse de la descarada mirada de Jason. Se le encendieron las mejillas, pero no se achicó ante él:

—¿Qué haces aquí? ¿No te han enseñado a llamar? Un caballero que se precie no irrumpiría nunca en la habitación de una dama, y el hecho de que seas mi marido no te da potestad para invadir mi intimidad.

A él le hizo gracia que se mostrara tan ofendida. Estaba tan bonita y deseable que, de buena gana, la hubiera arrastrado hasta la cama para demostrarle que sí tenía derechos. Se pasó la palma de la mano por la nuca con una mueca jactanciosa en los labios y, por supuesto, sin intención alguna de apartar los ojos de ella.

—He llamado y me has dado permiso.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es.

—No, no, no. He dado permiso a Eloise, que no es lo mismo — puntualizó, para dar luego unos pocos saltos evitando los trozos de cerámica y el agua y alejarse de él.

—Además, estoy en la habitación de mi esposa, como bien dices, no en la de una dama cualquiera, señora mía.

—Y eso, ¿qué significa para ti?

—Que ser tu esposo me otorga la atribución de entrar aquí cuando

me apetezca, por mucho que digas lo contrario.

Tenía razón: era su mujer y la ley le amparaba. Otra cosa era que a ella le pareciera un desconsiderado. Guapo hasta quitarle el aliento y desear echarse en sus brazos, pero un auténtico majadero.

Malhumorada por la incómoda situación, y por el incómodo apetito de besarlo, abrió el armario, escogió un vestido al azar y se tapó hasta la barbilla con la prenda al tiempo que se desprendía de la toalla, molesta consigo misma por sentirse azorada en su presencia, cuando él se mantenía seguro y envanecido. De todos modos, no se arredró y le retó otra vez.

—De acuerdo en eso, puede que tengas derecho a entrar sin llamar, aunque no sea una actitud muy caballerosa. Digo yo que un poco de delicadeza no te haría de menos. ¿Qué es lo que quieres?

—Si me dejas, ayudarte.

—¿A vestirme? —Quiso burlarse ella.

—O a desvestirte del todo, querida —dijo con voz sugerente que hizo que ella se pusiera más nerviosa—. Tú eliges.

La joven se dio cuenta de que estaba entrando en su juego y empezó a respirar de un modo irregular, acelerado. Sí, seguro que lo que pretendía el muy canalla era algo bien distinto a prestarse como ayudante. Ya sería otro revolcón y, de paso, demostrar de nuevo que ella era un mero instrumento, la vasija en la que engendrar un heredero.

Le repugnaba que él pensase así, su aire de suficiencia, la desfachatez con que le hablaba. Pero, a la vez, también fue consciente de que su pensamiento y su organismo no caminaban por sendas paralelas. Su cuerpo la traicionaba porque avivaba su imaginación que él se la estuviera comiendo con los ojos, e incluso tejió la ilusión de Jason de rodillas, suplicándole una caricia.

«¡Cómo me gustaría verte así, condenado!»

Inspiró hondo, se armó de valor y se dijo que, si a él le divertía ofrecer la imagen de disoluto para amedrentarla, también ella podía ser un poco depravada y hacerle catar su propia medicina. ¿Quería jugar? Bien. Jugarían. Ni siquiera él iba a amilanarla por mucho que creyera que podía hacerlo. Se pondría a su altura, aunque se muriera

luego de vergüenza.

—¿Así que eso te gustaría? Desvestirme, quiero decir. —Con toda intención se humedeció los labios con la punta de la lengua dejando que, de paso, resbalara un poco la tela del vestido.

Se felicitó al comprobar que él contraía las cejas fijando en ella unos iris oscuros como carbones, que le hacía perder su arrogancia, que le provocaba y él no podía disimularlo. Le agradó sobremedida por lo que significaba, porque no dejaba de ser una clase de dominio sobre él, un ejercicio en el que el desconsiderado vizconde de Wickford se encontraba a su merced.

—¿Es lo que tú quieres? —preguntó él con voz ronca.

—¿Tú qué crees? —Encogió un hombro sin calcular que ese simple gesto fue para Rowland el santo y seña para entrar en acción.

En dos pasos le tuvo a su lado, le arrancó la ropa y rodeó su talle con un brazo de hierro. Hundió los dedos de su mano libre en su melena, agarró un abundante mechón de pelo y tiró de él decidido, pero con delicadeza, para dejar expuesto su cuello, sin esconder ya la dureza de su excitación que presionaba contra el vientre femenino.

De los labios de la muchacha se escapó un suspiro cuando la boca de Jason atrapó la suya, otro mientras él mordisqueaba la piel de su clavícula y luego, con desesperante lentitud, ascendían sus labios hasta sellarse de nuevo con los suyos. Ella estaba ardiendo porque él la encendía. Deseaba sus besos, pero rechazaba el efecto de sus caricias, que la convertían en la mujer maleable que no quería ser. Desechara o no verse sin capacidad de reacción, lo cierto era que no tenía vigor para oponerse a sus besos cuando él controlaba la situación.

Jason, sin embargo, estaba muy lejos de tener dominado, ya no solo el momento, sino sus apetitos. En el mismo instante en que la abrazó se vio empujado al delirio, dejó de ser quien era para transformarse en el infeliz mortal que temía ser, cautivo tan solo de una mujer y reo de un deseo: llevarla hasta la cama y saciarse de ella. Las suaves curvas femeninas se acoplaban a su cuerpo como si hubieran sido creadas pensando en él, solo en él.

«Te odie o te ame, Cassandra, eres mía», pensó con rabia.

Colocó las palmas de sus manos en sus glúteos y la izó del suelo para frotarse contra su pubis, para hacerle sentir su excitación. Ella se abrazó a su cuello, rodeó sus caderas con las piernas y presionó a su vez contra la rigidez del órgano masculino en pugna con su ropa interior.

—Cassie... —El diminutivo cariñoso casi hizo que ella sollozara de dicha.

Jason cargaba con ella, se acercaban a la cama y ya no era capaz de sustraerse al deseo imperioso que la dominaba. Quería quitarle la ropa, acariciar con sus labios cada milímetro de esos músculos que ya palpaba bajo la tela de la camisa. Haciendo a un lado cualquier remilgo de timidez introdujo una mano entre los dos cuerpos y con ella abarcó y comprimió su erección palpitante para...

—¿Estás visible, Cassandra?

Se paralizaron al instante y se separaron uno del otro, cruzaron sus miradas, intensas y desairadas y ella huyó a esconderse tras el biombo, a la espera del vuelo del vestido que Jason le lanzaba por encima. A él le quedó el tiempo justo de alejarse hasta el ventanal para intentar calmar el ardor de su cuerpo.

Alexandra entró en el cuarto, lo vio allí y se refrenó.

—¡Ah! ¡Vaya! ¡Caray, lo siento! —Se disculpó, pero sonreía como una bellaca—. Parece que soy inoportuna. No habré interrumpido nada interesante, ¿verdad?

Rowland farfulló algo que ella no llegó a entender, pasó a su lado y se limitó a decir:

—No tardéis demasiado, os esperaremos abajo. Creo que Daniel viene a cenar esta noche.

La vizcondesa tardó un poco en controlarse y lamentó cien veces seguidas la inoportuna intromisión de su amiga. Se echó agua a la cara directamente de la jofaina, se puso el vestido a toda prisa y salió de detrás del biombo aparentando normalidad.

—¿Me ayudas? No sé dónde se ha metido Eloise y soy una nulidad para peinarme.

Alex vio el reguero de agua que asomaba por debajo del biombo. Supo que no había entrado en el momento adecuado, pero se hizo la

tonta y no comentó nada por no poner a su amiga en evidencia. Se ciñó a echar una mano, le abrochó el vestido y luego retiró la silla de la coqueta para que la otra tomara asiento y comenzó a desenredarle el cabello. Con cierta habilidad fue enroscando mechón a mechón sujetándolos con horquillas.

—No es una obra de arte como los que te hace Eloise, pero creo que puede servir, ¿no te parece? —comentó al terminar.

—Es perfecto, gracias.

Eloise apareció en ese momento con una disculpa en la boca.

—Lo siento, milady, pero me ha entretenido...

—No te preocupes, ya estoy lista y vamos ahora mismo. Sigue con lo que sea que estabas haciendo.

—Como diga, milady —asintió, dejándolas a solas.

—A riesgo de ser entrometida, cariño, ¿qué quería Jason? —preguntó de sopetón Alex cuando se cerró la puerta.

Su amiga resistió su gris mirada a través del espejo el tiempo que dura un parpadeo, se le encendieron las mejillas y se entretuvo en rebuscar en el joyero algo que ponerse. Todo su contenido le pareció de nuevo demasiado fastuoso para una cena familiar, así que volvió a cerrarlo sin elegir nada.

—Hablábamos —respondió por fin con aparente indiferencia.

—Querida, si es verdad lo que veo y oigo desde que estoy aquí, no es «hablar» precisamente lo que debes hacer con él.

—No te entiendo.

—Sí que me entiendes.

—De acuerdo, lo hago. Pero te rogaría que dejases el tema.

—Claro, claro. Pero recuerda: somos primas, aquí me tienes.

—Yo...

—Tranquila, ya habrá ocasión de que me cuentes, tengo la impresión de que lo necesitas. Pero tómate tu tiempo. Ahora nos esperan en el comedor y, la verdad, quiero conocer qué opinión les merece a los caballeros nuestra labor en la cocina. Al menos, la de mi tío y la de Jason. La del otro, no me importa, puede llevárselo el diablo.

Ese comentario, que solo podía ir dirigido a Daniel Bridge,

sorprendió a la vizcondesa.

Dos lacayos colocaron ante los comensales el correspondiente servicio y el señor Till retiró las tapaderas de plata que los cubría y se puso a un lado.

El conde de Creston detuvo su copa antes de llevársela a los labios, la dejó de nuevo sobre la mesa y abrió sus ojos asombrados ante el contenido de su plato. Jason enarcaba una de sus cejas y Daniel miraba y hacía tamborilear los dedos sobre el immaculado mantel.

—¿Has bajado el sueldo a la señora Fox, hijo?

—No, que yo sepa.

Alexandra frunció el ceño, incómoda por el desdeñoso comentario de su tío, y vio que su amiga se mordía los labios para disimular una sonrisa. Parte del trabajo era suyo y tendría que aguantar también las críticas si las había, así que no entendía dónde veía la gracia.

—A mí me parece que tiene un aspecto apetitoso —opinó en voz alta, un poco picada en su amor propio.

—Como un estómago de cerdo con gelatina —gruñó Bridge.

—No es de buena educación nombrar partes del cuerpo delante de las damas, por si lo has olvidado —reprochó ella sin disimular su fastidio.

—En todo caso, no lo es nombrar partes del cuerpo de una persona.

—Lo mismo da.

—No. No da lo mismo, yo me estoy refiriendo a un marrano, señorita sabelotodo.

—¡Eres un completo...!

—Pues no ha sido la señora Fox. Lo hemos preparado entre las dos

tratando de que fuera una sorpresa —atajó la vizcondesa para evitar que aquellos dos se enzarzaran. No sabía lo que le pasaba a la prima de Jason con Daniel, aún no había encontrado el momento oportuno para preguntarle, pero desde que llegó a la casa saltaban chispas cada vez que estaban cerca el uno del otro y ninguno de los dos se esforzaba por atenuar las hostilidades.

—De modo que veníais de la cocina cuando os encontré rebozadas en...

—Es *kousamahshi* —aclaró Alexandra.

—*Kousa*... ¿qué? —preguntó el conde.

—Un plato egipcio de calabacines, nutritivo y nada grasiento, tío; lleva arroz, un poco de carne, tomate...

—Vamos: calabacines rellenos —zanjó Daniel con sorna.

Los dedos de la muchacha se cernieron sobre el tenedor. Sonreía, sí, pero como si la estuvieran acuchillando, solo como mecanismo de defensa para contenerse y no perder los estribos.

—Bueno, pues si solo son calabacines rellenos, sé el primero en probarlos y danos tu opinión, que seguro será sincera.

—No tengo intenciones de perecer tan joven, gracias —se apresuró él a contestar.

—¡¡Imbécil!!

—Haya paz —intervino Jason, que conocía a su prima lo suficiente como para temer que acabara usando el tenedor como arma arrojadiza y, en verdad, ni quería que la cena se convirtiera en un campo de batalla ni que mancharan el mantel de sangre—. Los probaré yo.

Con alguna reticencia que se cuidó de no exteriorizar, tomó un poco, se lo llevó a la boca bajo la expectante mirada de todos... y se lo tragó entero.

—Bien, ¿qué te parece? ¿Lo encuentras sabroso?

Rowland vació de un trago su copa de vino y, antes de que el lacayo pudiera rellenársela, se hizo con la de su padre y se la bebió también.

—Vamos, Jason, danos tu opinión —apremió el conde, que hacía verdaderos esfuerzos para mantener la seriedad.

—Es... Es... Distinto. Exótico. Hasta original, diría yo. —Alex iba

frunciendo más el ceño con cada adjetivo. Él lo vio, pero mal que le pesara a su prima, decidió no andarse por las ramas—. Lo siento, tesoro, pero es lo más soso que he probado en toda mi vida.

Bridge y Creston no resistieron más y rompieron a reír, el señor Till encubrió su carcajada con un acceso de tos muy oportuno y los lacayos, de repente, encontraron muy interesante el artesonado del techo.

Indiferente al regocijo de los demás, Jason regaló un guiño juguetón a su esposa.

Le chocó a ella ese gesto cordial, nada usual en él. Le había costado mucho mantener la atención a lo que se hablaba mientras degustaban el primer plato, un excelente consomé de ave, porque su vista se le iba una y otra vez hacia él. Desconocía si a otro hombre podía sentarle tan bien una chaqueta, pero en el cuerpo de su esposo resultaba elegante y le hacía evocar lo que había bajo la prenda. A ella le parecía que Jason estaba atractivo de cualquier manera que vistiera, aunque también sabía que no era imparcial con él, no podía remediarlo. Al recordar la escena que vivían cuando les interrumpió Alexandra, el corazón empezó a latirle a más velocidad.

Debió ocurrir que le cambió el semblante y dejó traslucir lo que estaba pensando porque Jason, engreído él y suficiente, supo poner en sus labios una sonrisa y su dedo corazón comenzó a bordear el fino borde de su copa. Como si en lugar del cristal estuviese acariciándola a ella.

Justo en ese momento, a punto de que el sonrojo delatara a la joven, hizo su aparición la cocinera empujando un carrito de servicio. Aquello era desacostumbrado puesto que solía ser el señor Till quien se encargaba del comedor, por lo que todos, mayordomo y lacayos incluidos, se quedaron sorprendidos. Sin mostrarse incómoda por haberse saltado las normas, Matilda retiró la tapadera que cubría la fuente y un tentador olor a cordero asado se expandió por la sala.

—Señora Fox, ¿le he dicho alguna vez que la adoro? ¡Pues la adoro!
—juró Bridge, que estiró de nuevo la servilleta sobre su rodilla.

—Recuérdeme que le suba el sueldo. —Se sumó a la loa Jason, risueño como un niño al que acaban de regalar un caramelo.

—Tenga por seguro que lo haré, lord Wickford —prometió la mujer antes de marcharse todo lo estirada que permitía su corta estatura.

Cassandra se fijó en que Alex, a pesar de querer seguir dando la imagen de ofendida, se mordía un carrillo. Cuando sus miradas se cruzaron y ella hizo girar los ojos, dándole a entender que se habían lucido, llegó a la conclusión de que era una estupidez seguir aparentando enfado y, con mucha diplomacia, pidió al señor Till que le sirviera una buena ración de cordero. No pudo sino elogiar la portentosa mano de la cocinera.

—Súbele el sueldo por partida doble, Jason —dijo Daniel, que atacaba su cordero con ganas—. Acaba de salvarnos la cena y, además, a mí me ha ahorrado tener que trataros a los cuatro de intoxicación. ¡¡Ay!!

Alexandra continuó comiendo, como si no hubiera sido ella quien acabara de atizar una patada por debajo de la mesa a la espinilla de Bridge.

Rowland echó un vistazo a la correspondencia que estaba sobre la mesita lacada del vestíbulo. Con gesto indolente abrió el sobre que remitía lady Ransom, aunque sabía lo que contenía. En efecto, eran tres invitaciones: una para su padre, otra para Alexandra y una tercera para Cassandra y él mismo. Debía contestar con premura, como era la costumbre, pero maldita la gracia que le hacía tener que ir con su esposa a aquella velada estando Veronique de por medio. Ya estaban las cosas suficientemente mal entre ellos como para que, además, pudiera ella malinterpretar las obligadas atenciones que la cortesía, y el encargo de Banks Jenkinson, le exigía conceder a la francesa.

Ajenas a las cavilaciones de Jason, las dos amigas veían transcurrir la tarde en el saloncito que les servía de retiro, aunque Alexandra parecía un tanto tensa.

—¿Cómo es que se te ha ocurrido colgar el cuadro de la abuela aquí? —preguntó Alex mientras achicaba la vista para dar una nueva puntada a su costura.

—Si quieres que te sea sincera, me pareció un desperdicio dejar abandonada una obra así en el *cottage*. Y como le dije a mi suegro, me sosiega mirarlo.

—Ella no quería ni verlo. Si no mandó destruirlo fue porque, en efecto, es un trabajo magnífico y siempre admiró el arte.

—Pues no lo entiendo.

—Todo tiene su porqué y la historia de este cuadro también. El pintor era un hombre joven y muy apuesto, un belga que estaba de

paso en Londres y cuyo mecenas era el marqués... no recuerdo su nombre. El abuelo supo de su trabajo en una reunión y le gustó tanto que le encargó pintar el retrato de la abuela.

Guardó silencio, concentrada en la labor, y su compañera ya no pudo atender a la suya como hasta entonces. No se tenía por cotilla, pero Alex la había dejado con el gusanillo en el cuerpo.

—Bueno, y ¿qué pasó?

—Que el pájaro casi la sedujo. A un paso estuvo la abuela de caer en la tentación porque en ese tiempo ella y el abuelo estaban de uñas. Sí, sí, discutían muchas veces, las voces llegaban incluso a las caballerizas, no te digo más, aunque luego hacían las paces, ya me entiendes, ¿no? —Elevó una ceja—. Se amaban demasiado, así que ella pagó el trabajo al pintor, lo despidió y poco después el individuo se marchaba de Inglaterra. Desterró el óleo al *cottage* para que no le recordase que, por un momento de enajenación, podía haber perdido a su esposo.

—Vaya.

—Soy la única que conoce la historia. Bueno, y ahora tú. La abuela me la contó en un momento de flaqueza, porque no es mujer que deje ver sus errores. Y espero que no salga de aquí.

—No saldrá, lo prometo. —Siguió con lo que estaba haciendo hasta que escuchó una palabrota de Alexandra—. ¿Te has pinchado? Concéntrate o te vas a destrozar los dedos.

—¡Es que no quiero seguir con esto, maldición! —barbotó y dejó el bastidor a un lado para chuparse la yema del dedo lastimada por la aguja—. Nunca se me han dado bien estas tonterías.

—Bordar no es una tontería, es algo que se supone debe dominar toda dama que se precie.

—Si tú lo dices...

—Está bien. —Se rindió su amiga, posponiendo su propia labor—. ¿Qué te gustaría que hiciéramos?

—Juguemos a algo.

—¿Al ajedrez, por ejemplo? Me ganarás, seguro, no es mi fuerte.

—Pensaba en algo más divertido: al juego de la verdad. Vamos haciendo preguntas y no está permitido responder con mentiras.

—No sé si va a gustarme.

—¿Tienes algo que ocultar?

—Es que no estoy segura de poder contestarte, apenas recuerdo nada de mi pasado.

—Probemos. Empiezo yo: ¿Estás enamorada de Jason?

«Bueno, eso sí es algo a lo que puedo responder. O no. Porque en realidad, ¿lo estoy?»

—¿Te interesa saberlo?

—Eso es una pregunta, Cassie.

—Vale. Entonces: no lo sé.

—Tampoco es una respuesta válida.

—Pues no tengo otra.

—Define lo que sientes y ya veremos.

La muchacha se quedó pensativa unos segundos antes de confesar a su amiga sus sentimientos.

—Unas veces querría besarlo y otras abofetearlo. Me irrita y me seduce a partes iguales. En ocasiones se muestra tan sarcástico e hiriente que me gustaría arrancarle los ojos y otras...

—Vamos, continúa.

—Me late acelerado el corazón cuando está cerca, me cuesta prestar atención a nada si está él, con una de sus miradas me desarma y se me corta la respiración cuando me besa. Pero también le aborrezco, porque la mayoría de las veces se muestra frío y sé que, aunque disimule delante de vosotros, me desprecia.

Alex apoyó los codos en las rodillas y descansó la barbilla en las palmas de sus manos. Durante un momento, no hizo otra cosa que observar las distintas emociones que cruzaban por los ojos azules de su amiga.

—Estás coladita por él —afirmó.

—Espero que no. Jason solo quiere de mí un heredero y yo, bajo ningún concepto, aceptaría enamorarme de un hombre que no me corresponda.

—¡Pero si ya lo estás! Y dudo mucho de que mi primo se casara contigo por pura conveniencia.

—Según sé, tu tío no dejaba de presionarle.

—Conozco a Jason y te puedo asegurar que ni con una soga al cuello le obligarían a hacer lo que no quiere. En eso ha salido a la abuela María.

—Yo ni siquiera tengo conciencia de haberme casado con él, Alex. No recuerdo en absoluto haber estado con Jason frente a un altar.

—Pero ¿sí recuerdas otras cosas?

—Cada vez con mayor frecuencia se me vienen a la cabeza imágenes de lugares, rostros, nombres... Desde hace días sueño con un sitio extraño, destruido en parte y con tumbas muy viejas a su alrededor. —Cerró los ojos con fuerza para rememoralo—. Una abadía. Creo que es una abadía, pero no consigo centrar bien sus contornos, no sé dónde está y sin embargo, lo percibo como un espacio en el que he jugado, en el que he correteado entre sus lápidas y me he escondido entre sus ruinas.

—¡Qué raro! Una niña no jugaría nunca sola en tales lugares.

—Es que no estoy sola, noto la presencia de alguien a mi lado.

—¿Serías capaz de reconocerla si la vieras dibujada?

—Supongo que sí.

—Mi padre, antes de abandonar Eton para seguir a mi madre a Egipto, era profesor de Historia. Le gustaba hacer bocetos de monumentos y solía poner anotaciones en el reverso. Aún deben estar en la biblioteca de casa acumulando polvo, a mamá le encantan y nunca quiso deshacerse de ellos.

—¿Crees que, acaso, alguno de esos dibujos me ayudaría a identificarla? ¿Es posible que...?

—No lo sé —cortó para que no se ilusionara demasiado—. Ni siquiera estoy segura de si podremos encontrar algo que se le parezca a eso que dices haber visionado entre el maremágnum de papeles, pero ¿qué perdemos por probar?

Una impresión súbita de frío traspasó a la vizcondesa, que se abrazó a sí misma. La chispa de esperanza que surgía por encontrar un punto de referencia en el que apoyarse en la carrera a ciegas que significaba saber quién era antes de despertar, de dónde procedía y quiénes eran o fueron sus ancestros, la enfrentaba al pánico teórico de afrontar, quizá, un pasado deshonesto.

Porque alguna explicación tenía que haber al hecho de que engañara a su esposo diciéndole que no tenía familia y que creció en un orfanato.

—Mira, déjalo. Vivo con tanta incertidumbre que ya me cuesta darle crédito a cualquier situación de mi pasado. ¿Cómo es posible que ni siquiera recuerde mi boda con Jason? —insistió—. ¿Se puede olvidar algo así?

—Es muy probable. Ni siquiera recordabas tu nombre, según me han contado.

—Esa es otra cosa que me desazona. Desde que desperté, tengo la extraña sensación de estar viviendo la existencia de otra persona.

—Dale tiempo al tiempo. En cuanto a Jason... Te desea. Sí, sí, ya sé que no es lo mismo eso a que te quiera —atajó su protesta—, pero es que, cariño, los hombres son así, lo primero en lo que se fijan es en una cara bonita, una buena delantera y, de fondo, la cama.

—¡Por favor, Alexandra!

—He dicho una buena delantera y lo mantengo. Déjate de sensiblerías. ¿No es uno de los atributos que Dios regaló a la mujer? ¿O me vas a negar que es un rasgo de nuestra naturaleza para atraer al varón? ¿Por qué, si no, usamos escotes? Por cierto, se están poniendo de moda esos incomodísimos corsés que no dejan casi respirar, pero eso sí, que nos permiten hacer alarde de ellas.

—¡Cómo te gusta escandalizar! —Se echó a reír al ver cómo Alex abarcaba sus pechos con las manos y los alzaba a la vez que parpadeaba con coquetería.

—La vida sería muy aburrida sin un poco de picante, ¿no te parece?

La aludida se quedó mirando a su amiga. Le parecía mentira haber tenido la suerte de encontrar a alguien como ella.

—Ahora me toca preguntar a mí, ¿no?

—Pregunta.

—¿Qué es lo que pasa entre Daniel y tú?

—Ha dejado de gustarme este juego.

—Eso no vale, yo te he respondido.

Alex se quedó repentinamente seria, se levantó y se dirigió a la puerta. Desde allí, antes de desaparecer, le respondió:

—Lo que pasa es que ese hombre es mi penitencia en esta vida.

El baile que estaba próximo a celebrarse y del que les habló Jason durante la cena, les dio una excusa perfecta para acercarse a la ciudad al día siguiente: comprar las máscaras, una vez decidieron qué vestido luciría cada una. El conde insistió en que debían ir acompañadas, de modo que como ni él ni Jason podían hacerlo por tener compromisos apalabrados, hubieron de cargar con dos lacayos y con la señora Page a modo de carabina.

—Llévenos primero a Chancery Lane, Oscar, por favor —pidió Alexandra al joven conductor del carruaje, antes de ascender. Se acomodó luego en la cabina junto al ama de llaves y frente a su amiga—. Empezaremos por ver pelucas, ¿qué te parece?

—¿Pelucas?

—Es un baile de máscaras, milady —se apresuró a responder la señora Page quien, no podía disimularlo, estaba tan ilusionada como una colegiala con aquella salida—. Buena parte de las damas invitadas las llevarán, aunque no usen disfraz. Hace mucho que no se celebra un acontecimiento semejante en Creston House, pero recuerdo el último, cuando estaba aún con nosotros la condesa viuda.

—No tendría gracia que los esposos identificaran a sus damas a la primera, y tampoco que ellas pudieran descubrir a sus maridos apenas verlos —aclaró Alex—. Algunos asistentes lucirán incluso disfraces, como dice la señora Page, que ni siquiera sus cónyuges habrán visto. Tampoco nosotras dejaremos que sepan qué vestidos vamos a llevar, por supuesto, de modo que hasta que suenen las doce, seremos unas perfectas desconocidas para todos.

—No recuerdo haber utilizado nunca una peluca, no sé si me gustará llevarla.

—Si queremos divertirnos hemos de hacerlo bien, tú tienes un color de cabello que Jason reconocería de inmediato y yo, ni te cuento. Además, no te incomodará la que vamos a comprar. Gold Wigs es la mejor tienda confeccionando pelucas para mujeres y ni siquiera aumenta el precio por empolvarlas, como hacen otros. La dueña es una galesa, la señora Rice, y su negocio funciona desde hace años en competencia con Ede & Ravenscroft, lugar vedado a nosotras, pobres mujeres, donde solo pueden entrar los caballeros.

La vizcondesa no había descansado bien pensando en la fiesta, porque no paró de recordar lo cerca que Jason y ella estuvieron de que les descubrieran en la terraza de los Ballinger. Evocar el episodio la desveló, empezó a dar vueltas en la cama, soñó con los besos de Jason, sus manos desnudándola, el calor de su musculado cuerpo pegado al suyo... Y acabó recostada en los almohadones con una novela de misterio en las manos.

Su lado más cauto deseaba que, tal y como anticipaba Alexandra, la peluca y la máscara fueran suficiente para pasar inadvertida a los ojos de su esposo, no quería que se repitiera otra escena semejante durante la fiesta. Pero había otro lado, ese más íntimo, más osado, que no dejaba de proponerle la fantasía de coquetear con su propio marido.

«¿Puedo arriesgarme a tanto? Es atrayente el reto de demostrarme si soy capaz de conquistarlo de nuevo. Si no me reconoce, ¿qué peligro hay en divertirme un poco?»

Se le dibujó una sonrisa en los labios que se evaporó con la misma rapidez con que llegó.

«Si Jason se deja seducir durante la fiesta, aunque sea yo misma quien lo haga, le arrancaré los ojos», se juró con una vena posesiva que la dejó asombrada y pensativa.

De pronto, se le había agriado el humor. Ni siquiera los cotilleos subidos de tono de su amiga, que les contaba el escándalo de la última fiesta a la que ella acudió, aliviaba su semblante de ceño fruncido.

Pero pusieron los pies en Gold Wigs y desapareció su mal talante. El establecimiento, un elegante local comercial de sobria decoración y atención exquisita, presentaba una selección de artículos de una variedad inusitada. Miraron y miraron, se rieron probándose frente al espejo varias pelucas, y al final, dejándose aconsejar en buena medida por la señora Page, la muchacha optó por una preciosa peluca blanca que le llegaba a mitad de la espalda, salpicada de polvo dorado. Era una pieza muy cara, pero la explicación estaba en que había sido confeccionada con cabello humano y no con pelo de cabra o caballo, o eso les aseguró la propietaria del negocio.

Alex, por su parte, se decidió por otra algo más corta que la suya, simplemente blanca.

El estado de ánimo exhibido en la tienda se le fue al garete en cuanto salieron a la calle. Charlaban las dos amigas ya sobre la próxima compra de máscaras, cuando se dieron de bruces con Liliana Chambers.

La hija del duque de Hatfield saludó a ambas con una breve inclinación de cabeza, pero dedicó el resto del tiempo a charlar en exclusiva con Alexandra para conocer, de primera mano, cuánto se quedaría en Londres antes de regresar a Egipto con sus padres, qué maravillosos descubrimientos habían hecho allí y, por supuesto, si acudiría a la fiesta de los Ransom.

—¿Has tenido algún problema con Lili? —Quiso saber Alex en cuanto volvieron a quedarse a solas.

—Eso parece. Según me dijo, me pidió colaboración para la obra social en Newgate de Elizabeth Fry y me negué.

—¿Lo hiciste de veras?

—No tengo ni idea. Me acusó de mezquina con mucha elegancia, pero yo ni recordaba su cara siquiera y, por descontado, no sabía de qué me estaba hablando. Una duda más que sumar a las muchas que ya te he comentado. La labor de Fry merece todo mi respeto, así que ¿cómo es posible que no quisiera ayudar?

Alexandra la miró de reojo mientras indicaba a la señora Page que volvían al coche, le dijo al cochero cuál era la siguiente parada que debía hacerse y aceptó la mano que le tendió para subir al carruaje.

Era evidente que su amiga no fingía. Estaba muy confundida porque, ciertamente, había demasiadas cosas que carecían de explicación y convertían su pasado en un enigma.

Máscaras de todos los tamaños, plateadas, de vivos colores, con encajes o con plumas... Desde el más sencillo antifaz de seda negra para los caballeros, hasta las creaciones más sofisticadas y exageradas para las damas. La diversidad hacía complicado elegir ya que cada modelo era una obra de arte, pero le gustó sobre todas una que se exponía en una cabeza de maniquí sobre el mostrador: dorada, muy fina y lo bastante amplia como para que le cubriera la mitad del rostro. Pidió probársela y el dependiente la puso en sus manos de inmediato. Apenas pesaba. Un extraño cosquilleo invadió su estómago al verse con ella en el espejo porque, salvo los ojos, la parte derecha de su rostro quedaba oculta por la forma de media mariposa de encaje.

Alex le animó a llevársela y ella se decantó por otra de seda morada con un penacho de plumas de faisán a un lado, que iría muy bien con el vestido lila que pensaba utilizar en la fiesta.

Terminadas las compras, dieron unas horas de libertad a los lacayos y al ama de llaves, que quedó en recogerlas a la puerta de la casa de los Tanner, situada a solo dos manzanas de Rules, el restaurante elegido para comer, de ambiente refinado y lujo discreto, decorado con paneles de madera y sillones rojos, al que solía acudir, según Alexandra, la flor y nata de Londres.

Disfrutaron de las ostras, del pastel de carne y de la exquisita crema *custard* que les sirvieron y, sobre todo, de la mutua compañía. Sin embargo, en cuanto acabaron, la cabeza de la vizcondesa estaba ya en los dibujos de los que le hablase su amiga y que deseaba ver cuanto antes. Alimentaba la esperanza de encontrar algo, un indicio, un rastro, una evocación en la que apoyarse para colocar sus escasos recuerdos en el lugar apropiado. Temía, por otra parte, no hallar nada y seguir a oscuras.

—Adelante —invitó a pasar Alex, devolviendo la llave a su bolsito.

Habían llegado a la casa a través de un jardín de entrada y constaba de dos pisos; era un inmueble distinguido, pero nada ostentoso. Se veía a la legua que Florence Tanner era una mujer de gustos exóticos, porque estaba repleto por doquier de objetos nada usuales: figuras de madera de procedencia africana, cuadros de paisajes orientales, vitrinas de armas blancas antiguas, vasijas de barro, diminutos restos fósiles, cajitas de nácar...

Alex se tomó su tiempo para enseñarle a su amiga todo aquello y explicarle de dónde procedían algunos de los objetos más curiosos, y después la condujo a la única habitación que aún no había visto, la biblioteca. Descorrió las cortinas para permitir que entrara la luz y, mientras la otra echaba una ojeada y se daba una vuelta por el cuarto, expuso sobre la mesa de caoba una serie de carpetas.

—Empezamos cuando quieras. Primero miraremos estos dibujos y, si no ves nada que te llame la atención, seguiremos en el despacho de mi padre. Allí tiene más. Hemos hablado de un entorno que te recuerda a una abadía, ¿verdad?

—Es lo que se me viene a la mente.

Se acomodaron cada una a un lado del mueble y comenzaron a pasar los dibujos.

—Como verás, la mayoría está a carboncillo, aunque también hay unas cuantas acuarelas y, de algunos lugares, mi padre se permitió bosquejarlos desde distintas perspectivas.

—Sí, ya veo. Incluso estoy encontrando croquis de interiores y de vidrieras. Creo que va a ser arduo y lento buscar entre tanto dibujo. Tu padre es un artista, por cierto. Son muy buenos.

—Lo son. Pero no nos interesa si mi padre tiene mano o no para el dibujo, que la tiene, sino comprobar si ha reproducido de alguna manera ese condenado lugar con el que sueñas, así que manos a la obra, Cassie.

Ella se obligó a detenerse en cada lámina, observó, leyó a veces las anotaciones del reverso por simple curiosidad: catedral de Santa María y San Chad en Lichfield; catedral de San Pedro en Gloucester, San Pedro, San Pablo y San Andrés en Peterborough, San Pedro en York, la catedral de Notre Dame en París, la entrada del castillo de

Stirling en Escocia...

Alex, tan concentrada como ella misma, le pasaba en ocasiones algún boceto para saber su opinión. Oscurecía y encendieron un par de candelabros.

—Sería preferible tener lámparas de gas —dijo la joven—, pero tendremos que apanarnos con ellos.

Tras un par de horas dejándose los ojos en las láminas y después de revisar todas y cada de ellas dos veces, se pasó la mano por la nuca, tensa por la concentración.

—¿Has encontrado algo parecido?

—No está aquí —dijo con desaliento.

El sonido horario de un reloj de velador de estilo Luis XVI les anunció entonces que había llegado el momento de dejar la fatigosa tarea.

—Tendremos que mirar los dibujos del despacho.

—Siento hacerte perder el tiempo, Alex.

—No hemos perdido nada, me encanta desentrañar misterios y, por lo que parece, tu pasado lo es —sonrió la joven—. Guardemos todo en su sitio y llevémonos el resto de carpetas para revisarlas en Creston House.

—Tal vez sea una tontería, puede que se trate tan solo de un sueño y que este nada tenga que ver ni con la realidad ni con mi pasado.

—No seas agorera, te acabo de decir que me fascina descifrar incógnitas.

—Alex...

—¿Qué?

—No le cuentes a Jason o a tu tío lo que buscamos, por favor. No quiero que piensen que, además de desmemoriada, me he vuelto loca.

—Los hombres tienen muy poca imaginación para según qué cosas, de modo que cuanto menos sepan de nuestras pesquisas, mejor. Ahora bien, quiero que me tengas al tanto de todo cuanto recuerdes porque, cariño, ya he tomado esta investigación como propia.

Jason y su padre salieron en un coche minutos antes de que las muchachas lo hicieran en otro, como el mejor modo para que ellos no pudieran ver los atuendos elegidos para la velada.

—Es imposible que nos reconozcan, de modo que intentemos divertirnos en la fiesta, coqueteemos, incitemos y seamos todo lo malas que podamos —propuso Alexandra con el mayor descaro—. Y deja de poner esa cara de circunstancias por no haber encontrado el dibujo, acabaremos por hallarlo, aunque tengamos que ir tienda por tienda por todo Londres.

La vizcondesa asintió para darse ánimo. La prima de su esposo no dejaba de sorprenderla, era un torbellino que todo lo arrasaba. Daba a veces la impresión de que no se fijaba en nada, pero estaba pendiente del más mínimo detalle. Y una vez más se había dado cuenta de su desaliento: no pudo descansar más que de modo intermitente, soñando de nuevo con la misteriosa abadía, y despertó sobresaltada, en una ocasión, a medianoche, con las ropas de cama en el suelo. No le extrañaba que a consecuencia de ello estuviera incubando un resfriado porque notaba la voz algo tomada. Pero no era el cansancio lo que la desasosegaba, sino la frustración de no haber hallado nada reconocible en los bocetos de Clarence Tanner. Se había agarrado a ese clavo y el clavo se había caído. Estaba como al principio, sin salida.

Trató de hacer a un lado sus cavilaciones y de concentrarse en la propuesta de su amiga: divertirse.

Alex lucía un vestido de color lila, confeccionado en el mismísimo

El Cairo por varias capas de gasas, guantes hasta por encima de los codos, con su recién adquirida peluca blanca de rizos que le llegaba a los hombros y el precioso antifaz morado, a juego con el resto de su indumentaria. Lo único que no había podido enmascarar eran sus ojos, de ese seductor tono ahumado que a veces se tornaba plateado.

Ella había optado por un vestido de satén dorado, un tanto atrevido.

—Pues lo dicho: vamos a intentar pasarlo bien. Pero le recuerdo a usted que yo soy una mujer casada, señorita —respondió con tonillo guasón, algo más motivada.

—Claro que sí. De eso va este tipo de acontecimientos, querida, de divertirse, de dejar a un lado si estás comprometida o casada, de jugar a los equívocos. Por mi parte, pienso robar el corazón a varios hombres.

—Ten cuidado, no vayas a toparte con alguno que se tome en serio tus caídas de pestañas —bromeó.

—Todo lo más que me puede pasar es que me roben un beso. O dos —apuntó Alex, guiñándole un ojo.

Así, entre bromas e insinuaciones pícaras, alcanzaron su destino.

Los alrededores de la mansión estaban ya ocupados por multitud de carruajes, con los criados afanándose en atender a los invitados que llegaban, y todo resplandecía por la fosforescencia de una gran cantidad de lamparillas de aceite a lo largo de la avenida que llegaba hasta la entrada de la casa. Tras entregar sus invitaciones al estirado lacayo de la entrada, dejaron sus capas y se internaron en un gran salón donde diversos espejos, colocados en paredes opuestas, reflejaban hasta el infinito a las damas y caballeros que ya se encontraban allí.

Se oían risas y un continuo rumor de conversaciones en un ambiente distendido y cálido, amenizado de fondo por una suave música de cuerda. Mezclándose entre los asistentes, las dos jóvenes deambularon por el lugar; aquí y allá, había centuriones romanos, pastoras, magos, damas de otro tiempo... No faltaban los que habían echado mano del simple disfraz de dominó.

—¡Dios mío! —exclamó Alex, que ralentizó el paso hasta casi

detenerse—. La buena mesa acabará con él.

—¿Con quién?

—Ese hombre de ahí, el que tanto se inclina sobre la dama del penacho verde y rojizo —indicó, cubriendo sus labios con el abanico—, es lord Cornell, primo tercero o cuarto... No lo sé, un primo lejano del regente. Aunque se pusiera un casco cubriéndole la cabeza sería reconocible. ¿Tú crees que habría en Roma senadores con esa barriga? Procura que no se te acerque y, de hacerlo, sal a escape con cualquier excusa. Una vez resbaló, cayó sobre una invitada y tuvieron que sudar lo suyo cuatro caballeros para sacárselo de encima a la pobrecilla. ¡Madre mía, no quiero ni pensar lo que puede ser que le caiga a una tanta libra de grasa encima!

Su compañera imaginó la escena y ocultó la risa parapetándose tras su propio abanico.

Se encontraba un poco extraña a resguardo del anonimato que le brindaba su disfraz, pero también más osada a cada segundo que pasaba. Desde luego, no le iba a seguir el juego a Alex flirteando con caballeros hasta el extremo de que pudieran propasarse, pero sí que le apetecía ser un poco traviesa esa noche.

Al otro lado del salón, Jason departía con un corsario y un marinero de a pie con un parche en un ojo, sin que por ello dejara de estar pendiente de quienes iban haciendo su entrada, a la espera de localizar a la mujer con la que no le quedaba otro remedio que retomar su amortizada relación del pasado: Veronique Raynaud. Maldijo a Banks por implicarle de nuevo, y asintió con la cabeza a los comentarios de sus acompañantes, de manera mecánica, sin que realmente les atendiera, mientras escrudiñaba la sala.

Para acudir al evento había elegido ropa negra, ni colores subidos de tono ni atuendo alguno especial, tan solo un antifaz blanco de intrincado diseño. Nada espectacular, incluso soso, pero le daba lo mismo porque estaba allí por obligación, no para divertirse y había más hombres vestidos como él.

Dos damas cruzaban entonces a escasa distancia. Se puso en guardia. Era llamativo el talle y la figura de ambas, pero sus ojos quedaron prendados de una en particular. El osado vestido que

llevaba dejaba al descubierto unos hombros de nácar, ajustándose a un busto excelso, y hacía que se magnificara su silueta. Destacaba como una onza de oro sobre un montón de carbón. Tal vez hubiera perdido algo de voluptuosidad en esos años, pero ninguna otra mujer que conociera podía caminar de ese modo, un andar distinguido, de pasos cortos pero resueltos, como si tuviera el mundo entero a sus pies. Hubiera dicho que no parecía del todo la mujer que fue, a pesar de lo cual creyó reconocer en ella los ademanes audaces de Veronique.

Los músicos afinaban sus instrumentos, de un instante a otro iba a sonar la primera pieza con la que se abriría el baile, y era el momento ideal para iniciar un acercamiento, de modo que se excusó ante los dos caballeros y dio un paso hacia ella.

—¿Sería posible que un viejo amigo me concediera esta pieza?

La mano que se posó en su brazo y la almibarada voz, hizo que se parara en seco y girara su rostro hacia la mujer que le hablaba. Los ojos de Jason se convirtieron en dos rendijas al evaluarla: ataviada con una túnica de estilo romano, como si de una patricia se tratara, que envolvía un cuerpo insinuante, alardeaba sin disimulos de su espléndida figura. Un antifaz de seda blanca y pedrería le cubría los ojos, pero a él no le cupo duda de quién era: *mademoiselle* Raynaud.

Entonces ¿quién era la criatura que le llamó tanto la atención? Barrió su mirada por entre la gente, pero ya no las localizó, ni a ella ni a su compañera. Tuvo una percepción extraña, de pérdida, como si le hubieran arrebatado algo muy suyo, pero supo reponerse, forzar una sonrisa, tomar la mano de la francesa e inclinarse sobre ella sin llegar a besarla.

—¡Cuánto tiempo, *cher*!

Además de Jason hubo otro caballero a quien no le pasó por alto la aparición de las dos muchachas, si bien en el caso de Daniel Bridge su centro de atención se focalizó en la que vestía de color lila.

«Igual da que te disfraces de bruja, lo que no te iría mal, por cierto, de dama medieval o de borrica, lo que también te quedaría de

guinda; sería capaz de reconocerte entre un millón», se dijo.

Porque no podía haber otra mujer en el mundo que se moviera con esa cadencia de recato impostado a la vez que insolente. Por mucho que se escondiera tras una máscara, dudaba mucho de que hubiera sobre la faz de la Tierra otros ojos de ese color gris plateado, dos faros que incluso podía detectar a media distancia. Y es que, además, le bullía la sangre cuando estaba cerca de ella.

Tal vez no debiera haber aceptado la invitación personal de lord Ransom, pero no le quedó otro remedio porque le fue ofrecida como detalle por haberle atendido en una de sus dolencias. ¡Qué difícil era apartar la mirada de ese su rostro medio oculto, de la piel de su cuello y sus hombros desnudos y, sobre todo, del contorno casi lascivo con que el vestido resaltaba sus pechos! ¿Por qué demonios ocultaba su precioso cabello bajo esa peluca? Debería llevarlo siempre suelto. Que el aire jugase con él, que reluciera la seda de sus mechones, que fuera una llamada a la caricia de los hombres...

«¡Maldita sea!, ¿qué estoy diciendo? No quiero que nadie te acaricie.»

Cuando pensaba en Alex soñaba con imposibles. Era su sueño, sí, pero también su tormento, porque llevaba amándola años y apartándose de ella al mismo tiempo. Un período que se inició muy poco después de que Jason le propusiera convertirse en el médico de la familia. Por aquellos días tuvo que atender a la muchacha de las contusiones de una caída, que ya le hubiera gustado saber qué hacía subida a un árbol una señorita como ella. Desde entonces estaba enamorado de Alexandra. Pero él difícilmente podía aspirar a ella desde su posición. Nieta y sobrina de condes, criada entre algodones, con el mundo a su alcance, por más que lo dejara todo para perderse en el desierto meses y meses, entre tumbas de faraones milenarios, polvo y sudor. La lógica decía que acabaría casándose con un caballero de título. No con él. Nunca con él. ¿Quién era Daniel Bridge sino un triste médico, hijo de jornaleros?

Después, por si fuera poco, se llevaban como el perro y el gato: ella encontraba cualquier ocasión para zaherirle y él no se quedaba atrás. Sus porfías, por reiteradas, eran ya causa de burla para Jason, e

incluso para el conde. Una de esas disputas no se le iba de la cabeza: la última en la que se enzarzaron antes de que ella se marchara a Egipto un año antes. Como despedida, y en un estúpido ataque de valentía, la había besado. Ella quiso repetir, él no encontró el coraje para involucrarse más de lo que ya lo había hecho y Alexandra acabó por mandarlo directamente al infierno.

Pero esa noche estaban ambos en un baile de máscaras. Él, con su disfraz de demonio, chillón sin duda, todo rojo desde los botines a los cuernos, aunque más que adecuado para que Alex no relacionara al amo del infierno con Daniel Bridge. Entonces ¿por qué no hacerle el juego hasta robarle el beso que no fue capaz de darle aquel día?

— ¿Qué estás haciendo en Londres? Te creía recorriendo mundo.

—El mundo está sobrevalorado, *mon amour*, y París empezaba a aburrirme.

— ¿También le aburría a Armand?

Veronique se apartó un poco para clavar sus ojos en él y Jason apreció que seguían siendo hermosos, aunque más apagados, más fríos, los ojos de una mujer que había visto y vivido demasiado.

— Sigues teniéndole inquina a pesar del tiempo transcurrido, ¿eh?

— Hay cosas que no se pueden olvidar y, mucho menos, perdonar.

— Estoy segura de que Armand nada tuvo que ver con la muerte de aquella prostituta, Jason, no sé por qué te empeñaste en culparlo y aún continúas haciéndolo. Nadie pudo probar nunca su relación con ella. Lo más probable es que acabara con su vida su chulo, tal vez alguno de sus clientes, así que ¿por qué no lo olvidas de una vez?

— Porque prostituta o no, era un ser humano que, además, dejó tras de sí un huérfano de escasa edad —endureció él la voz.

— No pretendía insultar a esa mujer...

— ¿De veras que no?

— Has cambiado, antes no eras tan sarcástico y yo no tengo la culpa de tu aversión hacia Armand. ¿O quieres decirme que esa animosidad va a estropear nuestra vieja amistad?

— No, no lo hará, siempre y cuando él se mantenga apartado de mi camino.

Veronique se refugió en un prudente silencio y se dejó llevar en brazos de Rowland al compás de la música. El poco afectuoso,

incluso agrio, intercambio de pareceres, no era la forma en que había dispuesto volver a encontrarse con el único hombre que la había hecho sentirse en verdad valorada, un hombre al que seguía teniendo algo más que afecto y a quien no le importaría invitar de nuevo a su cama.

Desde luego, discutir con Jason tampoco era el encargo recibido de Armand.

No había dejado de preguntarse qué interés tenía en que volviera a llamar su atención, pero fuera por el motivo que fuese tenía que cambiar de táctica si no quería problemas con su hermanastro. Tan pronto se acallaron las notas del vals, se asió del brazo masculino, sonrió como solo ella sabía hacerlo y pidió:

—Tomemos una copa y olvidémonos de todo y de todos por esta noche.

Jason aceptó porque no le quedaba otro remedio. Si el primer ministro estaba bien informado, como solía estarlo siempre, y los Raynaud se encontraban en Londres para recabar apoyos del tipo que fueran con los que liberar a Napoleón, no solo debía vigilar sus pasos, tenía que averiguar también quién era su contacto. De camino a la estancia donde se servían las bebidas y los canapés, curioseó sin éxito el salón por si localizaba a la atractiva mujer de la máscara dorada que le había llamado tanto la atención.

Un camarero les sirvió dos copas de champán y Veronique degustó un pequeño pastelillo de nata antes de volverse hacia su acompañante.

—Bueno, cuéntame qué hay de nuevo en este Londres de los últimos tiempos.

—En lo tocante a lo personal, poco, excepto que me casé. Pero eso, seguro que ya lo sabes. En política, que estamos en manos de un regente que sirve para poco y una camarilla que le baila el agua.

La francesa encajó el golpe de su pérdida soltería con elegancia, bebió un poco de su copa y asintió.

—Determinados gobernantes son un mal con el que convivimos todos los ciudadanos, *cher*. Nuestro monarca, Luis XVIII, tampoco es un dechado de virtudes, no digamos ya la caterva de ministros y

consejeros, la mayor parte de los cuales están ahí para medrar. Las promesas de reducción de impuestos le sirvieron para sentarse otra vez en el trono. Enseguida las olvidó... —Se encogió graciosamente de hombros y parpadeó con coquetería—. Dejemos temas tan desagradables, tesoro, y hablemos de nosotros. Te confieso que desde que Armand decidió que volviéramos a Londres, acaricié la idea de encontrarme contigo y recordar otros tiempos.

—Así que fue tu hermano quien decidió. ¿Desde cuándo te ciñes tú a los deseos de nadie? Siempre has hecho tu santa voluntad.

Ella se giró un poco, como si le interesara el ir y venir de los invitados, para evitar que él viera la mueca de desagrado con que se contrajo su rostro.

Si Jason supiera...

Si tuviera la más mínima idea de lo que debía soportar, de la repugnancia que le daba la vida que llevaba, del temor constante a que cualquier error acabara con ella en prisión... Del miedo a Armand. Un miedo que se cernía sobre ella cada día y a cada hora. Se acabó la bebida de un trago, cambió el gesto y volvió a mostrarse como la hechicera de siempre.

—Hemos alquilado una casa en Upper Baker Street para nuestra estadía en Londres. Me gustaría que vinieras a visitarme —insinuó.

—Ahora soy un hombre casado, recuérdalo —contestó él.

La expresión de la francesa no varió un ápice, aunque sus ojos se oscurecieron. Se apoyó en el brazo de Rowland y le instó a regresar al salón de baile, donde iba a iniciarse una cuadrilla.

—Espero que eso no sea un inconveniente para ti, querido.

—Te aseguro que no.

—¿Debo entender entonces que fue un matrimonio de conveniencia?

—Algo así.

—Las obligaciones de tu título, la servidumbre social y todo eso. Ya sé que eres un espécimen digno de ser atrapado, cariño, pero no esperaba encontrarte tan pronto apresado por el matrimonio.

—Así están las cosas. Si ello es un obstáculo para ti...

Veronique respondió con una carcajada sutil, tomó posición para la

danza y afirmó sin reservas:

—Sabes que no, Jason. Nunca lo ha sido.

Rowland la miró de reojo. No había cambiado nada: seguía siendo igual de impúdica e incitante que antaño. En otro tiempo no le importó aprovecharse de sus encantos, su falta de modestia y sus infinitas habilidades amatorias, aunque hubiese sido todo no por razones personales sino por motivos de carácter profesional, por seguir las instrucciones que su primer ministro le exigía. Por supuesto, disfrutó con ello. Era complicadísimo para un hombre no dejarse atraer por su embrujo y no lamentaba haberlo hecho. Por un momento se imaginó de nuevo entre las sábanas revueltas de su lecho. Pero duró solo un suspiro porque se interpusieron en su retina los ojos azules de su esposa. ¿Por qué? Si la odiaba, si vivían bajo el mismo techo con la sola pretensión de engendrar un heredero, ¿por qué demonios no podía dejar de pensar en ella y la comparaba con cada mujer con la que se cruzaba?

En cuanto finalizó la cuadrilla, aprovechó que otro de los invitados solicitó a Veronique la siguiente pieza para alejarse, se proveyó de otra copa y salió al jardín. Fue descendiendo los escalones desde la terraza y un resplandor de tela dorada acaparó su atención. Duró unos segundos, justo hasta que la dama se echó una capa oscura sobre los hombros.

Era ella, la mujer vestida de oro que le atrajo según la vio.

Las titilantes llamas de las lamparillas dispuestas a lo largo del camino por el que ella se alejaba de la mansión, se reflejaban en el bajo de su vestido. Le asaltó con ímpetu la vehemencia de saber quién era. Supo que tenía que hablarle. Se bebió la copa, la dejó junto a una maceta y enfiló hacia la figura que asemejaba un espejismo.

Armand Raynaud no había perdido de vista a su hermana desde que abordó al vizconde de Wickford. O mejor sería decir que no había perdido de vista a su hermanastra, porque ese era el verdadero parentesco que los unía. El escaso parecido físico entre ambos les había servido, en más de una ocasión, para hacerse pasar por

matrimonio y llevar a cabo las tramoyas con las que sacar buenas sumas de dinero a pobres incautos.

El padre de ambos, Abélard Raynaud, había vuelto a contraer nupcias dos años después de enviudar de su primera esposa y él, un niño, nunca pudo considerar como madre a esa mujer que se instaló en la casa y que, para nueva desgracia de su progenitor, murió al darle una hija. Para un muchacho de diez años, la llegada de un bebé llorón que acaparó el cariño paterno, hasta entonces solo suyo, supuso un auténtico calvario. Sin embargo, cuando su medio hermana creció, convirtiéndose en una jovencita tan sensual que los hombres perdían la cabeza por ella, descubrió un filón de oro. Filón que sirvió para sacarles de la indigencia en que los dejó la muerte de Abélard, al que encontraron una noche junto al Pont Saint-Michel con una daga clavada en el corazón. Nunca dieron con el culpable, pero Armand daba por sentado que lo había hecho alguno de sus acreedores. Comoquiera que fuese, el hecho cierto fue que Veronique y él se hallaron en una situación muy complicada, sin ingresos y debiendo hacerse cargo de las deudas de su padre.

Acostumbrados a un nivel de vida que no querían abandonar, llegaron a la única conclusión posible: necesitaban hacer lo que fuera para conseguir dinero. Y para financiarse, el medio más rápido no podía ser otro que poner en juego la belleza de Veronique. La obligó a trabar amistad con el anciano y ermitaño dueño de una joyería, viudo y sin herederos, que cayó por las escaleras de su casa poco después. Nadie se molestó en indagar más allá de la lógica explicación de un desafortunado accidente. Y nadie supo que, esa misma noche, la valiosísima colección de monedas antiguas del viejo señor Grancher pasaba a manos de los Raynaud.

A ese hombre siguieron otros, y a ese robo se sucedieron otros más. Todo rodaba a pedir de boca para Armand, no tanto para Veronique que no veía el modo de salir de ese triste y peligroso círculo. Hasta que Armand eligió a la víctima equivocada: un sujeto allegado a Napoleón. Perseguidos tras ser denunciados, escaparon a Inglaterra, donde colaboraron con los enemigos del emperador y aportaron información que propició la definitiva derrota de Bonaparte, a

cambio de asilo político y dinero.

De no haber sido por Jason Rowland podrían haberse establecido en Londres, embaucar a un octogenario acaudalado hasta convertirlo en esposo para Veronique y seguir viviendo a costa de ella. Pero por desgracia, se atravesó aquel maldito inglés que el diablo se llevase consigo, que lo acusó de la muerte de una desgraciada que no le importaba a nadie. Nada pudieron probar, pero el daño ya estaba hecho y fueron notables las personas de su entorno que les retiraron su apoyo.

«¿Y qué si quité de en medio a aquella puta? Si no hubiera querido chantajearme, aún seguiría viva.»

Cerró las puertas del pasado para centrarse de nuevo en lo que en realidad le interesaba: encontrar a un candidato que echar en los brazos de Veronique. Porque ¿quién decía que debían de abandonarse los negocios mientras trataba de conseguir la información que había ido a buscar?

Dado que su compañera había sido requerida por dos damas interesadas en saber dónde había adquirido la maravillosa peluca que lucía, Alex aprovechó para perderse entre los invitados, recoger su capa y salir al jardín a respirar un poco de aire fresco.

El camino de acceso a la casa y algunas sendas aledañas estaban ocupados por parejas que, al igual que ella, trataban de aislarse en un área de privacidad, así que, siguiendo una vereda apenas iluminada se internó en el jardín hasta toparse con un quiosco de música, una construcción circular soportada por columnas dóricas. Se sentó en la escalinata de acceso, cerró los párpados, echó la cabeza hacia atrás e hizo oídos sordos en lo posible a todo sonido que no fuera el murmullo del suave viento entre las copas de los árboles o el canto persistente de los grillos.

Creyó oír el crujido de una rama, abrió los ojos y pegó un brinco al ver ante ella al mismísimo Belcebú. Fue solo un segundo, de inmediato se echó a reír por haberse asustado y aceptó la galante mano del caballero para incorporarse.

—Ha estado usted a punto de provocarme un paro cardíaco, señor mío.

Él no respondió, solo retuvo los dedos de Alex entre los suyos sin permitir que se soltara. La escasa luz del entorno y la máscara roja del aparecido no le permitían a la muchacha indagar en el color de sus ojos. ¿De quién podría tratarse? Desde luego, era un hombre joven, así lo demostraba el fuerte tórax al que se ceñía una camisa de seda y unas calzas que se ajustaban a unas piernas musculosas. La

capa, echada con indolencia hacia atrás a pesar del fresco nocturno, sobre sus anchos hombros, le dotaba de un aire disoluto y sugerente.

Pasado ese primer instante ella intentó liberarse de sus dedos. No lo consiguió. Al contrario, rodearon su muñeca tirando de ella con suavidad, pero con decisión; caminó luego él hacia atrás, sin dejar de mirarla, en dirección a una pequeña arboleda.

—¿No se toma demasiada libertad? ¿Es que nos conocemos?

Tampoco esa vez respondió él. En la cabeza de Alexandra se encendió una lucecita de alarma. Una cosa era entretenerse y bromear con un hombre que no podía reconocerla y otra, muy distinta, arriesgarse con alguien que no dudaba en guiarla a la parte más oscura del jardín. Le había asegurado a su amiga que iba a divertirse, claro que sí, incluso que acaso podría dejar que le robaran un beso, pero no parecía que fuera esa la situación actual, sino más bien la de quien, tal vez, no se iba a conformar con tan escaso pago.

—Como broma ya está bien. Ahora, suélteme.

Otra vez el silencio por respuesta y un paso más hacia la oscuridad.

Había sido una mema y se había alejado de la mansión lo suficiente como para que la distancia y el ruido de la música impidieran que pudiera escucharse un grito de auxilio. Pero no era la primera vez que se veía en apuros y sabía defenderse. Le vino a la cabeza cierta ocasión en que se acercó a conocer el pequeño dispensario médico de Bridge en Whitechapel, un barrio muy poco recomendable, y tuvo que sacarse de encima a un borracho que pretendía arrebatarse el bolso. Por descontado, ese Belcebú disfrazado, ni era tan enclenque como aquel, ni estaba borracho. Decidió poner en práctica un golpe que Jason le enseñó años atrás y que, con suerte, iba a dejar malparadas las zonas pudendas de ese cavernícola que se empeñaba en no soltarla.

Como si él hubiese adivinado su perversa intención eludió el ataque con facilidad. No solo eso, sino que, además, un segundo después, Alex se encontraba con los brazos atrapados a la espalda, pegada a su pecho. Y la estaba besando. Podía haberse revuelto, intentar golpearlo de alguna manera, con la rodilla, como fuera... Pero él no la forzaba, la abrazaba con delicadeza y los labios

masculinos se adhirieron a los suyos con vehemencia, suaves y expertos; tanto, que poco a poco ella fue consciente de que se le estaba calentando la sangre. Aquel beso le recordó a otro que...

«¡Qué cálida es su boca! ¡Con qué destreza besa el condenado!»

Quiso reaccionar, pero no supo o no quiso, y acabó abandonándose a la caricia y hasta respondió a ella.

Del mismo modo que la atrapó, el sujeto la soltó y se apartó un paso. Alex se tambaleó, víctima aún del deseo que le había despertado un beso como el que jamás había recibido, un beso capaz de hacerla vibrar y que la sangre galopara por sus venas. Se llevó el dorso de la mano a los labios como si con ese gesto mitigara el ímpetu de su arrebato.

—Sigues besando como una niña.

A Alex casi se le salieron los ojos de las órbitas al reconocer aquella voz burlona. Se fue hacia él dispuesta a abofetearle la cara, roja de vergüenza, pero Daniel Bridge la esquivó con un simple quiebro, volvió a atraerla hacia sí y abrazó su cintura para saquear sus labios sin remedio. Y ella, atrapada en el remolino de sus sentidos, se dio cuenta de que quería que la siguiera besando. Pero no lo hizo. Sin darle margen, él se alejó sin más, con su carcajada irónica diluyéndose en la noche.

Se quedó quieta y trató de recobrar la calma. Le temblaba el cuerpo, le ardían los labios y en su boca permanecía el sabor a vino que Daniel le había trasvasado. Nunca hubiera imaginado que fuera él, precisamente él, el ladrón de sus besos.

Porque no fue solo uno el robado.

Y porque, además, no podía negar que los había disfrutado.

—¡Condenado seas! —bramó al tiempo que daba una patada en el suelo.

Descubrió a Jason apenas entró en la fiesta, en el primer vistazo que dio al salón. Era difícil no fijarse en él porque, aunque había otros caballeros vestidos de forma parecida, su apostura hacía que destacara entre el resto. No iba disfrazado, había elegido ropa negra

y solo se cubría los ojos con un antifaz blanco, pero estaba impresionante.

También fue consciente de que él se había fijado en ellas y, por un segundo, se preguntó si era posible que hubiera descubierto su identidad, pero luego desechó ese pensamiento, convencida de la escasísima probabilidad de que así ocurriera, de manera que se dedicó a dar vueltas por uno y otro lado junto a Alexandra. Lo que no pudo remediar fue volver la cabeza en alguna ocasión para buscarlo entre la gente.

Así fue como vio que una hermosa mujer se acercaba a él, le ponía una mano en el brazo y le sonreía de un modo tan insinuante que no le hubiera importado acercarse hasta allí y encararse con ella. No, mucho más: arrancarle la cabellera pelo a pelo. De nuevo, como le pasó con la pupila del vizconde de Maine, la atacaron unos celos absurdos.

Pero ¿por qué era víctima de ellos? Ella sabía para qué la quería Jason, no era para él más que un vientre para concebir a su heredero y, por lo tanto, parecía dispuesto a coquetear con cuanta dama se le pusiera delante. Y a ella la enervaba, le molestaba lo indecible ver que prestaba atención a otra mujer.

Se conocían, no le cupo duda por la manera en que Jason sonrió y la llevó a incorporarse al grupo de bailarines. Alex llamó su atención para que mirara hacia la voluminosa figura de un caballero y, por un momento, se olvidó de su esposo.

Tenía calor, sentía sus mejillas encendidas y le estaba agobiando el ambiente recargado del salón. En cuanto se libró de las dos mujeres a las que facilitó la dirección de la tienda de pelucas, se fue en busca de su amiga Alex. No la encontró y se decidió a dar una vuelta por el jardín. Recogió su capa y con ella sobre un brazo salió al exterior. La noche estaba fresca, incluso había la posibilidad de que cayese una ligera llovizna antes de finalizar la velada, pero no le importó. Se cubrió con la prenda de abrigo y caminó sin prisa, guiándose por el murmullo del agua de los surtidores de las fuentes, sin ser consciente del hombre cuya mirada no perdía ninguno de sus pasos.

Los cisnes de mármol que rodeaban la fuente liberaban pequeños chorros de agua por sus picos, que se diluían al caer en el pilón octogonal con sonido hipnótico. Algunas lámparas de aceite fijadas al suelo irradiaban una luz tenue al idílico rincón e incluso, mirando con atención, podían descubrirse pececillos moteados de color.

A ella le pareció un espacio precioso, singular y muy agradable. Se envolvió un poco más en la capa, se quitó un guante, metió los dedos de una mano en el agua y sus labios se ensancharon en una sonrisa cuando los peces escaparon raudos, perdiéndose al abrigo de los nenúfares.

—¿Tan aburrida encuentra la fiesta que se escabulle de ella, milady?

La voz la dejó paralizada. La reconoció en el acto porque pertenecía a Jason. No se atrevió a hablar ni a darse la vuelta, se limitó a encogerse de hombros mientras se secaba los dedos en el forro de la capa y volvía a colocarse el guante.

Era muy poco probable que él la hubiera descubierto, más bien se trataría de disfrutar de un rato de solaz flirteando con una presa distinta a la que prodigaba sus atenciones hacía un momento. Intuyó, por lo tanto, que si se mostraba antipática era posible que se marchara. Sin embargo, no era esa la intención de su esposo, a juzgar por la rapidez con que él estiró su brazo hasta alcanzar su cintura. Enderezó los hombros y puso distancia empujándole el pecho, pero él la acortó al segundo siguiente.

—Me gustaría poder ver su rostro antes de que suenen las doce. A esa hora nos quitaremos todos la máscara y ya no será un misterio.

Estaba en lo cierto, no se confundía: Jason estaba coqueteando con ella con el mayor de los descaros. Por un lado, se sintió halagada, pero por otro se la llevaron los demonios.

«¿Y yo, entretanto, he estado remisa a tontear con otro hombre? ¡Maldito sinvergüenza! Veamos hasta dónde vas a querer llegar.»

Carraspeó, falseó el timbre de su voz cuanto pudo, se giró hacia él y le respondió en el tono más meloso que consiguió:

—¿Tan aburrida le parece a usted que quiere estropear la sorpresa antes de tiempo, milord?

—Puede ser.

—¿O es que busca tal vez otras distracciones?

—Es posible.

—¿Distracciones que una mujer como yo pueda ofrecerle? —Se atrevió incluso a pasar las yemas de los dedos por la solapa de su chaqueta.

Jason creyó haber recibido un mazazo en pleno tórax cuando llegó hasta él un olor que le era familiar: vainilla. No podía verle el rostro, el cabello o el color de los ojos, pero supo que era ella: su condenada esposa. La mujer que lo había tenido embelesado desde que la vio entrar en el salón, no era otra que ella. ¡Ya era mala suerte!

Además, para mayor desgracia y humillación, ella no dudaba en insinuársele con total desparpajo.

No supo si echarse a reír o empezar a maldecir como un bellaco porque lo insólito de la situación le tomó desprevenido.

«Tampoco debo extrañarme, ya te conozco, sé que eres una desvergonzada, por mucho que hayas conseguido engañar a los demás con tus sonrisas y la dulzura de tus palabras. Ya lo decía un viejo proverbio chino: la experiencia del pasado, si no cae en el olvido, sirve de guía para el futuro. Y yo, desde luego, no he enterrado en el olvido la amarga lección que me tocó aprender de ti, Cassandra.»

A pesar de querer convencerse, la cercanía de su esposa volvió a ejercer sobre él, aun sin quererlo, una pulsión de deseo que, aunque aborrecía sentirlo, fue más fuerte que el rencor que le inspiraba. No se lo pensó y, al instante, la tenía entre sus brazos y la estaba

besando. Con rabia, despechado, pero enardeciéndose porque su vigor respondía a las curvas arrebatadoras que delineaban sus manos bajo la capa. Y es que ella, en lugar de rechazarlo, alzó los brazos para rodearle el cuello y corresponderle, con una lucha de lenguas enredadas que lo llevó a la perdición.

Entonces se vio a sí mismo como un pobre hombre desgraciado. Porque tenía en sus brazos a una vulgar buscona y la deseaba con frenesí.

De cualquier modo, ya nada le importaba, ni siquiera su insolencia, solo el clamor de su cuerpo que hervía necesitado de liberación. Le quitó la capa que dejó caer al suelo y luego tiró hacia abajo de la tela del vestido hasta descubrirle los pechos, agachó la cabeza para tomar en su boca la cumbre endurecida de un pezón y apresó el otro entre sus dedos, frotándolo, hasta arrancar un gemido a la joven.

Ya no podría quitarle las manos de encima, había vuelto a perder la cabeza, a dejarse llevar sin pensar en las consecuencias de sus actos. Deseaba tenerla y punto.

Pero no había contado con la respuesta femenina.

Ella, desafiante, puso fin a la carrera de sus ímpetus mutuos empujándolo con fuerza y dando un paso atrás, tan acalorada que hasta se mareaba y, al mismo tiempo, avergonzada de su propio deseo. Porque se imaginó arrancándole la ropa a su marido y tumbada junto a él sobre el césped. Se mordió los labios, se recolocó a tirones el escote del vestido, recogió su capa para cubrirse y echó a correr hacia la casa.

Jason se apoyó en el pilón de la fuente. Tenía que calmarse. Un simple beso y unas caricias escasas no podía ser que lo llevaran a tal grado de excitación. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué no conseguía mantener las distancias? ¿Desde cuándo tenía la percepción de que la necesitaba más que a nadie? Golpeó el mármol con la palma de la mano una, dos, tres veces, hasta casi despellejarse la piel.

— ¿No habrás visto a un demonio por aquí?

Era Alexandra quien preguntaba. Había aparecido a su lado como

por ensalmo, cuando ella salía del tocador, donde se había recluso para calmarse.

—Al mismísimo Lucifer —le aseguró, pensando en Jason.

Su amiga siguió la línea invisible desde sus ojos hasta localizar a su primo, al otro lado del salón, y frunció los labios.

—Yo me refería a otro vestido por completo de rojo, cuernos incluidos —especificó sin dejar de estirar el cuello para otear entre los invitados.

—¿A quién estás buscando?

—A Daniel.

—Pero ¿es que está en la fiesta?

—Puedes jurarlo. Es el diablo del que te hablo. No solo se ha burlado de mí, sino que el muy cretino se ha atrevido a besarme. ¡Dos veces!

—¡Vaya!

—¿Te lo imaginas? Por si fuera poco, me ha humillado diciéndome que no tengo experiencia alguna con los besos.

Alex estaba muy enojada, de eso no cabía duda, pero también se la notaba impaciente. No cesaba de ponerse de puntillas para intentar localizar al médico, con su abanico por delante, desplegándolo y cerrándolo con ritmo compulsivo.

—Te dije que tuvieras cuidado con coquetear.

—No lo hice. Salí a tomar el aire, me dio un susto de muerte al aparecer de sopetón y así, sin más, se propasó. No estaría enfadada si le hubiera dado pie, pero es que no fue el caso y eso no se lo perdono. Me va a oír en cuanto me lo eche a la cara.

—Eso es lo que te enoja: que fue él y no tú quien se adelantó en ese juego de galanteo que, por otra parte, era lo que querías, según dijiste.

Alex se volvió un tanto hacia ella, con su ceño fruncido y sus plateados ojos echando chispas bajo la máscara.

—Galanteo sí, pero desde luego no con él.

—Es lo que tienen estas cosas...

—¿A favor de quién estás? Bueno, déjalo, no quiero saberlo.

—Tú te lo has buscado —insistió su amiga, que no dejaba de

encontrar cómico su enfado.

—Nunca justifico mis propios errores y creo que salir sola al jardín, lo ha sido. Pero volvamos a ti y tu demonio particular, que no es otro que mi primo, ¿verdad?

—Lo has adivinado. Solo que él no se limitó a besarme cuando se me apareció junto a la fuente.

—¿Nooooo? —Asió su codo y tiró de ella hasta llevarla hacia las sillas instaladas alrededor del salón, se sentó e hizo que se sentara—. Cuenta, cuenta, cuenta.

—De eso, nada. Esas cosas son demasiado privadas.

—¡Vamos, mujer! Creía que éramos amigas.

—Espero que así sea, te he tomado cariño, no lo niego. Pero no pienso entrar en detalles de ese tipo.

—¡Qué decepción! Pero, veamos: ¿no dices que Jason te desprecia?

—Me lo demuestra cada día.

—Sin embargo, aprovecha para entrar en tu cuarto cuando estás a medio vestir... No me lo niegues —cortó su protesta—. De no haberos interrumpido yo hubierais acabado en la cama antes de bajar a cenar, que no soy tonta ni ciega. Y ahora me vienes con que ha hecho algo más que besarte en el jardín. Entonces, ¿a qué jugáis?

—Eres una metomentodo.

—No, no lo soy. Lo único que quiero es que mi primo y tú acabéis con esas diferencias que os hacen desgraciados a ambos. Mira, Cassandra, Jason es muy obstinado para bien o para mal, pero si busca la menor oportunidad para estar cerca de ti es por alguna razón. No me cabe duda.

—Sí, para que le dé un heredero.

—No digas tonterías. Siente algo por ti, estoy convencida, y no creo que sea odio, como dices. Le conozco más y mejor que tú, hazme caso.

—Y si es así, si no es odio, ¿por qué me culpa de maniobras y actos indignos y ruines que ni siquiera soy capaz de repetir? Además, aunque fueran ciertos, ¿por qué me mortifica cuando sabe que no lo recuerdo?

—Puede que le mueva el orgullo mal entendido.

—Claro, tú no puedes sino defenderlo. —Guardó silencio unos segundos—. Por lo que me conoces, ¿de verdad crees que he sido capaz de echarlo de mi cama?

—Yo le abriría la cabeza a Daniel, así que no sé qué decirte. Mis padres estuvieron sin hablarse dos meses, y eso que se aman con locura. Y ya te conté lo de las trifulcas de los abuelos. Cuando una pareja discute en circunstancias como las vuestras puede pasar de todo. Es posible que Jason esté convencido de que *se la has dado con queso* —dijo en español— y claro...

—¿Cómo?

—Es uno de los dichos de la abuela. —Se echó a reír al ver su gesto de estupor—. Significa que lo has engañado, que le has dado una cosa por otra de menor valor.

—Que creía casarse con una mujer decente y le he salido una perdida, vamos.

—Haces mal en mortificarte así.

Los acordes de una contradanza empezaron a sonar. Un caballero vestido de arlequín y otro de centurión romano se acercaron a ellas y les solicitaron el baile. La vizcondesa lo agradeció; no era mala idea olvidarse un rato de sus miedos y angustias.

Poco después también perdió de vista a Alex. Imaginó que habría intentado localizar a Bridge para increparlo, aunque este debía haberse evaporado porque no se volvió a ver ningún diablo rojo en lo que restó de velada.

Faltaban tres minutos para la medianoche y todos esperaban, entre murmullos y bromas, ese momento en que, con la última campanada, se quitarían las máscaras y se daría a conocer la verdadera personalidad que se ocultaba tras ellas.

No es que ella anhelara ese instante. Más bien lo temía. Porque antes o después se iba a encontrar con Jason frente a frente y, cuando lo hiciera, pondría de relieve a la mujer que no solo no lo rechazó junto a la fuente, sino que se avino a su juego. Y si ya tenía mal concepto de ella, ¿qué iba a pensar entonces? Se apoyó en el sostén de una columna porque le temblaban las rodillas.

«¿Y qué? Lo he reconocido, no puede imputarme ningún delito por

haberme dejado besar por él, a fin de cuentas, es mi esposo. Yo sí que tengo motivos para condenarlo por su conducta, puesto que él sí creía que estaba con otra mujer», se dijo en un acceso mitad de rabia y mitad de celos que le devolvió el ánimo.

A la primera campanada, Rowland se desentendió del grupo en el que charlaba y atravesó la sala con paso lento, pero decidido y elástico. Ella lo vio acercarse y percibió que, tras el intrincado bordado de su antifaz blanco, relucían sus ojos oscuros y se dibujaba en sus labios un rictus sardónico. Inclino la cabeza ante ella y se quedó allí, sin duda esperando conocer el rostro cubierto por la máscara. Al sonido del último repique se redoblaron los murmullos y las risas, pero ninguno de los dos se quitó su antifaz.

—¿Me permite que la descubra ya, milady? —preguntó él al cabo de unos tensos segundos de espera.

—¿Por qué no? Ya han dado las doce, vizconde de Wickford.

Jason se quedó con la mano a medio camino y sus ojos se achicaron. Pero luego se relajó y sonrió de esa manera que a ella la desarmaba, aunque las espadas seguían en alto porque la tensión entre ambos se mantenía. Pero no duró. Se quedaron mirándose un instante, y casi al unísono rompieron a reír.

—O sea, Cassandra, que allí afuera sabías quién era.

Entonces fue ella la asombrada. ¡Jason también sabía que era ella quien lo besaba! Si la había descubierto, ¿por qué lo había hecho? Tal vez fueran ciertas las palabras de Alex, que de verdad Jason buscara estar a su lado por mucho que dijera que la odiaba. Con un suspiro, retiró su antifaz y esperó a que él hiciera otro tanto.

—Claro que lo sabía.

—Muy halagador, entonces, que me concedieras una atención tan íntima.

—¿Te parece que, de no haber sido así, me hubiera comportado como lo hice? Pienses lo que pienses de mí, Jason, no le daría esas libertades a ningún otro.

—Ya. ¿Y yo me lo tengo que creer?

¡Cómo le hubiera gustado cruzarle la cara! No estuvo muy lejos, pero supo contenerse. Allí, en plena fiesta, rodeados de gente y en

casa ajena, dar un escándalo gratuito era lo que menos le apetecía. Le dolía su mordacidad solo Dios sabía hasta dónde. Porque, aunque él la creyese merecedora de su desprecio, ella era sincera, lo era siempre. Por eso le costaba sobrellevarlo cada vez más.

—Qué decepcionante, ¿verdad? Vienes a un baile de estas características y acabas por besar a la única mujer a la que no deseas. Mejor dicho, no solo no la deseas, sino que la quieres usar solo para engendrar a tu heredero.

—Por supuesto. Para eso nos casamos, y lo tendré.

—Eso suena casi a amenaza.

—Tómalo como quieras. Es una promesa. Al revés que tú, las cumplo siempre.

Era irritante, volvía a las andadas una y otra vez, ni por un instante olvidaba sus presuntas faltas, cualquier ocasión era buena para lanzarle sus invectivas. Lo empujó para apartarle, pero fue un empeño vano, como intentar mover un muro.

—Déjame tranquila, Jason y búscate otra más sumisa que te siga la conversación o te baile el agua.

—Yo no llamaría conversación a la escena en el jardín, milady, pero todo es cuestión de puntos de vista. ¿O es que ha habido más «conversaciones» como esa a lo largo de la noche?

—¡Maldito insolente! Das por sentado que he estado flirteando con otros hombres. ¿Te crees que soy tan promiscua como tú? Si alguna vez me hubiera dejado arrastrar hasta la infidelidad como tú afirmas, bien caro lo estoy pagando, porque sabe Dios que no recuerdo nada de esa vida que me reprochas. Entonces ¿por qué me ofendes, Jason?

—Decirle la verdad a alguien no es ofender.

—Sí lo es acusar sin pruebas. ¿O acaso tienes alguna que descalifique mi conducta de esta noche?

—No sería difícil conseguirlas.

La lastimaba con su mordacidad calculada y fría, pero no se iba a dejar amedrentar por su personalidad altanera ni sus modales despectivos. No, al menos, hasta verificar que era culpable de la traición por la que se la condenaba.

—Ojalá llegue el día en que te tengas que comer tus acusaciones

una a una, porque allí estaré yo para ver si te atragantas.

—Cuando haya escarcha en el infierno.

—Vete. No quiero que sigas aburriéndote conmigo.

Jason puso una mano en la columna en la que ella se apoyaba. Estaba tan cerca que tuvo que fijarse en su cara encendida, sus ojos airados, sus labios de color carmesí. ¡Qué pena, tan deseable y tan lejos de él!

—Te garantizo que el número del jardín ha podido ser cualquier cosa menos aburrido, querida —aseguró antes de dar media vuelta y dejarla.

Finalizada la fiesta, el conde de Creston se prestó a acompañarla en uno de los carruajes ya que Jason y Alex ocupaban el otro. Ella iba muy callada, con la mirada perdida, absorta en el ruido que provocaba la lluvia, que por fin había hecho acto de presencia, sobre el techo del coche. Él se dio cuenta de la brevedad de sus respuestas y de que sujetaba la capa contra su cuello como si quisiera fundirse en la prenda.

Ella ya estaba convencida de haberse resfriado: le molestaba la garganta, había estornudado varias veces y tenía escalofríos. Pero no era esa su preocupación actual. Sí lo era, en cambio, rememorar el saludo de aquel desconocido poco antes de despedirse de los anfitriones, que continuaba martilleándole en la cabeza. Porque llevaba explícito un comentario que no solo no esperaba, sino que la desconcertaba por completo y añadía nuevas sombras a su ya maltrecho cerebro.

—Lady Wickford, es un placer inesperado encontrarla aquí esta noche. Hacía tiempo que no sabía de usted. ¿Puedo esperar que tengamos la oportunidad de enfrentarnos de nuevo en las mesas de juego? Es usted una contrincante a la que se echa de menos.

Se había quedado helada. No supo qué contestar, solo dibujó un amago de sonrisa y se alejó en busca de los suyos, con el corazón encogido y una sensación de angustia que aún le duraba.

Aquel caballero la conocía, se había dirigido a ella por su título y no había mostrado duda alguna en definirla como una de sus contendientes habituales, pero no tenía conciencia de haber jugado

dinero en toda su vida. Fue muy directo, sí, no le pareció que le hablara con doble sentido. ¿Cómo debía interpretarlo? ¿Acaso tenía deudas con él, o con alguien más? Rezaba para que no fuera nada de eso. Era imposible. De haber sido así, Willis se lo habría hecho saber o habría pagado sus créditos que era, en definitiva, lo que había estado haciendo por ella. Por descontado, y para su vergüenza, a cambio de haberse acostado con él y de embolsarse parte del dinero robado a Jason con una doble contabilidad.

A ella le gustaban los juegos de mesa como al que más, y hasta se le venían algunos a la cabeza, pero nunca hubiera apostado, mucho menos sumas que, según se desprendía de las acusaciones de Leonard Willis, le habían llevado incluso a un pacto denigrante con él para poder cubrir las pérdidas.

Durante el trayecto de vuelta a casa, por más que se esforzaba, no conseguía ubicar al sujeto que se dirigió a ella, ni siquiera focalizar su persona. Era un perfecto desconocido. A cada minuto que pasaba se sentía más indispuesta porque, para su desventura, ese nuevo descubrimiento fortalecía la posibilidad de que ella fuera esa mujer a la que Jason odiaba.

—¿Te encuentras mal? —Su suegro se inclinó hacia ella para ponerle una mano en la frente—. Creo que tienes algo de fiebre.

—No es nada, milord. Un simple resfriado.

—Llegaremos en unos minutos. Hannah te dará alguno de sus remedios para que duermas bien y mañana te encontrarás como nueva —dijo él. Se quitó su propia capa, fue a sentarse a su lado y la cubrió con ella.

Le agradeció el gesto, pero le sonó rara su mención a la cercanía de Creston House porque para llegar, se tardaba no menos de media hora. Por otro lado, ¿quién era esa Hannah de la que hablaba?

—¿Adónde vamos?

—A Hannover Square. ¿Dónde si no? —Ella recordó entonces que Bridge le había hablado de aquella casa en la ciudad, lo había olvidado por completo—. Solo hay tres sirvientes, puesto que solo la utiliza Jason a veces: Maximilian Bauer, su esposa Hannah y la hija de ambos, Valentine.

—¿He de suponer que los conozco? —preguntó y estornudó acto seguido.

—Sí, pero solo has estado en la casa un par de veces, que yo sepa. No te gusta la vivienda, pero hoy deberás transigir, es muy tarde y sería una imprudencia regresar a Creston House con este tiempo, los caminos estarán intransitables y es peligroso. Además, por lo que veo, tú necesitas meterte en la cama cuanto antes.

El camino estaba embarrado... Las ruedas del carruaje resbalaban y rebotaban... Los caballos galopaban muy inquietos, atemorizados por el estrépito de los truenos y el centelleo de los relámpagos, a pesar de lo cual ella les instaba a ir más aprisa, más aprisa, más aprisa... El carruaje rodaba junto al barranco... Abajo, la corriente... Un grito desgarrador y luego las piedras que herían, los matorrales que arañaban su piel, el cuerpo de la otra mujer hundiéndose en las aguas que bajaban por el cauce tumultuoso y oscuro...

Temblorosa, se apretó los párpados con las palmas de las manos para alejar la visión que volvía a atormentarla. Al igual que la imagen de la abadía, esta se había repetido varias veces en las últimas noches. Y otras tantas veces se preguntó por qué conducía tan rápido, adónde iba y quién era la mujer a la que veía desaparecer bajo las aguas. Nadie le habló de otra mujer, solo que a ella la encontraron malherida y que avisaron a Creston House al reconocer el escudo del destrozado carruaje. ¿Se trataba de una reacción inducida por el temor propio de alguien que ha estado cercano a la muerte? ¿O tal vez en su mente se había enquistado el pavor a haber sido arrastrada por la corriente y por eso lo revivía una y otra vez, personalizándolo en otra mujer que caía al río?

Se obligó a rechazar tales pensamientos cuando el cochero paró frente a la verja de una casa de tres pisos, de ladrillo rojo y tejados oscuros, a la que rodeaba un cuidado jardín. Se abrió la puerta principal y tres figuras, guarecidas de la lluvia bajo amplios paraguas, se acercaron presurosas a ellos.

Poco después, los cuatro se encontraban en el salón, reconfortados por el crepitante fuego de la chimenea y con una taza de sustancioso caldo en las manos.

Más tarde, Max Bauer prestó sus servicios a Jason y a su padre, Valentine asistió a Alexandra y Hannah acompañó a la vizcondesa al cuarto asignado.

—Lamento que se hayan tenido que quedar levantados hasta tan tarde, señora Bauer.

—Es nuestro deber, milady —repuso la austríaca ayudándole a abrir los corchetes del vestido—, y nunca viene mal salir de la rutina diaria.

Cepilló y estiró con cuidado la costosa prenda sobre el respaldo de un sillón mientras la joven se deshacía de las enaguas y las medias. Se dio prisa en ponerse el bonito camisón con plisados y encajes, dispuesto ya sobre la cama cuando entraron en la habitación.

—¿Desea milady que le cepille el cabello antes de acostarse?

—Váyase a descansar, señora Bauer, yo también lo necesito. Y gracias por el caldo, estaba delicioso.

—No se duerma hasta que yo regrese —le dijo el ama de llaves, arropándola hasta la barbilla como si fuera una niña—, le estoy preparando una infusión para ese resfriado que le subiré ahora mismo.

—Gracias.

La suavidad y el calor que le aportaba el camisón, el agradable peso de la ropa de cama y la dorada luz que irradiaban las lámparas, hacían difícil mantenerse despierta, pero tal y como le advirtiera la sirvienta volvió en un suspiro. Depositó la pequeña bandeja de plata sobre la mesilla de noche y le tendió el vaso humeante.

—Está caliente pero no quema. Bébaselo todo, milady.

—¿Qué es? —preguntó la joven tras probar un sorbo—. Sabe bien.

—Nada especial: leche caliente, una yema de huevo, una cucharada de miel y un chorrito de *brandy*. Mañana se encontrará mucho mejor, y si no, se queda un día más al calor de las mantas.

A ella, un poco febril, abrigada y somnolienta, no le importaba en ese momento si permanecía allí una semana completa. Solo pensaba en reponerse, abandonarse al sueño y no pensar en nada. Ni en Willis ni en el hombre de la fiesta, ni siquiera en Jason. Se acabó el ponche, devolvió el vaso a Hannah y antes de darse cuenta sus ojos se

fueron cerrando, exhaló un suspiro, y se quedó profundamente dormida.

Hannah Bauer se tomó su tiempo observándola. Solo había visto a lady Wickford dos veces: unos días después de casarse con el vizconde y al regreso de la pareja de su corto viaje de novios. Después no había vuelto por allí, gracias a Dios. El aviso del vizconde de que pasarían allí la noche no le hizo la menor gracia al recordar la desconsideración con que la dama les trató entonces.

Tendía a no dejarse engañar por las apariencias, por eso no había tomado como agradecimiento la aparente preocupación de la muchacha por sus desvelos. A pesar de lo cual, con cuidado para no despertarla, metió bajo las sábanas el brazo que su señora se había dejado fuera, tal vez porque, en el fondo, por mucha lady que fuera, no dejaba de depender de ella. Al menos, en esos momentos.

Y por alguna razón desconocida, sin entender la causa, este pequeño detalle hizo que se sintiera mejor, un poco más próxima a lady Wickford.

«Debe de ser que me estoy ablandando con la edad», pensó antes de, con el mayor de los sigilos, recoger el servicio, apagar las lámparas y marcharse.

El día amaneció gris y desapacible, con enlutadas nubes entre gris oscuro y negro, y ráfagas de viento que zarandeaban las ramas de los árboles hasta casi alcanzar las ventanas de la casa, presagiando la tormenta que se avecinaba.

Se encontró bastante bien, aunque cansada. La fiebre había remitido y la molestia de la garganta era apenas perceptible, pero, así y todo, decidió que no estaría de más seguir los consejos de la señora Bauer: tomarse el ligero desayuno que le subió Valentine, acompañado de otro ponche, y volver a dormir.

Cuando despertó, Hannah abrió las cortinas para permitir que la tenue luz del exterior penetrara en el cuarto.

—¿Cómo se siente, milady?

—Como nunca. Sus ponches han sido mano de santo. —Ahogó un bostezo y echó a un lado la ropa de cama para levantarse—. ¿Qué hora es?

—Acaban de dar las cuatro, milady. Me he permitido prepararle el baño.

—Muchas gracias, señora Bauer. Las cuatro, dice. ¿Cómo he podido dormir tanto? No tengo la impresión de haberlo hecho y aún tengo sueño. —Se calzó las zapatillas y se acercó a la ventana hasta pegar la nariz al cristal, que encontró helado—. Ha quedado una tarde bonita.

Hannah la observó mientras llevaba un par de grandes toallas al cuarto anexo, donde se encontraba la bañera de bronce. Claro que había dormido durante horas, otra cuestión es que hubiera descansado. Previendo que la joven pudiera empeorar y necesitar de

sus servicios, había ocupado la pequeña alcoba destinada a la criada personal, que no se utilizaba desde la muerte de la madre del vizconde. A media noche la despertó un llanto y la línea de luz que asomaba por debajo de la puerta. En la certeza de que su señora había empeorado, se levantó diligente, se echó su grueso chal de lana sobre los hombros y accedió a su habitación.

Se quedó parada bajo el vano de la puerta: el vizconde se le había adelantado. Sentado en el borde del colchón, acariciaba la frente de su joven esposa para calmar la pesadilla.

—Vuelva a la cama, yo me encargo —susurró Jason.

El resto de la noche dormitó, pendiente como era su deber, de acudir a la llamada del amo si requería su presencia. Él se había pasado mucho rato en el cuarto de su esposa, hasta que los sollozos remitieron y volvió a hacerse el silencio.

—Tal vez, después de bañarse y comer algo, le agradecería dar una pequeña vuelta para despejarse.

—Es una idea estupenda. ¿Dónde están los demás? —Se recogió el largo cabello en un rodete en la coronilla.

—Lord Creston y la señorita Tanner salieron después de la comida. No querían marcharse, estaban preocupados por usted, pero lord Wickford y yo misma les tranquilizamos. La señorita hizo referencia a que debía prepararse para una boda y lord Creston no quiso ni oír hablar de que se fuera sola.

—Se casa una amiga suya dentro de unos días, sí. ¡Qué delicia! —exclamó al sumergirse en el agua jabonosa y caliente—. No me haga salir hasta que esté arrugada como una pasa, por favor, señora Bauer.

Hannah no daba crédito a lo que veía: una muchacha de maneras educadas y discretas que chocaba de lleno con los modales bruscos e incluso groseros que ella recordaba. Estaba a punto de acercarse para enjabonarle el cabello cuando sonaron dos toques en la puerta y, sin esperar respuesta, entró Jason. La muchacha se hundió todo cuanto pudo en la bañera y ella no dudó en dirigirse a él, dada la situación.

—¿Deseaba algo, milord?

—¡Jason! —La joven cruzó los brazos sobre el pecho—. Me estoy bañando.

—He subido para saber cómo te encontrabas.

—¿Puedes interesarte más tarde, por favor? Ya ves dónde estoy — reiteró como si no fuera evidente.

Rowland se pasó la mano por la nuca.

—Ya lo veo, y a decir verdad es un espectáculo de lo más fascinante, cariño. Frau Bauer —dijo sin mirar al ama de llaves—, ¿querría prepararnos a mi esposa y a mí una de sus deliciosas tartas de manzana?

Hannah supo que descarada y sutilmente le estaba pidiendo que desapareciera. Asintió y se dirigió a la puerta, pero antes de salir matizó:

—*Apfelstrudel*, milord. *Apfelstrudel*.

Apenas quedarse a solas, Jason acercó un taburete a la bañera, lo ocupó, apoyó los antebrazos en las rodillas y se inclinó un poco hacia delante. Ella, aunque disgustada por la intromisión, aprovechó para comprobar que vestía de modo informal, con una especie de foulard al cuello, guapo y seductor como siempre.

—¿Cómo estás?

Ella trataba de amoldarse a la tina y cubrirse al mismo tiempo. Estaba casada con él, pero de ahí a que un marido irrumpiera en el baño de su esposa había un abismo. Por un principio de pudor no dejaba de encontrarse muy incómoda estando desnuda ante él, porque la espuma tapaba lo justo.

—Mejor —contestó—. Tú, sin embargo, pareces cansado.

—No he dormido demasiado.

—¿Puedo suponer que te ha pasado factura la conciencia? — ironizó.

—Mi conciencia está muy tranquila, milady.

—Porque tú no te equivocas nunca, ¿no es así? —En realidad no era una pregunta, era una afirmación categórica con su carga de mordacidad.

Él no quiso responder. Claro que se equivocaba. Muchas más veces de las que a él le gustaría. La de más peso, casarse con ella. Y otra, la más reciente, desearla como nunca antes lo había hecho. E imaginar, otro error más, que pudieran volver aquellos días de armonía, tan

escasos que no parecían haber existido nunca.

Solo contemplaba: el recogido cabello, las pequeñas orejas, la elegante línea de su cuello, los redondeados hombros, el inicio de los senos... Y pensaba: en besar, en mordisquear, en pasar su lengua por el hueco entre el cuello y la clavícula, en que sus labios bajaran hasta alcanzar...

Abandonó el taburete y se situó tras la bañera, a espaldas de su esposa, porque de algún modo tenía que controlar su excitación; tiró el foulard a un lado, se remangó la camisa, aplicó agua y jabón a una esponja y le pidió:

—Inclínate.

Ella torció la cabeza para mirarlo. ¿De veras pretendía enjabonarle la espalda? Estaba loco si pensaba que se lo iba a permitir.

—Puedo hacerlo sola, gracias.

—Pero quiero hacerlo yo. Inclínate.

—Vete, por favor. Esto es demasiado personal.

—Vamos, Cassandra, deja de portarte como una niña. Ya he visto de ti todo cuanto podía verse.

—Es que no tiene nada que ver un acto carnal y la intimidad de un baño...

La mano masculina se apoyó en medio de sus omóplatos y la empujó suavemente hacia delante. Ella tomó todo el aire que sus pulmones le permitieron y se abrazó a sus propias rodillas, tensa como la cuerda de un arco, porque sabía que él no iba a ceder.

Jason empezó por enjabonarle la nuca. Despacio, muy despacio, recreándose en la visión de sus hombros de piel sedosa, de su espalda de suave línea donde destacaban, como perlas negras, un trío de lunares. Nunca se había fijado en ellos, y por eso se decidió a aplicar sus labios allí. La muchacha no pudo controlar un estremecimiento y se hundió más en el agua.

Rowland se esforzó por centrarse en la tarea de enjabonarla. Si perdía el control de nuevo acabaría llevándosela a la cama y no era eso lo que quería. Tenía preguntas que hacer, nombres a los que ella aludió en sueños que le eran desconocidos. Pasó la esponja por el hombro derecho bajándola por el brazo hasta el codo, para repetir la

operación con el izquierdo. Ella parecía irse relajando poco a poco, al contrario que él, cada vez más excitado, porque al inclinarse, inevitablemente, fijaba sus ojos en sus pechos y la respiración se le entrecortaba.

Le cedió la esponja para que ella misma terminara de asearse, no podía seguir por esa vía. Fue aún peor, un verdadero suplicio ya que, tras ella, fue testigo de cómo el jabón se perdía en recovecos con los que soñaba, pero no hubiera cambiado esos instantes por nada del mundo. O había un componente de masoquismo en su personalidad o se hubiera ido, porque a nadie le podía gustar sufrir esa tensión.

—Cuidado al salir, no resbales —dijo con voz enronquecida.

La joven contuvo el aliento. Se le hizo un nudo en las tripas, buscó algo que decir, pero no encontró las palabras adecuadas y la azoró tartamudear si abría la boca. Por más que desaparecieran las inhibiciones de un matrimonio en su alcoba, allí no era lo mismo. Que él estuviera atendiéndola, la retraía. Notó rubor en su rostro y también que la mano que Jason le tendía temblaba un poco.

Se alegró con una pizca de perfidia de que él estuviera tan afectado como ella por la situación de intimidad que compartían.

«¿Por qué no probar de verdad a conquistarlo?», se preguntó a sí misma en un alarde de valentía.

Se incorporó apoyándose en su mano morena de dedos largos y, aunque el corazón le latía tan aprisa que temió que le estallara en el pecho, salió de la tina para materializarse ante él desnuda.

Relampaguearon los ojos masculinos, que siguieron el perezoso recorrido de las gotitas de agua por ese cuerpo esbelto, y bajó y subió su nuez de Adán, impulsada por estímulos incontrolables.

«El cazador, cazado», se dijo, pícara y satisfecha, ufana por ganar esa batalla.

Jason la envolvió en una toalla, la cogió en brazos para sacarla de la tina y la dejó en el suelo. A ella le hubiera gustado permanecer más tiempo así, abrazada a su cuerpo, pero sabía que él estaba haciendo esfuerzos infinitos por aparentar impasibilidad. Un paso, solo un paso más y podía hacerle perder la cabeza. ¿Quería ella darlo? Si lo seducía, ¿serían diferentes las cosas entre ellos? ¿Podría llegar a

perdonarle Jason sus muchas faltas, fueran las que fuesen?

Se aupó sobre las puntas de sus pies y lo besó. ¿Qué podía perder?

Fue un beso casto. Tan suave como el roce de una pluma, tan leve que podía haberlo soñado, tal dulce como el más dulce de los manjares. Tan exquisito, que provocó un incendio en el pecho de Rowland. Nunca antes Cassandra lo había besado por voluntad propia. Los escarceos amorosos que mantuvieron, antes de que empezara a traicionarle y lo apartara de su lado, habían sido rápidos, casi atropellados, con la urgencia febril de quien quiere llegar a la cúspide del placer cuanto antes. En ese momento, sin embargo, ese beso tal vez prometía... No sabía lo que prometía, pero lo que fuese, lo quería, lo necesitaba. ¡Al infierno con su orgullo!

La tomó de nuevo en sus brazos y ella se asió a su cuello, se buscaron sus bocas, con los corazones de ambos desbocados. Resbaló la toalla y cayó al suelo, pero ya no importaba. Jason la dejó sobre la cama, se arrancó la ropa a zarpazos sin desviar sus ojos de ella y luego se la unió en el lecho. Ella lo atrajo hacia sí, lo envolvió con sus brazos y sus labios, insaciables, volvieron a encontrarse. Contuvo el aliento cuando el henchido miembro masculino se frotó contra su sexo.

«Ahora, al menos, es imposible que me odies», pensó la joven.

— ¡Déjame respirar, Armand!

A Raynaud no le importunó la salida de tono de su hermanastra, que fue acompañada de un gesto exasperado arrojando su copa para que se estrellara contra la chimenea. Se limitó a ignorarlo porque no era el primero y además esos ataques de ira le entretenían; dejó la suya sobre la mesa auxiliar y se recostó en un sillón.

— Necesitamos dinero.

— Y yo estoy harta de que me caigan encima las babas de otro viejo lascivo. ¿Por qué no podemos gastar una parte de las libras que nos adelantaron?

— Porque no son nuestras, son para pagar al informante que nos debiera facilitar los datos que hemos venido a buscar. Hay cosas que son sagradas, Vero. Ganaremos una sustanciosa suma de francos, pero antes hemos de cumplir con el trabajo encomendado.

— Y entretanto, una vez más, soy yo la que se pone en venta.

— Deja de decir tonterías.

— ¡No son tonterías! Ese maldito lord Winsley me produce escalofríos.

— Pero está dispuesto a cubrirte de joyas que luego venderemos.

Veronique apoyó un codo en la repisa de la chimenea, pateó un par de cristales de la copa destrozada y echó un vistazo al lugar en el que se encontraban. No habían podido conseguir una vivienda mejor con el poco dinero que tenían. Estaban en una buena zona de la ciudad, donde no se harían de menos entre las gentes que tendrían que tratar, pero el estado del interior de la casa era lamentable, se caía a

pedazos.

—¿Y cuánto se supone que nos va a durar el dinero que obtengamos por este trabajo? —espetó, arisca, poco proclive a la calma—. ¿Es que no ves cómo vivimos? Los techos se descascarillan, las telas de las paredes y las cortinas están que se caen y mira los muebles, ¡a una butaca incluso le falta una pata, por el amor de Dios!

—Estaremos aquí poco tiempo.

—Ni siquiera nos asiste una criada como es debido, sino una vieja tan desastrosa como la misma casa, que a duras penas puede hacer las faenas más esenciales.

—Un bache del que saldremos —insistió Armand tras tomar su copa de nuevo y dar otro trago a su bebida.

—Eso dices siempre. Pero si las cosas siguen así, te veo vaciando tu propia bacinilla, Armand. ¡Y yo no pienso vaciar la mía!

No exageraba. Mal que bien, había soportado aquella vida de mentiras y latrocinios porque ninguno de los dos sabía hacer nada productivo. Armand, además, solía ser un perdedor en el juego, como en su día lo fuera su padre. Algunas veces, muy limitadas, le sonreían los dados y conseguía cifras interesantes. Pero el dinero se evaporaba con tanta rapidez que no le calentaba ni el bolsillo. Lo gastaba en mujeres, en comprarle alguna joya a ella para tenerla contenta, y en otras partidas en las que la fortuna le daba la espalda, con lo que, al final, tenían que vender la alhaja obsequiada para salir adelante o incluso para poder comer.

En cuanto a ella, mejor no mirar atrás. Quedó huérfana demasiado pronto para poder terminar su formación, ni de institutriz podía contratarse. Mal que le pesara, aprendió pronto a sacar partido de su físico y no veía el modo de dejar esa senda.

—Cuando acabemos aquí y podamos volver a Francia, cambiará nuestra suerte.

—Dudo mucho de que lo haga si no cambias primero tú. La muerte de padre nos dejó en una situación difícil y no puse impedimento alguno para que ambos saliéramos de la pobreza, aunque siempre fuera a mi costa. Pero esto no puede continuar así. Hace tiempo que te propusiste controlar tu vicio por el juego, pero sigues en las

mismas.

—No protestas cuando gano.

—Que es casi nunca.

—No siempre me acompaña la fortuna.

—Claro que no. Y, además, no te preocupa, sabes que estoy yo para sacarte las castañas del fuego, aunque sea al precio de relacionarme o venderme a individuos repugnantes.

—Te quejas demasiado. Seducir a los hombres siempre se te ha dado bien, nunca le has hecho ascos a eso. Harás lo que debas para que sigamos manteniéndonos a flote, ¡y fin de la discusión! ¿O ya no recuerdas que me dijiste estar dispuesta a lo que fuera con tal de no prescindir de ciertos lujos?

—¿A esto llamas tú lujo? No te imaginas cuánto me arrepiento de aquellas palabras de niña estúpida y descerebrada. —Se acercó a él con los puños cerrados, enfebrecida por la ira—. Pero ya estoy harta de esta vida, Armand. Harta de vivir a salto de mata, huyendo de la ley la mayoría de las veces y sin perspectiva de futuro.

—Toda esa palabrería es muy repentina. Hasta ahora solo te importaban los sombreros de moda, los bonitos vestidos, el teatro, las fiestas...

—Lo sé. Para mi desgracia, así ha sido.

«Cambiaría de buena gana todo por un esposo y unos hijos. Soy bonita y joven aún, no debería resultarme tan difícil seducir a un hombre acomodado.»

—Te digo que es un bache, Vero —intentó contemporizar él al tiempo que se levantaba, tras una fugaz ojeada al reloj. Ni tenía tiempo ni ganas de seguir discutiendo, estaba citado para una partida de dados.

—¿Vas a salir?

—Tengo algo que hacer.

—Jugar, supongo. ¿Con qué dinero?

—Eso a ti no te importa.

—¡No eres más que un parásito que come a mi costa!

El insulto de Veronique le frenó en seco, ya con la mano en el pomo de la puerta. Se volvió hacia ella con ceño amenazante.

—Contén tu lengua de víbora, hermanita.

—Winsley será el último. ¿Me oyes? El último. Lárgate a tu condenada partida, me importa poco si ganas o acabas perdiendo hasta los calzones, Armand. Finalizaremos este trabajo y luego me darás mi parte y nos separaremos.

—Tú y yo formamos una sociedad.

—Formábamos. La voy a disolver.

—Sin mí, terminarás en cualquier casa de putas atendiendo a los clientes por algunas monedas. Déjate de necedades y piensa en cómo vas a entretener a Rowland para que no ande tras mis pasos mientras permanezcamos en Londres.

—Él sí que hubiera sido un buen partido —repuso con voz atenuada, más para sí misma que para su hermano—. Pero llego tarde, ya está casado. No importa, hay más hombres y conseguiré uno que me pida en matrimonio.

—Estás loca de atar.

—Loca o no, vas a perderme de vista. Quiero un hogar en el que la mayor de mis preocupaciones sea si pongo carne o pescado para la cena, olvidarme de pensiones baratas, hostales con olor a mugre y noches sin un mañana. Y, sobre todo, quitarme de encima a tanto baboso. Tú puedes seguir siendo el mismo desgraciado que has sido hasta ahora, pero yo quiero resucitar.

Cansado ya de sus insultos y de una perorata que ponía de manifiesto su ruindad moral se precipitó hacia ella, atenazó la garganta de Veronique entre sus dedos y la abofeteó, lanzando su cabeza hacia atrás, contra la pared. Le partió el labio inferior, le cruzó otra vez la cara y la golpeó con el puño en la boca del estómago hasta que ella se encogió y cayó al suelo hecha un ovillo.

—Te limitarás a hacer lo que yo diga, cuando lo diga y como lo diga —sentenció antes de marcharse.

Así aplacó su ira Armand Raynaud, que no era la primera vez que perdía los estribos con su hermana. Aún tenía un par de cicatrices de la última paliza, cuando se negó a acostarse con un individuo que rondaba los ochenta años y olía ya a cadáver.

«¡Por Dios que esta será la última!», se prometió ella poniendo por

testigo a la más alta instancia que conocía.

Veronique sabía que Armand no regresaría esa noche, la pasaría en algún tugurio entre juego y bebida, y al día siguiente, recuperado de la borrachera, pediría perdón, lamentaría lo que había hecho y garantizaría que no volvería a ocurrir. Siempre era igual.

Se arrastró como pudo hasta el sofá, se apoyó en él para levantarse y permaneció unos minutos sentada hasta que pudo recuperarse. Después, se acercó hasta el escritorio.

—Juro por la memoria de mi madre que vas a pagármelo, Armand.

No había más de media docena de vestidos en el armario, lo que demostraba que, en efecto, al menos ella no utilizaba la vivienda más que en contadas ocasiones. Algo que rectificaría de allí en adelante porque tanto el servicio como la casa eran de su completo agrado.

Eligió uno de color azul verdoso y dejó que la joven Valentine, una muchacha tan dispuesta como Eloise, de lacio cabello rubio y ojos casi traslúcidos, le ayudase a ponérselo.

Llamaron a su puerta y ella accedió a que pasaran.

— ¿Estás lista?

Asintió a Jason y se encaminó hacia él muy motivada, porque en su interior bullía la presunción de que la relación con su esposo quizá había entrado en otro cauce que les pudiera guiar a la vía de la reconciliación. Hasta había prometido llevarla a un lugar muy especial aquella mañana.

Se mostraba complaciente. La noche anterior, por contra, al retirarse a sus respectivos cuartos, fue víctima del desencanto porque Jason no acudió a ella, aunque oyó sus pisadas durante un buen rato de un lado a otro de su habitación, contigua a la suya. ¿Hubiera querido entrar o tal vez temió hacerlo? Claro que podía haber dado el paso ella, pero no se atrevió, aun confesando que quería volver a sus brazos, a sentir el éxtasis entre ellos. La venció el sueño rememorando su último encuentro, los besos, las caricias, los gemidos compartidos.

No sería ella quien forzara el ritmo de los acontecimientos. Para Jason, cambiar de actitud teniendo en cuenta las acusaciones que

pesaban sobre ella, no iba a ser nada fácil. Era tan reiterado aquello por lo que se la inculpaba que ya lo había asumido como real, aunque no recordara nada en absoluto y aceptaba que le había hecho daño, mucho daño. Pensaba que el tiempo ponía las cosas en su sitio y que era probable que él estuviera mirándola con otros ojos, tal vez dándose cuenta de que ya no era la de antes. De no ser así, ¿por qué se acercaba a ella cada vez con más frecuencia? ¿Por qué la incitaba ya sin reparos buscando el encuentro sexual? Tenía que ser porque se estaban acortando las distancias entre ellos.

Ojalá así fuera. Ambos se merecían una segunda oportunidad.

En cuanto a sus sentimientos, no albergaba duda alguna: ella lo amaba. Se lo decían su corazón y su alma. La nebulosa que envolvía su pasado se volvía luminosidad si estaba junto a él, y esperaba que pudieran compartir un futuro.

Por supuesto que le daría tiempo, el que fuera necesario.

El mismo que se daría a sí misma para volver a conquistarlo.

Luego, quedaba el asunto de Leonard Willis, que tampoco era baladí. Ese hombre tenía que desaparecer de su vida como fuera. Cada vez que lo veía le hacía evocar su incomprensible infidelidad y, lo que era peor, ponía ante ella el espejo de lo sucia y despreciable que había sido. Willis era un tipo ruin a la caza de dinero, así que haría lo imposible para que cobrase su deuda y se esfumara para siempre. No había otra forma que sepultar de una vez por todas su pasado, si aspiraba a crear una vida serena junto al hombre del que estaba enamorada.

—Espero que disfrutes de la sorpresa.

—¿De verdad no puedes adelantarme nada de ese lugar al que vas a llevarme?

—No sería sorpresa entonces.

Ella agradeció sus servicios a Valentine al tiempo que Jason le echaba la capa sobre los hombros. Luego, de su brazo, fueron bajando, ella más pendiente de su esposo que de los escalones. Era feliz a su lado, no hacía nada por disimularlo, al contrario, quería que Jason se percatara de ello.

Por supuesto que él se daba cuenta. Sin embargo, le sobrecogía y

azoraba saberse el objeto de aquella mirada diáfana y franca que nunca antes había visto, porque, a pesar de todo, persistían sus dudas hacia su esposa.

Max Bauer aguardaba ya en el exterior, charlando con el cochero que, en cuanto los vio aparecer, se despidió de él y se aprestó a subir al pescante. Poco después rodaban por Bond Street dirigiéndose hacia el parque.

Aprovechando el buen tiempo, multitud de ciudadanos invadían los trescientos veinte acres de Hyde Park. La mayoría iba en coche cerrado, como ellos, sin querer arriesgarse a que pudiera atraparles un chaparrón porque, a pesar del espléndido día, el tiempo en Londres era imprevisible en esas fechas. También estaban, desde luego, los que se exhibían en carruajes abiertos; caballeros y damas a caballo, vendedoras de flores, pintores, grupos de jóvenes que charlaban sentados junto al *Serpentine* y numerosos viandantes.

Muy próximos a ellos, la joven siguió los pasos inseguros de una chiquitina que intentaba atrapar a una ardilla huidiza, y los apuros de su niñera para atraparla a su vez a ella.

—Mira. Qué preciosidad, ¿verdad?

—Cierto, una auténtica belleza —contestó Jason, aunque no se refería a la pequeña sino a ella.

Desde que subieran al carruaje, su esposa no había dejado de observarlo todo, de hacer mohínes o gestos de sorpresa mientras atravesaban las calles. Todo parecía gustarle, todo le interesaba, como si quisiera beberse la vida de un solo sorbo. Y Rowland no perdía detalle porque nada de aquello era habitual en ella.

Durante la fiesta lo había retado de la forma más audaz: mostrándose osada, insinuante y atrevida, como la mítica Lilith primero, firme y hasta irónica después. Luego, lo tentó en su cuarto y él, que solo era un pobre mortal, sucumbió al embrujo de unos labios y un cuerpo que deseaba desde hacía tiempo.

¿Quién era ella en realidad? ¿Era la mujer esquiva que le despreció una vez lo hubo cazado con el matrimonio o la joven traviesa que se remangaba en los fogones con su prima jugando a cocinar? ¿La esposa perjura que le había traicionado a las primeras de cambio o

esa otra, la que tenía frente a él y que, de cuando en cuando, lo miraba con cariño? No sabía a qué atenerse. A cada minuto que pasaba se despertaba más su instinto protector, se sentía prendado de ella y, por contra, tenía miedo a derrumbarse por completo si lo traicionaba otra vez.

Odiarla y desearla a un tiempo lo agotaba.

—¿Vamos hacia el río, Jason?

En efecto, habían salido del parque y estaban dejando atrás Buckingham Palace.

—No seas impaciente —pidió. Se cambió de asiento para sentarse a su lado y tomó una de sus manos entre las suyas.

No sabía si ella recordaría que ya habían estado allí a los pocos días de conocerse. Su esposa no había dado en su momento mayor importancia al maravilloso entorno de aquellos jardines, por eso quería observar su reacción. A él siempre le parecieron especiales y, alguna vez, cuando era más joven y ni siquiera pensaba en el matrimonio, se perdió en ellos en compañía de alguna muchacha. Difícilmente dejaría de hacer las delicias a cualquier persona con un mínimo de sensibilidad.

El jardín no estaba junto al Támesis por casualidad; casi dos siglos atrás la Sociedad de Botánicos había elegido el lugar, entre otras razones, por la facilidad con que se podían transportar desde el río las distintas plantas que les llegaban del extranjero para introducirlas en Inglaterra, en un período de notable y floreciente intercambio de semillas.

Frenó el carruaje y se encontraron junto a unas rejas negras y doradas en sus remates. Jason descendió y tendió la mano a su esposa para ayudarla a bajar. Tras la cancela, emergió entonces un oasis mágico: un larguísimo paseo flanqueado por árboles, del que a derecha e izquierda partían senderos con setos de alheña en algunos casos, y en otros, arbustos de especies varias. Todo era silencio a esas horas, tan solo interrumpido por los trinos de los pájaros, sin nadie deambulando cerca, aunque sí pudo distinguir en la distancia a un joven frente a un caballete.

—¡Dios mío! Es un auténtico remanso de paz.

—En un principio fue un jardín privado. Hay plantas alpinas, meridionales, autóctonas y de procedencias lejanas y, por supuesto, árboles de frutas variadas, alguna fuente y varias estatuas. En ocasiones se imparten clases de botánica y en otras, como en el caso de aquel, se aprovecha para pintar.

A ella le llegó de pronto el recuerdo de las flores del invernadero que le mostrase la señora Page y que ella cuidaba con mimo desde aquel día.

—Sé que ordenaste traer orquídeas para mí, Jason. Con la mala relación de entonces, ¿por qué lo hiciste?

—¿Por qué no hacerlo?

—No sé si te di las gracias cuando debía, pero te las doy ahora.

Pasearon despacio, del brazo, como la primera vez que fueron allí, aunque la muchacha fuera ajena al lugar por completo. Ella curioseaba entre las flores, agachándose y rozando con sus yemas una margarita aquí, parándose a oler dalias o jazmines allá, deleitándose con hierbaluisas, rosas u hortensias, y Jason se daba cuenta de su actitud relajada y diáfana, diametralmente opuesta a las que solía exhibir antaño. Un rato después, ante un pequeño invernadero, la joven se fijaba en una planta de hojas pecioladas, con flores de color rojo y fruto azul negruzco en forma de baya.

—Nunca he visto nada igual. ¿Cómo se llama? Me gusta. Tal vez podríamos incorporar uno a nuestro invernadero, ¿no?

Se volvió hacia Jason con el semblante expectante, como si hubiera localizado una especie singular. En realidad, para él, el lugar sí era especial: allí mismo, ante aquella misma planta, se habían besado con fervor, con la avidez de los enamorados y él, prendado de ella, le había prometido que la amaría para siempre. ¡Necio insensato que tuvo que renegar de tales palabras poco después!

Pero su perjurio lo notaba lejanísimo, como un eco que se apagaba poco a poco, porque su cercanía le impulsaba a estrecharla de nuevo contra su pecho. Era la misma mujer, pero no era la misma persona. La tomó del talle y de la nuca y la atrajo hacia sí, al acecho de su boca, sin siquiera pensar lo que hacía. Para su dicha, fue respondido con el mismo afán. Ella se aupó sobre la punta de sus zapatos, se sujetó a

sus hombros y lamió sus labios, los mordisqueó, y despertó con la punta de su lengua fibras que creía entumecidas.

Jason se apartó de ella porque ambos necesitaban aire. Ella respiraba aceleradamente, tentadora, coqueta y bella como siempre, femenina, amante y esposa como nunca.

—Se llama árbol del destino —contestó para sofocar la llama de su repentino deseo.

Ella se percató de que su esposo volvía a establecer distancia. Por un instante creyó que volvían sus dudas. Se separó de él, se alisó la ropa y recogió su sombrero, que la pasión había arrojado al césped.

«El árbol del destino.»

¿Dónde estaría el suyo? ¿Al lado de Jason o lejos de él?

No quiso ni pensarlo. Si la vida tenía trazado para ella un rumbo desfavorable, no quería saberlo.

Ella ni se lo imaginaba, pero Jason se estaba haciendo la misma pregunta.

Regresaron a la hora de la comida. Max salió a recibirlos en cuanto escuchó que llegaba el carruaje. Dejaron en sus manos sombreros y capas y, casi en el acto, acudió también Valentine por si necesitaban de su presencia.

—Milord —le dijo a Rowland en tono discreto mientras ellas ascendían las escaleras—, ha llegado un sobre que he creído conveniente dejar en su habitación.

A Jason no le hizo falta que su criado le diera muchas explicaciones más. Si no lo hubiera considerado de índole privado estaría a su disposición en el aparador de la entrada. No era el caso. Bauer era la discreción personificada, al igual que lo era Perkins. Enseguida pensó en un mensaje de Banks Jenkinson, pero su sirviente lo sacó de su error.

—La letra es de una dama, milord.

—Gracias, Max. Hazle saber a tu esposa que bajaremos en unos minutos.

—¿Necesitará de mi ayuda?

—Me cambiaré solo.

Subió las escaleras de dos en dos y entró en su cuarto. Al otro lado de la pared oyó la cháchara de las dos mujeres. El sobre, encima de su cama, tenía una letra inconfundible, cuidada y algo inclinada hacia la izquierda, la de Veronique Raynaud. Lo rasgó, sacó la cuartilla y leyó. Frunció el ceño por lo escueto del texto y lo que implicaban tan pocas palabras.

Tenemos que vernos. Es muy importante. Santa Elena. Estaré

cada día, a las cinco de la tarde, en Bermont Books. Vero.

El lugar era una pequeña y antigua librería cerca de Bond Street que ambos conocían bien, especializada en ediciones singulares o rarezas bibliográficas. Pero también un espacio para quienes precisaban conversar al resguardo de oídos indiscretos en la trastienda del local, lo que a veces le reportaba al dueño del establecimiento más ganancia que la venta de ejemplares. Si en la nota no hubiera habido la mención a Santa Elena bien podría haberse tratado de una simple invitación para una cita, pero entendió que subyacía una alusión a la actual prisión de Napoleón, nada menos. Veronique quería contarle algo y él tenía que saber de qué se trataba.

Se cambió de ropa y bajó al comedor donde su esposa le esperaba ya. Durante el espacio de tiempo que dedicaron a degustar el menú que les fue sirviendo Hannah, la muchacha le hizo olvidarse de todo lo que no fuese ella.

—¿Qué te parecería si ampliáramos el invernadero de Creston House?

—No veo inconveniente si así lo quieres.

—A ser posible, con algún ejemplar del árbol del destino.

—Dalo por hecho.

—He estado pensando... ¿No deberías aumentar el salario a la señora Page? Ejerce de ama de llaves, pero también cuida del invernadero.

—Según dice, disfruta con ello.

—Lo sé, pero, aunque así sea, creo justo que obtenga una compensación por ese trabajo adicional. Además, he aprendido un millón de cosas a su lado.

—Ya veo que sacas la cara por ella, debe de ser que te ha sabido guiar por el mundillo de la jardinería —contestó—, porque nunca habías estado interesada en la botánica.

—Sí, también ella me dijo que yo no entraba allí, que me desagradaba la humedad y el intenso olor de las flores —explicó dubitativa—. No puedo entenderlo; a mí siempre me han gustado las plantas. De hecho, en cuanto puedo me pierdo por allí.

La muchacha volvió a centrarse en su plato, aunque Rowland

sospechaba que quería decirle algo más pero no se decidía, lo que le produjo un destello de ternura hacia ella que creía había desterrado de su ánimo hacía ya tiempo.

—Y...

—¿Qué?

—Tienes algo más en mente, ¿verdad? Vamos, cuéntamelo.

A ella se le sonrojaron las mejillas y bajó la vista hacia su plato.

—Me preguntaba si... —Carraspeó en busca de las palabras—. ¿Te importaría si vendiera la gargantilla de diamantes que me regalaste?

A Jason se le oscureció el gesto. Que ella sacara a colación la poca galantería y los pésimos modales con los que le entregó aquel regalo, hizo que se avergonzara de sí mismo.

—Te pido perdón por...

—No, no. Te ruego que no digas nada a ese respecto, ya lo tengo olvidado. La razón es otra. Es que no deje de pensar en algo que me echó en cara lady Liliana.

—¿La sobrina de Maine?

—Dijo que había pedido mi colaboración para la obra de Elizabeth Fry y yo me negué. Ni lo recuerdo ni lo entiendo, por eso me preguntaba si podría convertir la gargantilla en dinero para entregarlo a la causa, o hacérsela llegar a ella para que la destine como mejor convenga. Sé que las condiciones de las reclusas y de sus hijos son espantosas.

—¿Lo sabes? ¿Y cómo es que lo sabes?

—No me preguntes cómo porque no tengo la respuesta, pero sí, lo sé. Por eso quisiera colaborar de algún modo. Aunque tal vez sería mejor si me ofreciera a acudir con ella a la prisión y...

—¡De ningún modo quiero que vayas allí! —cortó él de forma un tanto abrupta, incómodo porque ella tuviera que adentrarse en un lugar tan lóbrego y malsano—. No es lugar para ti, aunque sea con un propósito tan loable como acompañar a una dama tan notable como ella.

—No creí que fueras tan estirado —manifestó ella con una mirada de reproche.

—No lo soy. Me conmueve tu buen corazón, Cassandra, pero no

tienes idea de cómo es aquello. Es un lugar sórdido, sucio, deshumanizado. Lo conozco muy bien.

—Por eso mismo no deberíamos cruzarnos de brazos. Hay que hacer algo por los más desfavorecidos y yo quiero ayudar.

—No, desde luego, acudiendo allí. Elizabeth Fry es una mujer de recio carácter a la que no es fácil amedrentar. A ti, allí dentro, te comerían cruda, cariño.

«A la Cassandra de antes no, sin duda alguna, pero a la que ahora tengo ante mí, la pasarían por encima», se rectificó.

—Creo que no me conoces, Jason, no me conoces en absoluto. No creas que yo soy tan fácil de intimidar —replicó respondona.

—Hazme caso, no es un recinto al que acudir de visita sin que salgas afectada. Debes saber que mi padre y yo ya trabajamos junto a otros miembros de la nobleza para mejorar las lamentables y misérrimas circunstancias en las que viven los presos. Te pido que no te involucres.

La vio dejar de golpe el tenedor sobre el plato y supo sin lugar a dudas que ella no estaba de acuerdo con su negativa, pero no estaba dispuesto a consentir que se arriesgara.

—Así que trabajáis codo a codo con otros nobles.

—El padre de lady Liliana y sus tíos entre ellos, sí.

—Me alegra saberlo. Eso, en cualquier caso, no implica que yo no lo haga también. Puede que seas mi esposo, Jason, pero no eres mi dueño, por mucho que esta sociedad margine a las mujeres para que seamos meros floreros. Así que tú, por favor, no pretendas coartar mis pasos. Porque no voy a consentirlo.

—No lo intento, claro que no, solo que...

—Me creo muy capaz de tomar mis propias decisiones, señor mío.

¿Regresaba la Cassandra de antes cuando creía vislumbrar la paz en el horizonte? No, estaba seguro de que no. Ella lo retaba ahora con decisión y coraje, determinando sin disimulos que era consciente de lo que pretendía y que estaba dispuesta a llevarlo a cabo, pero su mirada era diáfana, sin mácula de malicia. Eso sí, se oponía con firmeza a seguir sus advertencias, que también eran sus deseos. Fue curioso, pero le agradó ese modo de defender su propio espacio, lejos

de las estiradas normas sociales.

—Solo quiero evitar que sufras con la inmundicia en la que la sociedad aísla a esos pobres desgraciados —insistió, a sabiendas de que tenía la batalla perdida.

Ella inspiró hondo, estiró el brazo para coger la mano de Jason y le sonrió con el aire jovial de la mujer dulce y amena de los últimos días, para disculparse a continuación:

—Lo sé. Perdona que haya *sacado los pies del tiesto*, como creo que dice tu abuela.

A Jason le encantó la expresión viniendo de ella, no por lo que decía sino por la liberación que representaba para él, y se echó a reír. Significaba que podían hablar sin zaherirse, cada uno con sus fronteras, pero con franqueza. Le parecía mentira, después de haberla odiado tanto tiempo, que ahora estuviera más cerca de ella que nunca. Lo más profundo de su ser le reclamaba que mantuviera a esa mujer a su lado, y lo más abyecto le exigía que condenara su traición.

Solo le quedaba un camino: doblegar su orgullo y aprender a perdonar, aunque le llevaría tiempo.

—Vende esa maldita gargantilla, por la que vuelvo a pedirte disculpas, y dona el importe que logres a la señora Fry. O a lady Liliana, como prefieras. Vende todas las joyas que tienes, si es lo que quieres, ya te compraré otras. Pero te ruego que lo pienses y evites acercarte a la prisión, hazlo por mí.

—Te prometo que lo pensaré, nada más —dijo y siguió comiendo—. ¿Qué nos habrá preparado frau Bauer para el postre?

Bauer les abrió la puerta y luego aceleró para llegar antes que ellos al carruaje y desplegar la escalerilla. Valentine, unos pasos tras su señora, no disimulaba su contento por poder acercarse a la zona elegante de la ciudad, a las tiendas donde ella no pisaba nunca.

—¿De veras no puedes acompañarnos, Jason? —preguntó la joven apenas arrancó el coche. Era simple cumplimento, lo que realmente deseaba era que su marido estuviera lo más lejos posible de ella aquella tarde.

—Tengo asuntos que resolver que no admiten demora. Además, cariño, un esposo es de lo menos recomendable cuando una dama se va de tiendas —bromeó él.

—En venganza, me gastaré una fortuna de tu dinero —se burló ella a la vez que respiraba aliviada. Lejos estaba de gastar un solo penique para ella, pero no mentía en cuanto a dedicar una cantidad importante si encontraba la mercancía que buscaba. Una casual conversación con Hannah le puso en antecedentes del cercano cumpleaños de Jason, y decidió que saldría a comprarle un detalle. Lamentó no recordar una fecha tan importante porque venía a poner de manifiesto otro más de los lapsus que le ocasionaban las brumas de su memoria.

Rowland hubiera preferido que se quedaran a solas en casa, presunción vana una vez que su esposa dejó caer que deseaba salir. Incluso hubiera deseado que viajaran sin compañía, y no solo para charlar. Se podían hacer tantas cosas «interesantes» durante el trayecto... Pero hubo de aceptar la presencia de Valentine.

Ya tendrían tiempo por la noche, hasta el alba exigiría que no hubiera nadie cerca de ellos. Se conformó, de momento, con un casto beso en la mejilla al llegar a su destino.

Bajó de la cabina, se despidieron y encaminó entonces sus pasos calle arriba para perderse entre los numerosos viandantes que pululaban por Bond Street.

—¿Hacia dónde vamos, milady? —quiso saber el cochero a través de la ventanilla del techo.

—¿Sabe dónde hay una joyería? —Él asintió—. Pues llévenos, por favor.

—¿Va a comprar joyas, milady? —Se le abrieron los ojos como platos a Valentine.

—No para mí. Quiero un alfiler de corbata para mi esposo, va a ser su cumpleaños.

Para la joven criada la idea de entrar en un establecimiento semejante representaba toda una aventura.

Jason, entretanto, llegó al punto de su cita, empujó la puerta haciendo que sonara la campanilla y, casi al instante, se acercó a saludarle un hombrecillo de ralos cabellos.

—Lord Wickford, es un placer volver a verlo. La dama le está esperando. —Señaló con su mano extendida el pasillo poco iluminado que se abría a espaldas del mostrador.

Veronique ojeaba un libro cuando él entró en la trastienda. Para su sorpresa, ella vestía de oscuro, con el rostro cubierto tras el velo de su sombrero, circunstancia insólita para Jason, ante quien siempre se presentó con aspecto juvenil y colores frescos. Dejó a un lado el libro y se levantó para acercarse a la bandeja en la que el señor Bermont tuvo la delicadeza de dejar poco antes una botella de licor y dos copas.

—¿Un dedo, como de costumbre?

—Por favor. —Esperó a que escanciara una pequeña cantidad de líquido en sendas copas, aceptó la suya y tomó asiento después de que ella lo hubiera hecho, intrigado porque no se subiera el velo.

—Imagino que te estarás preguntando el motivo por el que te he citado.

—Tu nota hacía referencia a Santa Elena.

—Así es. Y supongo que sigues queriendo vengarte de Armand.

—Me gustaría verlo pudrirse en una prisión y lo sabes muy bien.

—Entonces has acertado al venir, porque voy a darte la oportunidad de que seas tú quien lo encierre.

El vizconde probó el licor: era excelente. El viejo Bermont era un avaro, pero sabía elegir lo mejor para sus clientes. Regateaba como nadie por unos pocos chelines en la compra o venta de cualquier ejemplar, pero no dudaba en gastarse una cifra importante en una botella de buen *brandy* que, por supuesto, les cobraría con creces, incluyéndola en la cesión del cuarto.

—Te escucho.

—¿Te suena el nombre de Justin Swanson?

—Es posible.

No solo le sonaba, lo conocía en persona. Su nombre en boca de Veronique hizo que se tensara en su asiento. Swanson era uno de los secretarios de Banks Jenkinson y gozaba de su plena confianza. En alguna ocasión se había visto forzado a discutir con él encargos del primer ministro.

—Pasado mañana por la noche en Drury Lane, durante la reposición de la obra *Nuevo modo de pagar antiguas deudas*, nos hará entrega de unos documentos.

Jason achicó la mirada, fija en Veronique. Edmund Kean, en efecto, volvía a subirse a los escenarios para interpretar a sir Giles Overreach con éxito arrollador. No era extraño que en los entreactos de las funciones se llevaran a cabo acuerdos, algunos de ellos bordeando o fuera de la ley. Todo el mundo sabía que el ir y venir de los asistentes de un palco a otro constituía la excusa perfecta para saludar a amigos o conocidos, pero también para citarse con una dama o intercambiar información política, sin que pudieran establecerse más allá de simples sospechas por ello.

—¿Qué tipo de documentos? —preguntó, a pesar de imaginar de cuáles podía tratarse.

—Mapas de la isla de Sana Elena y calas en las que atracar a cubierto de presencias indeseadas, horarios de los cambios de guardia, nombres de contactos varios...

—De modo que es cierto que se trama sacar de allí a Napoleón.

—O sea, que ya estabais enterados. —No se sorprendió demasiado ella—. ¿De dónde os llegó el soplo?

—No lo sé y tampoco me importa. A Banks se le escapan pocos detalles cuando se trata de la salvaguardia del interés de Inglaterra, deberías saberlo.

—Es un hombre inteligente, lo reconozco. Hasta podría caerme bien si no fuera porque es demasiado melodramático en su trabajo.

—Continúa.

—No hay mucho más que decir. Armand acudirá al teatro y, o bien en uno de los entreactos, o bien en medio de la obra, Swanson le entregará lo que necesitamos a cambio de una asquerosa cantidad de dinero.

—¿Por qué traicionar a tu hermano ahora?

—Por una casa en Chepstow y una renta de tres mil libras al año.

Jason se echó a reír con ganas. Inglaterra podía muy bien asumir el gasto de una propiedad y de una renta vitalicia para Veronique.

—Así que Chepstow.

—Me encanta su castillo. La casa, que esté cerca del río Wye, si no es mucho pedir.

—Con un par de buenos sementales de regalo uncidos a su carruaje, si lo que me cuentas es cierto.

—Se te agradece la propina —ironizó ella—. ¿Estás autorizado a aceptar una propuesta semejante sin consultar al segundo conde de Liverpool, querido?

—Sería capaz de correr con los gastos con tal de ver a tu hermano entre rejas. O ahorcado, porque a los espías suele caerles esa sentencia.

—Hermanastro, Jason. Me importa poco ya si ese malnacido acaba colgando de una sogá.

—Sea como fuere, me gustaría que me aclararas el motivo por el que ahora lo estás poniendo en mis manos. ¿Qué ha pasado? ¿Tiene

algo que ver con que te cubras el rostro?

Veronique Raynaud inspiró hondo como si quisiera darse valor. Luego, despacio, pasó el velo por encima de su sombrero. Rowland se envaró, soltó una imprecación, dejó la copa y se acercó a ella. Con cuidado pasó la yema de un dedo por el rostro tumefacto de la muchacha, con un labio partido, un ojo medio cerrado y un abultado moretón en la mejilla que empezaba a tomar un tinte amarillento.

—¿Te lo ha hecho él mismo o alguno de los cabrones de los que se rodea?

—Fue él. Siempre es él. En esta ocasión le dije cuatro verdades que lo irritaron más que de costumbre —explicó antes de volver a bajar el velo.

—Creo que no llegará por su pie ante la justicia, voy a matarlo con mis propias manos.

—Sé que lo harías. Eres el único hombre de verdad que he conocido y siempre lamentaré no haber conseguido conquistar tu corazón. Pero prefiero que no lo mates, mancharías tu nombre y para él acabaría todo demasiado rápido. Quiero que sepa lo que es esperar, Jason, como yo he esperado, muerta de asco y miedo, cada vez que me ha obligado a yacer con un gusano.

—Hasta ahora no parecía importarte la vida que llevabas.

—No tenía otra. Ni estaba dispuesta a venderme por unas monedas en una esquina de los suburbios de París. Al menos, los hombres que me buscaba Armand costeaban nuestra vida. Algunos hasta se portaron como caballeros. Pero se acabó. Estoy harta de ir de cama en cama, cansada de tener que mostrarme melosa con individuos que me repelen con tal de sacarles un dinero que luego Armand se gasta en las mesas de juego y en putas. Estoy hastiada de ser una moneda de cambio en sus manos y soportar sus palizas cuando se enfada.

Rowland asentía mientras ella se explayaba. Había sido muy cuestionable su conducta, por no decir reprobable sin matices. Sin embargo, él no solo apoyaba la decisión de Veronique, sino que la ayudaría sin reservas a que empezara una nueva vida y se alegraba de verdad por su cambio de rumbo. Ninguna mujer debería pasar por el grado de ruindad moral e incluso física a que se había visto sometida

ella, fueran cuales fuesen las causas.

Y un ser miserable e infame como Armand no podía quedarse sin castigo.

—Vamos a ir paso a paso, aguanta un poco más y no le hagas frente. Por mi parte, conozco a quien va a cederme un palco en Drury Lane para pasado mañana.

Aquella noche el club estaba más animado que nunca, sobre todo la sala central, y el motivo no era otro que una partida de *whist* anunciada desde hacía días: lord Haskin prometió apostar hasta diez mil libras con tal de humillar a lord Dierkes. En otras dependencias los clientes jugaban a los dados o se llevaban a cabo envites varios, a veces ridículos, como qué caracol saldría vencedor en una carrera. La cuestión de fondo era la apuesta, el vértigo del gusanillo del riesgo; el resultado, ganar o perder, dependía del margen de maniobra económica de quien ponía en juego su dinero. Para unos pocos, perder podía ser lo menos importante. Para otros, en cambio, la diferencia entre la salvación o la ruina.

—¿Nos unimos a una de las mesas? —propuso Sheringham.

—No hemos venido aquí a jugar.

—Cierto, pero si solo es a conversar, podríamos haberlo hecho en mi casa.

—Con franqueza, Ken: no me fío de tus criados.

El barón se encogió de hombros. Tampoco él iba a poner la mano en el fuego por ellos, puesto que había tenido conocimiento de que su mayordomo mantenía contacto con su abuelo para tenerlo al tanto de sus idas y venidas. No prescindió de él porque era meticuloso y preciso en su trabajo y para no mentir, porque le importaba un ardite si el viejo se enteraba o no de sus andanzas.

Saludaron a William Wilberforce, uno de los miembros más destacados del club, un personaje en la cincuentena, político y filántropo, de aspecto y planta muy interesantes, con el que tanto

ellos como los Chambers tenían una buena amistad. Pero no era por eso por lo que le admiraban Jason y Ken, sino porque desde 1791 se mostró tenaz en presentar proyectos en la Cámara de los Comunes, aunque le fueran rechazados una y otra vez, para que se aboliera la esclavitud; al fin pudo conseguirlo y el Parlamento aprobó su proyecto de ley en 1807.

—Es admirable la fe con que persigue su objetivo por la liberación de los esclavos, no solo de manera legal sino, sobre todo, efectiva.

—Lo conseguirá, pocos hombres acometen con tanta resolución un proyecto. Y tiene razón: no sirve de nada que por ley ya no haya esclavos si continúa habiendo seres que siguen perteneciendo a otros.

—Conflicto de intereses se llama eso, amigo mío. El fin de la compra de mano de obra es una cosa y otra, muy distinta, otorgar la carta de libertad a quienes ya se tienen en propiedad. Las presiones políticas de los terratenientes deben ser brutales para no perder esos derechos.

—Tarde o temprano tendrán que ceder y ojalá sea pronto, porque la corriente de opinión mundial empieza a ser unánime ante un hecho tan envilecedor.

—Estoy por completo de acuerdo. ¿Te parece bien este reservado?

—Cualquiera en el que no seamos molestados.

Pidieron una botella de *brandy* y se acomodaron en sendos sillones, frente a la chimenea encendida. Una vez les trajeron la bebida, Ken cerró la puerta, vertió alcohol en dos copas y entregó una a su compañero a la espera de que Wickford comenzara a hablar.

Jason observaba cómo el fuego lamía los troncos y en el dorado oscuro de su copa evocaba el cabello de su esposa. Por un momento estuvo tentado de olvidar sus obligaciones y volver a casa para estar con ella, llevarla al lecho y sentir el calor de su cuerpo, acariciar sus curvas enloquecedoras. Deseó perderse en sus brazos y que nadie pudiera romper el hechizo que lo tenía embrujado. Y se preguntó, como tantas otras veces en los últimos días, por qué la abandonó refugiándose en su maltrecho orgullo para huir a España. Porque no se podía odiar tanto y, de vuelta a Inglaterra, con una convivencia tan

escasa, encontrarse con una mujer a la que empezaba a desear cada vez con más avidez. Nada era igual que antes. Cierto que le guiaba el deseo, pero no era solo eso. Una vez saciado quería seguir junto a ella, y se planteaba el día siguiente con proyectos compartidos, aunque solo fueran paseos, compras, simples conversaciones... Estaba aturdido y no sabía cómo interpretar su cambio de actitud hacia ella.

—¿Estás aquí o en tu mundo? ¿Qué piensas? —interrumpió Ken sus cavilaciones.

—Que el corazón es un órgano estúpido.

—¡Por favor! No creo que me hayas arrastrado aquí para filosofar.

—Por supuesto que no. Pero no te quejes tanto, al fin y al cabo, estabas solo y aburrido. Y hablando de soledad, ¿a qué esperas para ir a vivir con tu abuelo?

—¿Es que también tú me vas a dar la lata con eso?

—Ya sé que se entromete en tu vida. Pero ¿cómo pretendes que un hombre de otra generación, tan tradicional, no insista en que utilices el título que heredaste de tu padre?

—Lo siento, no sigas, por ahí no voy a pasar —le cortó.

—Fue un padre deplorable, lo sé, le hizo la vida imposible a tu madre y te la hizo a ti, comprendo que lo detestes incluso después de muerto. Pero mal que te pese, no dejas de ser el vizconde de Maveric por sucesión, aunque reniegues de su legado y te obceques en utilizar el de barón, que heredaste de tu tío abuelo. No creo que el viejo tenga que cargar con los errores de tu padre, y eso lo sabes bien. Además, he oído que ha estado enfermo. ¿Ni siquiera te has preocupado de saber cómo se encuentra?

—Lo he hecho, incordio, lo he hecho. He ido a Traveron House y se ha recuperado por completo.

—Me alegra saberlo.

—Uno de estos días iré a visitarlo de nuevo.

—¿Le pediste excusas por no haberle escrito desde hace...?

—No me jodas, Jason —avisó con cara de pocos amigos—; ya he tenido suficiente con sus recriminaciones, no necesito también las tuyas. No soy un niño al que deban indicar el camino, ¿vale? Pero

para tu tranquilidad, he pensado mudarme a Traveron House, al menos durante una corta temporada. No tanto por vigilar su estado de salud como para enterarme de todo lo que concierne a la mujer con la que vive. —Rowland hizo gestos como de no creer lo que le decía—. Como lo oyes. Está más chocho de lo que yo pensaba. Han intentado hacerme creer que ella es solo el ama de llaves, pero... Bueno, dejemos en paz al viejo y vamos a lo que tenías que decirme.

—¡Vaya, vaya con tu abuelo! Bien, ya me contarás. Lo que tenía que decirte, sí... El caso es que necesito tu palco en el teatro pasado mañana.

—Nunca entendí por qué no quieres tener uno abonado. Pero me satisface que, por fin, hayas decidido ir al teatro con tu esposa. Déjame que te diga que ya era hora de que arreglarais vuestras diferencias, Alan y yo empezábamos a estar preocupados por ti. Por supuesto, tienes el palco a tu disposición y espero que disfrutéis de la representación, Edmund Kean se ha superado esta vez.

—Me temo que tendrás que venir conmigo.

—Ya he visto la obra.

—Escucha. —Se inclinó hacia él y bajó la voz—: quiero que me ayudes a atrapar a Armand Raynaud.

Sheringham se quedó callado, se levantó para servirse una segunda copa y permaneció de pie, apoyado en la repisa de la chimenea.

—Por eso fuiste a ver a Banks, por los franceses —dijo, sin mirar a su amigo.

—No sabía que me espieras.

—Te vi por casualidad, también yo entro y salgo en alguna ocasión de ese edificio. Y la llegada de los Raynaud no es un secreto, corre de boca en boca. O sea —centró su mirada en Jason—, vamos a atrapar a Armand. Ahora, cuéntame los motivos porque, hasta ayer, que yo sepa, seguían siendo aliados nuestros. ¿Qué ha cambiado?

—La sospecha, muy verosímil, de una trama para sacar a Napoleón de Santa Elena. Según Veronique, Justin Swanson les va a facilitar la labor.

—Será una broma...

—Ni mucho menos.

—A bote pronto, la sola idea de sacar al corso de allí es bastante compleja, por no decir casi imposible, hasta ridícula diría yo. Por otra parte, si tu entretenida de antaño se atreve a acusar nada menos que a Swanson, que goza de la confianza absoluta de Banks, está haciéndote jugar con fuego. O lo que es peor, jugando sucio, supongo que ya te lo has planteado. ¿Qué gana Veronique contándote todo eso?

—Librarse de su hermanastro.

—Permíteme que siga dudando.

—La he visto. Y puedo asegurarte que, de estar en su lugar, haría lo mismo. No te haces una idea de cómo le ha dejado la cara ese maldito cabrón.

—¿Le ha dado una paliza?

—De las que dejan huella.

—¡Menudo hijo de puta! Siendo así, me pongo a tu disposición. Imagino que Banks quiere eliminarlo y has accedido, sé las ganas que le tienes después de la muerte de aquella pobre muchacha.

—Le retorcería el cuello con mucho placer, pero el ministro lo quiere vivo, de modo que con que logremos arrestarlo será suficiente. Ya me encargaré yo de que, una vez en prisión, la muerte le parezca una bendición.

—Cuenta conmigo también para eso.

La muchacha lucía como nunca, le parecía una ninfa de los bosques: el color de su cabello, el brillo de sus ojos, el vestido beige claro escotado hasta el nacimiento de los senos, una pizca abullonado en las mangas... Una preciosidad en la que Jason alternaba su mirada con lo que se representaba en las tablas.

—Parece mentira que, siendo tan bajito, tan poca cosa de apariencia, absorba el escenario con su sola presencia —comentó ella casi en un murmullo, refiriéndose al actor principal, mientras enfocaba con los binoculares de bronce y nácar al escenario—. Tu padre me ha dicho que pasa por ser un excéntrico.

—Tiene fama de ello. Se rumorea que, en ocasiones, se le ha visto cabalgando toda la noche; incluso que convive con un león domesticado —cuchicheó Sheringham, que se sentaba detrás.

Ella se volvió y le miró con los ojos como platos.

—¡Qué tontería! ¿A quién se le ocurre tener un león en su casa?

—La fama se sube muchas veces a la cabeza, lady Wickford —dijo. Aunque parecía dedicarle toda su atención, en realidad estaba pendiente de la puerta, por si el hombre apostado junto al palco de Raynaud les avisaba de la presencia de Swanson en el teatro—. Yo no estoy en su lugar y, sin embargo, me encantaría tener una pantera negra.

Ella escondió la mueca de su cara tras los binoculares. Le agradaba Sheringham, un personaje atractivo y divertido, aunque tenía la impresión de que tras su apariencia de indisciplinado libertino se encerraba un mar de secretos.

—Dos panteras en una misma vivienda, ¿no cree que son demasiadas, milord?

—Lo tomaré como un cumplido. —Se echó a reír él.

—Lo es.

—¿Queréis callaros los dos? —amonestó Rowland, tan alerta de su esposa, de lo que ocurriera en el escenario y a su alrededor, que no se podía concentrar.

Ken imitó la actitud de quien se cose la boca y volvió a centrarse en la obra; ella, disimuló una sonrisa, paseó su mirada por el patio de butacas y se fijó en una mujer rubia que levantaba la vista hacia el lugar que ellos ocupaban; no era la primera vez que la veía enfocar sus propios gemelos de teatro hacia el palco desde que llegaron. Si se trataba de mera curiosidad o existía otra razón, lo desconocía, pero lo cierto es que empezaba a incomodarla.

La obra estaba justo en la escena en que Margaret, sin interés alguno en casarse con lord Lovell porque se sentía enamorada del joven Allworth, usaba de su verbo fácil para engañar a sir Giles.

Se abrió entonces la puerta; Ken y Jason volvieron la cabeza al unísono y despacio, pero sin esperar, se pusieron en movimiento.

—Enseguida estamos de vuelta, disfruta de la función —le dijo Jason a la muchacha tras darle un rápido beso en los labios, que a ella le supo a poco.

Enarcó las cejas, un tanto intrigada viendo salir a los dos. Su esposo había insistido en que la representación merecía la pena y cuando estaba en lo más interesante, ¿se iban? ¿Qué era lo que tenían que hacer? ¿Tan urgente era como para perderse una de las escenas más importantes? Nunca entendería a los hombres.

No prestó más atención al asunto, quería recrearse con la obra. Sin embargo, no pudo hacerlo porque, una vez más, se le fueron los ojos hacia aquella mujer del patio de butacas que, tras volver a enfocarla por unos segundos, abandonó su asiento en dirección a la salida.

En la galería, Jason, Ken y la persona que les puso en alerta caminaban raudos hacia la otra ala del teatro, al palco ocupado por Raynaud que, en ningún momento se dejó ver abiertamente, sino que ocupó uno de los asientos traseros, sin duda a la espera de su

contacto.

—¿Están todos en sus puestos? —quiso saber Rowland, que aceleraba el paso sin ser consciente de hacerlo.

—Dos hombres ocupan la parte de atrás y hay otros dos en la salida del teatro, milord. No se nos escaparán.

Casi se tropezaron con la dama rubia y delgada que venía en sentido contrario y que se dirigió también a buen paso hacia el palco que ellos acababan de abandonar. Se detuvo un instante ante la puerta y luego aplicó los nudillos sobre ella.

La vizcondesa escuchó y dio su anuencia a la llamada creyendo que Jason o su amigo volvían o que, tal vez, habían encargado champán. Ni eran ellos ni el presunto camarero que supuso. Para su desconcierto, a pesar de la penumbra, pudo apreciar el color claro de su cabello e intuyó enseguida que se trataba de la mujer del patio de butacas. La intrusa se fue acercando y ella trató de focalizar su rostro entre las sombras. Hasta que vio con claridad unos ojos muy azules que se iban abriendo con asombro. De súbito, su corazón comenzó a galopar y se le erizó el vello de la nuca.

La conocía.

No sabía de qué, ni de dónde, pero la conocía.

Entonces, se escuchó su voz, muy queda:

—Nicole.

Se produjo en su interior la conmoción que precede a la catástrofe y se desató la confusión en su cerebro. Fue escuchar ese nombre y un caudal de recuerdos acudieron a su mente en tropel: fogonazos de su niñez, juegos infantiles, escenas familiares. Y los rostros de sus seres queridos, tanto tiempo arrumbados en el olvido. Su casa, los entornos, su perro, su caballo preferido... Imágenes en cascada que no dejaban de afluir y la estaban aturdiendo. Ahogó un grito de agonía cuando su mente fue golpeada sin piedad por la visión de una mujer cayendo al río. Porque ahora sabía quién era el cadáver que encontraron en el Támesis.

Jason y Sheringham se habían ausentado apenas quince minutos.

Toda una eternidad en la que su vida dio un giro de trescientos sesenta grados y el mundo estalló a su alrededor.

No hubo más velada para ella. El tiempo transcurrió en medio de una nebulosa que le arrebatava el aire que respiraba, presa de una congoja que le nublabla la visión. El codiciado paraíso por recordar que tanto había anhelado se topaba con el presente, dos realidades contrapuestas que atormentaban su espíritu porque la obligaban a replantearse quién era ella en realidad. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Cómo resolver el puzle que amenazaba la felicidad que había comenzado a vislumbrar?

Justo entonces, cuando empezaba a ver un futuro con Jason a su lado, tenía que hacerse cargo de su otro yo y asumir la verdad por muy dolorosa que fuera.

«Nicole, Nicole, Nicole», resonaba su nombre en su cabeza con la reiteración de un eco.

Aplaudió siguiendo el ejemplo de tantos espectadores que se levantaban de sus asientos y vitoreaban al elenco de actores, obligados a salir a saludar varias veces y devolver con sus reverencias las muestras de satisfacción a su labor teatral. Pero ella ya no estaba allí, le costaba respirar y se vio obligada a pedirle a Jason que salieran.

—¿Te encuentras bien?

—Creo que me he emocionado más de la cuenta con la escena final.

—Disimuló lo mejor que pudo su estado de ánimo—. Y vosotros os habéis perdido lo mejor.

—Lo que teníamos que hacer no admitía demora.

—¿Algo que tengas que contarme?

—En cuanto regrese a casa mañana —dijo en un susurro cerca de su oído mientras su mano le acariciaba la cintura.

—¿Mañana? ¿Vas a ausentarte esta noche?

—Temo que sí, aunque primero te acompañaremos a casa. Ken ha reclamado mi compañía y no puedo negarme. Pero no te preocupes, te compensaré con creces —murmuró con voz sugerente.

Hubiera querido huir corriendo de allí, estaba a punto de echarse a llorar, sentía que el alma se le desgarraba al pensar en su hermana.

Se contuvo y se rehízo como pudo con tal de que las lágrimas no se le derramasen. Necesitaba más que nunca la compañía de Jason, abrazarse a él, decirle sin rodeos que lo amaba. Pero no podía. En esos momentos, más que nunca, tenía que mantener la serenidad, alejarse de él para poder pensar con frialdad y no desmoronarse.

¡Iba a perder a Jason!

La sola idea la desquiciaba, le dolía como si acuchillaran su pecho, pero no le quedaba más remedio que fingir hasta que pudiera reflexionar a solas. Porque tendría que tomar una decisión, la única posible, aunque después quisiera morir.

La galería del teatro empezaba a llenarse. Se charlaba en grupos, se alababa la representación y el trabajo de los actores; un ambiente festivo y relajado en el que la presencia de camareros lo amenizaba ofreciendo copas de champán. Una atmósfera de la que ella quería escabullirse.

Solo había un objetivo frente a ella, solo en ello podía pensar: tenía una cita en el hotel Mivart's, y de ella dependería el resto de su vida.

Jason, mientras rodaba el coche y escuchaba la cháchara de su camarada, no dejaba de felicitarse por la eficacia con que habían conseguido atrapar a Armand Raynaud y a Swanson. Ambos se encontraban ya en las dependencias del ministerio, a cargo de Banks Jenkinson, que no tardaría en enviarlos a las celdas de Newgate a la espera del correspondiente juicio por espionaje. Él no pudo probar nunca que el francés fuese el asesino de aquella pobre prostituta, pero lo vería entre rejas y era lo que importaba. Razón de más para celebrarlo aquella noche en compañía de sus amigos. Lamentaba haber tenido que dejar a su esposa, de muy buena gana se hubiera quedado con ella, pero no iba a negarse a la demanda de Sheringham que pedía juerga, al fin y al cabo, fue parte activa e importante del arresto del galo.

De todos modos, no se le iba de la cabeza la extraña actitud de la muchacha cuando regresaron al palco, parecía que hubiera visto a un fantasma; compostura que seguía manteniendo cuando se despidió de ella a la puerta de la casa.

Nicole apenas esperó unos minutos tras la marcha de Jason para ponerse en marcha y, con la renuente colaboración de Valentine, lograba tener a su disposición un coche de alquiler en la parte trasera del edificio. A hurtadillas, cubriéndose con la capa, salió por la puerta de la cocina y caminó bajo las sombras. Dio la dirección al cochero y el carruaje atravesó las calles de Londres con un traqueteo que acabó por ponerle los nervios de punta. No era prudente salir a aquellas horas y sin una adecuada compañía, pero debía acudir a una

cita: la que acordaron Ethel Corby y ella durante el corto espacio de tiempo del que dispusieron en su breve encuentro en el teatro. Tenía que ser esa noche, porque la ausencia de Jason, sin él saberlo, le daba margen para hacerlo.

Había llegado el momento de contar un trance tan difícil de asumir como era la muerte de una hermana, un suceso doloroso que tantas veces la atormentó en forma de pesadilla, materializada ya en cruda realidad.

¡Cassandra estaba muerta!

Un milagro hizo que ella fuera despedida del carruaje instantes antes de que se precipitara en la corriente de las turbulentas aguas, con Cassandra en el pescante. Era su hermana la mujer que veía hundirse una y otra vez en sus delirios nocturnos. Por lo tanto, no era descabellado pensar, por mucho que doliera, que el cadáver descompuesto que se halló bastante después y del que dio cuenta el periódico, fuese el de su gemela. Imaginar que estaba enterrada en una fosa común, sin siquiera una lápida que recordara su nombre, le provocaba una intensa desazón y una pena infinita.

Enfrentarse a ese hecho mermaba sus fuerzas y la sumía en la desesperación. Porque ya no se trataba de un sueño que no acertaba a explicar. No. Era la triste y cruel realidad: Cassandra había muerto y ella, sin saberlo, solo por su parecido físico, había usurpado su lugar, un puesto que le correspondía a la otra.

Vivió su vida y hasta se enamoró de su esposo.

Hizo el amor con él.

Se tragó el nudo que atenazaba su garganta y aspiró para mantener la calma. Se cubrió de nuevo con la capucha, abrió la puerta del carruaje en cuanto paró, saltó a la acera y entregó unas monedas al cochero.

—Recójame aquí mismo dentro de dos horas, por favor.

—Como desee, milady —aseguró el hombretón, subiéndose a su vez el cuello de su tosco abrigo de lana para resguardarse de la llovizna.

Nicole esperó a que el vehículo arrancase antes de cruzar la calle y dirigirse hacia el hotel Mivart's, un establecimiento puesto en marcha

algunos años atrás, donde antaño se alzaba una simple casa adosada en la que se daba alojamiento a la clientela de paso. Sin embargo, su fama se fue extendiendo por la excelente atención que dispensaban y, poco a poco, el dueño tuvo el olfato de ir adquiriendo las casas colindantes para ampliar el negocio. Se rumoreaba que hasta el regente tenía alquilada una habitación en el hotel.

Una vez dentro preguntó por el cuarto de Ethel Corby. Ocupaba el número 6, en el primer piso, y hacia allí encaminó sus pasos procurando controlar los erráticos latidos de su corazón. Ansiaba entrevistarse con ella y, a la vez, estaba aterrada.

Llamó a la puerta y esta se abrió de inmediato.

Se quedó en el umbral, con sus ojos fijos en el rostro de aquella mujer, sin atreverse a dar un paso hacia dentro. Tenía los pies pegados al suelo, con toda su alma galopando al pasado y una batalla vana por retener las lágrimas, que ya se deslizaban por sus mejillas. Deseaba abrazarse a Ethel y, sin embargo, de pura emoción, se quedó bloqueada.

Ethel, la niñera que cuidó de ella y de Cassandra desde que eran unas mocosas que empezaban a gatear, la tata que estaba siempre que la necesitaban, pero que se había perdido en sus recuerdos hasta que apareció en el teatro. La mujer que acababa de echar un jarro de agua helada sobre sus hombros y que, sin siquiera imaginarlo, rompía todos sus sueños y la conectaba de nuevo con Melrose, el lugar al que pertenecía.

Fue ella, Ethel, quien se abalanzó sobre Nicole dando rienda suelta al llanto. Y ese acto de cariño instintivo, acabó por destrozar su vida.

Después, serenadas ambas, sentadas junto a la chimenea, cara a cara y sin soltarse las manos, la escocesa formulaba preguntas a las que la muchacha tenía que dar respuesta.

—¿Qué sucedió, Nicole? ¿Por qué desapareciste de repente?

Ella se sinceró sin dejarse nada en el tintero. Le puso al tanto de la misiva de Cassandra, de su entrevista en aquella posada, de su deshonrosa petición. Ethel no se alteró demasiado. Conocía de sobra a la otra gemela para saber hasta dónde podía llegar, de lo que pudo ser capaz, y la instó a continuar.

—Conducía como una loca. El coche volcó, se precipitó por la ladera... No supe nada más hasta que desperté en un lugar desconocido, atendida por personas que me eran ajenas.

Continuó narrando sus temores al encontrarse casada con un hombre al que no recordaba. Y le habló de quienes vivían en Creston House, pero sobre todo de Jason, de su desprecio inicial y de su paulatino cambio. Ethel permanecía muda, solo la miraba y asentía; escuchaba y absorbía la pena de los infortunios que había experimentado la muchacha durante aquellos meses, pero sin dejar de percatarse de la expresividad de Nicole y el brillo de sus ojos cada vez que nombraba a Jason Rowland.

Para quien veló y vio crecer a Nicole desde que vino al mundo, una confesión así resultaba ser tan meridiana como las letras de un libro abierto.

—Así que estás enamorada de tu esposo, el vizconde de Wickford —suspiró una vez la joven guardó silencio.

—No es mi esposo, Ethel. Es el de Cassandra.

—Cassandra está muerta —replicó con energía.

—Lo está —sollozó—. Pero así y todo Jason le pertenecía a ella. —Acarició el rostro ajado por los años de Ethel porque necesitaba hacerlo, porque de algún modo, con ese gesto no le daba la espalda al pasado, sino que lo recuperaba—. Ni me inquieta ni me avergüenza haber estado viviendo como su esposa porque lo amo, pero no es posible continuar con esta farsa.

—Pero también él te quiere, ¿no?

—Nunca se ha pronunciado de manera categórica.

—Soy vieja y leo entre líneas, niña. Ese hombre te quiere, aunque nunca te lo haya dicho.

—Puede ser, pero lo cierto es que se casó con Cassandra porque la amaba.

—Eso fue en un pasado lejano ya. Ella le engañó, lo humilló y robó, incluso estuvo dispuesta a deshacerse de un hijo con tal de seguir disfrutando de su dinero y de su título. Un hombre hecho y derecho nunca seguiría enamorado de alguien así. Eres tú quien le ha devuelto la confianza, no tu hermana.

—En todo caso, si se ha vuelto a enamorar, ha sido de ella. De ella, Ethel, no de mí, no sabe quién soy en realidad. El hecho de que yo sea su viva imagen nada tiene que ver, al contrario, cuando sepa la verdad, quizá le duela más porque no soy la mujer a la que esperaba haber recuperado.

—Es posible, pero lo dudo muchísimo. Creo que te equivocas. Al final, se quiere o no se quiere.

—Yo he sido solo una sustituta, un reemplazo al que se ha aferrado. Es a ella a quien le ofreció sus votos en el altar. Y yo le he estado engañando.

—Tú no has engañado a nadie, no tienes la culpa de lo sucedido y no tomaste el lugar de tu hermana, fueron las circunstancias las que te colocaron allí. Habla con él, explícaselo, no te cierres tú misma las puertas de tu futuro.

— No puedo. Ahora, no puedo, Ethel.

—Lo haré yo por ti, entonces. Tenía previsto regresar a Melrose mañana mismo, pero retrasaré el viaje.

—¡No sabes cuánto te lo agradecería! No para que hables con Jason, sino por acompañarme a mí; no me encuentro preparada ni con la fuerza suficiente para presentarme sola ante mi familia, después de tanto tiempo desaparecida. De tu mano resultará menos traumático para ellos y para mí. Serán solo unos días, te lo prometo. Antes de alejarme de Londres he de resolver algunas cosas. ¿Tienes medios para quedarte aquí?

—No te preocupes por eso.

—Por cierto, ¿qué haces en Londres, tata? Perdona la desconsideración, ni siquiera te he preguntado.

Ethel rechazó la disculpa con un movimiento de su mano.

—Tobby está empleado en un despacho de abogados y se ha casado.

—¡Cuánto jugamos juntos! ¡La de veces que me enterró bajo la paja! —sonrió Nicole con los recuerdos de solaz con el hijo de quien fue su niñera—. Le deseo toda la felicidad, que sea muy dichoso.

—Están esperando un hijo.

—¡Un hijo! —Se inclinó hacia ella para ponerle un beso en la

mejilla—. Felicidades, Ethel, tienes que estar como loca con la llegada de un nieto.

—O nieta. Lo estoy, es verdad, ya sabes que me encantan los críos. Pero su casa es muy pequeña, por eso alquilé una habitación aquí, aunque si fuera necesario me instalaría con ellos. Me quedaré en Londres hasta que tomes una decisión.

—Gracias.

—Pero insisto: habla con Rowland, confiésale quién eres. Ve con la verdad por delante, niña.

—Primero debo poner en orden mi cabeza, encontrarme conmigo misma. Lo comprendes, ¿verdad? Durante demasiado tiempo he estado viviendo la vida de otra persona, ocupando un lugar y una personalidad que no me corresponden, incluso disfrutando de los beneficios añadidos. Por error, por confusión, por casualidad, sí, de acuerdo, pero lo he hecho. Ya se acabó. Es hora de que recupere mi propia identidad. Hora de que Jason y yo rehagamos nuestras vidas tal y como el destino las haya trazado. No quiero hacerle daño, y cuanto más tiempo permanezca a su lado más difícil será también para mí separarme de él.

—¿Te has preguntado si él quiere que lo hagas, si desea que te vayas?

—Tiene derecho a saber que es viudo y decidir si quiere permanecer así. Estaría cometiendo un doble engaño si no fuera honesta y, además, ¿cómo tendríamos la seguridad de que nunca se sabría? Jason es un hombre orgulloso, irritante a veces, pero honorable por encima de todo, y no quiero que, si ahora le digo quién soy, insista en que me quede a su lado para cubrirme de cara a la sociedad.

—Comprendo lo que dices, pero si es un caballero no le quedará otra solución. Habéis estado viviendo como esposos y ha de limpiar tu honor.

—Yo no podría aceptar un matrimonio basado en ese principio.

—Te honra, pero ni sería el primer matrimonio en esas condiciones ni será el último.

—No lo quiero para mí, Ethel. Cuando me case será por amor.

Arreglaré las cosas y partiremos en unos cuantos días, cuanto antes mejor. No quiero ni imaginar lo que han sufrido mis padres e Ian por mi culpa. Es tanto el daño que he hecho a mi familia...

La escocesa resopló disconforme por esa afirmación. Se apartó de ella y se levantó para mirar, a través de los visillos, la calle desierta donde la lluvia arreciaba.

—Ni siquiera ahora eres capaz de culpar a quien de veras es la causante de todo este condenado embrollo —regañó sin acidez—. Tus padres y tu hermano se volvieron locos cuando desapareciste, sí, porque se repetía la tragedia de tu hermana. Pero si abandonas ahora a Rowland, te juegas la felicidad. Tu familia, Nicole, no va a incrementar su sufrimiento por esperar a saber de ti unos pocos días más. Si quieres —propuso volviéndose hacia ella—, escribe a Gealladh para que sepan de ti y anúnciales que irás pronto.

—Gealladh —repitió la muchacha y sus ojos brillaron como dos ascuas—. Solo con pronunciar su nombre, el nombre de mi casa, me conmuevo.

—Regresa a ella con tu marido. No habría alegría mayor para tus padres.

—No es mi marido —negó, y el énfasis de su afirmación hizo que se echara a llorar de nuevo—. ¡No lo es, no lo es, no lo es!

Ethel se acercó para estrecharla entre sus brazos, le acarició el cabello y calmó su llanto susurrando al mismo tiempo palabras en gaélico, como cuando era una niña. Le prometió que allí estaría, esperándola cuando decidiese marcharse de Inglaterra. Aunque Nicole se equivocaba, la decisión de abandonar al vizconde de Wickford, si la mantenía, era un enorme error. Pero ella sabía lo testaruda que podía ser la joven y tratar de convencerla de lo contrario, en ese momento, era una misión condenada al fracaso.

Ella misma estaba a punto de romper a llorar, pero resistió; tenía que ser fuerte por las dos, Nicole la necesitaba e hiciera su pequeña lo que hiciese, ella la ayudaría.

Lo que prometía ser una noche de camaradería para todos, acabó en un contratiempo de proporciones insospechadas que incluso le costó la vida a un hombre y estuvo a un paso de acabar con la de uno de sus amigos. Todo por la codicia de un loco que pretendía hacerse con una esmeralda, conocida como uno de los dos Ojos de Taimir, y que arrastraba una antigua maldición.[1]

Jason no tenía intención de separarse del herido hasta verlo fuera de peligro, de modo que escribió una nota para que la entregaran en Hannover Square.

Apenas regresó Nicole, Valentine, que aguardaba su vuelta dormitando sobre la mesa de la cocina, se espabiló de inmediato al oír la llave en la cerradura.

— ¿Ha ido todo bien, milady?

— ¿Qué haces aún levantada?

— Aguardaba por si necesitaba algo de mí.

— Esta noche no hace falta, vete a descansar, deberías estar ya acostada.

— No tiene buena cara — advirtió la muchacha —. Le prepararé una tisana, no tardo ni un segundo. Por cierto, llegó una nota de lord Wickford, la dejé sobre su tocador, milady.

— ¿Una nota? No, déjalo, no pongas nada, estoy deseando meterme en la cama.

— ¿Seguro que no le apetece algo caliente, milady?

— Seguro. Buenas noches, que descanses. Y gracias por tu ayuda, Valentine, no lo olvidaré.

—Buenas noches, milady.

Nicole subió a su habitación mientras escuchaba de fondo cómo la criada aseguraba el cerrojo de la puerta de la cocina. Al entrar en su cuarto, prendió un par de velas del candelabro y, sin siquiera quitarse la capa, se aprestó a leer la nota. Lamentó que uno de los amigos de su marido estuviese herido, pero al mismo tiempo le alivió saber que él no regresaría aquella noche y, acaso, tampoco las siguientes. Su ausencia le daría tiempo para asimilar las novedades que se estaban sucediendo en su vida.

Tenía que pensar y rápido.

Dejó la capa a un lado, se quitó los zapatos mojados y el traje que, por fortuna, se abrochaba por delante. Luego, envuelta en el camisón y la bata, tomó papel y pluma para responder en unas pocas palabras a Jason deseando una pronta mejoría de su amigo y, al mismo tiempo, le comunicó que ella partía hacia Creston House, donde aguardaría sus noticias. Pediría a Valentine que la hiciera llegar a casa del vizconde por la mañana, mientras ella se encontrase ya de camino.

Cansada del ajetreo, se quitó la bata, apagó las velas y se metió en la cama.

Pero no pudo dormir.

Su llegada a Creston House, a primera hora de la mañana, sola y ojerosa por la falta de sueño, no pasó desapercibida para nadie. En especial, para Alexandra, que había regresado el día anterior y se encontraba en el comedor, frente a una taza de café y leyendo el periódico.

—Tienes mala cara. ¿Te encuentras bien? ¿Dónde está mi primo? ¿Ha ocurrido algo?

—No pasa nada, aunque Jason sigue en la ciudad. —Ocupó la silla frente a su amiga y procuró mostrarse lo más serena posible—. Se ha quedado en compañía del vizconde de Maine, que ha sufrido un percance.

—¿Qué tipo de percance?

—Su nota no lo decía con exactitud, pero espero que no sea demasiado grave. ¿Qué tal resultó la boda de tu amiga?

—Demasiado predecible. Con gran número de damas haciendo ostentación de sus alhajas y los caballeros, en su mayoría, abusando tanto del alcohol que, al final de la jornada, ya no aguantaban de pie.

Nicole untó un poco de mermelada en una tostada y se sirvió una taza de café hasta el borde; esa mañana prescindiría del chocolate, necesitaba estar despejada.

—Te perdiste una magnífica representación en Drury Lane. Lord Sheringham, encantador, nos invitó a su palco.

—Es un tipo bastante raro. Guapísimo, eso sí, no se puede negar, pero muy excéntrico.

—¿Por qué dices eso?

—¿No te contó Jason que se niega a utilizar el título que heredó a la muerte de su padre? Reniega de él y no permite que nadie se lo recuerde, incluso llegó al punto de donar el legado de su fortuna a la beneficencia. Es barón de Sheringham, pero también vizconde de Maveric.

A ella le importaba poco lo que Alex le contaba, pero hizo un esfuerzo para seguirle la conversación.

—En verdad es una extravagancia relevante. Y ¿en base a qué actúa de modo tan extraño?

—Odiaba a su padre. No llegué a conocerlo, pero he oído hablar de él y te aseguro que se dicen cosas tremendas. Hay quien asegura que su esposa se suicidó por su culpa.

Nicole procuraba prestar atención a sus palabras, pero su cabeza se marchaba a Melrose, a Escocia, a su verdadero hogar, a la casa a la que tendría que regresar en breve y donde podría abrazar de nuevo a los suyos. Le apenaba de verdad tener que separarse de su amiga, de Daniel y de su suegro, porque había llegado a intimar con ellos como si de su auténtica familia se tratara. Aunque lo que realmente le corroía el alma y le provocaba un dolor inasumible era dejar a Jason. Saber quién era, después de tanto tiempo rezando por recordar, casi le hacía maldecir a Ethel por haberle abierto los ojos, por haber reaparecido en su vida. Hubiera sido mejor seguir viviendo en la

ignorancia, apegada a Creston House, sin otra existencia más que la que ansiaba junto a Jason.

Era un pensamiento egoísta, pero no podía remediar sentir así, y renegó de Cassandra por permitirle conocer el amor y arrebatárselo después desde la tumba.

No sabía si era o no justo odiar a su hermana, pero sí que no podía permitir que las personas que le dieron la vida penaran por su ausencia. No podía seguir, además, engañando a todos, ni que Jason continuara creyendo que ella era su esposa. Tenía que acabar con aquella comedia.

Entretanto, Alexandra hablaba de fondo sacando a colación el nombre de Bridge.

—... así que se niega a prestarme su ayuda.

—¿Cómo has dicho?

Alex se la quedó mirando, se echó un poco más de café en su taza y la reprendió:

—¿Estás aquí o estás soñando?

—Estoy aquí... —Trató de reponerse.

—Pues no se nota. No has escuchado ni una palabra de lo que te he dicho.

—Disculpa, tienes razón. No he dormido nada, estoy agotada y me duele un poco la cabeza. ¿Qué me contabas de Daniel?

—Que no quiere venir conmigo a Egipto. —Se encogió de hombros con un gesto ambiguo, como si aceptara una enorme derrota—. Has escuchado bien: le he pedido su ayuda y me la ha negado.

—¿Y te extraña? ¿No eras tú la que jurabas que él venía a ser algo así como... tu penitencia? No entiendo, entonces, que pretendas que deje todo para ir contigo.

—Lo dije y lo mantengo, es como una penitencia e insufrible. Cree que, porque mi madre es hija y hermana de un conde, yo soy una mema. Nunca he podido hacerle comprender que mi padre es un sencillo catedrático de universidad, y que yo comulgo más con la segunda clase social que con la primera. Pobre de la mujer que se case con él.

—Es un hombre excepcional que la hará feliz, estoy segura. —Se vio

en la necesidad de defenderlo—. Pero dime, ¿cómo se ha dado ese vuelco? ¿Por qué le has pedido que te acompañe, cuando estáis siempre como el perro y el gato?

—Porque allí tenemos necesidad de buenos médicos, por eso. Y, aunque me fastidie, Daniel es bueno, uno de los mejores. Estuvo en la guerra, ¿lo sabías? —Su amiga negó con la cabeza—. Fue condecorado por su valor, salvó muchas vidas, incluso la de Jason. De no haber sido por él, mi primo no estaría ahora entre nosotros.

—¿Qué pasó? —Desconocía esa parte de la vida de Jason y le intrigaba. Había visto la cicatriz en su pierna; nunca quiso preguntarle por ella porque temió que él pensara que era otro truco más.

—Lo hirieron. Los otros médicos dijeron que, si quería salvarse, tendrían que amputarle la pierna antes de que apareciera la gangrena. Jason se negó, supongo que prefería ir al infierno en lugar de volver lisiado. Fue Daniel el que luchó contra viento y marea para salvarle, y no permitió que desfalleciera.

—Ya veo.

—Por eso quiero que venga a Egipto. Ni te imaginas las condiciones de allí, la cantidad de niños que carecen de atención médica en las tribus.

—No es fácil abandonar todo para embarcarse en una aventura como la que le pides. ¿Cómo es que salió el tema, si apenas os dirigís la palabra?

—Mi tío no estaba y vosotros tampoco. Resultaba embarazoso cenar a solas y no abrir la boca, así que comenzó a preguntarme sobre las excavaciones en Egipto, por la medicina allí... La idea me vino de repente, escuchándole hablar de uno de sus pacientes.

—Ese es otro escollo. ¿Qué pasaría con su dispensario, quién lo atendería? Hace mucho por esa gente.

—De la clínica de Whitechapel se podría hacer cargo un joven ayudante que coopera con él desde hace poco, y el doctor Goldman, que es un buen hombre y acudiría si le necesitase. No es excusa, Cassandra. Lo que pasa es que no me soporta y, claro, la sola idea de tener que aguantarme durante tantos días de viaje se le atasca en la

garganta. ¡Lástima que no se ahogue, el muy capullo!

—Voy a echarle de menos —interrumpió la vizcondesa, porque veía que la otra empezaba a elevar la voz.

Lo dijo con total sinceridad, le apenaba prescindir de su compañía e iba a añorar sus ratos de camaradería y, por encima de todo, nunca podría olvidar cómo fue acogida por ella ni su inestimable ayuda.

—Buenos días, milady. Señorita Tanner. —A Nicole le hubiese gustado no tener que oír más aquella voz, solo la obligada cortesía hizo que volviera la cabeza hacia la puerta, donde se encontraba Leonard Willis—. ¿Ha regresado también lord Wickford? Debo tratar con él algunos temas.

Ella dejó la servilleta junto a su plato y se levantó. Había llegado el momento de encarar uno de sus asuntos pendientes.

—¿Me disculpas, Alex?

—Por supuesto, luego nos vemos —dijo esta, que se interesó de nuevo por las noticias del diario.

—Acompáñeme, señor Willis, por favor.

El secretario de Jason frunció el entrecejo, pero no pudo negarse a seguir los pasos de la joven hacia el despacho de Rowland. Nicole empujó la puerta, entró y esperó a que él hiciera otro tanto.

—Cierre.

—¿Lo cree prudente? —interrogó Leonard con la atención puesta en la galería, por si aparecía algún miembro del servicio.

—Cierre —repitió ella, refugiándose tras la mesa del escritorio.

Él no lo hizo de inmediato, muy al contrario: se lo pensó durante unos segundos que a Nicole se le hicieron eternos. Luego, se encogió de hombros y se avino a cumplir con lo que le pedía.

Y solo un instante después, al abrigo de oídos indiscretos, le llegó la única orden que nunca esperó escuchar.

—Le quiero fuera de Creston House antes de que anochezca.

Willis se quedó petrificado mirando a la mujer que osaba darle un ultimátum de ese calibre. En general, solía reaccionar con presteza ante cualquier situación, pero en ese instante se sintió desconcertado.

—No sé si he entendido bien.

—Ha entendido perfectamente. Recoja sus efectos personales y márchese.

—¿Ha olvidado nuestro trato, milady?

—Por completo. Pero recuerdo a la perfección lo que ya le dije en su momento: que nuestro pacto, en caso de existir, quedaba invalidado.

—Aún tengo en mi poder un objeto de su posesión —amenazó él, sabedor de que se guardaba un as en la manga.

A Nicole ya no le cupo duda de que Willis se había quedado con el colgante de Cassandra, el que buscó y no encontró en su joyero cuando él se lo insinuó. Ahora todo tomaba forma. No hacía falta ser muy lista para imaginar que su hermana lo había perdido mientras se revolcaba en la cama con aquel despreciable individuo. ¿Cómo pudo llegar a caer tan bajo, cómo pudo hacer algo así? ¿Tan desesperada de dinero había estado?

Aunque tenía todos los nervios en tensión, no era hora de contemplaciones, había que ir al grano.

—Tuvo mucha suerte hallándolo por casualidad, quédese con él.

—¡Sabe muy bien que no fue casualidad! Ya veríamos cómo suena eso si llega a los oídos de lord Wickford y..

—¿Qué es lo que iba a llegar a sus oídos, señor Willis? No veo nada de misterioso, y menos de preocupante, en que usted encontrara un colgante que yo perdí.

—Si es necesario, le contaré la verdad, no lo dude.

—¿Qué verdad? Que un hecho pueda ser cierto no significa que deba creerse. Además, ¿a quién se imagina que dará crédito el vizconde, a mí o al sujeto que le ha estado robando en beneficio propio?

—¡Robé por usted, para cubrir sus deudas!

—Pruébelo.

—¡¡Es una maldita furcia y una...!!

—Jason lo denunciará y acabará en Newgate —impidió que finalizara el insulto—. Aunque tampoco me extrañaría que quisiera matarlo con sus propias manos por difundir falsedades sobre mí. —Atacó sin piedad, segura ya del paso que estaba dando. Rodeó el escritorio y avanzó hacia él. Fuera como fuese debía librar a Jason de

aquella escoria, y si para ello tenía que arriesgarse, lo haría—. Y a un hombre como lord Wickford, con sus contactos... ¿quién le iba a culpar?

Willis palideció, incluso retrocedió hacia la puerta. No podía creerlo, ella tenía que estar marcándose un farol, pensó. Pero también se dio cuenta de que no le faltaba razón al decir que Wickford haría lo que fuera necesario por ocultarlo todo. Era muy probable que no permitiera que llegara a saberse que su mujer le había puesto los cuernos con un don nadie como él. Podía morir a manos de Rowland y todo el mundo lo respaldaría. O, como mal menor, acabar entre rejas de por vida. De una forma u otra, estaba perdido.

Se dio cuenta en escasos segundos de que no tenía posibilidades. Ninguna. Ni siquiera la presunta salvaguardia del colgante era consistente, ella se la había desmontado con absoluta sencillez.

Marcharse era la única salida. Una retirada a tiempo se podía considerar un triunfo, porque una cosa era la codicia y otra la estupidez, y él no se tenía por ningún cretino. En cualquier caso, había acumulado una estimable cantidad con sus escamoteos y podría empezar en otra parte. Además, podía vender la cadena y la esmeralda.

Nicole intuyó que se debatía entre una escasa posibilidad de salir airoso y el temor cierto de ir a presidio, y se felicitó por saber mantener la calma al ponerlo en su lugar.

—Váyase, Willis, ahora que aún puede. Deje una carta al vizconde diciendo que se ve obligado a renunciar a su puesto por razones personales, y desaparezca de mi vista.

—¡Pagaré por esto, zorra! —Dio media vuelta, abrió la puerta y salió dando un sonoro portazo.

Nicole ya no pudo conservar su actitud flemática por más tiempo, respiró hondo y se inclinó sobre la mesa apoyando en ella las manos. El corazón le bombeaba y temblaba como una hoja. Tardó unos pocos minutos en recobrase, en darse cuenta de que, con un poco de suerte, acababa de librarse de aquel sujeto para siempre y, de paso, y más importante aún, ya no seguiría robando a Jason.

«Pagará por esto», repitió el eco de la despedida de Willis.

Lo haría, sí, de eso no cabía duda. Ya lo estaba haciendo. Acababa de dinamitar el primero de los puentes que unía su vida a la de Jason. Aturrida aún por la desagradable escena que se vio obligada a representar, se sentó, cogió papel y pluma y se dispuso a escribir.

Tenía otro puente que volar, el segundo: corregir la ausencia de caridad de su hermana.

Dobló con cuidado las dos primeras cartas, las metió en sus respectivos sobres y escribió los nombres de los destinatarios.

La primera, junto a la única alhaja que le pertenecía, la gargantilla que Jason le había regalado, iba dirigida a lady Liliana. En ella le rogaba que entregara la joya a Elizabeth Fry para que destinase el producto de su venta a las necesidades de las reclusas.

La segunda: para el conde de Creston, Alexandra y Bridge, agradeciendo su amistad y todos sus cuidados.

Escribió una tercera misiva a nombre del señor Till, como mayordomo, pero con todo el servicio como destinatario: pedía perdón por sus faltas y agradecía su paciencia con ella, haciendo extensible su cariño a los Bauer. Iba a echarlos de menos a todos, a los de la casa y a los de las caballerizas, a Eloise, a Perkins, a la señora Page, a la señora Fox, sin olvidarse de la complicidad de Valentine ni de los consejos de Hannah. Había encontrado en cada uno de ellos el poste en el que apoyarse cuando llegó y se encontraba perdida con un pasado en blanco.

La que redactó para Jason fue la más difícil, no dejaron de temblarle las manos.

¿Qué decirle a un hombre al que tu propia hermana engañó y humilló? No podía culparlo por haberla odiado a ella creyéndola su hermana, porque Cassandra pisoteó su orgullo y segó su felicidad del mismo modo que cercenó la de su familia al fugarse. Su egoísmo no había conocido límites, no pensó en nadie más que en ella y, de una manera u otra, todos pagaban por su ambición. ¿Cómo podía

entonces justificar su atroz e infame conducta ante Jason? Era imposible. Ni podía ni debía hacerlo por respeto a los afectados por su codicia. Así que no lo hizo, no era decente defender al elemento tóxico que había envenenado la vida de aquellos con los que se cruzó.

Ya no quedaba nada del amor fraternal que sintió por Cassie. Punto final a un mal recuerdo.

Acabada la carta, la metió en el sobre acompañándola del regalo que había comprado para él: un precioso alfiler de corbata de oro que simulaba una espada. Guardó luego los sobres en el primer cajón de su coqueta, debajo de los camisones, donde Eloise no pudiera encontrarlos cuando arreglara su cuarto. Ya los dejaría a la vista cuando se marchara.

Después, ya liberada del peso que comportaba la decisión tomada, rompió a llorar. Lágrimas de dolor, de frustración, de pena. Lágrimas que fluían por sus mejillas de pura impotencia. Pero no se podía permitir seguir llorando. Se rehízo y las eliminó de su rostro con el dorso de la mano.

—Solo te queda un puente, Nicole —dijo en voz alta, con los ojos clavados en el espejo que reflejaba su mirada acuosa—. Solo un puente y todo habrá terminado.

Eludiendo cualquier compañía, dedicó las horas siguientes a vagar sin rumbo por la extensa propiedad. Cabalgó a lomos de *Gypsy* para disfrutar del placer que le suponía montar a la yegua canela. Más tarde, se hizo escoltar por *Titán*, que no hacía más que acercarse a sus piernas y gemir bajito, bien porque en los últimos días no le había hecho mucho caso, bien porque el sexto sentido del perro intuía que pronto se separarían. Decidió que la mascota se merecía una golosina y se procuró una loncha de jamón de la cocina de la señora Fox.

A primera hora de la tarde, cuando regresaba a la casa, se encontró con Leonard Willis. Por fortuna, no volvería a hacerlo: el que fuera secretario de Jason se iba. Sus miradas se cruzaron apenas mientras él subía al carruaje que le aguardaba y uno de los lacayos afianzaba sus baúles en la parte trasera. En cualquier caso, cuando las ruedas del coche empezaron a girar sobre la gravilla y vio que se alejaba, respiró con alivio. «Capítulo cerrado», pensó. Dejó a *Titán* al cuidado de otro de los criados y se perdió en el interior de la mansión.

Subió a su habitación, se hizo con una pequeña bolsa de mano y metió en ella un vestido y unos botines, además de un par de artículos para el aseo personal. No quería llevarse nada más porque nada le pertenecía. Guardó la bolsa en el fondo del armario y la disimuló con la ropa antes de bajar al saloncito que había sido su retiro personal.

Nada más entrar se encontró con la mirada perenne de María Vélez, quien, desde el cuadro, dominaba la habitación.

—Me hubiera gustado conocerla, milady —declaró, apenada.

Paseó la vista por cada rincón, por cada objeto. Cuánto costaba despedirse de todo aquello de lo que se rodeó en los últimos tiempos. Resignada, tomó uno de los libros que descansaban sobre la mesita cercana al ventanal y pasó la mano por el lomo de *El Mercader de Venecia*, la obra de Shakespeare que no había terminado de leer. No se quería perder el final de la historia del viejo Shylock, e imaginó que a nadie le importaría demasiado si se lo llevaba.

—Milady.. —Eloise estaba en la puerta—. ¿Se va a cambiar ahora para la cena?

—Sí, por supuesto.

Salió casi arrastrando los pies, sin escuchar apenas el cúmulo de reflexiones que la criada pretendía compartir con ella a propósito de la sorpresiva marcha de Willis.

—Nunca se le oyó hablar de su familia —comentaba la muchacha—. Hasta lord Wickford se va a llevar un buen chasco porque nadie sabía nada. ¿Qué opina usted, milady? Todos estamos haciendo cábalas.

—No sé más que vosotros, excepto que se ha visto forzado a renunciar a su puesto por asuntos que le era imposible solventar desde aquí.

—En fin... No es que me cayera demasiado bien. —Lo comentó mientras sacaba un vestido del armario y se volvía hacia Nicole para mostrárselo. Al obtener su aceptación, lo dejó sobre la cama y empezó a ayudarla a quitarse el que llevaba—. No me entienda mal, milady, nada tengo contra él, pero es un hombre un tanto extraño.

Nicole se limitó a permitir que su asistente le arreglara un poco el peinado y que siguiera dándole su parecer. Se encontraba en una nebulosa, como si lo que ocurría a su alrededor ya no fuera con ella y la cháchara de Eloise se desvanecía, perdiéndose.

«Es como si no me pudiese despejar del sueño», pensó.

En el comedor estaban ya el conde, Alexandra y Daniel. Saludó a todos, ocupó su lugar en la mesa y fue asintiendo mecánicamente, sin escuchar en realidad lo que se decía. Sí captó una referencia al cúmulo de gastos del regente, que incluso llegó a provocar un debate en la Cámara, pero se limitó a intervenir lo mínimo que exigía la

corrección, en especial para interesarse por la próxima partida a Egipto.

Por suerte para ella, la cena no se alargó demasiado. James quería salir al amanecer hacia su propiedad en Brighton, y Daniel había quedado en la ciudad con su ayudante para ir a visitar a un enfermo. Deseó, pues, buen viaje al conde y felicitó al médico por haber conseguido a una persona que le ayudara en su encomiable trabajo. Luego, se fue a buscar a Eloise para decirle que no necesitaría de sus servicios aquella noche y se escabulló de la casa hacia el invernadero, sin que nadie la viera. Permaneció un buen rato allí, impregnándose del sosiego del lugar y también del olor a tierra y de los aromas de las plantas que ella misma había cuidado con dedicación y cariño. Ya no podría plantar un árbol del destino allí, pensó, y se echó a llorar.

Los relojes daban ya las once cuando decidió regresar al abrigo de los muros. La mayoría de los criados se había retirado, tan solo quedaban los últimos lacayos a quienes correspondía apagar las lámparas, sumiendo las estancias en la oscuridad. Aún quiso dar un último vistazo a cada dependencia, fundiéndose con las sombras, como el fantasma que había sido en aquella casa. Porque en verdad no fue otra cosa sino un espectro, una entelequia cuyo espacio físico se desvanecería en breve.

Después, ya en su habitación, se desvistió y se puso el camisón. Iba a meterse en la cama, pero oyó la voz de Jason en la habitación contigua. Se le encabritó el corazón porque no lo esperaba, y prestó atención a su tono varonil, profundo y un tanto alterado, que le decía a Perkins:

—¡Puedo bañarme yo solo, hombre de Dios! Váyase a descansar.

—Como guste, milord.

E inmediatamente se cerraba su puerta y los pasos del ayuda de cámara se perdían escaleras abajo. Desde luego, nadie podría decir que Jason fuera un amo exigente, a excepción de Perkins, cuyo celo en las atenciones a su señor creía disminuir si no las cubría por completo. ¡Cascarrabias encantador! Sonrió sin proponérselo. Lo echaría de menos.

Se quedó de pie, quieta, pegada a la madera, escuchando un breve

chapoteo de agua. Se lo imaginó en la bañera, desnudo, viril, tal como tuvo el privilegio de disfrutarlo creyendo que era su esposo. Tener a Jason tan cerca la atormentaba, habida cuenta de la decisión que había tomado.

La puerta cerrada separaba sus dos mundos y entrelazó los dedos de las manos para impedir que accionaran el picaporte e irrumpir en la recámara aneja, para reprimir su libido, que clamaba por el cuerpo de su amado y ansiaba una entrega postrera para recordar hasta el fin de sus días.

No debía hacerlo, por mucho que lo deseara. Por más que su alma se estuviera rompiendo en añicos de tanto anhelarlo.

No tenía derecho.

No era su marido.

Y de repente la puerta se abrió y ella casi perdió el equilibrio al faltarle el apoyo.

Allí estaba él, materializándose tan desnudo como lo fantaseaba, chorreando agua que resbalaba por su espléndido cuerpo y goteaba hasta sus pies. Su mirada siguió el descenso de aquellas gotas topándose con el vigor de su masculinidad. El pudor coloreó sus mejillas y sus ojos volvieron al rostro tostado de Jason; mostraba ojeras, pero no disminuían su atractivo, muy al contrario, lo dotaba de ese aire profano que tanto la atraía y alteraba.

Era la reencarnación pagana de la sexualidad que se exhibía ante ella, sin ser consciente de hasta qué punto la activaba su presencia. Se dio cuenta de que le fallaban las piernas, que se mareaba, pero no porque se encontrara mal, sino porque estaba a su merced.

—Así que ahora te dedicas a espiar detrás de las puertas. Creí que ya dormías.

—Iba a acostarme y oí que le hablabas a Perkins. No te esperaba.

—Pretendía ayudarme a meterme en la tina. Algunas veces me sigue tratando como si fuera aún un niño.

—Ya. Lamento haber interrumpido tu aseo. Puesto que estás aquí, ¿debo entender que lord Maine se encuentra recuperado?

—No del todo, pero saldrá de esta, ya te contaré lo sucedido. Volveré a la ciudad mañana para ver cómo sigue.

—¿Por qué no te has quedado en Hannover Square?

Resultaba embarazoso estar allí, hablando con él de la manera en que se encontraba. Pero también excitante, muy excitante. Lo tenía tan a su alcance que, con solo alargar la mano... Le subía el calor al rostro de imaginarlo.

—Es el día de descanso de los Bauer y he preferido no incomodarlos por una causa nada urgente. A caballo, se tarda poco en venir hasta aquí.

—Ya veo. Bien, te dejo. Descansa, porque yo diría que estás agotado. Los ojos oscuros profundizaron en el azul de los suyos. Quemaban. Literalmente, la hacían arder.

—Sí, estoy cansado, pero me relajaría si me acompañas en el baño.

No le preguntaba, se lo estaba pidiendo, de hecho, le tendía la mano para que le siguiera. ¿Debía negarse a compartir otro momento más como ese a su lado? Jason la había repudiado, tal vez incluso seguía haciéndolo puesto que nunca le escuchó abominar de esa repulsa. ¿A quién iba a dañar que lo hiciera suyo una vez más? ¿Qué importaba que la odiase de día, si la amaba de noche, al menos esa noche? ¿Por qué no dejarse mecer en unos brazos que ambicionaba, besar unos labios que la retaban? Nadie le recriminaría que codiciara escuchar por última vez los latidos de ese corazón que nunca más iba a ser suyo. Ni nadie la iba a privar de permitirse la felicidad de acostarse de nuevo con el hombre del que estaba enamorada.

Posó sus dedos sobre aquella palma extendida y, de inmediato, los masculinos se cerraron sobre ellos para acercarla hacia sí.

Se encontró estrechada contra su pecho húmedo, con su boca aprisionada por la de Jason y la evidencia de su masculinidad presionando su pelvis.

«Una vez más. Solo una vez más», se dijo antes de entregarse por completo.

—Me arrebatas la voluntad, Cassie —gimió Jason junto a su oído, extraviado ya en la exploración de los rincones femeninos mientras ella, con delicadeza, penando por el sufrimiento que debió soportar, le acariciaba la cicatriz de la pierna.

Él no lo percibió, pero de los ojos azules de Nicole escaparon dos

gruesas lágrimas.

Porque el diminutivo, en ese instante, venía a ser el mayor de los escarnios de su cruel destino.

Londres, dos meses después

Estaba en Saint Stephen Walbrook, una iglesia barroca en el corazón de Londres que rebosaba de invitados y de flores.

No le hacía gracia alguna encontrarse allí, sabedor de que era objeto de habladurías de todo tipo. La noticia de la muerte de Cassandra se había extendido como reguero de pólvora, al igual que la presencia en Creston House de Nicole asumiendo su papel de esposa a causa del parecido con su hermana gemela. Ello conllevaba un escrutinio permanente que, además, le colocaba de nuevo la etiqueta de viudo y, por consiguiente, de candidato a marido. Por más que tratara de pasar desapercibido, se sabía observado en cada gesto. Hubiera querido no estar allí, sin duda, pero no tuvo otro remedio que claudicar porque, cuando intentó declinar la invitación, su amigo Ken lo increpó sin miramiento, hasta llegar a atizarle, tachándole incluso de cobarde por esconderse.

—¡Tienes que ir, maldito seas! —Su grito y el puñetazo con que afianzó la frase, que lo tiró al suelo, apenas consiguieron sacarlo del mundo brumoso en que lo tenía sumido el alcohol desde la desaparición de Nicole.

Ni siquiera amagó con levantarse para devolverle el golpe. Con la voz cavernosa de quien ha bebido más de la cuenta, acertó a decirle:

—Puedes seguir golpeándome hasta que te despellejes los nudillos, pero no cuentes conmigo.

Ken no tuvo ningún respeto por la figura caída, lo levantó del suelo hasta ponerlo de pie para estrellarlo contra la pared sin que el conde,

presente en la disputa, interviniera para interceder por su hijo.

—Escucha —sermoneó Sheringham, con el rostro pegado al suyo—, porque no voy a repetirlo dos veces: vas a ponerte en manos de tu ayuda de cámara para bañarte, afeitarte y conseguir una apariencia digna. ¡Apesta, por si no te has dado cuenta! Y luego, te vas a venir conmigo si no quieres que te rompa la crisma. No puedes permitir que lo que ha pasado te destruya la vida, y los que te rodeamos no tenemos por qué soportar tu ostracismo.

Reaccionó y empujó a su amigo con las pocas fuerzas que le quedaban para quitárselo de encima.

—¡¡Haré con mi vida lo que me plazca y los demás podéis ir al infierno!!

—¿Cuándo fue la última vez que te miraste en un espejo? ¡Tienes un aspecto que das pena, joder! No puedes seguir así. —Ken atenuó su voz, con un tono más conciliador—. Rebélate, maldice, desahógate rompiendo lo que encuentres a mano, pero regresa del mundo de los muertos, Jason. No quiero perder a uno de mis mejores amigos.

—Márchate. —Se lo pidió casi en un susurro, harto de escuchar lo mismo una y otra vez, ahora de su amigo y antes de su propio padre.

Sabía que ambos tenían razón, y reconocía que su manera de afrontar el último revés sufrido estaba sacando a todo el mundo de quicio. Una vez leída la carta de despedida de Nicole su universo se derrumbó. Nada importaba, nada merecía la pena. Todo su ser no era sino una cáscara vacía en la que ni siquiera el odio tenía ya cabida.

Querido Jason:

Nunca imaginé que la felicidad de recordar quién soy en realidad, me causaría tanto dolor. Ni siquiera sé cómo explicarme. Lo único de lo que estoy segura es de que ambos debemos seguir nuestro camino. Te engañé sin saber que lo hacía, ocupé un lugar que no me pertenecía, y te pido perdón por ello.

Eres lo mejor que me ha pasado nunca, Jason, pero no puedo seguir mintiendo ahora que sé la verdad.

En el accidente, no iba sola, me acompañaba mi hermana gemela, tu auténtica esposa. Fue ella la que murió, yo solo he sido su espectro y ahora debo volver a ser yo misma.

Eres libre. Solo espero que no te haya dañado tanto como para que no puedes volver a ser feliz junto a otra mujer. Le ruego a Dios que encuentres a una que te haga tan dichoso como deseo.

Solo te pido un último favor, Jason: encarga una lápida con el nombre de mi hermana para que, alguna vez, alguien rece por ella.

Siempre estarás en mi memoria. Nicole.

Y era ella, Nicole, la que le había arrebatado el último vestigio de integridad que le quedaba.

Todos estaban perplejos y abatidos ante la abrumadora noticia de que la mujer que creyeron su esposa, no lo era en realidad, y comprendieron de golpe el porqué de tantas cosas: las diferencias de actitud, de carácter, de trato... También él fue entendiendo que la identidad de esa mujer le acercó a ella porque el corazón se lo iba dictando y, poco a poco, le embrujó hasta necesitarla como el aire que respiraba. Ni siquiera le importaba que hubiera pertenecido a otro hombre antes, pero sí le corroía el alma imaginarla junto a un sujeto al que odiaba sin siquiera saber si existía. ¿Tendría un esposo a cuyos brazos había regresado al recordar quién era? Pensarlo lo dañaba de tal modo que era incapaz de respirar, pero asumía que ella tenía otra vida, que era posible que estuviera casada, puesto que no era virgen cuando compartieron su primer encuentro en el *cottage*. Por mucho que pudiera sufrir al conocer la verdad, tenía que buscarla y saberla. Nicole había conseguido enamorarlo sin esfuerzo y él, imbécil resentido, aun así, siguió atribuyéndole pecados que no eran suyos, tal vez porque temió un nuevo fracaso que le rompiera del todo el alma. Lo irónico era que, al final, se le había roto en mil pedazos.

¡Cuánto lamentaba la cantidad de veces que se había dirigido a la joven con palabras hirientes! ¡Y para mayor agravio de ella y oprobio para él, sin que fuera culpable de nada, ni siquiera consciente de aquello por lo que se la condenaba! Como resultado de la nobleza y paciencia de Nicole, él había ido desterrando su odio y aprendiendo a perdonar. A amarla.

Pero se había ido...

No consintió que Alex, que incluso ayudó a Daniel en su búsqueda durante los primeros días, olvidando sus rencillas, dejara de lado su

viaje a Egipto a la espera de que Nicole acabara apareciendo. Tener cerca a las personas que habían significado algo para ella no le ayudaba porque, indirectamente, también les dañaba a ellos por haberla dejado marchar. Instó a su prima, por lo tanto, a emprender el trayecto cuanto antes.

Pidió a su padre que lo dejara solo en Creston House, que se fuera a Brighton, pero eso no lo había logrado: el conde se negó en redondo y se sumó sin reservas a las pesquisas activando el hilo de sus amistades y conocidos, por si se hallaba un rastro que los condujera al paradero de Nicole. Tan solo consiguieron recuperar a *Gypsy*, la yegua de la que ella se sirvió para escapar, y una vaga información de un cochero que recordaba haber visto a una dama muy bonita y porte distinguido dejarla a las puertas del hotel Mivart's. Por descontado, se indagó en el hotel, pero con escasa fortuna: el empleado que estaba de guardia la noche en que desapareció Nicole, se había despedido para aceptar otro trabajo en Gales y no dejó referencias de su paradero. En el registro del establecimiento tampoco aparecía mención alguna a Nicole u otra persona que les pudiera poner sobre su pista.

Se la había tragado la tierra y, a medida que fueron pasando los días, en lugar de hacerse más tolerable, se acrecentó el dolor por su pérdida.

La vida le había ofrecido la oportunidad de tener a su lado a una mujer sensible, generosa, honesta y con el coraje de una guerrera; él no solo no había sabido verla, sino que, además, la había dejado escapar.

Nicole le había pedido en su carta que encargara una lápida para Cassandra, aunque ya no fuera posible localizar su cadáver. En el osario situado en una de las esquinas de la iglesia de Santa Elena, en Cliffe, se exponían los cuerpos que se hallaban en el Támesis, y allí acudían familiares o amigos para tratar de identificarlos y enterrarlos como era debido, pero había pasado demasiado tiempo. Tampoco había registros, por lo que llegaron a la conclusión de que yacería en una fosa común. Cumplió con el deseo de la mujer amada, de todos modos, y encargó una lápida de mármol rosado que ordenó colocar

en la pequeña loma desde la que se divisaba el lago, pero alejada de las tumbas de sus antepasados. Porque cumplir el deseo de Nicole, no incluía dejar que el fingido enterramiento de Cassandra estuviera junto a las de los seres a los que quiso.

A partir de ahí, entró en la rutina perversa de encerrarse en su despacho sin querer ver o hablar con nadie, emborrachándose cada vez con más frecuencia.

Hasta que la obstinación de su amigo Sheringham le obligó a reaccionar, no había vuelto a estar sobrio ni un solo día y contestaba con monosílabos al cruzarse con alguien, si es que contestaba. Con Daniel, que estaba irritable desde la marcha de Alexandra, también tuvo un enfrentamiento cuando se dio por vencido y decidió que dejaría de buscar a Nicole.

—Durante la batalla de Leipzig hasta pude entender que bajaras los brazos —dijo Bridge, recordándole el penoso episodio de la herida que casi lo dejó lisiado—, porque para un hombre orgulloso como tú era más fácil dejarse morir que volver tullido. Pero ahora, la batalla es incluso más importante, Jason, porque te estás jugando tu felicidad.

—Si ella se ha marchado, es porque no me necesita.

—¡Pero tú la quieres y sí la necesitas a ella, qué demonios!

—No necesito a nadie. A nadie, Daniel —enfaticó.

Bridge lo miró con lástima, pero a Jason le dio igual, ya no le afectaba nada, ni los gestos de compasión ni los de disgusto, era como si estuviera muerto en vida.

—¡Eres un maldito cobarde!

El insulto, dicho así, en voz baja y con animosidad, sí que le hizo reaccionar. Se enfrentó a su amigo con las manos convertidas en puños y la mirada vidriosa por el alcohol.

—¿Y a ti, qué coño te pasa? ¡Déjame en paz y lárgate a Egipto, que es donde deberías estar ahora! ¿O es que piensas que no me he dado cuenta de que, desde que se ha ido Alex, no hay quien te soporte?

—No digas idioteces.

—¿Las digo?

—Estás borracho.

—Por supuesto que lo estoy. Pero ya sabes que los ebrios dicen

siempre la verdad, y tú me estás acribillando porque ves en mí la misma cobardía que rige tus pasos.

—Muy borracho —insistió Daniel, pero había perdido fuelle y estaba pálido.

—Como una cuba, lo reconozco. Y así pienso seguir por mucho que os joda. Lo que no quita para que se me pase por alto que estás enamorado como un becerro de mi prima, y rabioso por no haberla retenido. Echas sobre mis espaldas una falta que tú también estás cometiendo, Daniel.

—Tu prima no me soporta, y yo a ella tampoco, así que deja de ver fantasmas.

—¡Y una mierda los veo! —barbotó y quiso ir hacia él para darle un puñetazo. Pero calculó mal, tropezó con la pata de un sillón y acabó en el suelo. Desde allí volvió a increpar a su amigo—. Si yo soy un cobarde por rendirme en la búsqueda de Nicole, ¿qué eres tú, que no te atreves a ir a buscar a esa boba y traerla de vuelta? Pues voy a decírtelo yo: un gallina.

Después de eso, no había vuelto a ver a Daniel, que salió dando un sonoro portazo. Y lo lamentaba, porque le debía la vida y se había comportado con él como un auténtico desgraciado.

Sacudió la cabeza para desechar la bochornosa escena protagonizada y tanta negatividad hacia sus propios actos.

Necesitaba una copa.

O mejor una botella entera.

Lo malo del alivio momentáneo del alcohol era que no conseguía hacerle olvidar a la única mujer a la que había amado en realidad. Pero no importaba, iba a emborracharse de nuevo y al diablo con el mundo.

Un disimulado codazo de Ken le obligó a volver la cabeza hacia la entrada del templo, al que estaba accediendo la novia. Estaba preciosa y, sin duda, emocionada. Lucía un vestido de seda azul cielo de corte imperio, de escote y cola cuadrados y mangas abullonadas, con profusión de perlas cosidas en el bajo que refulgían con cada uno de sus pasos, pausados y elegantes; coronaba su figura un cabello flamígero recogido en un exquisito peinado, con dos sartas también

de perlas entremezcladas en él.

Jason se fijó en el hombre que la esperaba. Quería aparentar tranquilidad, pero, para quienes le conocían de verdad, no lo conseguía en absoluto. Y no era para menos. Se iba a casar con la mujer que amaba, una dama notable, por cierto. Desde lo más profundo le deseó una vida de felicidad junto a ella.

Y al tiempo, una amargura infinita se apoderó de él.

Al pasar junto a ellos, la novia les regaló a Sheringham y a él un sutil movimiento de cabeza en agradecimiento a su presencia, y a lo que habían hecho por ella. Luego, la muchacha siguió adelante, ofreció su mano a su futuro esposo, él la tomó entre sus dedos, y se miraron a los ojos con el fervor irreplicable de un momento para toda una vida.

Y Jason se imaginó en el lugar que ocupaban los contrayentes, de la mano de Nicole.

«¡Jason Rowland, despierta y deja de lado los amagos de lástima de ti mismo!»

No pudo soportarlo más: se excusó con Ken y se escabulló por el pasillo lateral, fijándose como objetivo inmediato la primera taberna que le saliera al paso.

Aferró el alfiler de corbata regalo de Nicole, como si de esa manera pudiera restituirse algo de la cordura perdida. Intento vano, pura falacia porque no varió su rumbo en dirección a los barrios bajos de la ciudad, fustigándose por sus errores y repitiendo su letanía:

—*Ojalá llegue el día en que te tengas que comer tus acusaciones una a una, porque allí estaré yo para ver si te atragantas.*

—*Cuando haya escarcha en el infierno.*

«Dios sabe que ya me estoy atragantando, Nicole, mi amor.»

Melrose, Escocia

La visión de Melrose Abbey le resultaba inquietante.

Casi setecientos años atrás, monjes de la Orden del Císter pisaron esos campos y sus muros fueron derribados como represalia a la guerra con los ingleses, pero volvieron a levantarse, y a su amparo se escucharon cánticos y confesiones, risas de niños y hasta requiebros de amor de pretendientes enamorados. El lugar que antaño fuera un refugio para Cassandra y para ella, donde tantas tardes de verano se perdieron para estar a solas, la estremecía. De las viejas lápidas, cuyas inscripciones eran ya apenas legibles, parecían levantarse susurros que retaban su cobardía.

El inesperado relincho del caballo que tiraba del carruaje en el que llegó hasta allí hizo que diera un brinco. Sus ojos recorrieron la explanada en busca de la razón por la que se intranquilizara el animal, pero no había nadie, solo el viento que ululaba por entre las piedras corroídas por el paso del tiempo y heridas por la artillería de Oliver Cromwell.

Anochecía. El histórico entorno se iba tiñendo de un tono pardo negruzco, la oscuridad se cernía ya sobre los muros y las tumbas como un manto que reptaba sobre el mustio suelo, y a la muchacha le pareció que acabaría por envolverla y llevársela lejos.

Varios reyes escoceses permanecían enterrados allí. Se decía que el corazón de Robert Bruce se encontraba oculto en un cofre de plomo.

Tal vez el suyo también debiera reposar en ese lugar, lejos del de Jason.

Sintió una pequeña arcada, que pasó de inmediato, y los ojos se le inundaron de lágrimas. Al principio, no pensó en las posibles consecuencias de haber estado viviendo como esposa de Jason, pero acabaron por hacerse visibles. Su cuerpo estaba cambiando y estaba asustada; aunque lo disimulaba frente a los suyos, le aterraba el futuro porque, por mucho que la felicidad de ir a tener un hijo de Jason se sobrepusiera a todo lo demás, por mucho que fuera fruto de un amor que ni el tiempo ni la distancia mermaría, su bebé crecería sin un padre.

Al principio, cuando regresó a Gealladh, trató de olvidar a Jason, pero dejó de intentarlo porque cualquier cosa hacía que lo evocara. Lo veía allí donde mirara, era imposible quitárselo de la cabeza cuando la oscuridad de la noche le hacía recordar sus ojos, y con el más leve roce se acordaba del tacto de su piel.

—Y ahora tú, pequeñín, haces que lo añore todavía más —dijo en voz alta, y volvió a acariciar su vientre.

Se le parecería y, a través de él, podría seguir viendo al hombre que amaba y que el destino la había arrebatado.

—Porque eres un varoncito, estoy segura —habló de nuevo a su hijo. Desde que supiera que estaba embarazada, lo hacía con frecuencia; le contaba cosas de Creston House, le cantaba antiguas nanas escocesas y hasta cuentos—, y vas a ser un niño amado.

Eso, el amor incondicional de su familia y de Ethel, la ayudaba a superar sus miedos.

Su aparición en la casa familiar, que aún se emocionaba al recordar, fue un desbordamiento de júbilo: abrazos, besos, gritos de alegría, atropelladas palabras de bienvenida y, por encima de todo, el inconsolable llanto de su madre. Ni una sola queja por haber desaparecido sin avisarles, ni un reproche, ni una sola pregunta. Solo parecía importarles que estaba de vuelta en el hogar. Hasta que ella, dos días después, con calma y ya serenados, empezó a contarles paso a paso, sin perderse en la desesperación, todo cuanto le había sucedido. Su madre no pudo dominar las lágrimas al saber de la muerte de Cassandra, pero fue un llanto sosegado, una amargura sin aspavientos, como si estuviera esperando desde hacía tiempo que

alguien se lo confirmase.

—¿Por qué te llamó después de tanto tiempo? —Quiso saber su padre.

Y ella ocultó, con la mirada cómplice de Ethel, las verdaderas causas de que su hermana hubiese requerido su presencia en Inglaterra, haciéndoles creer a todos que, simplemente, los echaba de menos y necesitaba saber de ellos. Nada iba a ganarse contándoles la verdad, hacerlo solo podía causarles más dolor. Aun así, su madre siguió mirándola cuando hubo acabado y Nicole supo que había leído en su alma, que sabía que callaba algo.

Un mes después de su regreso, mientras ayudaba a su hermano a cepillar el caballo tras una cabalgada, sufrió un desvanecimiento. Ian la recogió y llegó con ella en brazos a la casa, histérico y asustado, dando voces para que lo auxiliaran. Aunque ella se recobró casi de inmediato, hicieron llamar a Ethel quien, tras preguntarle algunas cosas, con la experiencia que dan los años, se limitó a abrazarla por su estado de buena esperanza.

Fue una ilusión extrema y, a la vez, la sensación de que el mundo giraba y giraba a su alrededor. ¡Un hijo! ¡Un hijo de Jason! Se sintió bendecida por Dios, pero también fue consciente del problema que acababa de echar sobre sus hombros y sobre los de su familia: iba a tener un hijo bastardo.

Tampoco esa noticia fue motivo de censura o reprobación alguna. Al contrario, fue acogida con templanza por todos. Su madre y Ethel la apoyaron sin fisuras desde el primer instante, con cuidados y mimos en exceso. Por supuesto, también su padre y su hermano que, sin embargo, quisieron tomar cartas en el asunto presentándose ante Jason y exigiéndole responsabilidades.

Nicole se negó en redondo a que fueran a Londres. Se había marchado de Creston House después de saber su verdadera identidad, porque le parecía que debía hacerlo, y por nada del mundo iba a aceptar que se inmiscuyeran, dando como resultado un matrimonio impuesto por obligación. Tendría a su bebé, lo amaría más que a nada en el mundo e intentaría que, a través de sus palabras, conociera a su padre. Ahí acababa todo. Si con el tiempo,

cuando fuera un hombre, tuviera interés en conocerlo, ella no se opondría. Para entonces, las heridas ya se habrían cicatrizado.

Pero en ese momento no, bajo ningún concepto se haría nada para avisar a Jason, todo estaba demasiado reciente. Escocían tanto los recuerdos que los sentía en carne viva, porque cada palabra que le escuchara mientras le hacía el amor aquella última noche que pasaron juntos, la obligaba a decirse que no eran para ella, sino para Cassandra.

Unas gotas de lluvia le alertaron de la llegada de la tormenta, volvió sobre sus pasos, se encaminó al carruaje y se envolvió más con la capa forrada de piel.

No había sido la mejor idea acercarse aquella tarde a la abadía. Si descargaba el aguacero con intensidad el camino de tierra que discurría junto al río podría convertirse en un lodazal, una situación que le erizó el vello de la nuca remitiéndole a otra tarde similar, de infausta memoria, en la que Cassandra se cruzó por última vez en su vida.

Sacudió la cabeza para apartar la imagen de su hermana perdiéndose en las aguas agitadas del río. Esperaba que Jason, al menos, hubiera cumplido su ruego de encargarse de una lápida para ella. No dejaba de ser una necesidad, lo sabía, porque su cuerpo estaría enterrado junto a otros anónimos en una fosa común, en el supuesto de que el que se encontrara en el río fuera en realidad el de Cassandra.

Pero ella necesitaba saber que, en un futuro, quizá alguien de la familia podría querer rezar ante esa tumba, aunque estuviera vacía.

Se acomodaba en el pescante cuando escuchó, a lo lejos, aquel silbido penetrante, característico de su hermano. Agarró las riendas, obligó al caballo a retomar el sendero de vuelta y fue a su encuentro.

Ian cabalgaba como un auténtico demonio sobre su potro negro y no parecía llegar de buen humor.

—¡Maldita sea, Nicole!! —bramó mientras sofrenaba al animal a un costado del coche—. No vuelvas a salir de casa sola o tendré que atizarte en el trasero hasta que enrojezca por los azotes. ¡Por todos los demonios, creíamos que habías vuelto a desaparecer! ¿Tú crees

que en tu estado estás en condiciones de hacer tonterías?

Su forma de dirigirse a ella, típica del varón, encerraba un cariño enternecedor que Nicole no desconocía.

—Estoy embarazada, Ian, no lisiada. Si todos esperáis que me quede en casa como un mueble, déjame decirte que estáis errados. Y si te atreves a ponerme una mano encima, escocés de pacotilla, te las verás conmigo, que no soy manca.

Ambos echaron a reír reconociéndose en las disputas dialécticas que usaban con frecuencia, no hacía tanto tiempo de ello.

Ian se bajó del caballo, lo ató a la parte trasera del carruaje y se encaramó de un salto ágil para arrancarle las riendas de las manos.

—Anda, dame, que lo conduzco yo.

—Muy amable, pero sé hacerlo sin ti.

—Lo sé. ¿Acaso no fui yo el que te enseñó? —Alzó la mirada a un cielo negro que amenazaba con verter agua sin tregua—. Vamos a llegar como una sopa.

Agitó las riendas y emprendió la carrera. Ian amaba a los caballos, a los que criaba y con los que estaba acostumbrado a convivir en Gealladh, excelentes ejemplares que reportaban a la familia estupendas ganancias, pero no era momento para el titubeo y hostigó al animal para que corriera porque la lluvia les empapaba ya.

Nicole se agarró al lateral del coche y a su brazo.

—Por favor, no corras.

—Nos están cayendo chuzos de punta. —El joven notó la intensidad con que su hermana se aferraba a él y enseguida moderó el ritmo de la marcha, acordándose de otra carrera semejante y lo que supuso para ella—. ¿Cómo llevas el embarazo? ¿Remiten las características molestias iniciales? —preguntó para distraerla de sus lúgubres recuerdos.

—Por desgracia, no, sigo teniendo arcadas y tanto sueño que me voy durmiendo por las esquinas.

—Pero esos síntomas son normales, ¿no? Al menos, es lo que dice madre. Cúbrete bien, como te resfrías me van a culpar a mí por no llevarte antes a casa.

—Tranquilo, estoy bien. En cuanto a las molestias, acabarán por

pasar, imagino. Ethel también asegura que les sucede a todas las embarazadas —admitió, envolviéndose cuanto pudo en la prenda de abrigo.

Ian mantuvo el caballo a buen paso concentrado en evitar los baches que el agua formaba ya en el camino, y al cabo de un momento se decidió a preguntarle.

—¿Sigues sin tener intención de escribirle?

—¿Te ha enviado padre a sonsacarme?

—Desde luego que no.

—Entonces, deja de insistir, por favor.

—Es que no puedo entenderlo, Nicole. Ethel dice que tú lo amas y está convencida de que ese jodido inglés está enamorado de ti.

—El «jodido inglés» se llama Jason, y Ethel habla demasiado. ¡Qué sabrá ella!

—Pero ¿es verdad o no? ¿Tú lo amas?

—Pudiera ser.

—Entonces ¿dónde está el problema?

—En que era el esposo de Cassandra, ahí está el problema. Se supone que la amaba a ella, ¿lo entiendes?

—Ella está muerta —zanjó con voz grave y apenada—. Tú, en cambio, viva. Y es a los vivos a quienes se ama. Y la prueba de ese amor es que estás esperando un hijo suyo.

—¿Quieres dejarme en paz de una maldita vez? —protestó, sin argumentos creíbles.

—Eres más terca que una mula.

—Tengo a quién parecerme.

—No te compares conmigo, jovencita. Si yo estuviera tan enamorado de una mujer como, según parece, tú lo estás de ese condenado vizconde, haría lo que fuese por recuperarla. Puede que los Matheson seamos tercos, pero aquí la única que se está comportando como una idiota eres tú.

—De modo que no estás enamorado... Creía que sí.

—No intentes cambiar el tercio, conmigo no te sirve.

—En esta familia nadie es capaz de meterse solo en sus asuntos.

—En esta familia queremos lo mejor para los nuestros. Por eso

padre insiste en que hagas lo correcto y tiene mi apoyo.

—Hacer lo correcto... ¿Para qué? ¿Para quién? Imagino que te refieres a tapar las habladurías que surgirán en Melrose cuando mi estado sea un secreto a voces, que lo va siendo ya.

—¡Por Dios, no seas necia, Nicole!

—No lo soy.

—Lo eres. Te comportas como una niña boba, sin argumentos válidos para rebatir cuanto se te aconseja. Habladurías, dices. ¿Qué nos importan a nosotros? ¿Nos han preocupado alguna vez en el pasado? Vive con tu conciencia y duerme a pierna suelta por la noche, ese era el lema del abuelo.

—Lo sé.

—Los cotilleos no van a herirnos, Nicole. Por otra parte, si te preocupan a ti, siempre podemos dejar correr la noticia de que te casaste en Londres, enviudaste y has regresado a tu hogar para tener al niño. Y asunto concluido.

—Ya me lo pensaré.

—No deberías tardar demasiado.

—Confía en mi buen criterio.

—No es que tenga demasiada confianza en él cuando sigues obstinándote en ocultar la verdad a ese inglés. ¿De qué tienes miedo? ¿Por qué mantener alejado a ese hombre y no decirle dónde estás?

—Porque...

—¡Cásate con él, demonios! A fin de cuentas, para practicar sexo no le pediste el acta de matrimonio, ¿verdad? —estalló.

—¡Eres un grosero, un cretino, un mulo!

—Ya. ¿Y me lo llamas a mí? Me quedo con el primer adjetivo, pero el segundo y el tercero te van que ni pintados.

—¿Es que no acabas de entenderlo, Ian? Jason tiene derecho a empezar una nueva vida, a encontrar una esposa digna de él, la hija de un lord, alguien de su clase. Por eso me marché cuando supe la verdad.

Ian tiró de las riendas e hizo parar al caballo a pesar de que se estuvieran calando.

—Te contradices. Nos has hecho saber que al tal vizconde de

Wickford las normas sociales le traen sin cuidado. Se casó con Cassie creyendo que provenía de un orfanato, ¿no es así? No con la hija de un duque o un conde, sino con ella, una persona sin un pasado de clase. Y tú eres mucho mejor que ella, una mujer de la que cualquier hombre se sentiría orgulloso; no tienes un título, pero tampoco estás en la indigencia, nuestra familia tiene cierta relevancia en Melrose y somos respetados. Además, ¿qué te hace suponer que ahora le preocupe a él lo que piensen sus iguales?

—Lo pienso yo y basta. —Se cruzó de brazos y miró al frente, dando a entender que la conversación se había acabado.

A Ian solo le quedó farfullar para sí y arrear de nuevo a su caballo. Quería demasiado a su hermana como para soportar verla languidecer día a día y convertirse en una mujer amargada por una decisión terca, a todas luces estúpida.

Eso no iba a ocurrir. Si tenía que ir a Londres y traerse a rastras a Jason Rowland, lo haría, aunque luego Nicole no se lo perdonase nunca.

El carcelero apuró el paso sin dejar de volver el rostro varias veces a su espalda, donde la tenebrosa figura del monje que le seguía, arrastrando los pies de modo agobiante, venía a representar la encarnación de la mismísima Muerte, tal era su aspecto. No había conseguido descubrir sus facciones, ocultas bajo la amplia capucha de su hábito, por lo que su apariencia le provocaba escalofríos. De no haber crecido en casa de un padrastro sepulturero que le hizo perder el miedo a los cadáveres a base de bofetadas, se hubiera negado a conducirlo hasta la celda. El muy condenado no parecía tener prisa en visitar a quien le había mandado llamar. Él sí la tenía. Su turno terminaba en pocos minutos y deseaba irse a casa, pero dada la miseria que le pagaban por su asqueroso trabajo, nunca estaba de más sacarse unas cuantas monedas. Lo conseguía atendiendo a las solicitudes extras de los presos, igual daba que se tratara de comida, de bebida o, como en ese caso, de acompañar a un maldito monje para aligerar la conciencia de un convicto.

Y ocurría que el reo que ocupaba la última celda del pasillo más profundo de la prisión pagaba bien.

Al descender hasta el último nivel, el olor se tornaba más nauseabundo si cabía. Allí se encerraba a los reclusos de peor calaña, y si las condiciones del centro ya eran pésimas, en aquella galería podían definirse de infrahumanas. Hasta el suelo crujía en algunos puntos a medida que se avanzaba debido a la cantidad de cucarachas, piojos o chinches que iba pisando. Aquella sección era la más espantosa, bastante más que la análoga de las mujeres, aunque allí

no le disgustaba bajar porque casi siempre había entretenimiento: rateras o fulanas medio desnudas, que muchas veces llegaban borrachas y que se enzarzaban en cuanto tenían ocasión. Así se distraían él y sus colegas. Sin ir más lejos, el pedazo de jugosa carne que cenase la noche anterior fue el fruto de una apuesta ganada a otro carcelero, en una pelea entre ellas. Tuvo suerte al tomar partido por una pelirroja con la cara marcada, que casi mató a su contrincante.

Golpeó con la porra en los nudillos de uno de los presos que se agarraba a los barrotes y le ofendió con insultos y, sin hacer más caso a la barahúnda de improperios que su acción provocó en la galería, alcanzó el calabozo ocupado por el sujeto que le hiciera el encargo de llevarle al monje. Atisbó entre la roñosa reja hasta distinguir la figura del inquilino, sentado en un suelo pringoso, con los brazos rodeándose las rodillas. Lo cierto era que aquel individuo podría muy bien haber sido encarcelado en alguna de las secciones superiores, donde solían ir a parar quienes podían costearse algunas comodidades. Sin embargo, según se rumoreaba, estaba allí por órdenes de muy arriba, y nada menos que por espionaje.

—Ve hasta el fondo de la mazmorra —ordenó mientras trajinaba ya con la llave en la cerradura.

—Cualquiera diría que me tienes miedo —rezongó el otro.

A pesar del reproche mordaz, el recluso se incorporó e hizo lo que se le pedía y, solo entonces, el carcelero empujó la puerta que se abrió con un chirrido, se hizo a un lado cediendo el paso al monje y volvió a cerrar.

—Diez minutos, franchute.

—No es mucho para lo que te he pagado.

—Si no tienes suficiente con ese tiempo para descargar tu alma de pecados, no es mi problema. Diez minutos y ni uno más. Y da gracias a que no vuelva a colocarte los grilletes.

Se alejó muy ufano, satisfecho, convencido de que podría sacarle más dinero al preso antes de que acabaran por colgarlo de una soga, tal como estaba previsto para una semana después. Él no era partidario de ser especialmente cruel con los reclusos, al menos con

los que tenían dinero; creía que era mejor manejarse con ellos con cierta deferencia, lo que hacía que soltaran con mayor facilidad las monedas por cualquier favor concedido. Cobraba por todo, desde luego, como el resto de sus compañeros de oficio: por conseguirles mantas para el camastro, por quitarles los grilletes, por protegerlos de otros presos y, sobre todo, por proporcionarles alcohol. Así incrementaba lo menguado de su jornal y no le iba mal, pues recurrían a él sabedores de que su trato era un poco más tolerante.

Justo en el tiempo convenido, regresó, volvió a abrir la celda y esperó a que el monje saliera de ella antes de cerrar de nuevo. Echó un vistazo al interior y escupió. El francés se había vuelto a sentar al fondo del cubículo y parecía dormir.

—¿Qué? ¿Ya le ha perdonado sus pecados? —preguntó al religioso con guasa.

—No hay pecado tan grande ni vicio tan arraigado que con el arrepentimiento no se borre o se absuelva del todo, hijo mío —repuso el monje con voz cascada y la cabeza gacha—. El pensamiento no es mío, sino de un escritor español que sabía mucho de los errores humanos.^[2]

¡Qué podía saber él, un triste carcelero, de escritores españoles! Se encogió de hombros y le condujo hasta la salida, bastante más aprisa que cuando llegó, como si haberle aligerado la conciencia al prisionero hubiese activado las cansadas piernas del fraile.

Se abatía la niebla sobre Londres aportando una temperatura gélida y húmeda que hizo tiritar al religioso. Dibujó la señal de la cruz en el aire a modo de bendición para el guardia, y luego escondió las manos en las amplias mangas de su raído hábito. Se alejó hasta dar la vuelta a la esquina del edificio y, tras distanciarse lo suficiente de Newgate, agilizó sus zancadas hasta desembocar en una calle más estrecha, donde hizo señas a un coche de punto.

Si al conductor que soportaba el frío sobre el pescante le extrañó que un monje de esperpéntico aspecto solicitara sus servicios, eludió cualquier duda, se limitó a acercarse y preguntar:

—¿Tiene con qué pagar? —La respuesta le llegó en forma de dos monedas en una mano escuálida, así que asintió—. ¿Adónde vamos?

—Upper Baker Street. Y tengo prisa.

El cliente se subió a la cabina, se cubrió las rodillas con la mugrienta manta que había en un asiento, dejó escapar un suspiro fatigado y recostó la cabeza en el respaldo.

Contempló sus manos, poco más que huesos y piel, como todo él. El tiempo de reclusión, primero en los sótanos del edificio donde el engendro de Banks Jenkinson tenía su despacho y luego en Newgate, le habían pasado factura. Podría decirse que, a pesar de todo, en su primer encierro fue tratado como cualquier preso, más o menos lo esperado. No así en el segundo, donde fue objeto de vejaciones, golpes, hambre e insultos. Acababa de escapar del infierno de Newgate y no volvería a él.

Veronique debería ayudarlo. Tendría que hacerlo. Al fin y al cabo, eran familia y ella lo quería. ¿Acaso no le hizo llegar dinero a la prisión para poderse procurar algunos beneficios? No dudaba de su lealtad porque, por encima de todo, debían continuar unidos para liquidar de una vez al detestable inglés que se había vuelto a interponer en sus vidas para frustrar sus objetivos ¿Quién le habría puesto a Rowland sobre la pista para desbaratar sus planes? Tenía que haber habido una filtración, pero por más que lo pensaba, y había tenido tiempo en prisión, no encontraba la respuesta.

El traqueteo del carruaje lo amodorraba, pero ya llegaban a su destino y podría descansar en una mullida cama un par de horas. No muchas porque, tarde o temprano, se descubriría la identidad del reo de la celda, que no era él sino el desgraciado monje que solicitó para, en apariencia, lavar su conciencia antes de que lo llevaran al patíbulo, al que había golpeado para dejarlo inerte.

El carruaje se paró, él se bajó y entregó al cochero dos monedas más. Esperó a que se alejara antes de llamar a la puerta. La espesa niebla cubría las calles casi por completo, lo que le iba bien para pasar desapercibido. Se encontraba exhausto. Insistió en las llamadas, pero siguieron sin atender su demanda. Supuso que la vieja criada se habría quedado dormida y Veronique habría salido. En

vista de que no abrían encaminó sus pasos hacia el callejón lateral para colarse por la puerta trasera. Una simple patada serviría para hacer saltar la herrumbrosa cerradura y ponerse a resguardo. Y así lo hizo, aunque lo que encontró en el interior de la vivienda no fue lo que esperaba.

Tras revisar la casa y cerciorarse de que estaba abandonada, descargó su rabia a patadas contra los escasos muebles que quedaban.

Un momento después, controló la ira. Tenía que pensar y hacerlo deprisa. Todos sus enseres habían desaparecido, así como su ropa, que ahora necesitaba en especial porque si continuaba vistiendo de fraile darían con él en breve.

—¡¡La muy zorra!! Cuando te encuentre me las vas a pagar, Veronique —juró a la vez que atizaba un puñetazo a la pared que solo consiguió herirle los nudillos—. Porque voy a dar contigo. Contigo y con ese hijo de puta de Rowland. ¡Os destriparé a los dos y disfrutaré haciéndolo!

Volvió a la calle blasfemando entre dientes, con la sangre bulléndole en las venas. Apenas se cruzó con algún transeúnte, con apariencias tan depauperadas como la suya, con nulas posibilidades de llevar demasiado dinero encima. Enfiló hacia las calles adyacentes al puerto, conocía la zona y sabía que ciertos señoritos de buena familia se perdían por esa área a la caza de mujeres en los tugurios y diversión en timbas de juego. Allí encontraría a algún desgraciado al que despojar de sus caudales.

Antes de clarear el día, Raynaud se había deshecho de sus ropajes de monje, vestía como un caballero y tenía a su disposición una buena cantidad de monedas en el bolsillo. Al dueño de tales pertenencias ya no le iban a hacer falta. Yacía sin vida en las aguas del río Támesis.

A Jason le importaba poco si lo mataba la carencia de una mínima alimentación adecuada, el abuso de la bebida o Armand Raynaud. La madrugada anterior, mientras apuraba la botella de alcohol que había pedido en un antro de mala muerte, donde olía a estiércol y las cucarachas bailaban sobre las mesas, supo de su fuga. Sheringham le puso en antecedentes.

—Banks tiene a todos los agentes del ministerio en pie de guerra.

—Que se haya escapado no habla mucho en favor de la seguridad de Newgate, amigo mío —repuso sin que pareciera haberle afectado demasiado la noticia.

—No es el primer reo que consigue evadirse, pero hasta ahora ninguno encerrado en las mazmorras de la galería inferior. ¿Puedes atenderme un momento y dejar de beber como un insensato? No te he buscado por cada garito para que ahora no me escuches, maldito seas —exigió, porque Jason se acabó de un trago lo que quedaba en el vaso y alzaba la mano para pedir otra botella—. ¡Te estoy diciendo que ese hijo de puta de Raynaud está libre!

—Te he oído la primera vez.

—¿Y no te imaginas a quién va a ir a buscar para vengarse? ¿O se te ha olvidado que fuimos nosotros quienes lo metimos entre rejas?

—Entonces protege tu trasero.

—No es el mío el que me preocupa, estoy preparado para hacer frente a ese pájaro. ¡Es tu culo el que está en peligro, imbécil! Parece que no te das cuenta del estado en que te encuentras. Mírate, por amor de Dios, Jason, estás como una cuba, apenas te sostienes en la

banqueta y tienes aspecto de vagabundo.

Wickford se ladeó un poco, acabó buscando apoyo en la pared que tenía a su espalda, y exhibió una patética sonrisa mientras Ken lo sujetaba para que no acabara en el suelo.

—¿Sabes qué te digo? Que me haría un favor si me quitara de en medio.

—Te mereces que te vapulee a conciencia, que te saque esas mezquinas ideas de un sopapo. Me cuesta reconocerte.

—Ya me arreaste un puñetazo —recordó con una risa tonta, llevándose una mano a la mandíbula—, y aún me duele el golpe.

Sheringham rechazó la nueva botella de whisky que dejaron sobre la mesa, pagó la cuenta, lo sujetó por debajo de los brazos y se lo llevó a rastras sin consideración alguna, haciendo caso omiso de sus protestas, que eran poco más que parloteos inteligibles.

Caía una lluvia pertinaz que empapó a ambos antes de conseguir llegar a un coche de punto, pero al menos sirvió para que Jason se espabilase un poco. Ken dio la dirección de su apartamento de soltero y subieron a la cabina. Cuando el carruaje se puso en marcha, Jason perdió el color.

—Vomita, Wickford, y te parto el alma —avisó el barón.

Una vez en su casa, con ayuda de sus criados, lo metió en la bañera e hizo que se tragara café bien cargado en abundancia. Rowland no ofreció demasiada resistencia, y acabó durmiendo la borrachera en el sofá de su amigo.

De eso hacía tres días y no había vuelto a probar el alcohol. Ken era muy capaz de atizarlo en serio si se enteraba de que volvía a las andadas porque, además de ser su amigo, tenía razón: aunque a él le importara poco vivir o morir, no podía permitir que fuese aquel cabrón francés quien le mandara al otro barrio. Si se le acercaba, tenía que estar preparado.

—Ha llegado carta de Egipto —decía el conde.

Rowland cruzó una mirada con su padre. Había accedido a bajar al comedor aquella noche, aunque apenas habló y casi no probó bocado

porque no le entraba nada en el estómago.

A James le atormentaba ver que su hijo se destruía a sí mismo, víctima del insomnio. Su mirada apagada, los pómulos marcados y su delgadez eran manifiestos; desde la desaparición de Nicole se estaba hundiendo física y moralmente, como nunca antes le hubiera ocurrido por circunstancia alguna.

Jason dejó el tenedor a un lado del plato sin tocar, y se recostó en el respaldo de la silla.

—¿Cómo se encuentran todos?

—Bien. Las excavaciones siguen adelante y han conseguido un par de excelentes descubrimientos.

—Me alegro.

—También había una carta para ti en la bandeja de la entrada. ¿Ya la has leído?

Jason levantó un poco la cabeza para prestarle atención.

—No me interesa ningún tipo de correspondencia.

—Pues debería, no puedes enclaustrarte aquí para el resto de tus días y es posible que sea importante. Si no he visto mal, viene de Melrose. ¿Desde cuándo tienes negocios en Escocia?

—Ni sé dónde está esa ciudad.

—Podrías visitarla para salir de la apatía en la que te encuentras. Es un lugar próspero, con parajes espléndidos y tranquilo. Tu madre y yo estuvimos allí unos días, de camino a Edimburgo, y hasta visitamos las ruinas de la abadía donde, según dicen, se encuentra el corazón de Robert Bruce.

—¿Has dicho abadía? —Asintió su padre y en la cabeza de Jason bulleron los comentarios de Alexandra, que le había contado los sueños de Nicole en los que se le aparecía de forma reiterada una edificación que parecía un monasterio, y que ambas trataron de localizar con ahínco entre los dibujos de su tío—. ¿Dónde está esa carta, padre?

—Donde Till deja toda la correspondencia, ya te lo he dicho, en la entrada. Pero ¿qué diablos...?

Al conde no le dio tiempo a formular la pregunta porque su hijo salió a largas zancadas del comedor, viéndose él obligado a seguirlo,

intrigado por su reacción. Una vez lo alcanzó, él estaba inmerso en la lectura y, al acabar, con una sonrisa de oreja a oreja, agitó el papel en el aire. A continuación, para su asombro, se abalanzó sobre él para abrazarlo con fuerza.

—Melrose. ¡Nicole está en Melrose, padre! ¡Perkins! —gritó a pleno pulmón corriendo pasillo adelante, con James a la zaga—. ¡¡Perkins, maldita sea, lo necesito ya!!

— ¡Hola! ¿En qué piensas? ¿Preparamos entonces una canastilla para un varón?

Nicole se giró hacia la voz y sus labios se distendieron en una sonrisa. Cruzó las manos sobre su vientre y asintió.

—Hoy has terminado pronto con las clases.

—Sí, pero vengo agotada, esos críos son unos demonios. Y tú deberías estar junto a la chimenea y no aquí, fuera, que te vas a quedar como un témpano —regañó su madre y alzó el rostro hacia el cielo, que había tomado un tinte blanquecino—. Va a nevar otra vez y puedes resfriarte.

—Me mimáis demasiado y me ahogo dentro de casa.

—Pues no deberías salir de ella. En cuanto a seguir montando a caballo...

—Puedo hacerlo perfectamente.

—De todos modos, no es el ejercicio más adecuado para una muchacha que espera un hijo.

—¿Intentas prohibirme lo que tú hacías cuando estabas en estado? ¡Esta sí que es buena! Además, solo lo llevo al paso, no te preocupes; adoro esos momentos, si dejo de hacerlo me pondré de los nervios y será malo para el niño. Ya tendré tiempo de seguir los consejos de todos y quedarme sentada, como una anciana, cuando el embarazo esté más avanzado.

—Solo prométeme que serás prudente.

—Sabes que sí, deseo que mi hijo nazca sano. Madre: ¿tú presentiste que Ian iba a ser un varón?

—Así es. El muy condenado no dejaba de dar patadas.

—Ethel también piensa que espero un niño.

—No suele confundirse en esas cosas. ¿Ya has pensado qué nombre vas a ponerle?

—Lo cierto es que no.

—¿Qué te parece Jason?

A la joven no le agradó la referencia implícita al hombre del que se había enamorado. Ella hacía esfuerzos para pasar página y no pensar en él, pero, además de que los recuerdos no se lo permitían, se topaba con su familia que, de una manera u otra, sacaban a relucir su nombre. Se envolvió cuanto pudo en la capa, caminó hasta el banco de madera y tomó asiento. Se encontraba bien allí a pesar del frío, en ese rincón apartado del jardín que olía a pino y musgo.

—Tal vez Gare.

—Tu abuelo te lo agradecerá desde el Más Allá, sin duda alguna — ironizó Aila Matheson antes de acomodarse a su lado.

Durante unos minutos, ambas se entretuvieron en seguir con la mirada los pequeñísimos copos de nieve que iban cuajando en el suelo. Aila miró a su hija de soslayo con cierto sentido de culpa; ya creía haber dicho todo cuanto debía para que Nicole cambiara de parecer con respecto al vizconde de Wickford, pero no había servido para nada. No sabía qué más hacer para convencerla.

—Tengo miedo, madre.

—No voy a decirte que el parto sea un camino de rosas, pero eres joven, estás sana y Ethel sabe de estas cosas. Todo irá bien, no te preocupes.

—No es por eso. Tengo miedo de que mi hijo me recrimine, cuando crezca, haberle privado de su padre.

—Algo de lo que ya hemos hablado largo y tendido, creo.

De alguna parte llegó disparado hasta ellas un pequeño perro blanco que saltó y se encaramó a las rodillas de Nicole. Lo cubrió esta con su propia capa y lo estrechó en su regazo.

—¿Qué haces fuera de casa, *Duke*? —Le habló como lo hiciera con una persona mientras frotaba su naricilla húmeda con la suya—. Jason tiene un perro que se llama *Titán*, pero tú eres mi preferido.

Aila la observó prodigar carantoñas al perrillo y movió la cabeza. Si lucía el sol, ella recordaba cómo brillaba el cabello de Jason bajo su luz; si llovía, lo bien que olía la tierra mojada de Creston House; si le gustaba un postre, mencionaba los que preparaba una tal señora Fox... Pretendía hacerles creer que iba a borrar de su mente los meses pasados como si no hubieran existido, pero no hacía más que evocar cuanto tenía que ver con ese hombre y, para remate, el hijo de Rowland crecía en su vientre. ¡Qué absurdo resultaba que quisiera engañarse a sí misma! Y así se lo dijo.

—¿Te imaginas que estamos ciegos, Nicole? No dices dos palabras sin pronunciar su nombre o aludir a lo que allí viviste. No le hemos hecho llamar porque respetamos tu decisión, pero empiezo a pensar que nos estamos equivocando.

—No volvamos a lo mismo, por favor, suficiente monserga me da ya Ian a diario, madre. —*Duke* pareció agobiarse bajo la capa, así que lo dejó ir—. No soportaría volver a encontrármelo, me avergüenza lo que sufrió por culpa de Cassie.

—Estás enamorada de él.

—Pero él no lo está de mí.

—¿Cómo demonios lo sabes? Deberías darle al menos una oportunidad, a fin de cuentas, ese niño que esperas también es suyo. Deja de una vez de buscar excusas en lo que le hizo o dejó de hacerle tu hermana. Ella está muerta, ¿entiendes? ¡Muerta! —Se le quebró la voz de pena porque, hubiera sido Cassandra buena o mala persona, para ella nunca iba a dejar de ser su hija—. No creí haberte educado para que fueras una mujer timorata, pero me estás demostrando que lo eres y nos estás defraudando a todos.

El estallido de su madre, que nunca levantaba la voz, aturdió a Nicole por un momento, quedándose sin respuesta en tanto la veía alejarse hacia la vivienda.

Esperando a ser recibido, con los nervios a flor de piel, esperanzado y confuso ante el inminente reencuentro con Nicole, Jason aguardaba fijándose en los objetos, algunos de ellos auténticas reliquias, que

decoraban una biblioteca no muy grande, exquisitamente dispuesta. Sobre la encendida chimenea, un par de espadas *claymore* idénticas, de afilada hoja, con preciosas empuñaduras ornamentadas, que no debían medir menos de cuatro pies de longitud; no pudo remediar imaginar con ellas a los antiguos guerreros escoceses. En una vitrina abierta se exponían otras espadas cortas de diferentes épocas, dignas de la atención de un coleccionista. Aquí y allá, pequeños objetos de cuidada elaboración, desde la miniatura de un cañón a pistolas de pedernal de dos siglos atrás.

La observación de las pistolas le hizo recordar su encuentro con el joven resuelto y altivo que le había escrito, y que resultó ser el heredero de aquella propiedad que evaluó próspera desde que entró en ella.

Había llegado a Melrose la noche anterior, agotado y dolorido. El viaje desde Londres no solo resultó pesado, sino más lento de lo que hubiera deseado debido al mal estado de los caminos y a la lesión de una de las monturas que alquiló a lo largo del recorrido. De modo que, cuando tomó por fin una habitación en aquella posada, la que le indicara el remitente de la carta que le insufló ganas de vivir, cayó en la cama exhausto. Pero no pudo pegar ojo ante el anhelo de volver a ver a Nicole y estar ya seguro de que ella era libre; de no serlo, nunca habría recibido la carta de Ian Matheson citándolo allí. Ya ni siquiera le preocupaba el hecho de que ella hubiera podido tener un romance anterior, había ido a buscarla y haría lo que fuera necesario para recuperarla. El pasado carecía de importancia, lo que interesaba era el futuro.

Antes incluso de clarear el día ya se encontraba en pie. Se aseó de prisa y bajó al comedor. El dueño del local, un individuo alto, fornido, de anchas espaldas y poblada barba rojiza, se limitó a darle los buenos días y poner ante él un cuenco de avena cocida en leche y un plato con bacon, tomate asado y un trozo de pudín de champiñones.

Atacaba ya el desayuno cuando se abrió la puerta y un hombre joven, envuelto en una capa oscura, entró en el local trayendo con él un remolino de copos de nieve. Le observó sacudirse las botas contra

el suelo de madera y quitarse los guantes. Ni siquiera se planteó que pudiera tratarse de su cita, era demasiado joven y, además, se dirigió directo al mostrador sin siquiera echarle una mirada. Perdió pues interés en él y continuó degustando la comida.

Sin embargo, el recién llegado, desde la posición que ocupó en la barra, mientras tomaba una taza de café, sí se fijó con detenimiento en el huésped de la posada. Y pensó durante unos cuantos minutos si le agradaba o no el extranjero, porque tardó en hablarle.

—¿Wickford? —preguntó al fin.

Jason alzó su mirada hacia él al escuchar su título y lo estudió a su vez: un muchacho vigoroso, seguro de sí mismo y de buena planta, con un pelo oscuro tupido y unos ojos... Se tensó y apretó las mandíbulas. Tenía los mismos ojos que Nicole.

—¿Y usted es...?

Ian suspiró, se acercó a la mesa con paso elegante, se echó la capa sobre el hombro, lo que le permitió a Jason descubrir la culata de una pistola en la cinturilla de su pantalón, y acabó por tenderle una mano que él estrechó tras vacilar.

—¿Puedo acompañarlo?

—Por favor.

El joven tomó asiento sin quitarle los ojos de encima. Con movimientos comedidos, dejó la pistola a un lado, sobre la mesa.

—Soy Ian Matheson —dijo—. Y usted, por lo que imagino, el inglés con el que mi hermana ha estado conviviendo.

—¿Qué viene ahora, Matheson? ¿Me ha citado aquí para retarme a duelo? —Señaló la pistola con la barbilla.

Los labios del escocés se contrajeron por un instante.

—¿Debería?

—Es posible, si a lo que ha venido es a lavar el honor de su hermana. Pero antes de que se decida a hacer algo que en nada nos beneficiaría a ninguno de los dos, déjeme explicarle que...

—No es necesario, conozco la historia de primera mano.

—¿Cómo está ella?

—Podría decirse que bien.

—¿Eso qué significa? —Se alarmó Jason.

—Que podría estar mejor.

—¡Por todos los infiernos! —bramó, ganándose una mirada admonitoria del posadero, que le obligó a bajar la voz—. ¿Qué quiere decir?

—No se altere, inglés, Nicole está bien.

Jason inspiró hondo, algo más calmado.

—¿Por qué me envió la carta diciéndome dónde se encontraba? ¿Se lo pidió ella?

—Mi hermana no sabe que estoy aquí, de hecho, nadie de mi familia lo sabe. Y lo más probable es que Nicole no me perdona nunca haberme entrometido, pero me he visto forzado a actuar por mi cuenta porque la muchacha no se conduce con mucho acierto, según yo creo.

—Maldita sea si le entiendo, Matheson.

—Ha decidido olvidarse de usted porque considera que tiene derecho a un nuevo futuro, que se merece a una dama de su misma clase. Por otra parte, cree ser culpable de ciertos problemas que le causó Cassandra.

—Nicole no es culpable de nada, en todo caso es una víctima de todo este asunto que, incluso para mí, está resultando una locura. Por supuesto, no me hace falta que ni ella ni nadie decida por mí, sé muy bien con qué mujer quiero pasar el resto de mi existencia. De cualquier manera, señor mío, debo hacerle saber que no pienso regresar solo a Londres, sino con ella; ahora que sé dónde está, no voy a dejarla escapar de nuevo.

—Casado.

—¿Cómo dice?

—Digo, que, si quiere llevarse a mi hermana, deberá hacerlo después de ponerle un anillo en el dedo. Eso, en el supuesto de que ella acceda, porque nadie va a forzarla a un matrimonio, por mucho vizconde de las narices que usted sea.

Jason estuvo tentado de levantarse y soltarle un puñetazo, pero se reprimió.

—Parece que olvida que ella ha estado viviendo como mi esposa, con lo que eso significa. La he comprometido y soy un hombre que

reparo mis faltas.

—Mal empieza, Rowland, mal empieza. —Ian chascó la lengua—. Nuestra familia ha soportado situaciones muy comprometidas, bastante peores que un escándalo de este tipo, así que no se esfuerce en dárselas de caballero. Si Nicole acepta casarse con usted, estupendo: haremos una gran fiesta donde correrá el whisky, comeremos *haggis* y caeremos rendidos de tanto bailar al son de las gaitas; si ella lo rechaza, yo mismo lo echaré de Melrose a patadas.

Jason no tenía otra intención salvo la de convertir a Nicole en su legítima esposa, por lo tanto, le molestó que Ian le hablara tan claro y con tanta contundencia. ¡Por descontado que llevaría a Nicole al altar! No había pensado en otra cosa desde que recibiera la carta del joven que tenía delante, avisándole de que ella se encontraba allí y citándole en aquella posada.

Pero ahí radicaba el problema, porque una cosa era desear casarse con ella y otra, bien distinta, que consiguiera convencerla. Sabía de sobra hasta dónde podía llegar su determinación. ¿Acaso no le había abandonado?

La evocación de su entrevista con Ian Matheson se volatilizó como por ensalmo al eco de una voz femenina que sonó en la puerta, una voz que conocía muy bien y que le causó un estremecimiento de regocijo, pero también de temor.

Nicole se encontraba en las caballerizas, de vuelta de su paseo matutino, cuando fue avisada de la inesperada visita de un caballero que, según el señor Riddell, el mayordomo, quería comprar algunos sementales. Al parecer, ni su padre ni su hermano, que se encargaban normalmente de atender a los compradores, estaban en casa. Dejó, pues, que uno de los mozos terminara de cepillar a su caballo, y echó a andar hacia la recia edificación. No le incomodaba atender a quienes llegaban a Gealladh para adquirir caballos. De hecho, le encantaba, porque entendía de esos asuntos tanto como ellos e intentaría conseguir incluso mejores precios. Entregó la capa al mayordomo y sonrió mientras le veía alejarse con ese andar tan

característico suyo, a saltitos. Estaba mayor, pero nadie de la familia se atrevía a decírselo, aunque procuraban minimizar sus quehaceres.

El hombre que aguardaba estaba de espaldas y observaba el nevado jardín a través de los grandes ventanales y ella aprovechó para recolocarse los mechones que se le habían escapado del recogido. Lo correcto hubiera sido subir a su cuarto y adecentarse un poco, pero Riddell había dicho que el sujeto tenía prisa en ser atendido y por nada del mundo quería que un poco de coquetería pudiera hacerles perder un cliente potencial.

—Lamento haberle hecho... —Se le salieron los ojos de las órbitas cuando él se dio la vuelta—. ¡¡Jason!!

—Hola, Nicole.

La calidez de una sensación plácida, reconfortante y a la vez agitada, la recorrió de pies a cabeza. Se pellizcó el dorso de la mano para concienciarse de que no soñaba, de que él era real, de que estaba allí. Pero el momento de fascinación le duró lo que tardó en ver que él empezaba a aproximarse. Como si temiera que su cercanía pudiera hacer que se derrumbara, se parapetó tras la voluminosa mesa de escritorio. Pero Jason, que acababa de percatarse de su estado, se quedó paralizado.

—¿Qué haces aquí?

Él no podía dejar de mirar su vientre hinchado, invadido por una euforia exultante que le bloqueaba cualquier explicación. Nicole estaba embarazada. ¡Embarazada, por amor de Dios! Y no le cupo duda de que el hijo que esperaba era suyo: un Rowland. Un heredero.

«¡Condenado seas, Matheson, por no haberme avisado!»

Durante el viaje había ensayado hasta la saciedad lo que iba a decirle a Nicole cuando la tuviese frente a él, cómo hacerse perdonar por tanto agravio inmerecido, por tanta afrenta injusta. Ahora, sin embargo, no encontraba las palabras, había perdido el discurso.

Porque, por un lado, la dicha de una futura paternidad sublimaba su encuentro con Nicole. Por otro, se le avivaba la llama del engaño. De nuevo. Otra vez. ¿Qué otra cosa podía pensar si ella había desaparecido llevándose consigo el secreto de su maternidad?

—¿Es que ni siquiera tenías la intención de decirme, al menos, que

íbamos a tener un hijo?

Era tanto el dolor que desprendía su pregunta que Nicole presintió que el mundo se le iba a abrir a sus pies. Se daba cuenta de que le había robado durante unos meses la alegría de saber que iba a ser padre.

Retuvo las lágrimas porque, a pesar de todo, no iba a doblegarse ni se iba a mostrar sumisa. Sí, iba a ser la madre de un hijo de Jason, pero eso no significaba que tuviera que correr hacia él con los brazos abiertos, ni que tuviera que agradecerle que estuviera allí. Ella no quería su título ni necesitaba que la protegiera con su apellido, si había ido a buscarla para ofrecerle ambas cosas podía desandar el camino.

Actuó con la mayor determinación de que fue capaz: tomó asiento, le pidió que hiciera lo mismo y, de manera pausada, un punto entrecortada por contener las ganas de echarse a llorar, entrelazó las manos sobre el regazo para impedir que él viera que le temblaban, y trató de explicarse.

—No sabía que estaba embarazada cuando me marché de Creston House, Jason, tienes que creerme.

—Y luego, no has hecho nada por hacerme saber que lo estabas —
recriminó él.

—Tuve miedo.

—¿De qué? ¿Acaso pensabas que iba a repudiar a mi hijo?

—No lo sé, no pensaba con claridad, estaba hecha un lío. Descubrir quién era volvió mi vida del revés. Te había estado engañando, yo no era Cassandra.

—A Dios gracias, no lo eres.

—Así y todo, hemos vivido una mentira, he ocupado el puesto de otra persona y no tenía derecho. Me aterrorizó pensar que tú pudieras obligarme a casarme contigo para enmendar mi falta.

—En todo caso, nuestra falta, Nicole, porque he tomado parte activa en este asunto y me has mantenido al margen. Supongo que algo tengo que decir al respecto.

Ella asintió y se perdió en sus ojos oscuros. Lo amaba más que a su vida y, sin embargo, lo había lastimado pensando que dejarle libre era lo mejor para él; no le importaba su felicidad, solo la de Jason, pero no encontraba el modo de explicarse y solo acertó a decir:

—Lo siento.

—He vivido un infierno sin saber tu paradero. Enterarme de que no eras Cassandra fue una liberación porque, en ese momento, lo entendí todo. No te imaginas cuál fue mi estado de ánimo, mi lucha interna mientras creía que eras ella; tu hermana me engañó, me humilló y me convirtió en un ser duro. Te odiaba, pero, al mismo tiempo... —No acabó la frase porque acaso ella, si se le declaraba en ese instante, pensara que lo hacía por motivos egoístas—. Tu carta me liberó de la ira, pero también me hundió en la desesperación porque habías desaparecido y no sabía si estabas bien.

»Hasta imaginé que podías tener un esposo y que habías regresado a su lado.

Nicole ahogó un sollozo. Entendía las dudas de Jason, era lógico que hubiera pensado eso porque, a fin de cuentas, ella no era virgen cuando mantuvieron relaciones.

—Ni siquiera he tenido un pretendiente antes de ti —aseguró—, pero he de ser sincera contigo, tengo que contarte que... Ese hombre creyó que yo era Cassandra, ella le había alentado, le hizo creer que...

—Dame el nombre de ese cabrón y lo mataré —pidió él, lleno de ira.

—Ni siquiera vive ya en Melrose. Fue hace años y lo he superado. Durante un tiempo me vi sucia, pero acabé asumiendo que no tuve la culpa de nada.

Rowland encajó las mandíbulas al imaginar lo que ella pudo sufrir mientras aquel desgraciado le robaba la virtud.

—Y así fue. Olvídalo por completo. No me importa tu pasado, Nicole, aunque no voy a negarte que me encantaría retorcer el cuello de esa serpiente. Olvida y empecemos de nuevo.

—Daría lo que fuera por no haberte causado tanto dolor, ahora sé que me equivoqué al no tener valor de decirlo a todos a la cara quién era en realidad.

Jason la creyó porque supo que era cierto. Sus ojos húmedos le solicitaban perdón y a él se le rompía el alma viéndola afligida. Solo él era el causante de su angustia y se maldecía por ello. Quería volver a contemplar el fulgor bravío en su mirada y ser objeto de la pasión que le demostró la última noche que pasaron juntos.

—Te equivocaste, sí —aceptó con voz neutra—, pero no por haber intentado escapar de un hombre que solo te demostró desprecio, sino por creer que yo no te necesitaba.

—No quise que fueras objeto de habladurías y..

—¡La maldita aristocracia inglesa en pleno y su puritanismo de salón pueden irse al infierno! No me preocupa que seamos el centro de los cotilleos en todo Londres, que lo seremos durante un tiempo, me mortifica que no te atrevas a confesarme tus verdaderos sentimientos, y necesito conocerlos ahora. ¿Me amas?

Ella notó un escalofrío recorrer su espalda. ¿Que si lo amaba? ¿Acaso no se lo había hecho saber al entregarse a él? ¿Tan parca había sido en sus demostraciones de cariño? Lo amaba tanto que sería capaz de dar mil veces su vida por él, pero volvieron a atascársele las palabras en la garganta y no pudo contestar.

A Jason le dolían todos los músculos del cuerpo por la tensión. Se estaban jugando la felicidad y un paso en falso, solo uno, podía destruirla para siempre. Pero estaba seguro de que Nicole lo quería, lo veía en sus ojos. ¡Cuántos errores había cometido con ella! ¡Qué poco se había puesto en su piel! La amaba, pero se había comportado como un insensato al no decírselo por no pisotear su propio orgullo. ¡Condenada arrogancia! No podía volver atrás, no era posible corregir los errores pasados, pero sí intentar que lo perdonase.

Deseaba tenerla a su lado para siempre. Aquellos meses sin ella habían sido un tormento, un abismo por el que se dejó caer sin remisión hasta casi destruirse pensando que la había perdido, una sima por la que había rodado y que tendría que escalar con uñas y dientes para regresar a la superficie. Tal vez era cierto que solo en la

distancia se valoraba el verdadero amor. Nicole la había puesto entre ambos, obligándole a reaccionar, a darse cuenta de que la necesitaba, de que no era un hombre completo sin ella. ¿Sería tarde para recuperarla?

—No voy a forzarte a un matrimonio —aseguró—, por mucho que estés concibiendo un hijo mío. Aceptaré la decisión que tomes.

«Lo haré, aunque un rechazo me mate, mi amor», pensó.

Se levantó y se acercó con movimientos lentos, con la delicadeza de quien pretende coger a un pajarillo asustado.

Ella también se puso en pie, pero no se movió de donde estaba, no podía hacerlo porque su estado emocional era tan vacilante que se mareaba. Jason decía que no la exigiría casarse, pero era difícil creer que un hombre como él renunciara a su heredero. Si al menos le hubiera dicho que sentía por ella un poco de afecto... Pero la palabra amor no parecía estar en su vocabulario y ella no se resignaría a un matrimonio de compromiso.

Jason llegó hasta ella, puso un dedo índice bajo su barbilla y la obligó a mirarle de frente. Durante unos segundos, ambos se vieron reflejados en las pupilas del otro y el mundo se condensó en el espacio que mediaba entre ellos.

—Cásate conmigo, Nicole. —Oyó que le decía, muy bajito, tan cerca que a ella se le dispararon los latidos del corazón—. No para tapar el hecho de que vayas a tener un bebé, ni porque la sociedad lo considere adecuado. No. Cásate conmigo porque te necesito, porque te amo y quiero a la criatura que llevas en tu vientre. Soy parco en palabras, nunca he sabido expresar lo que siento, pero, aunque lo dudes, eres lo más importante de mi vida, no puedo soñar con un futuro que no sea estando a tu lado y junto a ese hijo que está por nacer. Cásate conmigo para salvarme de mi propia estupidez y redimirme de mi maldito orgullo, Nicole. Por favor.

—¡Jason...!

—Solo tú has conseguido que descubra de verdad el amor con mayúsculas. Olvida el pasado, un odio que no era para ti, mi deleznable comportamiento para contigo y perdóname. No quiero perderte. Puede que no sepa expresarlo con bonitas palabras, pero te

quiero, terca escocesa.

Ella no aguantó más: le echó los brazos al cuello, medio llorando, medio riendo, para confesarle con voz trémula:

—También yo te amo, mi arrogante inglés.

Él la pegó a su cuerpo, se unieron sus bocas y el mundo volvió a desaparecer a su alrededor. Fue un beso apasionado, pero lleno de dulzura, con el que ambos se pedían perdón mutuamente y se entregaban por entero al otro.

—¡Vaya, vaya, vaya! Una escena de lo más tierna, Wickford. Pero me temo que la dama no va a poder darte un sí, porque he llegado hasta aquí con una meta: acabar contigo.

La interrupción, áspera, sin concesiones, hizo que se separaran de golpe y se volvieran hacia la puerta, de donde provenía la amenaza. Allí, envuelto en una capa de gruesa lana y apuntándoles con una pistola, se encontraba el último hombre a quien Jason hubiera podido imaginar en tales circunstancias: Armand Raynaud, un rostro todo huesos y piel, en el que destacaban un par de ojos de mirada furibunda cargada de odio y venganza.

Nicole no conocía al sujeto, pero el arma en su mano hablaba por él, lo que significaba que Jason estaba en peligro. Se movió con intención de colocarse delante para interponerse entre ambos, pero Rowland se lo impidió protegiéndola a su vez con su cuerpo.

Jason lamentó no llevar encima su propia pistola, que había dejado en la posada. Pero ¿quién podía imaginarse esta situación? Se encontraba desarmado, con Raynaud enfrente y, si le había seguido desde Inglaterra, era evidente que dispuesto a todo. Se fijó en su arma y calculó que era de corto alcance, muy efectiva si el francés apretaba el gatillo, dada la escasa distancia que mediaba entre ambos, pero de un solo disparo. Eso le daba una mínima oportunidad, siempre que no le alcanzara de lleno, antes de recargarla otra vez. Pero si solo le hería, se juró que sacaría fuerza de donde fuera para echarle las manos al cuello. Entonces, no lo contaría, lo estrangularía sin remisión y ya no podría hacer ningún daño a Nicole.

—Te creía en prisión. ¿Quién te ayudó a escapar? —Había que ganar tiempo, que ella y el hijo que esperaban quedaran a salvo por encima de todo.

—Ya sabes, Rowland, unas pocas monedas son capaces de abrir muchas puertas. La puta de mi hermana tuvo la deferencia de mandarme dinero antes de desaparecer, ¿sabes? Del resto se encargó mi ingenio, en las cloacas tiene uno mucho tiempo para cavilar: pedí un religioso y lo dejé ocupando mi lugar. Supongo que aún deben de estar buscándome.

—A estas horas deberías estar colgando de una soga.

—Tal vez. Pero, con franqueza, solo la perspectiva de vengarme de ti en persona me ha proporcionado el ánimo necesario para no flaquear.

—¿Cómo has averiguado que estaba en Escocia?

—Te he seguido, así de simple. Me has llevado pegado a tu trasero desde antes de que salieras de Londres, porque pensé que tras de ti hallaría a Veronique y me cobraría así dos deudas de una vez. Es sencillo, ella ya no tiene a nadie a quien recurrir si no es a su antiguo protector.

—Pues te has equivocado por completo, no está aquí.

—Eso parece, sí. —Se rascó el mentón con el cañón de la pistola—. Va a postergar mi salida hacia Francia, pero no me iré hasta que la encuentre y le dé su merecido. Porque vas a decirme dónde está.

—¿Cómo ha entrado aquí? —interrumpió Nicole, a la que Jason sujetó por la cintura para evitar que se pusiera en el ángulo de tiro—. Pronto aparecerán mis criados para dar la voz de alarma.

—Forzar una ventana es muy sencillo, preciosa. En cuanto a los criados, parece que la casa está escasa de personal, al menos yo solo he visto a un vejestorio que camina como un grillo.

—¡No se habrá atrevido a hacer daño a un pobre viejo y...!

—Podría haberlo matado —cortó—, pero no tengo nada contra él. Ni contra ti, gatita. Solo he venido a por Wickford y a localizar el paradero de mi hermana.

—Veronique ni está ya al alcance de tus garras, ni volverás a atraparla.

Nicole frunció el ceño. ¿Veronique? ¿Quién diablos era esa Veronique de la que ambos hablaban? ¿Por qué aquel individuo había dicho «protector» refiriéndose con claridad a Jason? Se dio cuenta de que desconocía aún demasiadas cosas de su vida, pero en ese momento la prioridad no era saber si aquella mujer había sido o no una de sus conquistas, o en qué asuntos andaba con el individuo que los apuntaba. Solo tenía un objetivo inmediato: eludir una situación en la que el hombre al que amaba podía acabar muerto, o herido en el mejor de los casos. No iba a quedarse quieta, parapetada tras él, a

la espera de si el deleznable tipo que les enfrentaba decidía si le arrancaba la información a Jason sobre la otra mujer, o le pegaba un tiro y luego preguntaba. Todos sus antepasados se revolverían en sus tumbas si no demostraba coraje. Era una Matheson. Y punto. Así que se apartó un poco de Jason, con el semblante pálido y simulando temblar de pies a cabeza.

—Por favor, señor, no me haga daño, estoy embarazada.

—Me he dado cuenta. ¿Así que Rowland espera un heredero? —Raynaud ensayó una falsa carcajada, en realidad un chirrido desagradable, mientras observaba a Nicole con un descaro impúdico y provocador—. ¡Qué pena que ese crío se quede sin conocer a su padre!

—Si te vas ahora, olvidaré haberte visto —dijo Jason con voz que aparentaba ser templada—, tendrás tiempo y margen para escapar a Francia como quieres.

—¡No! ¡Ni hablar! Primero me dirás dónde encontrar a Veronique, esa zorra tiene que pagar su traición. Porque fue ella la que me denunció, ¿no es cierto? Nadie más sabía de mi encuentro con Swanson en Drury Lane.

Tal vez Veronique no se mereciera el sacrificio, pero el honor impedía a Jason traicionar a la muchacha y guardó silencio. Por el rabillo del ojo captó a Nicole apartándose más de ellos dos, aproximándose con disimulo a la mesita de las dagas y él, a su vez, se movió hacia Raynaud, como si cambiara el pie de apoyo; fingía una tranquilidad que no tenía, le retumbaban en la cabeza las pulsaciones aceleradas de su corazón porque, si el francés se percataba de la jugada de Nicole, la mataría, incluso corriendo el riesgo de tener que enfrentarse después a él desarmado.

El galo, en cambio, solo veía a una joven atemorizada que gimoteaba y se estrujaba las manos, su prioridad era Jason y él acaparaba toda su atención. Avanzó un par de pasos, alzó la pistola y le apuntó a la cabeza. Rowland se irguió sin permitirse un parpadeo. Si iba a morir, al menos no lo haría arrodillándose ante un asesino.

—Si me matas, nunca encontrarás a Veronique —avisó, como si no le importara la amenaza del arma que esgrimía.

—¡¡Última oportunidad, Wickford!! —amenazó Armand endureciendo el tono, con una mueca homicida en los labios.

Lo que ocurrió a continuación fue una secuencia de hechos tan rápida que duró solo unos segundos, con una velocidad tal, que tomó a Raynaud por sorpresa, sin sospechar siquiera el ataque. Y es que, casi al instante en que hacía su amenaza, Nicole, que había conseguido llegar a su objetivo, se hacía con una de las dagas y la lanzaba hacia él sin dilación: la afilada hoja solo le rozó en el hombro, pero fue suficiente para desestabilizarlo y hacerle proferir un grito, mezcla de dolor y sorpresa. Se volvió hacia ella con un rictus sanguinario, su dedo índice se curvó sobre el gatillo...

No llegó a disparar. Rowland ya se había abalanzado contra él para atrapar su mano armada y los dos cayeron al suelo en un revoltijo de brazos y piernas, que provocó la detonación de la pistola.

Presas del pánico por la suerte de Jason, pero provista ya de otra de las dagas, Nicole estaba dispuesta a acabar con el francés; sin embargo, no se atrevió a intervenir porque, en medio de un intercambio de golpes y gruñidos entre ambos contrincantes, podía ser más un estorbo que una ayuda. Por fortuna para ella la disputa duró muy poco: lo que tardó en escuchar un quejido y, después, observar el cuerpo inerte de Raynaud debajo del de Jason.

Cuando él se levantó, la empuñadura del arma blanca sobresalía clavada en el pecho de Armand Raynaud. Se velaron sus ojos, una sacudida agitó sus extremidades y sin más se rindió a la laxitud que provoca el fin de la vida.

Nicole temblaba descontrolada, los dedos engarfiados en el mango de la daga, asqueada por la visión de la sangre que goteaba desde el pecho de aquel hombre y comenzaba a extenderse sobre la alfombra, agotada por la tensión vivida y, también, por la experiencia de haber contribuido a acabar con un ser humano.

No era tiempo para lamentos. Se imponía el acto primario de vivir y eso lo representaba Jason fuera de peligro.

Este, llamándola en silencio, abrió sus brazos y ella tiró el arma blanca, corrió hacia él, se abrazó a su cintura y buscó su boca, un refugio en el que olvidar un episodio que los había colocado al borde

del precipicio.

Oyeron el estrépito de la puerta que se abría de golpe y las voces, exclamaciones y maldiciones del mayordomo, que había acudido junto a uno de los criados al sonido del disparo.

—Mi intrépida escocesa, te amo. —Jason acariciaba su rostro y besaba sus párpados sin que le importara la presencia de los sirvientes que, asombrados, mudos, eran testigos de una escena inverosímil en la que se mezclaba la mayor contradicción de la existencia: lo dantesco de la muerte y lo sublime del amor, ambos en el mismo espacio—. Te debo la vida por partida doble, la mía y la que llevas dentro. Por lo que acabas de hacer y porque te quiero tendrás que casarte conmigo.

—Me lo pensaré, milord, aún no te he dado el sí —respondió ella con sorna, liberada de la tensión.

—Nunca me he expresado con mayor seriedad. ¿Lo harás?

—Ya lo hablaremos... —Le acudían a la mente en tropel cómo recibirían las noticias recientes sus padres y su hermano y, entretanto, el resto de los pocos componentes del servicio de la casa se iban amontonando en la entrada de la biblioteca.

Echó un vistazo hacia el cadáver y se estremeció.

—Olvídate de ese despojo, mi amor. Era un asesino y un traidor condenado a la horca, así que se ha hecho justicia. Ahora, todo lo que necesito saber es si quieres ser mi esposa.

—Primero vas a tener que explicarme quién es esa Veronique —murmuró a la altura de su oído, pero con un brillo de júbilo en los ojos.

Rowland no obtuvo la respuesta deseada, pero sí la certeza de que acabaría por conseguirla. La estrechó por la cintura y se echó a reír.

Epílogo

Londres, nueve meses después

Los ojos almendrados y oscuros de María Vélez se entornaron al mirar a su bisnieto, por completo embelesada, e indagaron en los rasgos del pequeño, en cuya cabecita crecía una pelusilla con cierta semejanza a la tonalidad del cabello de Nicole, aunque ella creía ver en los trazos de su carita el aura de los Rowland. Se hinchó su pecho de orgullo y se inclinó sobre la cuna para besarlo en la frente. Cayden Lionel Rowland dejó escapar un balbuceo, se llevó el dedo gordo de la mano derecha a la boca y la condesa viuda no reprimió el placer de cogerlo en brazos.

—Me lo va a malcriar, milady.

Ella se volvió hacia Nicole para ratificar su comentario.

—Por supuesto que voy a malcriarlo, para eso soy su bisabuela. Es más, me ocuparé de que tanto mi hijo como tus padres también lo hagan. Poner coto a sus caprichos no es cosa nuestra, que vamos a dedicarnos a disfrutar de este mocoso.

Nicole se acercó, hizo un mimo a su hijo y el niño esbozó una sonrisa que caldeó el corazón de ambas mujeres. Luego, sin venir a cuento, empezó a berrear como un poseso.

—Este niño ha nacido con las peculiaridades de los Wickford, perdona que te lo diga, y con esa cara va a ser un rompecorazones — sentenció la anciana, que se lo cedió a su niñera a regañadientes.

La vizcondesa se tomó del brazo de la española y ambas salieron del cuarto. Desde el salón, en la planta baja, les llegó el rumor de conversaciones y de alguna que otra risotada. Jason había querido

reunir a los amigos y parientes más allegados, una vez que ella se recuperó del parto, para celebrar el nacimiento de su heredero. Allí estaban todos, salvo Sheringham, que se encontraba fuera de Londres: su suegro, sus padres y su hermano, Alexandra y Daniel Bridge, el matrimonio Tanner, y la familia Chambers al completo.

—No se imagina cuánto me alegra que haya decidido honrarnos con su presencia, milady, aunque sea por poco tiempo.

—Jason me llama abuela, querida, me gustaría que tú lo hicieses también. Regresaré a España, pero eso será dentro de unos meses, y hasta entonces pienso disfrutar de mi bisnieto. Tienes que prometerme que iréis a Sevilla en cuanto ese diablillo pueda viajar, quiero que conozcas mi tierra.

—Se lo prometo, abuela.

Al entrar en el salón, la española fue a entablar conversación con los Tanner y Jason se apresuró a acercarse a Nicole para tomarla de la cintura y, sin que le afectara la presencia del resto, poner un beso en sus labios.

—¿Qué le pasaba a Cayden? Me ha parecido oírlo llorar.

—Los niños suelen llorar cuando se les moja el pañal. O cuando tienen hambre, frío, calor, cuando reclaman que les tomes en brazos... No te preocupes por tan poca cosa. Aprenderás y vas a ser un padre estupendo. Lord Maine te está haciendo señas, por cierto.

—Déjale que siga haciéndolas. En realidad, lo que me apetecería es que nos perdiéramos tú y yo un rato.

—¡Jason Rowland, compórtate, que tenemos invitados!

—Dame dos minutos y los pongo a todos en la calle —susurró junto a su oído, con ese tono de voz lascivo que tan bien conocía y que la excitaba.

Se desprendió de él con el compromiso de que se portaría como un buen chico hasta que finalizara la velada. Después, una vez a solas en su habitación, ya tendrían tiempo de explayarse en sus deseos mutuos, y podría demostrarle cuánto lo deseaba ella también. Incluso podrían esconderse en el invernadero y hacer el amor bajo el árbol del destino, que Jason había mandado plantar para ella.

No bien se hubo separado de Jason ya tenía al lado a la hija del

duque de Hatfield. Se le borró la sonrisa enseguida al recordar que sus dos encuentros anteriores con lady Liliana no fueron lo que podían decirse afables.

—No he tenido oportunidad de disculparme —dijo Lili—. Ahora que sé que no eras la persona que imaginaba, no encuentro palabras para...

—No es necesario.

—Lo es. Claro que lo es y te pido perdón con humildad. Me comporté como una mema y no es mi forma de ser. También quiero agradecerte en mi nombre, y en el de la señora Fry, el detalle inapreciable de la joya que me hiciste llegar. Puedo asegurarte que hemos aplicado el dinero de su venta en cosas muy necesarias.

—No me cabe duda. De su trabajo quería hablarte, para ser sincera. ¿Sabes si admite colaboradoras para enseñar a las reclusas?

Lili aparentó pensárselo antes de responder.

—Admite, claro que admite. Yo misma tengo que ir pasado mañana. Barbara solía acompañarme, pero ahora...

—Me gustaría sustituirla.

—No creo que a Jason le haga ninguna gracia verte por Newgate.

Nicole esbozó una pícara sonrisa y se encogió de hombros, brilló en sus ojos una luz traviesa y la hija del duque tuvo la premonición de que la nueva vizcondesa de Wickford y ella iban a ser grandes amigas.

—¿He dicho yo que vaya a pedirle permiso?

La carcajada franca de Lili y el semblante divertido de Nicole acapararon la atención de Jason, al otro lado del salón. Se preguntó, sin atender ya a lo que Alan le estaba contando, si era consecuencia de un golpe de humor o si, por el contrario, estaban tramando algo. Conocía a Lili y sabía de sus enredos.

Miraba a Nicole y seguía pareciéndole mentira que fuera su esposa. Nunca se le hubiera ocurrido que pudiera emparentar con escoceses, gentes testarudas y fanfarronas, pero muy nobles, y no se arrepentía de haberlo hecho. Eric y Aila Matheson eran honorables y cercanos, e Ian le había demostrado que se podía contar con él en cualquier circunstancia. Desde luego, tuvo que pasar el trago de la entrevista

con los padres de Nicole, que no careció de tensión, aunque se impuso la cordura y, por encima de todo, el deseo de ambos de casarse. Recordaba con incomodidad el momento en que los Matheson aparecieron en la casa. Una casa tomada por agentes de la ley mientras dos camilleros sacaban el cadáver de un sujeto desconocido, y su querida hija se estaba besando con otro individuo al que tampoco habían visto nunca. Hubo de dar muchas explicaciones, pero, tras haber aclarado todo, Eric y Aila no se opusieron a que contrajeran matrimonio. Por petición expresa de Nicole, la ceremonia se ofició en las ruinas de la abadía de Melrose, sin que les importaran los copos de nieve que caían sobre los asistentes ni la prisa del pastor por acabar, tal vez porque la temperatura lo que demandaba de verdad era una chimenea y una buena copa. A él le hubiera servido cualquier lugar, incluso una cuadra, con tal de que Nicole se convirtiera en su vizcondesa.

Amaba a aquella mujer por encima de todo. Lo había conquistado con su ternura, aunque también hizo alarde de un férreo carácter en ocasiones, y le había devuelto las ganas de vivir; Nicole se merecía no solo su amor, sino su admiración y respeto. Rezó para que no cambiase un ápice porque deseaba que siguiera siendo como era: generosa, perseverante y un poco coqueta. Pero, sobre todo, que actuara siempre según sus propias creencias, incluso cuando sus ideas estuvieran en contra de las suyas. Él no quería a su lado a una mujer que se amoldara a sus caprichos, quería una compañera, una igual con la que compartir penas y alegrías.

Fuera lo que fuese que maquinara en ese momento junto a Lili, iba a sorprenderlo con seguridad. De lo que estaba seguro era de que con Nicole nunca se iba a aburrir. Tampoco dudaba de que iba a hacerle el hombre más feliz del mundo.

De un extremo a otro del salón, volvió a cruzar la mirada con la de aquella mujer que le había robado el corazón, y este comenzó a palpar como un loco. Ella le sonrió y se humedeció los labios con la punta de la lengua, un gesto que siempre le hacía arder de deseo.

—Provocadora —le dijo con solo el movimiento de los labios.

Y hasta él le llegó la risa cristalina de la vizcondesa de Wickford, su

adorada esposa.

Nota de la autora

Andrew Pears. Fue hijo de labradores y nació en Cornualles, pero desde muy joven se interesó por los negocios y empezó a vender sus productos de cosmética en el Soho, consiguiendo clientes de la clase alta. En la época en que ocurren los hechos de esta novela, la moda consistía en tener un cutis blanco y, a veces, los productos que se utilizaban resultaban muy dañinos para la salud porque contenían incluso arsénico. Por eso mismo, Pears experimentó, purificó el jabón y lo dotó de un aspecto transparente y agradable, con delicados aromas. Ni que decir tiene que tuvo un gran éxito y sus ventas fueron importantes, haciendo que su empresa fuese una de las más prósperas del siglo XIX. Me pareció interesante que Jason tuviera también un negocio dedicado a la elaboración y venta de jabones.

Robert Banks Jenkinson, Segundo conde de Liverpool. Las lectoras que me siguen saben que este personaje real aparece en alguna otra de mis novelas ambientadas en la misma época. Fue un importante político que ocupó el cargo de primer ministro del Reino Unido y falleció el 4 de diciembre de 1828 en Kingston upon Thames.

Elizabeth Fry también ha formado parte del entramado de alguna otra de mis aventuras. Fue una mujer admirable, de fuerte carácter, que destacó como activista, enfermera y luchó durante toda su vida y con todas sus fuerzas por la reforma de las prisiones. Fry no admitía el estado deplorable de las cárceles ni el modo indigno en que se mantenía hacinados a los presos, especialmente a las mujeres, e impulsó su reforma. Se la llegó a conocer como «el ángel de las prisiones», y murió en Ramsgate en octubre de 1845 sin haber abandonado nunca la lucha.

El osario de St. Helen's Church, existió en la realidad. Se encontraba ubicado en Cliffe, se utilizó como morgue para guardar los cuerpos que eran hallados en el Támesis y allí se esperaba a que pudieran ser identificados por familiares o amigos.

Melrose Abbey fue el primer monasterio cisterciense de Escocia. Se fundó en 1136 y, tan cercano a la frontera inglesa, sufrió distintos ataques durante los enfrentamientos entre escoceses e ingleses. Se dice que el corazón de Roberto I de Escocia, al que conoceréis más por Robert Bruce por las novelas de *highlanders*, está enterrado en un cofre, en la sala capitular.

Chambord es un licor hecho a base de frambuesas, moras, cítricos y vainilla. Toma su nombre del castillo de Chambord, ubicado en el famoso valle del Loira, en Francia, cuyas obras comenzaron por deseo de Francisco I de Francia en 1519. Al parecer, esta exquisita bebida le fue presentada al rey Luis XIV durante una de sus visitas al castillo, allá por los días finales del siglo XVII, cuando solo la nobleza podía permitirse adquirir especias exóticas dado el alto valor que tenían en el mercado. Mis protagonistas no son reyes, pero ¿por qué no darles el gusto de saborear un buen Chambord?

Giovanni Battista Belzoni, al que Alexandra hace referencia en la novela, nació en Padua, se casó con Sarah Banne y en 1815 decidió viajar a Egipto. Allí acabó conociendo al cónsul británico, Henry Salt, que en ese momento organizaba el traslado del busto de Ramsés II desde el Ramesseum a Alejandría. Dado que Belzoni no tenía demasiados escrúpulos y dedicarse a la búsqueda de antigüedades era bastante rentable, no lo pensó dos veces. Despejó de arena del desierto el templo de Abu Simbel en 1817, pero también expolió varias tumbas de famosos faraones. Sea como fuere, el Museo Británico le debe muchos de los objetos que ahora muestra en sus vitrinas.

Agradecimientos

A quien acaba de cerrar esta novela, otra más de las muchas que, gracias a vosotr@s, puede encontrarse en las librerías en lugar de dormir en un cajón. Leer es soñar, y a mí me hacéis soñar cuando compartís mis aventuras, por eso siempre os estaré agradecida.

A Rocío Canto y Encarna Vallejo, las dos maravillosas mujeres que mantienen al día mi página de fans de FB. A todas las seguidoras que me regalan sus preciosos montajes y me hacen dichosa con los comentarios y fotos que dejan en las redes sociales. No puedo dar todos sus nombres, la lista sería interminable, pero ellas saben quiénes son y que tienen un hueco en mi corazón.

Gracias a Laura Filloy y a su madre, Alicia Martín, por tener cada una de mis aventuras y no parar de pedirme más. Y gracias a Berta Valle, mamá política de Ana María Fernández, mi querida Malory, por ser una de mis más fieles lectoras. Ojalá pueda daros un abrazo muy pronto a las cuatro.

Como cada vez que finalizo un trabajo, tengo que enviar mi eterno cariño a ese estupendo y conciencizado equipo que me apoya, anima y pone kilos de paciencia mientras corregimos, consiguiendo que sea lo mejor y más divertido de crear una historia. Lola, Laura, Almudena, Carlos: no me pasáis ni una y me sacáis de mis casillas, pero sois la columna vertebral de mis novelas y sin vosotros los sueños se caerían como un castillo de naipes.

Podéis seguirme en FB: <https://www.facebook.com/nieves.hidalgo>, en twitter: @Orgullosaj0n, y en mi blog: <http://nieveshidalgo.blogspot.com.es/>

Mi correo está a vuestro servicio si queréis escribirme:
nhidalgodelacalle@hotmail.es

Asómate a
DÍAS DE IRA, NOCHES DE PASIÓN

Londres, enero de 1813

Había cometido un error.

«Posiblemente, el más grande de tu vida, Sabrina», se recriminó mientras veía alejarse, con los ojos brillantes por las lágrimas y un dolor opresivo en el pecho, el carruaje en el que iba el hombre al que nunca podría aspirar. Porque ella era una mujer sin futuro y él, un caballero. Había sido solo un sueño. Maravilloso, sí, pero solo eso: un sueño que duró hasta el amanecer, cuando escapó del cuarto a hurtadillas para no despertarlo.

Se le encogió el alma al imaginar los peligros a los que iba a estar expuesto.

«¡Maldita guerra y maldito Napoleón!»

Las confrontaciones duraban ya demasiado y eran muchos los jóvenes ingleses que habían perdido la vida en los distintos campos de batalla. Imaginárselo a él en medio del fuego enemigo, le hizo marearse. Nunca entendió por qué los hombres eran tan absurdos y veían la guerra como un juego. Se iban para alcanzar honor y gloria, decían. Pero unos regresaban lisiados y otros... Otros no volvían nunca y yacían enterrados en cualquier zanja. Elevó una oración por él y acudió a la insistente llamada de la mujer que, en su infinita bondad, le había dado un hogar. De eso hacía ya siete años, cuando quedó huérfana tras el incendio que se llevó la vida de Peace Klever,

su madre.

Estaba enamorada de ese aristócrata desde el primer día en que lo vio entrar en la posada, donde trabajaba para pagarse comida y cama, acompañado por algunos jóvenes y bullangueros amigos. No le eran ajenos ese tipo de petimetres que iban a degustar el buen vino y los excelentes platos del local. Y no le agradaban. Pero aquel día, el corazón le había dado un vuelco y seguía dándosele cada vez que él aparecía por allí, a veces solo, a veces acompañado.

—¿Quién es el del cabello de color cobre, señora Neeson?

—Alguien a quien no debes acercarte, muchacha. Todos ellos son iguales —dijo torciendo el gesto—: señoritingos que solo se preocupan de sus juergas y de encandilar a cuanta mujer se les pone a tiro. Hazme caso y no te dejes ver por ellos, eres demasiado bonita para la boca de esos asnos.

Jamás les sirvió, ni siquiera se acercó. Aunque cayó en la tentación de espiarles desde el piso superior cuando estaban en la posada, se mantuvo alejada porque no era su cometido atender a los clientes y porque, además, creía en el buen criterio de Cadence Neeson. Gracias a su ángel de la guarda y patrona, ella se limitaba a arreglar las habitaciones, procurar que no faltara nada en la despensa y planchar la ropa blanca. Si por su esposo hubiera sido, no solo habría hecho las veces de camarera, sino que estaría dispensando otro tipo de «servicios» a los clientes que solicitaban algo más que vino y comida, como hacían Freda y Josleen, las otras muchachas que dormían con ella en el mismo cuarto. Jake Neeson renegó de ella desde el principio y el aborrecimiento era mutuo, pero a él no le quedaba más remedio que plegarse a los deseos de su esposa porque, por mucho que intentara hacerse el gallito, ella tenía más redaños que él y siempre acababa por salirse con la suya,

Sí, estaba protegida por aquella buena mujer, pero ¿seguiría prestándole su cariño y apoyo si supiera lo acontecido la noche anterior? Aún no se explicaba qué demonio la poseyó para hacer algo tan indecoroso; enrojecía de vergüenza al recordarlo. No se arrepentía, pero tampoco se sentía orgullosa de su falta de decencia. Sin embargo, tras escuchar a medias la conversación en la que se

hablaba sobre la marcha de algunos del grupo a tierras alemanas, entre ellos él, a fin de ponerse a las órdenes de un militar prusiano para luchar contra Bonaparte, tomó la audaz decisión de no dejarlo desaparecer de su vida sin conocer sus besos. Nunca la habían besado y quería que su primera experiencia fuera con él. En un momento de enajenación había cruzado los límites y, aprovechándose de que él había bebido algo más de la cuenta, se coló en el cuarto donde iba a pasar la noche, amparada por la penumbra.

Lo que empezó como la curiosidad por saber cómo sería un beso suyo, acabó en una entrega total y sin remordimientos. Él la confundió con una de las otras muchachas y ella se dejó seducir por esa voz templada, esos labios que la hicieron conocer la gloria y unas manos que despertaron en ella sensaciones desconocidas.

En ese momento, sin embargo, sí que le corroía el alma. Pero no por haber estado en su cama y disfrutado de sus caricias, sino porque el alcohol, la oscuridad y, sobre todo, la distancia, harían que él se olvidara de una mujer de una sola noche.

Nieves Hidalgo es madrileña de nacimiento y devoradora impenitente de lectura. Escribe desde siempre por simple afición y durante años lo compaginó con su trabajo. En la actualidad se dedica en exclusiva a escribir. Comenzó escribiendo novelas románticas a principios de los 80, para el disfrute de sus amigas y compañeras de trabajo. En el 2007, movida por la insistencia de su más querida amiga, envió a varias editoriales algunas de sus novelas, y pronto tuvo respuesta de uno de los más importantes sellos de novela romántica en nuestro país: Ediciones B. Su primera novela publicada, *Lo que dure la eternidad* vio la luz en Marzo del 2008 de la mano del sello Vergara, que ha seguido apostando por sus novelas. Ha publicado también con Esencia y Booket, ambos sellos de Planeta.

Edición en formato digital: febrero de 2019

© 2019, Nieves Hidalgo

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-41-8

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

NOTAS

Capítulo 44

[1] Puedes leer esta historia en *Rivales de día, amantes de noche*.

Capítulo 48

[2] Miguel de Cervantes.